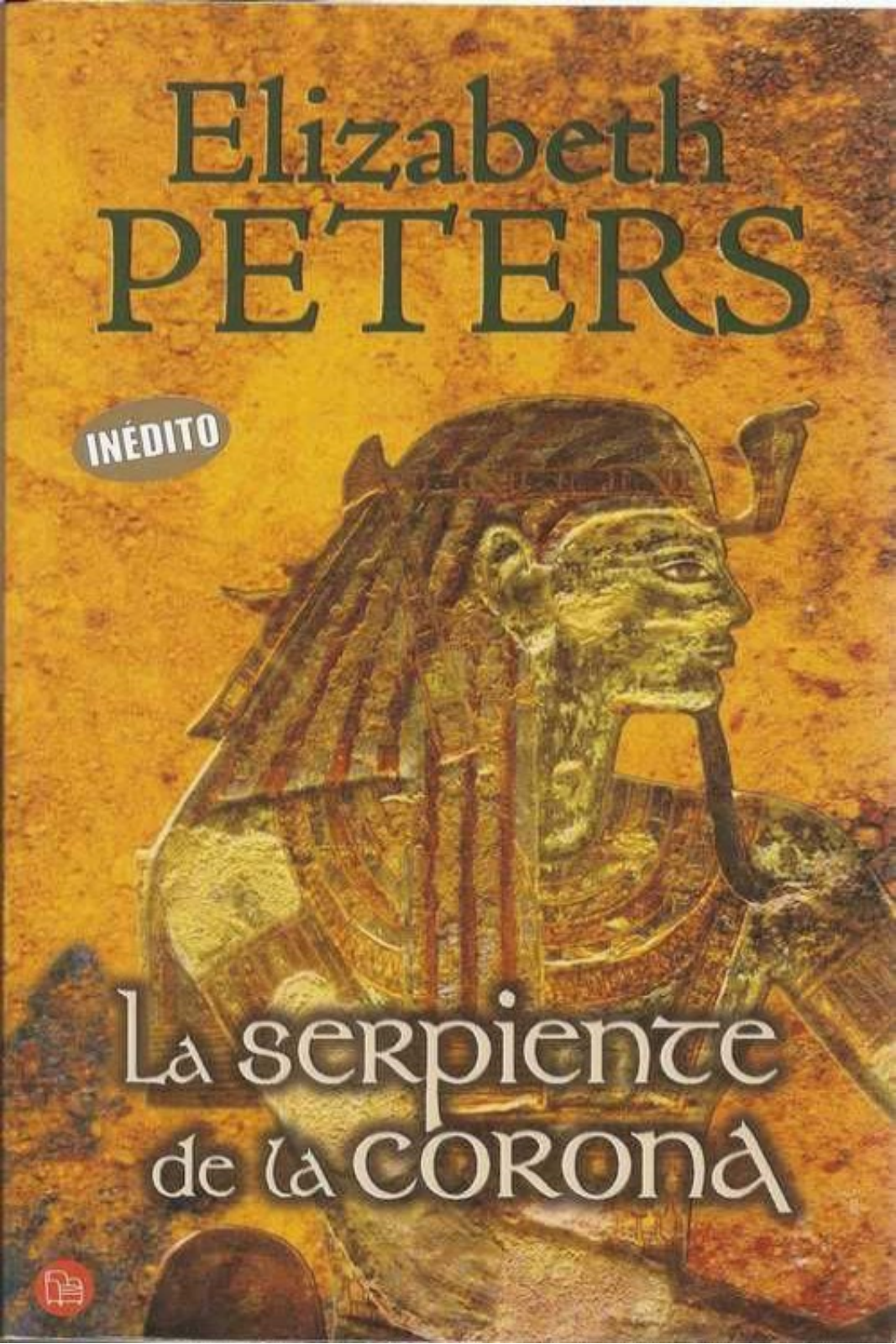
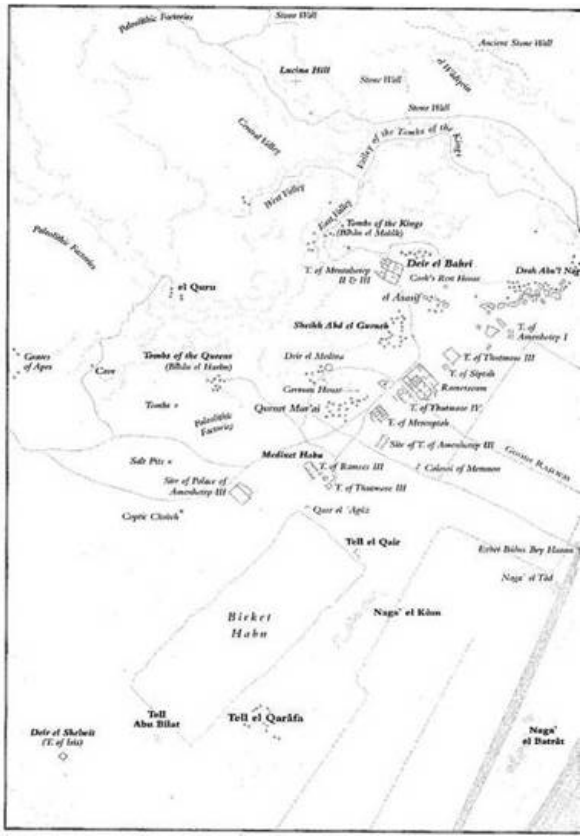
Elizabeth PETERS

INÉDITO



La serpiente de la corona


Palaeolithic Factories
Stone Wall
Ancient Stone Wall
Lucina Hill
Stone Wall
el Wâdiyein
Stone Wall
Central Valley
Valley of the Tombs of the Kings
West Valley
East Valley
Tombs of the Kings
(Bibân el Malûk)
Palaeolithic Factories
Deir el Bahri
T. of Menenhotep II & III
Cook's Rest House
Drah Abu'l Nag
el Quru
el Asasif
Sheikh Abd el Gurnah
T. of Amenhotep I
Graves of Apes
Cave
Tombs of the Queens
(Bibân el Harim)
Deir el Medina
T. of Thutmose III
T. of Siptah
Ramesseum
Tombs
Qurnat Mar'ai
T. of Thutmose IV
T. of Menenptah
Palaeolithic Factories
Site of T. of Amenhotep III
Medinet Habu
Salt Pits
T. of Ramses III
Colossi of Memnon
Site of Palace of Amenhotep III
T. of Thutmose III
Coptic Church
Qasr el 'Aglûz
Tell el Qair
Erbet Bibus Bey Hasan
Naga' el Tâd
Naga' el Kôm
Birket Habu
Tell Abu Bilat
Tell el Qarâfa
Deir el Shebeit
(T. of Isis)
Naga' el Batrât

Elizabeth Peters
La serpiente de la corona

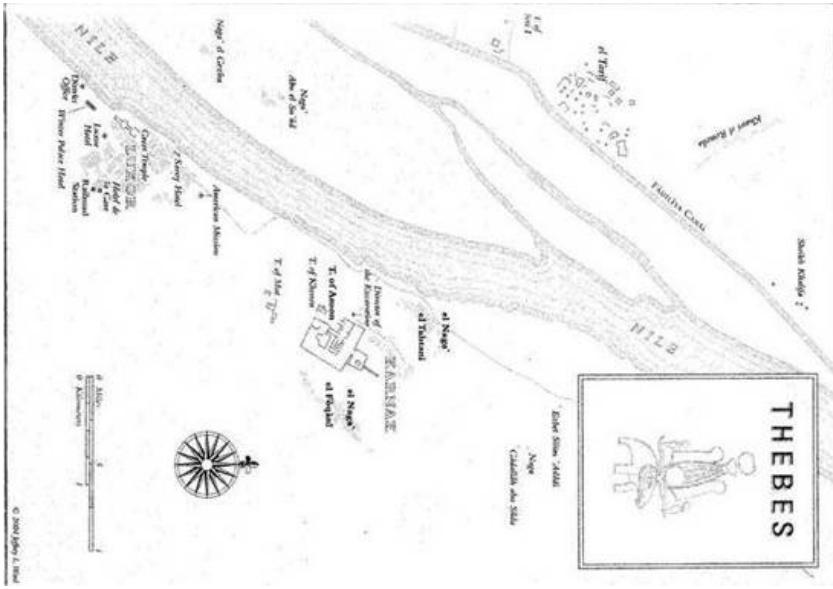
Nº 16 Serie Amelia Peabody

He robado de sus orificios nasales el aliento de la vida, he hecho que el temor hacia vosotros llene sus corazones.

Mi serpiente en vuestra frente les consumió.

Estela Poética de Tutmosis III

Para Salima Ikram.



Argumento

Una misteriosa mujer acude al doctor Emerson, el famoso egiptólogo, para encargarle la custodia de una valiosa estatuilla. Le confiesa que tiene miedo porque piensa que la figura está maldita, y que ha acudido a él por su fama como Padre de las Maldiciones. Emerson acepta el encargo por una mezcla de galantería y curiosidad, aunque el instinto detectivesco de su mujer, Amelia Peabody, intuye algo extraño en todo este asunto. A partir de ese momento, la maldición de la estatuilla entra en la vida y en la casa de los Emerson.

La egiptología y la aventura son los ingredientes magistralmente mezclados en esta nueva historia de Amelia Peabody y familia, donde aparecen personajes históricos, como Howard Carter, e inquietantes, como el indómito Sethos, en una trama que gira en torno a una estatuilla de oro a la que le falta la serpiente de la corona.

Capítulo 1

Despertó de un sueño febril para ver que algo se inclinaba sobre él. Era una silueta de hielo negro, una figura alta e informe de la que emanaba un frío de muerte. Trató de moverse, de gritar. Todos sus músculos estaban congelados. Un aire helado sopló sobre su rostro y le arrebató el aliento, el calor, la vida.

Nos habíamos reunido en la galería para tomar el té. Se trataba de una amplia estancia que se extendía en la parte delantera de la casa. Los cortinajes que cubrían las anchas aberturas de las ventanas y de la puerta exterior no interferían con el espléndido panorama. Al observar la brillante luz del sol y las arenas doradas, así como el agua del Nilo matizada por el crepúsculo, se hacía difícil creer que en otras partes del mundo la nieve cubría el suelo y soplaban vientos helados. Mi humor era tan benévolo como la gentil brisa. Habían terminado las fiestas navideñas, tan encantadoras como fatigantes, y había comenzado un nuevo año, 1922, y no dudaba de que con él llegarían más éxitos en nuestras excavaciones y más laureles para la frente de mi distinguido esposo, el egiptólogo más grande de esta época o de cualquier otra.

Con afecto contemplé su impresionante figura, sus ojos de azul zafiro y su pelo de ébano, la admirable musculatura de su pecho y brazos, a medias descubiertos por su vestimenta informal. Nuestro hijo Ramsés, que adquirió este apodo porque tenía la tez de un egipcio y, en su juventud, el dogmatismo de un faraón, estaba cómodamente tumbado en el sofá, al lado de su agraciada esposa, nuestra hija adoptiva Nefret. Vagos gritos de protesta y zozobra llegaron hasta nuestros oídos provenientes de la casa que ocupaban

los queridos niños y sus padres; pero ni siquiera Nefret, la más abnegada de las madres, les prestaba atención. Estábamos muy acostumbrados a las quejas; tales sonidos siempre acompañaban los esfuerzos de Fátima y sus ayudantes (se necesitaban bastantes) para lavar y cambiar a los niños. Pasaría algún tiempo hasta que los pequeños se nos unieran, y cuando un coche se detuvo al frente de la casa no pude reprimir un suave murmullo de protesta al ver turbada nuestra paz. Emerson protestó con más énfasis:

- ¡Maldición! ¿Quién diablos puede ser?

- Por favor, Emerson, cuida tu lenguaje -dije mientras observaba a la mujer que descendía del coche.

Pedirle a Emerson que no use palabras inconvenientes equivale a emular al rey Canuto que ordenó a la marea que no subiera. Se ha ganado a pulso el apodo que le han puesto los egipcios: «Padre de las Maldiciones».

- ¿La conoces? -preguntó Emerson.

- No.

- Entonces dile que se vaya.

- Parece encontrarse en un apuro -intervino Nefret. Su mirada de médico había notado la inseguridad de movimientos y los pasos vacilantes-. Ramsés, quizá sea mejor que veas si necesita alguna ayuda.

- Ayúdala a volver al coche -dijo Emerson en voz alta.

Ramsés paseó su mirada de su esposa a su padre y de éste a mí, mientras enarcaba inquisitivamente sus espesas cejas negras.

- Usa tu propio juicio -dije, sabiendo cuál sería el resultado. Ramsés tenía demasiada educación (impartida por mí) como para ser grosero con una mujer, y ésta en particular parecía decidida a seguir adelante. Tan pronto como llegó a su lado, la dama cogió su brazo con ambas manos, se tambaleó y se apoyó contra él. Con una voz entrecortada y con un acento extranjero dijo:

- Usted es el doctor Emerson, ¿verdad? Debo hablar con usted y con sus padres de inmediato.

Algo desconcertado por el título, que había obtenido pero nunca utilizado, Ramsés se inclinó para mirar la cara que ella había levantado, suplicante. Yo no podía discernir sus facciones, ya que llevaba un velo muy espeso, de un negro profundo, como sus vestidos, que le estaban un poco ajustados, en mi opinión, y

mostraban una figura voluptuosamente redondeada. A menos que arrancara las manos de su brazo, Ramsés no tenía más opción que conducirla a la galería.

Tan pronto como estuvo dentro, ella se arregló el velo negro de gasa y mostró un rostro cuyo juvenil aspecto se debía más al arte que a la naturaleza. Tenía los ojos delineados con kohl y los gruesos labios pintados con habilidad. Al encontrar mi mirada, levantó la barbilla con un gesto experto que alisó los pliegues de su garganta.

- Pido disculpas por tener que importunarlos. La cuestión es bastante urgente. Me llamo Magda Petherick. Soy la viuda de Pringle Petherick. Mi vida está amenazada y sólo ustedes pueden salvarme.

Sin duda alguna, esta introducción despertó nuestra curiosidad. Invité a la señora Petherick a tomar asiento y le ofrecí una taza de té.

- Tranquilícese -dije, al ver que jadeaba y que su cara estaba sonrojada. Llevaba un pesado bolsito, que colocó a sus pies antes de aceptar la taza que le acercó Ramsés.

Apoyado contra la pared y con los brazos cruzados, Emerson la estudió con interés. Tanto él como yo, habíamos reconocido de inmediato aquel nombre.

- ¿Su marido era Pringle Petherick, el famoso coleccionista? -inquirió-. Creo que ha fallecido recientemente.

- En noviembre del año pasado -respondió la mujer-. Una fecha que está grabada en mi corazón. -Apretó con su mano esa parte de su persona y se lanzó, sin más preámbulo, a la descripción que ya he trascrito al comienzo-: Despertó esa mañana de un sueño febril…

- Esto es lo que lo mató -terminó diciendo. Cogiendo el bolso, retiró de él una caja cuadrangular pintada con símbolos egipcios primitivos-. Lo compró hace unas pocas semanas, sin saber que conservaba la maldición de su dueño, fallecido hace tanto tiempo.

Siguió una larga pausa, mientras todos tratábamos de encontrar una respuesta adecuada. Se me había ocurrido, como estoy segura que se le habrá ocurrido al Lector, que su narración poseía un cierto aire literario, pero ni siquiera Emerson era tan grosero como para afirmar de una viuda reciente y evidentemente sumida en el dolor que decía mentiras o estaba loca.

- Disculpe mi pregunta -dijo Ramsés después de un momento-.

¿Cómo es que puede describir su muerte con, ejem, tanto detalle? Si la he entendido bien, su marido ya estaba, por así decirlo, muerto, ¿verdad?

- Tardó un poco en marcharse -contestó la señora de Pringle Petherick serenamente.

- Oh -exclamó Ramsés.

Nefret, que había estado mirando fijamente a la señora Petherick, dijo:

- Perdóneme, pero su cara me es familiar. ¿No es usted Magda, la condesa von Ormond, la novelista?

Ajá, pensé. Eso explica el acento. De acuerdo con los panfletos publicitarios, la condesa provenía de una noble familia húngara. Había huido de su país durante el cataclismo de la Gran Guerra.

En la boca de la señora se dibujó una amplia y complacida sonrisa.

- ¿Ha leído usted mis libros? Me agradará firmarle los que tenga aquí.

- No he traído ninguno conmigo -informó Nefret con una expresión tan dulce como la miel-. La vi en Londres, en un almuerzo literario, hace varios años. En ese momento, me parece, usted no estaba casada.

- Mi querido Pringle y yo nos unimos en matrimonio sólo un año antes de su espantosa muerte. Y ahora -continuó-, la maldición ha caído sobre mí. Dos veces he visto esa sombría figura negra y mi intuición me dice que la tercera vez significará mi muerte. ¡Acéptela! ¡Se lo suplico!

Empujó la caja hacia Ramsés, que la miró con recelo y dio un paso atrás. Yo la tomé y estaba a punto de levantar la tapa cuando la señora Petherick emitió una elegante exclamación.

- ¡No lo abra! ¡No quiero ver esa carita maligna nunca más!

- ¿Debo comprender -inquirí-, que usted nos está transfiriendo la… maldición a nosotros?

- Ustedes tienen experiencia en manejar estas cosas -exclamó la señora Petherick, abriendo de par en par sus ojos pintados-. Pueden hacerlo sin problemas. Lo han hecho antes. He escuchado algunas historias al respecto.

Las historias a las que se refería aparecieron en morbosos artículos escritos por nuestro amigo, el periodista Kevin O'Connell.

Si bien en todos los casos la supuesta maldición había resultado falsa, y los males que se le atribuían habían sido causados por un criminal de la especie humana, muchos lectores recordaban las teorías sensacionalistas e ignoraban las explicaciones racionales. Si la mujer realmente creía que podíamos anular las maldiciones y derrotar a los espíritus del mal, se la debía absolver de la sospecha de segundas intenciones.

Pronto llegarían los niños y yo no quería que esas tonterías estimularan sus tiernas imaginaciones. Estaba a punto de sugerirle a la señora Petherick que atara una piedra al condenado objeto y lo arrojara al Nilo, cuando Emerson carraspeó. Sus ojos de azul zafiro brillaban y su rostro, de agradable bronceado, mostraba una expresión de amistosa preocupación. Maldición, pensé.

- Muy bien -dijo-. Puede dejarlo con nosotros, señora. Yo haré… este… yo me ocuparé del asunto.

La señora Petherick se reclinó en su silla, ignorando la indirecta despedida de Emerson.

- ¿Qué va a hacer? ¿Devolverla a la tumba de donde fue robada?

- Eso podría resultar un poco difícil -acotó Ramsés, dirigiendo una mirada crítica a su padre-. Si, como supongo, fue comprada en el mercado de antigüedades, la posibilidad de encontrar al ladrón y de descubrir dónde la obtuvo es remota.

- Mmm -dijo Emerson, devolviendo a su hijo la mirada crítica-. Conoces mis métodos, Ramsés. Quede tranquila, señora, que no necesita pensar más en el asunto. Buenas tardes tenga usted.

Esta despedida era demasiado directa como para ser ignorada. La señora Petherick se puso de pie, pero hizo un nuevo intento de prolongar la conversación.

- Mató a mi perro, también -comentó-. Mi pobrecito *Pug*. Se atragantó y tuvo convulsiones, luego murió, sin más.

Fátima, al ver que teníamos visita, había logrado detener a los niños, pero podía oír como discutían con sus vocecillas agudas. Emerson también los oyó: condujo a la señora Petherick a la puerta de la galería, pero no antes de que la dama nos informara de dónde se alojaba y solicitara que, llegado el momento, le confirmáramos que la maldición quedaba oficialmente anulada. Agregó, con un aire de satisfacción consigo misma, por completo diferente a su angustia inicial:

- Quizá debiera participar de la ceremonia.

- No será necesario -declaró Emerson, mientras acomodaba a la señora en su coche y le indicaba al conductor que partiera.

- Por cierto, Emerson -pregunté- ¿Qué ceremonia? No has prometido nada, pero como no has rechazado sus sugerencias, tácitamente…

- Bien, ¿qué otra cosa podía hacer? -preguntó a su vez mi marido-. La mujer presentaba un cuadro de angustia. Ahora podrá quedarse tranquila.

- ¡Oh, bah! -exclamé-. ¿Conoces las obras literarias (y uso ese término en un sentido amplio) de la condesa Von Ormond?

- ¡Por Dios, no! -dijo Emerson.

- Yo he leído algunas -comentó Nefret- *El beso del vampiro* fue el primero de sus libros. Todas sus novelas tratan de vampiros, maldiciones y encantamientos.

- Bien -dije-. Sospecho que el espeluznante relato de la muerte de su marido será el primer párrafo de su próxima novela. Intenta utilizar nuestras personas y nuestra cuestionable reputación en los periódicos para obtener publicidad. Creo entender que sus ventas están decreciendo.

- Sus últimos libros no resultan ni de lejos tan entretenidos como los primeros cuatro o cinco -criticó Nefret-. Eran realmente muy buenos. Tuve que dejar la luz encendida toda la noche cuando estaba leyendo *Hijos del hombre lobo*.

- ¡Dios santo! -exclamó Emerson-. No tenía ni idea que perdías el tiempo con esa basura, Nefret. Peabody, ¿por qué le dejas…?

- No creo en la censura del material de lectura de personas adultas, Emerson.

- La verdad es que tú tienes algunos gustos parecidos -dijo Emerson-. Tu inclinación por las novelas sensacionalistas, como las de Ridder Haggard…

- Que tú también lees a escondidas -repliqué-. La hipocresía no te sienta bien, Emerson. Volviendo al tema, mi intención es no permitir que la señora nos utilice. Mañana le devolveré su objeto, sin abrir, con una nota terminante.

- Sin abrir -repitió Emerson burlón-. ¿No tienes un poco de curiosidad por ver el maldito objeto?

- Se trata de una tosca caja de madera, Emerson, que ni siquiera

es antigua.

- Ah -suspiró Emerson-. ¿Pero qué hay dentro de la caja? Querida, tu análisis de los motivos de la señora puede que sea acertado, pero omite un hecho interesante. Petherick era un coleccionista adinerado y entendido. Tal vez ella comprara la caja en El Cairo, no digo que no, pero si el contenido proviene de la colección de Petherick, merece que le echemos un vistazo.

Cogió la caja de mis manos y estaba a punto de levantar la tapa cuando exclamé:

- No, Emerson. Ahora no. Déjala por ahí.

Viendo que nuestra visitante había partido, Fátima abrió la puerta de la casa y la avalancha infantil descendió sobre nosotros. Estaba integrada por sólo dos niños, y apenas tenían cuatro años, pero hacían suficiente ruido como para parecer una docena y se movían con tanta rapidez que daban la impresión de haberse multiplicado. Como de costumbre, corrieron hacia su abuelo, que trato de esconder la caja pintada a sus espaldas. No fue lo suficientemente rápido.

- ¡Un regalo! -gritó Carla. Sus ojos negros, tan parecidos a los de su padre, brillaban de ilusión-. ¿Es para mí?

Su hermano, David John, que tiene los ojos azules y el cabello rubio de su madre, negó con la cabeza.

- Tu suposición no tiene ningún fundamento, Carla. El abuelo no daría un regalo a uno solo de nosotros.

- Exactamente -dijo Emerson-. Es un regalo para mí.

- ¿Te lo dio la señora? -preguntó Carla.

- Sí -contestó Emerson.

- ¿Por qué?

- Porque… porque es una persona bondadosa.

- ¿Podemos ver lo que hay dentro?

David John, cuyos métodos eran menos directos que los de su hermana, ya se había dirigido a la mesa del té, donde Fátima había colocado un plato de galletas.

- ¿No quieres una galleta? -le preguntó Emerson a Carla.

La niña dudó apenas un momento. Su insaciable curiosidad predominó sobre la gula.

- Quiero ver lo que hay dentro de la caja.

Emerson trató de parecer severo. No tuvo éxito. Chochea por sus

nietos y ellos lo saben.

- Ya te he dicho, Carla, que eso no es para ti.

- Pero podría ser algo que me guste -argumentó Carla con frialdad.

- Es algo que no puedes tener -dijo Ramsés mientras se ponía de pie desplegando su considerable estatura y mirando con severidad a su pequeña hija. Sin dejarse intimidar ni un poco, Carla le devolvió la mirada desde su altura de poco más de un metro. Se parecía a su padre con mucha gracia, tenía los mismos rizos negros y ojos oscuros, y unas tupidas cejas negras que ahora estaban fruncidas en una versión en miniatura del gesto típico de Ramsés.

- David John se está comiendo todas las galletas -intervine.

Mi conocimiento de la psicología infantil tuvo el efecto del que careció el intento disciplinario de Ramsés. Carla corrió a coger su parte y Nefret informó a su hijo de que ya había comido todas las galletas permitidas. A continuación discutieron, ya que David John había heredado la habilidad jesuítica para debatir de su padre, y Nefret tuvo que responder a varios razonamientos acerca de la importancia de las galletas bañadas en azúcar para el crecimiento de los niños. Mientras se hallaban en este menester, hice un gesto a Emerson.

- Ahora has despertado mi curiosidad -admití-. Abre la caja.

El objeto que se hallaba dentro tenía una forma casi cilíndrica y aproximadamente treinta centímetros de largo. Fue todo lo que pudimos apreciar en un primer momento, ya que estaba envuelto en una tela de seda, sujeta en algunos trechos por cuerdas doradas con nudos ajustados.

- No quería correr ningún riesgo, ¿verdad? -comentó Ramsés, mientras su padre intentaba deshacer los nudos y maldecía por lo bajo-. Podría ser un *ushebti,* tiene la forma adecuada.

- Te aseguro que no es nada tan común -objeté. Las pequeñas estatuas de sirvientes, colocadas en las tumbas para servir al difunto en la vida de ultratumba, habían aparecido en gran cantidad; la mayoría confeccionadas toscamente a mano y en materiales baratos, como la fayenza.

- ¿Por qué no? -inquirió Ramsés-. El concepto de maldición es una mera superstición; puede unirse a cualquier objeto, hasta los más modestos.

- Petherick no sería dueño de nada modesto -dijo Emerson.

Pero su esposa podría haber comprado algo de ese tipo para dotar de verosimilitud a su extraordinario relato. No expresé en voz alta este pensamiento, pues Emerson no lo hubiera aceptado. De todas formas, me dije a mí misma, no estaría mal echarle un vistazo.

Puesto que ni Emerson ni Ramsés llevaban consigo siquiera un pequeño cortaplumas (David John era un consumado ratero y le interesaban en especial los objetos cortantes), mi marido tuvo que entrar en la casa para conseguir un cuchillo con el que cortar los cordones, pues los nudos desafiaban mi habilidad con ellos. En ese momento, lo admito con toda sinceridad, estábamos muy excitados ante la expectativa de ver el objeto. Hasta Nefret abandonó sus deberes maternales y se inclinó encima de mi hombro cuando Emerson quitó las envolturas.

La luz del crepúsculo brilló en la pequeña estatuilla, como si ésta tuviera un fuego en su interior. No se trataba de ningún *ushebti* modesto, de material ordinario; era la figura dorada de un rey coronado. Su rostro era juvenil, redondeado y sonreía levemente, su cuerpo semidesnudo estaba bellamente torneado. Llevaba un faldellín plegado con esmero, cuyas líneas habían sido realizadas con precisión exquisita. Los pequeños pies calzados con sandalias y las delicadas manos constituían modelos de elegante belleza.

Nefret contuvo el aliento y Emerson me dirigió una mirada triunfante. Hasta la expresión normalmente enigmática de Ramsés dejó traslucir un asombro rayano al temor reverencial.

- ¡Qué hermoso! -murmuré-. No hay nada maligno en este rostro.

- ¡Al diablo con eso! -exclamó Emerson, sacando a la estatuilla de la caja- ¿De dónde proviene? ¿Dónde la obtuvo? ¿Cómo pudo llegar un objeto de este tipo al mercado de antigüedades sin causar sensación?

- ¿Es auténtica? -preguntó Nefret con voz entrecortada por la emoción.

Emerson sopesó la estatuilla en su mano.

- Los falsificadores no suelen usar esta cantidad de oro puro.

* * *

Convinimos en no seguir discutiendo hasta que los niños se hubieran ido a la cama. Nuestros amigos los Vandergelt vendrían a

cenar con nosotros, y mientras Emerson y yo nos vestíamos, pregunté:

- ¿Tienes pensado enseñársela a Cyrus?

- Mmm-dijo Emerson.

He aprendido a través de los años a interpretar los gruñidos inarticulados de mi esposo.

- Debes hacerlo, Emerson -dije-. Sabes que no podemos quedarnos con la estatuilla, es demasiado valiosa. Una cosa es un condenado *ushebti* común, pero esta…

- Sí, sí, maldita sea -dijo Emerson-. Tengo la intención de comprársela.

- Si hubiera querido dinero, te lo hubiera pedido.

- Todos quieren dinero -dijo Emerson. Pensó en el asunto unos momentos y luego continuó-: Sin embargo, es raro que esa señora haya entregado algo tan valioso a unos extraños con el fin de fundamentar una historia fantástica para la que hubiera servido una antigüedad barata como un amuleto o un *ushebti* común y corriente.

- Hubiera servido mejor -admití-. Uno de los dioses egipcios de cabeza de monstruo, como Tausert o Sobek posiblemente hubiera llamado más la atención de una mente melodramática como la suya. ¿Cuál crees que es el valor de este objeto?

- Ya deberías saber que es inútil preguntarme, Peabody. Nunca compro antigüedades y no sigo las oscilaciones del mercado.

- Razón de más para pedir la opinión de Cyrus. Además de ser un coleccionista, es también un arqueólogo entendido y respetado.

- Mmm -murmuró Emerson. Esta vez expresó un tácito reconocimiento de la exactitud de mi observación.

De manera que Emerson llevó la caja con él cuando nos dirigimos a la sala. Había rechazado de plano vestirse como correspondía para una cena formal, pues odia esa clase de atuendo, pero yo había logrado convencerlo de que se pusiera una chaqueta de lana y una elegante corbata color zafiro, elegida por mí. Si hubiera sido por él, se hubiera sentado a cenar con la misma camisa de cuello abierto y pantalones sin planchar que usa en la excavación: una vestimenta que soy la primera en admitir que le sienta muy bien a su figura robusta. Sin embargo, se deben mantener ciertas normas.

Encontramos a Ramsés y Nefret esperándonos. Ramsés estaba

vestido como su padre, pero Nefret, que gozaba con las ropas bonitas y tenía dinero suficiente para comprarse todo lo que quería, llevaba un vestido ajustado color verde Nilo que resaltaba su cabello dorado rojizo. El *Gran Gato de Re* también había condescendido a estar con nosotros. Era el único gato que teníamos en casa ese año, ya que la desagradable mascota de Nefret, el viejo *Horus,* se había ido al más allá que le esperaba (deseo que haya sido un lugar especialmente incómodo). El *Gran Gato de Re,* a quien siempre se lo llamaba por su nombre completo, era mucho más agradable y más decorativo que *Horus,* con sus rayas grises y blancas y una cola tan tupida como el penacho de un caballero. Se había acomodado a los pies de Ramsés con la expresión de una criatura que espera que lo admiren.

El ojo de águila de mi hijo captó inmediatamente la caja que llevaba su padre.

- ¿De manera que va a enredar a Cyrus en este asunto? - preguntó.

Emerson frunció el entrecejo.

- No sé por qué lo expresas de esa manera, hijo. ¿Acaso suponías que iba a quedarme con este notable hallazgo? ¿Aunque pudiera hacerlo?

El pesar implícito en esta última pregunta hizo brotar una sonrisa en la cara bronceada de Ramsés y Nefret rió con ganas.

- No puedes -dije con firmeza-. Todavía no hemos empezado a discutir todas las ramificaciones de este asunto. Confieso que la impresión inicial que tenía de los motivos de la señora Petherick se ha visto modificada. Un amuleto ordinario hubiera servido para sus propósitos si lo que quería era sólo… Ah, aquí están los Vandergelt. ¡Puntuales como siempre! Buenas noches, Cyrus, Katherine, Bertie querido. Pero, ¿dónde está Jumana?

Jumana era miembro de la familia de nuestro difunto *reis,* Abdullah, no de la familia Vandergelt, a pesar de que Bertie, el hijo de Katherine, había intentado más de una vez convencerla de que formara parte de ella. Después de completar sus estudios de Egiptología, se había unido a nuestro grupo de trabajo pero vivía en el Castillo, ya que la mansión de Cyrus cercana al Valle de los Reyes era más espaciosa que nuestra humilde vivienda.

El amable semblante de Bertie se ensombreció.

- Dijo que tenía que terminar un artículo. Esa chica no piensa en otra cosa que no sea su trabajo.

- Sostiene una carga muy pesada con sus frágiles hombros -dije-. Al ser la primera mujer egipcia que practica esta disciplina, piensa que tiene que sobresalir entre todos. Una actitud admirable, en mi opinión.

Después de haber servido a nuestros huéspedes la bebida de su elección, Emerson se arrellanó en un sillón y sacó su pipa.

- Tuvimos una visita muy interesante esta tarde -dijo-. La señora de Pringle Petherick.

El rostro surcado de arrugas de Cyrus se animó.

- ¿La viuda de Petherick? ¿Qué está haciendo en Egipto? Pringle me comentó una vez que ella odiaba este lugar.

Emerson siguió la conversación con otra pregunta:

- ¿Fuiste amigo de Petherick?

- Tan buen amigo como puede serlo un coleccionista de otro que anda tras los mismos objetos -dijo Cyrus-. Vi su colección una vez, al menos una parte. Admitió francamente que poseía algunas piezas que nunca podría exhibir, ya que las había obtenido ilegalmente. Habría hecho de todo, pagado lo que le pidieran, para conseguir lo que quería. ¡Oye! -Se inclinó hacia delante y sus ojos brillaron-: ¿Su viuda pone en venta su colección? ¿Por eso vino a verte, para pedirte consejo? Emerson, viejo amigo, no me dejarás fuera, ¿verdad?

- Eso nunca se me habría ocurrido -intervino Ramsés, pensativo-. Tiene más sentido que sus tonterías acerca de una maldición, si bien es una forma extremadamente tangencial de captar su interés, padre.

- No necesariamente -dije-. Si ella se ha informado mínimamente sobre tu padre, sabrá que rechazaría de plano que le pidiera ayuda para vender las antigüedades. Quizá pueda considerarse la estatua como una muestra. Evidentemente logró suscitar su interés.

- ¿De qué estáis hablando? -preguntó Cyrus-. ¿Muestra? ¿Estatua?

- ¿Y qué es eso de la maldición? -preguntó Katherine.

Relaté nuestra conversación con la señora Petherick. Al captar varios gruñidos y miradas significativas por parte de Emerson, me detuve antes de describir la estatuilla. Quería ser él mismo quien lo

hiciera.

- ¿Cómo puede creer en algo tan ridículo? -exclamó Katherine.

- No sé por qué te sorprendes, madre -dijo Bertie.

La referencia sesgada a la antigua carrera de médium espiritista de Katherine hizo que la dama frunciera el ceño. Después de años de feliz matrimonio y completa respetabilidad, hubiera preferido olvidar esa parte de su vida que, debo añadir para hacerle justicia, nuestra amiga había elegido sólo como medio de ganarse su vida y la de sus hijos huérfanos. Con la generosidad que le caracterizaba, Cyrus consideraba a Bertie y a su hermana Anna como sus propios hijos, y Bertie había correspondido a la bondad de su padrastro convirtiéndose en su asistente afectuoso y diligente en las excavaciones.

- No es nada sorprendente, en absoluto -dijo Cyrus con impaciencia-. El mundo está lleno de gente que no razona. Vamos, Emerson, muéstranos esa cosa.

Emerson sacó la estatuilla de la caja y la levantó.

El efecto resultó tal y como mi marido deseaba. Cyrus se puso blanco. Bertie se inclinó hacia delante, con los ojos como platos. Katherine no se vio afectada tan violentamente, ya que no tenía los conocimientos para comprender lo que veía, pero así y todo lanzó una exclamación admirativa.

- Supongo que éste no es uno de los objetos que viste cuando visitaste a Petherick -dijo Emerson.

Cyrus negó con la cabeza. En silenció alargó la mano, que temblaba perceptiblemente, y Emerson le pasó la estatuilla.

- La señora Petherick dijo que su marido la adquirió poco antes de su muerte -dije.

- Ella… -Cyrus se aclaró la garganta-. ¿Ella te la dio? ¿A cambio de qué?

- De mi promesa de que asumiría para mí la ira del propietario primitivo -dijo Emerson con una sonrisa de superioridad-. Mala suerte, Vandergelt. Si tuvieras mi reputación para las tonterías supersticiosas quizá se hubiera dirigido a ti.

- No te burles, Emerson -dije.

La puerta de la sala se abrió y apareció Fátima.

- La cena está…

Antes de que pudiera terminar la frase, un hombre la empujó y

entró en la habitación. Era alto y extremadamente delgado; el negro de su traje de etiqueta hacía juego con su pelo color ébano bastante despeinado; su larga cara estaba tan blanca como el frente de su camisa; pero creo que nadie hizo mucho caso de su apariencia en ese momento. Nuestra atención estaba concentrada en la pistola que empuñaba.

- Devuélvanmela -gritó, moviendo la pistola agitadamente-. Devuélvanmela ahora y nadie resultará herido.

Sus ojos codiciosos estaban fijos en la estatuilla. Cyrus la asió más firmemente aún y dio un paso atrás.

- Bueno, tenga cuidado, joven -comenzó a decir.

- No discutas, Vandergelt -dijo Emerson-. Si la estatuilla es de su propiedad, debemos devolvérsela, por cierto. Señor, ¿puedo sugerirle que guarde la pistola? Hay damas presentes.

La admonición tuvo el efecto que no había tenido el razonamiento. La blanca y ancha frente del hombre se arrugó.

- Les pido perdón -dijo.

Sacó el dedo del gatillo y bajó la pistola unos centímetros, ahora apuntaba a mis pies en lugar de mi cabeza. La situación había mejorado, pero no como para quedar del todo tranquilos. Sonreí amablemente, sosteniendo su mirada, y Ramsés, que se había estado moviendo de costado a su manera silenciosa, agarró al sujeto por detrás, cogió su muñeca derecha y le hizo bajar el brazo. El arma cayó al suelo y el intruso emitió un grito de dolor.

- Tenía puesto el seguro -informó Ramsés con frialdad.

- Muy bien -dijo Emerson, que desde el principio había estado al tanto de la maniobra-. Será mejor que lo tengas agarrado.

El intruso permaneció sin moverse mientras Ramsés lo aferraba e inclinó la cabeza. Cyrus cogió un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta y se enjugó la frente; Katherine se hundió en su silla con un largo suspiro. Fátima se había retirado prudentemente al rincón más lejano del salón, sin mostrar signos de alarma, ya que daba por sentado que podríamos manejar cualquier situación, incluyendo un ataque armado.

- *Sitt Hakim* -anunció con un dejo acusatorio-, la cena está…

Como antes, no pudo continuar con su frase. Esta vez, la persona que la hizo a un lado de un empujón era una mujer, elegantemente vestida con un traje de noche bordado con cuentas y un abrigo

ribeteado de plumas de marabú. Lanzó un grito desgarrador, echó a un lado su abrigo y corrió hacia Ramsés.

- ¡Cómo se atreve! ¡Suéltelo enseguida!

Comenzó a golpear a Ramsés con los puños cerrados. Mi hijo levantó un brazo para protegerse la cara y Nefret, maldiciendo, corrió en su ayuda. Evitando los puños de la dama, le administró un rápido puntapié en el tobillo. La agresora se sentó de repente en el suelo.

- Oh, qué bien -dije, exasperada-. Parece que no podremos cenar en ningún momento. Muchacha, ¿quién diablos es usted y qué quiere?

La caída le había quitado el aliento y le había proporcionado un poco de sentido común. A pesar de su postura poco digna, pues estaba despatarrada, con el pelo suelto y la falda arrugada, conservaba un aire de serenidad.

- He venido a buscar a mi hermano -explicó-. Adrian, ¿te han hecho daño?

Mientras mantenía a su cautivo, mudo y sin ofrecer resistencia, cogido con un brazo, Ramsés dijo:

- El único daño infligido en este salón es el producido por su hermano y por usted. ¿Tienen la costumbre de amenazar a desconocidos con una pistola?

La mujer no había visto el arma hasta entonces. Estiró los labios en un gesto tenso y miró a Ramsés con algo que más parecía una acusación que una disculpa. Por un momento sus miradas se encontraron. Luego ella se levantó lentamente y se arregló la falda. Para ser una mujer, tenía bastante estatura y su porte era más masculino que femenino, ya que mantenía los pies separados y los hombros echados hacia atrás. Tenía un pelo largo y brillante que se había soltado de sus peinetas y caía desaliñado sobre la cara. Sus ojos, de un castaño claro, eran su rasgo más atractivo, la nariz era prominente y los labios finos.

- Aparentemente no he comprendido la situación -dijo con frialdad. Dirigió a mí su mirada-. ¿Es usted la que llaman *Sitt Hakim?*

- Es mi apodo egipcio y significa «señora doctora» -expliqué-. Me lo pusieron en mis primeros días en este país, cuando trataba de aliviar los sufrimientos de la gente de aquí a mi humilde manera.

Usted, no obstante, no tiene derecho a llamarme de ese modo, pues…

- ¡Peabody! -gritó Emerson.

- No debe llamarme así tampoco -dije-. Sólo mi marido usa mi apellido de soltera como una muestra de afecto y…

- ¡Amelia! -aulló Emerson.

Sé que mi marido está enfadado conmigo cuando usa mi nombre de pila. Incliné la cabeza, como reconociendo su queja implícita, y dije a la muchacha:

- Me llamará señora Emerson y nos pedirá disculpas por su grosera intrusión. Usted y su hermano probablemente nos han arruinado la cena. Fátima, ¿le dirás al cocinero que tardaremos unos minutos más?

- Llorará -dijo Fátima con pesadumbre.

Nuestro primer cocinero quemaba la comida cuando nos retrasábamos. Este lloraba.

- Dile que iremos tan pronto como podamos. Muchacha, le doy diez minutos para explicar, pedir perdón y salir con su… impetuoso hermano. Puede comenzar presentándose.

- Harriet Petherick. Este es mi hermano Adrian. -Sus ojos se volvieron hacia Ramsés-. Le ruego que lo suelte. Ahora está calmado, ¿verdad, Adrian?

- Sí, por supuesto. -El joven emitió una risa corta y avergonzada-: No sé qué me ha pasado por la cabeza. Ven, Harriet, no debemos entretener más a estas personas a las que espera su cena.

- Todavía no -exclamó Emerson sacándose la pipa de la boca-. Ramsés, suelta a ese individuo. Y levanta la condenada pistola. Perdone que no me levante, señorita Petherick; considero que por su comportamiento no merece que la trate como a una dama. Siéntense los dos y explíquense. Entiendo que son los hijos de Pringle Petherick, cuya viuda nos visitó esta tarde.

Miss Petherick asintió con la cabeza. Condujo a su hermano a un sofá y se sentó a su lado, y mantuvo su mano en la suya. Ramsés recogió la pistola y la examinó.

- Alemana -dijo.

- Un recuerdo de la guerra -dijo Adrian Petherick con una torva sonrisa.

Bertie emitió una leve exclamación y se acercó, mirando a Petherick. Si tuvo intenciones de hablar, no le dieron la oportunidad; la señorita Petherick de inmediato se embarcó en la explicación que se le había pedido.

- La señora Petherick es nuestra madrastra. La acompañamos a Egipto a petición suya, en lo que ella llamó un peregrinaje sentimental en memoria de su querido marido fallecido. No teníamos ni idea de que llevaba la estatuilla consigo, ni de lo que pensaba hacer con ella… hasta que volvió al hotel esta tarde y nos informó de que les había dado a ustedes una de las piezas más valiosas de la colección de nuestro padre. Ambos le tenemos cariño y a Adrian le gusta protegerla. Pensó que ustedes se habían aprovechado de una mujer afligida que no es muy inteligente. Su indignación explica sus acciones, me parece.

- No, no lo hace -dijo Emerson-. Sus modales prepotentes pueden que intimiden a algunas personas, señorita Petherick, pero yo no soy una de ellas. ¿Sufre su hermano a menudo de ataques de demencia?

Ella reaccionó como si la hubiera golpeado, emitió un grito ahogado y levantó una mano en protesta. La firme mirada azul de Emerson no se alteró. Después de un momento, la joven dijo:

- No se trata de lo que usted piensa. Nunca ha hecho daño a nadie. No los hubiera herido a ustedes.

- Mmm -murmuró Emerson-. Dejaremos este tema por el momento. La señora Petherick nos contó que el objeto que nos dio tiene una maldición, que había matado a su marido, dejándolo sin respiración.

No hubo ninguna reacción por parte del joven Petherick, que estaba mirando para otro lado. Su hermana frunció el ceño.

- No me sorprende que dijera eso. Pero esa fantasía supersticiosa no altera los antecedentes del caso.

- ¿Cómo murió su padre? -pregunté.

- De causas puramente naturales -contestó la señorita Petherick-. Tuvo un ataque que lo dejó parcialmente paralizado. El segundo ataque acabó con él.

Emerson sacó su reloj.

- Permítame que sea breve. Maaman estará sollozando sobre la sopa y yo quiero mi cena. Pagaré a la señora Petherick un precio

razonable por la pieza, o se la devolveré si ella lo prefiere así.

- La quiere con ella -dijo la señorita Petherick-. Nos envió para recuperarla.

- Oh, no me diga -gritó Emerson. Hasta ese momento había mantenido su cólera bajo control, pero el hambre siempre lo vuelve irascible. Los hermanos se estremecieron y Emerson los atravesó con una mirada terrible-. Usted insulta mi inteligencia, muchacha. No sé quién puede ser el propietario legal de esta pieza. Quiero conservarla hasta descubrirlo. No me molestaré en preguntarles a ustedes, ya que no confío en absoluto en su palabra.

La señorita Petherick reconoció por fin que se había encontrado con la horma de su zapato y frunció el entrecejo.

- Mmm -dijo Emerson-. ¿Sabe usted quién vendió la estatuilla a su padre?

- No.

- ¿Alguna vez hablaba de sus adquisiciones con usted?

- No.

- ¿De manera que su único interés en la colección reside en su valor monetario?

La joven enrojeció de ira.

- Usted no tiene derecho a decir algo así.

- Oh, bah -gruñó Emerson-. Salgan de mi casa.

La señorita Petherick se levantó.

- Si esa es su actitud, profesor Emerson…

- Ramsés -dijo Emerson-, busca el abrigo de la señorita Petherick y acompáñala a su coche.

Cuando Ramsés intentó colocarle el abrigo sobre los hombros, ella se lo arrancó de las manos.

- Vamos, Adrian -dijo. Su hermano se levantó, con una vaga sonrisa. Ella lo tomó del brazo y salió apresuradamente seguida de Ramsés.

- La cena -dijo Fátima, casi con un chillido- está servida.

* * *

Cyrus no había dejado de asir fuertemente la estatuilla. La llevó con él al comedor y sólo con dificultad le convencimos de que la depositara encima de la mesa para coger la servilleta.

- ¡Qué familia! -gruñó Emerson-. La madrastra es una histérica o una embustera, el hermano un lunático…

- Y la hermana tiene unos puños de boxeador -dijo Ramsés, cuya mejilla estaba comenzando a ponerse morada.

Un gruñido sin palabras de Fátima, que estaba sirviendo la sopa, indicó su opinión sobre lo sucedido. Había estado de muy buen humor ya que por primera vez en muchos años no tenía que compartir la codiciada tarea de servir la mesa con nuestro mayordomo, Gargery. Demasiado anciano para realizar las agotadoras actividades que acompañan nuestras temporadas de excavaciones, había accedido a permanecer en Inglaterra sólo porque nuestra pupila Sennia, a la que adoraba, también se había quedado allí para seguir con su educación. Tenía nueve años y era más lista que el hambre; las escuelas de Luxor y El Cairo no tenían nada más que ofrecerle.

- Deberías haberle dado un fuerte empujón a la condenada muchacha -dijo Emerson, que nunca jamás hubiera hecho nada semejante. Tragó una cucharada de sopa e hizo una mueca-. Está salada. Bien, Vandergelt, ¿qué piensas del asunto?

- Has hecho lo correcto -dijo Cyrus-. Recuerdo haber oído que Petherick no dejó nada excepto su colección. Es muy valiosa, pero no sé quienes son sus herederos legales. Quizá los chicos están tratando de engañar a la viuda.

- Si ella realmente piensa que la estatuilla tiene una maldición, no la aceptará de vuelta- comenté.

- Emerson -dijo Cyrus lastimeramente-, yo le pagaré a la señora. ¡Debo quedarme con esa pieza!

Emerson alejó el plato de sopa.

- Francamente, Vandergelt, ¡me importa un pepino quién se la quede! Lo que quiero saber es de dónde proviene.

- Es de suponer que se la vendiera un traficante -dije.

- ¿Y antes de él?

- Otro traficante -contesté, encogiéndome de hombros-. Un ladrón de tumbas o un excavador ilegal. ¿Dónde quieres llegar, Emerson?

- Díselo, Ramsés -Emerson cogió la estatuilla y se la entregó a su hijo.

- Si, señor. Podremos o no averiguar quiénes fueron sus propietarios anteriores, pero la estatuilla en sí misma ofrece algunas claves acerca de dónde fue hallada. -Acercó el objeto a la luz y pasó

un dedo experto por la mejilla exquisitamente modelada y por las curvas del cuerpo-: Es uno de los reyes de Amarna.

- El estilo es inequívoco -dije, asintiendo con la cabeza-: las suaves líneas del cuerpo, las delicadas facciones. Puesto que esta técnica artística se empleó sólo durante el reinado del así llamado rey hereje Akenatón y sus inmediatos sucesores, podríamos ubicarla en un período de… oh, yo diría menos de quince años, ya que es del estilo Amarna tardío antes que…

- Amelia -dijo Emerson conteniéndose apenas-. Eso ya lo sabemos.

- Katherine parecía un poco confundida -expliqué.

- Gracias -dijo Katherine con una sonrisa.

- El término Amarna -continué, antes que Emerson pudiera detenerme- se refiere al lugar del Egipto Medio donde Akenatón fundó una ciudad dedicada al culto del único dios, Atón.

- ¿No podría ser el mismo Akenatón? -preguntó Cyrus-. Me he fijado en que no hay ningún nombre inscrito.

Ramsés dio vuelta a la estatuilla e inspeccionó las plantas de los pequeños pies dorados.

- Creo que se hallaba en un pedestal, quizá con una columna detrás, que es donde estaría la inscripción con el nombre del rey.

- Quizás -dudó Cyrus-. Pero eso no nos da ninguna pista de dónde proviene, ¿verdad?

- Sólo hay unas pocas posibilidades -dijo Ramsés-. Amarna en sí es la más obvia. Madre y padre excavaron allí en la década de 1880, y ha habido arqueólogos trabajando en la zona intermitentemente desde entonces, por no mencionar a los buscadores locales. El yacimiento es enorme. Esta pieza podría provenir de un lugar sagrado en la casa de un cortesano, o del taller de un escultor, como el que encontraron los alemanes antes de la guerra.

- Poco probable, muchacho -dijo Emerson negando con la cabeza-. Borchardt encontró modelos en yeso, sin valor intrínseco. Se llevaron todo lo que se podía volver a utilizar cuando abandonaron la ciudad. A buen seguro no hubieran dejado una estatuilla de oro puro.

- No puedes tener certeza ello -objetó Cyrus-. Quizá el propietario la enterró para salvarla y murió antes de poder recuperarla.

- Todo es posible -retrucó Emerson-. Pero no te lances y salgas para Amarna a todo correr, Vandergelt. Sabemos que los sucesores de Akenatón regresaron a Tebas. Uno de ellos fue enterrado en KV55, la tumba que Theodore Davis abrió en 1907.

- A menos que la momia encontrada en esa tumba fuera el mismo Akenatón -dijo Cyrus-. Weigall cree…

- Weigall se equivoca -le cortó Emerson, tajante-. Los restos deben ser de Smenkhkare, el yerno de Akenatón. No viene al caso. Esta estatua es precisamente el tipo de pieza que podría ser parte del ajuar de esa tumba que, si lo recuerdas, consistía en un cúmulo de objetos pertenecientes a diferentes reyes. También recordarás que los trabajadores de Davis se llevaron algunas cosas. Y lo mismo hizo otro individuo. ¿No es cierto, Amelia?

Todas las cabezas se volvieron, todos los ojos me miraron. Las órbitas azules y brillantes de Emerson parecían tan duras como zafiros.

Bertie, como el caballero que era, rompió el silencio con una pregunta indignada.

- Por cierto, ¿no estará acusando a su esposa, profesor?

- No -dije-. Está acusando a su hermano.

No había necesidad de explicar a quién me refería. Walter, el hermano pequeño de Emerson, era un afamado catedrático y un hombre íntegro. Seth, su medio hermano ilegítimo, no… lo era. Hasta Katherine conocía su extraña historia: antes de que yo lo reformara, Sethos (para mencionarlo por su *nom de crime)* había sido el traficante de antigüedades ilegales de más éxito que nunca operara en Egipto. Su aguda inteligencia, su habilidad en el arte del disfraz y su personalidad carismática lo habían colocado a la cabeza de una organización que había hecho estragos en el Service des Antiquités y nos había causado innumerables inconvenientes. Todo eso era pasado. Sethos sirvió a su país con honor durante la guerra y me había prometido que había dejado sus actividades delictivas.

Sin embargo, Emerson se refería al pasado, y tuve que admitir que Sethos resultaba el sospechoso más lógico. Sabía con certeza que había saqueado la tumba de Davis.

También lo sabía Emerson. No suelo ocultar nada a mi marido (a menos que tenga alguna probabilidad de despertar su formidable mal genio). Se había producido una violenta explosión cuando le

describí mi algo inusual y (en opinión de Emerson) totalmente innecesaria entrevista íntima con Sethos después de la excavación de la tumba 55; pero una vez que se calmó, estuvo de acuerdo en que no tenía sentido seguir la discusión. Sethos había admitido con tranquilidad haber tomado una cantidad de antigüedades de la tumba, pero para el momento que lo supe era demasiado tarde para evitar que salieran del país. Estaban perdidas para siempre, como sucedía con Sethos, que podía cambiar su apariencia y su nombre con igual rapidez.

- ¡Por Dios Todopoderoso! -exclamó Cyrus-. Bien, pero Sethos se ha reformado y ahora es un amigo. Todo lo que tenemos que hacer es preguntarle…

- Si robó la estatua -intervino Nefret-. Un hombre es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad, ¿verdad?

Siempre había manifestado una cierta debilidad por Sethos, como la mayoría de las mujeres. Ramsés sacudió la cabeza. No sentía ninguna debilidad por su tío, como le sucedía a la mayoría de los hombres.

- Cuando se trata de la historia pasada de Sethos, hay que pensar lo contrario. Generalmente *era* culpable. ¿Dónde está ahora?

- No lo sé -dije-. Todavía trabaja como agente secreto para el Ministerio de la Guerra.

- No me parece que tenga importancia alguna -declaró Nefret-. El señor Petherick era el propietario legítimo.

- Sin embargo, sí tiene su importancia -la contradijo Ramsés-. Si Sethos niega haberla tomado de la Tumba KV 55, y si nosotros le creemos, debemos buscar el origen de la estatua en otro lado.

- Mmm -Emerson arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó-. A trabajar.

Yo sabía lo que quería hacer, y comprendía sus motivos, pero me sentí obligada a protestar.

- Emerson, es muy tarde y tenemos huéspedes.

- Nosotros no somos huéspedes -dijo Cyrus, poniéndose de pie a continuación-. Me parece que pensamos lo mismo, Emerson. Es una pena que David no esté aquí. Es el mejor artista de la familia.

- Quizá podamos quedarnos con la estatuilla hasta que regrese, la semana que viene -dijo Emerson-. Pero si nos vemos obligados a devolverla, tendremos al menos algún registro: fotografías, dibujos

a escala, quizá un molde de yeso.

- Tardaremos toda la noche -protesté.

- ¿Qué importa? -preguntó Emerson.

* * *

Y realmente tardamos toda la noche. Emerson no estuvo satisfecho hasta que fotografiamos el objeto desde todos los ángulos y tomamos notas detalladas. Bajo un examen minucioso, se apreciaron algunos defectos menores en lo que parecía una perfecta obra de arte. Uno de los dedos pequeños se había roto. La larga faja bordada y el ancho collar tuvieron una vez incrustaciones de pequeños trozos de vidrio o piedras preciosas ahora ausentes casi por completo. Había un hueco en la corona azul, en el centro de la frente. En este lugar la serpiente uraeus, el símbolo de la dignidad real, había levantado su cabeza arrogante. Debió haber sido una pieza separada, inserta en la corona, y se había desprendido.

- Pobre reyecito -dije, dejando volar mi fantasía-. Sin la serpiente guardiana en su frente no tenía forma de evitar la humillación de pasar de mano en mano de gentes codiciosas y de estar expuesto a las miradas de los curiosos.

La única persona que respondió a esta afirmación poética fue Emerson.

- Deja de decir tonterías, Peabody.

Después de que los Vandergelt partieran, y Nefret y Ramsés se fueran a su casa, Emerson se durmió de inmediato. Nunca permito que el cansancio me prive de mi rutina nocturna, de manera que me senté frente al tocador y cepillé mi cabello las cien veces preceptivas. Las velas ubicadas a ambos lados del espejo prestaban una suavidad fantasmal a mi cara reflejada en él, y el efecto calmante de los repetidos pases del cepillo permitió que mi mente se relajara.

Los sorprendentes sucesos de la velada habían pospuesto una seria discusión acerca de nuestros planes futuros. En años anteriores, Cyrus había compartido con nosotros el yacimiento del poblado de los trabajadores en Deir el Medina; mientras excavábamos en el mismo poblado, Cyrus y Bertie investigaban las tumbas de la ladera. Ese año contábamos con poco personal, y cada vez se tornaba más evidente para mí, aunque no para mi tozudo y egocéntrico esposo, que estábamos en vísperas de cambios

importantes.

Hasta ese momento habíamos dependido de amigos y parientes para colaborar en nuestras tareas arqueológicas. Podíamos contar con Selim, el hijo y sucesor de nuestro querido *reis* Abdullah, durante muchos años más, y los miembros más jóvenes de su familia estaban ocupando los puestos que quedaban vacantes por fallecimiento o jubilación. Con David, el nieto de Abdullah, que habíamos rescatado de su cruel amo cuando todavía era un niño, el tema era diferente. Nos había devuelto ampliamente el favor, si se puede llamar así, con años de servicio leal y competente; pero se había labrado una exitosa carrera como pintor e ilustrador. Con su esposa Lía tenía cuatro hijos. No necesito explicar a ninguna madre de cuatro niños por qué Lía había abandonado su carrera como arqueóloga asistente. Su padre era filólogo, no excavador, y al fin había confesado que la dura vida de un arqueólogo de campo se había vuelto demasiado penosa para él. Su esposa Evelyn prefería el papel de abuela al de artista de plantilla. Contábamos entonces con Ramsés y Nefret, ninguno de los cuales había expresado una palabra de queja, pero yo preveía el momento en que querrían más libertad de los lazos familiares y del control despótico de Emerson. Nefret podía utilizar sus conocimientos médicos en la clínica que había abierto en Luxor, pero yo sospechaba que en el fondo deseaba realizar una práctica más especializada, como la que podía llevar a cabo en el hospital para mujeres que había fundado hacía algunos años atrás en El Cairo. ¡Demasiados «peros»! La necesidad de escolarización de los niños, los intereses de Ramsés en otras áreas de la Egiptología: todo llevaba a la misma conclusión. Teníamos que dejar que nuestros seres queridos tomen sus propios caminos y esto significaba que debíamos contratar nuevo personal. No podía ni imaginar cómo hacer para convencer a Emerson de esta necesidad sin que hubiera una batalla de proporciones épicas. Sin embargo, casi me hacía ilusión la polémica. Emerson tiene un aspecto imponente cuando está hecho una furia. Además, yo nunca había perdido una discusión realmente importante.

Una brisa hizo oscilar la llama de la vela. Me incliné hacia delante, observando mi imagen más de cerca. Era que…

Sí. En esos días estaban apareciendo con más frecuencia estos mechones plateados en el negro de mi cabello. ¡Bueno! Esa era otra

batalla que no pensaba perder. Miré sobre mi hombro para asegurarme de que Emerson seguía dormido y saqué la botellita de tinte…

Del Manuscrito H:

Los niños se despertaron al alba. Arrancado de su pesado sueño por las agudas voces de sus queridos hijitos, Ramsés gruñó y se tapó con la sábana. Sólo había dormido dos horas. La culpa no era toda de su padre; se había producido una distracción adicional cuando él y Nefret se quedaron solos.

La sábana no sirvió de nada. La quitó, se dio la vuelta y observó a su esposa dormida. Como era habitual, su mal humor desapareció a la vista de la muchacha: sus cabellos dorado-rojizos estaban desparramados sobre la almohada y los estrechos tirantes del camisón dejaban sus blancos hombros y sus brazos al aire. Le pareció imposible que llevaran seis años de matrimonio. Se había esforzado más tiempo que ése para conseguirla, casi tanto como el adolescente Jacob había trabajado para conseguir a su amada Raquel.

Levantó de su frente un descolocado mechón de cabello para que no le cayera sobre los ojos. Estos se abrieron. Después de un instante la perezosa mirada del sueño fue reemplazada, no por el aprecio que esperaba su marido sino por la consternación.

- Oh, querido -gruñó-. No me digas que ya es de día.

- Quédate en la cama -dijo Ramsés, deseando poder hacer lo mismo-. Le diré a padre que te sientes indispuesta.

- No, no lo hagas. Pensará… ya sabes lo que pensará.

- Si-. Los mellizos tenían cuatro años y su padre solía dejar caer algunas indirectas no demasiado sutiles acerca de tener otro nieto. Lo que resultaba extraño es que su madre no lo hiciera.

- No hay necesidad de que te levantes -insistió Ramsés-. Hoy es viernes. De todos modos, los hombres no trabajarán. Si conozco a padre, y creo que es así, está planeando hacer una de estas dos cosas: buscar a Sethos o visitar a la señora Petherick. Nunca lo he visto tan fascinado por una pieza.

Nefret se incorporó, levantó las rodillas y se abrazó a ellas.

- ¡No me lo perdería por nada del mundo!

- ¿Cuál de las dos cosas? -preguntó Ramsés, devolviéndole la sonrisa.

- Las dos -retiró las mantas-. Aunque no me imagino cómo espera encontrar las huellas de Sethos.

Dejaron a los niños desayunando… y echando trozos de huevo y de tostada con mantequilla en las fauces abiertas del *Gran Gato de Re,* y se encaminaron por el sinuoso sendero flanqueado de árboles que llevaba a la casa principal, donde encontraron a sus padres desayunando. Emerson los recibió con su queja habitual: «¿Por qué no habéis traído a los mellizos?», a la que su esposa respondió como de costumbre. «No hasta que dejen de arrojarse comida entre ellos y al gato». El *Gran Gato de Re* se había quedado con los niños. Como compañía, prefería a Ramsés, pero éste no arrojaba tanta comida al suelo como los mellizos.

Peabody tenía un aspecto animado, con los ojos brillantes, el pelo de un improbable color negro intenso y la barbilla prominente. Ramsés dedujo que habían interrumpido una discusión. Esas peleas no eran raras; su padre y su madre disfrutaban con ellas, y pocas veces la presencia de sus hijos los detenían. Tan pronto como Fátima los hubo servido y respondido a sus saludos, su madre prosiguió con el ataque.

- Tu propuesta de ir a El Cairo para buscar a Sethos es perfectamente ridícula, Emerson. Podría estar en cualquier parte de Oriente Medio, o para el caso, del mundo. No sé por qué se te ha ocurrido esta peregrina idea. No sólo debemos enfrentarnos con la señora Petherick y sus excéntricos hijos, sino que no puedes abandonar tu trabajo.

- ¿Quién ha dicho nada de abandonar Deir el Medina? -preguntó Emerson-. Estaré fuera sólo dos días. Vosotros podéis desenvolveros muy bien sin mí durante ese tiempo. Lo que me recuerda… ¿dónde está Jumana?

Ramsés había terminado los huevos y la tostada. Fátima, que pensaba que estaba muy delgado, inmediatamente le llenó el plato. Él la miró con gratitud y le sonrió. La cara redonda y amable de la mujer, rodeada por los cuidados pliegues de su pañuelo, mostraba una preocupación poco usual en ella.

Peabody se había puesto en marcha y proseguía a todo vapor.

- Tú sabes perfectamente bien, Emerson, que Jumana va al yacimiento con los Vandergelt ya que por el momento está viviendo con ellos. Lo que me recuerda que tú nunca acordaste con Cyrus las

obligaciones exactas de la chica: él la necesita más que tú, puesto que sólo cuenta con Bertie para supervisar a los hombres. He estado queriendo hablar contigo de este tema desde hace un tiempo. Estamos faltos de personal y…

- Discúlpeme, madre -interrumpió Ramsés, sabiendo que la discusión podía prolongarse indefinidamente-. Fátima, pareces nerviosa. ¿Hay algo que te preocupe?

- Gracias, Ramsés, por preguntarme -dijo Fátima-. Quiero saber si esos dos, u otros de la misma calaña, van a volver. No los pude mantener fuera de la casa, me dieron un empujón y entraron. Le he dicho a Jamad que debe vigilar la puerta.

Sus manifestaciones de sarcasmo y de queja eran tan poco habituales que todos agacharon la cabeza, incluso Emerson.

- Ejem -dijo-. Lo lamento, Fátima, pero no hay necesidad…

- Hay necesidad, Padre de las Maldiciones. -Se cruzó de brazos y le dirigió una mirada severa-: En El Cairo teníamos un verdadero portero para anunciar a los visitantes o para echarlos. En la *dahabiyya* teníamos siempre un guardia en la plancha. Aquí está todo abierto. No es conveniente que los extraños entren cuando quieran.

- Tiene razón, por cierto -dijo Nefret-. Los Petherick no son los únicos que han invadido nuestra intimidad. ¿Recordáis la horrible mujer que la semana pasada ofreció a padre diez libras para que le guiara por los monumentos de Luxor? El turismo está en auge y algunas personas no tienen modales.

- Siempre ha habido gente sin educación -dijo su suegra, frunciendo el ceño-. ¿Pero qué podemos hacer? Me niego a quedarme sin galería, es demasiado agradable, y si construimos un muro echaremos a perder las vistas.

- Podríamos construir una garita o caseta a cierta distancia de la casa sobre el camino -sugirió Nefret-. Y hacer que alguno de los hombres de más edad se siente allí durante el día. Jamad tiene mucho que hacer.

- Haced como queráis -dijo Emerson, impaciente-. Gracias al numerito que ha montado vuestra madre he perdido el tren de la mañana. Quizá sea para bien; Ramsés, quiero que vengas al Valle conmigo.

- ¿Al Valle de los Reyes? -preguntó Ramsés sorprendido.

- Sólo hay un Valle en Luxor -contestó Emerson categóricamente aunque con poca exactitud.

- Sí, señor. ¿Puedo preguntar para qué?

- Le prometí a Carter que vigilaría el lugar. -Emerson alejó el plato, sacó la pipa y se dedicó con esmero a llenarla-: Él y Carnarvon están perdiendo el tiempo en Inglaterra y estarán ausentes algunas semanas más.

Su esposa le lanzó una fría mirada. Como Ramsés, había reconocido las señales. No se podía decir que Emerson mintiera, pero estaba ocultando algo.

- Eso es injusto -dijo la mujer-. Howard pasó por una seria operación quirúrgica el mes pasado y todavía se está recuperando. ¿Por qué le hiciste esa promesa?

- Es lo menos que alguien puede hacer por un amigo -dijo Emerson.

- Bah -retrucó su esposa-. Nadie podría realizar una excavación ilegal en el Valle, hay demasiados turistas y guardias, aún cuando quedan muchas tumbas por descubrir. Howard ha estado excavando en ese lugar a intervalos durante años sin éxito. ¿Qué estás tramando, Emerson?

- ¿Pones en duda mis motivos? -preguntó Emerson, haciendo una buena imitación de indignación virtuosa-. Me ofenden tus insinuaciones, Peabody. Ven, Ramsés.

- ¿Qué hacemos con la señora Petherick? -preguntó su esposa.

Emerson, a medio camino hacia la puerta, se detuvo.

- Le toca a ella dar el próximo paso.

Sin embargo, no parecía tan seguro como de costumbre y su esposa aprovechó enseguida esta ventaja.

- Tonterías. Cuando aceptaste ese objeto no tenías idea de su valor. Tus motivos serán puestos en duda si no lo devuelves al momento, o al menos te ofreces a hacerlo.

- Maldición -masculló Emerson.

- La señora Petherick debe ser informada de la extraña actuación de anoche de sus hijastros -prosiguió su esposa-. Dijiste que no estabas seguro de quién podía ser el propietario legítimo de la estatua. Bueno, ¿no está ella en la situación adecuada para responder a esa pregunta? También podría saber el nombre del comerciante que se la vendió a su marido. Esta es la forma más

práctica de descubrir su origen, siguiendo la huella de un comprador a…

- Sí, sí -Emerson se dio la vuelta para enfrentar a su mujer-. Ya nos has convencido, Peabody, no necesitas machacarme. Haremos una visita a la condenada mujer. Tan pronto como sea posible. Quiero terminar con este asunto.

- Me alegra que estés de acuerdo, Emerson. Envié una notita a la señora Petherick esta mañana, invitándola a comer con nosotros en el Winter Palace.

- Mmm -Emerson sacó el reloj-. ¿A qué hora?

- A las dos en punto.

- Entonces Ramsés y yo tenemos tiempo suficiente para hacer una visita al Valle. Iremos en el automóvil.

- No a menos que pueda andar con sólo tres ruedas -dijo su mujer-. No creo que tú y Selim hayáis logrado colocar la que le falta.

- Oh -Emerson se acarició el hoyuelo de la barbilla. Había comprado el automóvil a pesar de las enérgicas protestas de su esposa, quien había señalado, muy certeramente, que el uso del vehículo se vería limitado por la falta de buenas carreteras, pero la principal objeción se refería a la forma de conducir de Emerson: a toda velocidad, con una completa indiferencia hacia los objetos que se hallaban en el camino. Sin embargo, el coche pasaba casi todo el tiempo en el cobertizo anexo, ya que Emerson y Selim lo tenían casi siempre desarmado.

- Entonces iremos a caballo -dijo Emerson-. No es necesario que vengas, Peabody.

- No me lo perdería por nada del mundo, Emerson.

* * *

Hacía meses que Ramsés no iba al Valle. El permiso de excavación estaba en manos de Lord Carnarvon, cuyos trabajos, bajo la dirección de Howard Carter, se prolongaban de forma intermitente desde 1913. No había encontrado nada, excepto las cabañas de algunos trabajadores y un escondrijo de vasijas de calcita. En general, todos pensaban que Carter perdía el tiempo. No había más tumbas reales en el Valle.

Mientras caminaban a lo largo del camino polvoriento que salía del corral de los burros, donde habían dejado los caballos, Ramsés

sintió una cierta nostalgia. Su interés primordial no residía en la arqueología, pero no había lugar en la tierra más evocador que las tumbas de los grandes faraones del Imperio. La familia había tenido permiso para trabajar en los sepulcros más desconocidos y poco interesantes hasta 1907, con el consentimiento reticente del mecenas americano Theodore Davis, que poseía todo el derecho legal para buscar nuevas tumbas. Había encontrado muchas, o mejor dicho, lo habían hecho sus arqueólogos asistentes. La torpeza con la que Davis se había manejado en el descubrimiento de la enigmática tumba KV55 provocó en Emerson una reacción especialmente explosiva, y el señor Maspero, entonces jefe del Service des Antiquités, les había prohibido la entrada al Valle, obligado por Davis.

¡Qué gran temporada había sido aquella, sin embargo! Mientras pasaban por el acceso a KV55, ahora bloqueado y sellado, Ramsés sintió la emoción del recuerdo. Nunca podría olvidar la primera vez que vio las piezas del gran sepulcro dorado, que se esparcían, abandonadas, en el corredor de la entrada, el ataúd hecho trizas pero magníficamente incrustado, los vasos canopes con sus cabezas exquisitamente esculpidas. Se había estropeado de muy mala manera el trabajo arqueológico, ello no podía ponerse en duda, pero si Emerson no hubiera insultado a Maspero, quizá habrían tenido una posibilidad de obtener para ellos el permiso de excavación cuando Davis lo cediera. De todos los yacimientos de Egipto, ése era por el que suspiraba Emerson.

Pero Emerson pasó de largo la entrada de KV55 con apenas una mirada de reojo y siguió abriéndose camino entre la muchedumbre mientras mascullaba anatemas contra los turistas de cabeza hueca. A medida que proseguían su marcha y pasaban por las salidas laterales que llevaban a las tumbas reales más populares, el gentío decrecía. El sol se había levantado sobre los acantilados que los rodeaban. Ramsés tomó el brazo de su madre.

- Estoy deseando un descanso, ¿y tú?

El salacot ocultaba la parte superior de su cara, pero vio que los labios se relajaban. Esa mañana cojeaba un poco, aunque trataba de no hacerlo. Ramsés lo había notado una o dos veces antes, aunque ella nunca admitiría sentir fatiga o dolor.

- Como quieras, querido.

Emerson retrocedió para preguntar por qué se detenían. Su mujer, que llevaba el famoso cinturón de donde colgaban varios «objetos útiles», desabrochó la cantimplora y la ofreció a los demás. Nefret la aceptó con gratitud, lo mismo que Ramsés, después de que su madre hubiera bebido. Emerson negó con la cabeza. Podía andar sin agua tanto como un camello, y su hijo se había preguntado a menudo cómo es que no había caído deshidratado más de un millón de veces.

Continuaron la marcha, explorando un *wadi* detrás de otro, hasta que llegaron a un camino sin salida y encerrado entre abruptos barrancos. Por encima de ellos, en lo alto, en una estrecha hendidura, se encontraba la entrada de una tumba: la del gran faraón guerrero Tutmosis III.

- ¿Qué hace padre? -preguntó Nefret.

Su suegra abrió el parasol. Lo usaba a menudo como arma ofensiva pero gustaba señalar que además tenía otras muchas utilidades, como la de proteger del sol.

- Está buscando señales de excavaciones no autorizadas, supongo. Si algo de ese estilo ha tenido lugar, probablemente sea en esta zona, lejos de la parte principal del Valle. Pero no me preguntes qué espera conseguir con esta búsqueda.

Ese remoto sepulcro tenía un aire de majestad y misterio que la parte principal del Valle había perdido cuando el Departamento de Antigüedades allanó sus senderos desiguales y construyó pulcros y modernos muros de contención cerca de la mayoría de las entradas a las tumbas. Allí, lejos del ruido y del movimiento, no era difícil imaginar al cortejo fúnebre en su marcha sinuosa por el barranco rocoso, los cantos de los sacerdotes de blancas vestiduras y los gemidos de las plañideras, mientras el ataúd cubierto de oro atrapaba los rayos del sol e irradiaba un brillo cegador. Como todas las otras tumbas, la de Tutmosis III había sido saqueada milenios atrás, pero como había sido uno de los reyes más ricos y más poderosos de Egipto, con la riqueza de Nubia y Siria en sus manos; mareaba imaginar los tesoros que se habían enterrado con él.

Un bufido de Emerson despertó a Ramsés de su ensueño, que se debía en parte a que no había dormido lo suficiente. Se apresuró a reunirse con su padre, que estaba merodeando alrededor de un montón de piedras y lascas ubicado en la base del acantilado, a una

cierta distancia. La pila de escombros tenía la altura de un hombre y se había formado, si Ramsés recordaba correctamente, por la excavación de Davis de la tumba cercana de Siptah.

- ¿Carter no trabajó en esta zona el año pasado? -preguntó Ramsés.

Emerson no contestó. En cambio, comenzó a cavar en uno de los montones, ignorando el grito de su mujer: «¡Emerson, tus guantes! ¡Ponte tus guantes!». Ramsés se puso manos a la obra, preguntándose qué diablos estaba buscando. Encontraron una cantidad de trozos de cerámica y el pie de un *ushebti* de fayenza: Davis nunca se había tomado la molestia de tamizar sus escombros. Por fin, Emerson emitió un gruñido de satisfacción y sacó una hoja de periódico rasgada y arrugada.

- Julio del año pasado -anunció.

- Un turista -aventuró Ramsés.

- Está en árabe -dijo Emerson-. *Al Ahram,* Será mejor que regresemos.

Dobló el periódico y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Volvieron sobre sus pasos. Tan pronto como estuvieron fuera de visión del lugar donde habían estado cavando, Emerson se detuvo y comenzó a hacer violentos gestos a los demás.

- Seguid -murmuró-. Continuad hablando.

Se dio la vuelta y corrió hacia el lugar que habían dejado atrás, haciendo señas a Ramsés de que lo siguiera.

No se acercaron en silencio, pero Emerson era muy rápido cuando se lo proponía. Llegaron a la escena a tiempo de ver a varios hombres que huían en todas direcciones. Emerson saltó sobre uno de ellos y Ramsés cogió a otro. Lo conocía: Deib ibn Simsah. En el cercano poblado de Gurneh vivían muchos de los asaltantes de tumbas más hábiles de Egipto. Los Ibn Simsah habían aceptado con orgullo la fama de un dotado antecesor en esa actividad; sólo les superaban los miembros de la familia Abd er Rassul en lo que hacía al descubrimiento y saqueo de nuevas tumbas. Después de un desganado intento de soltarse del firme apretón de su brazo, Deib se quedó quieto y sonrió a Ramsés como para congraciarse.

- No estamos haciendo nada malo, Hermano de los Demonios. Me conoces, conoces a mi hermano Aguil.

- Os conozco demasiado bien -dijo Ramsés con los ojos fijos en la

figura de un tercer hombre, que escalaba con la agilidad de una cabra-. Pero, ¿quién es ese?

Deib se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Emerson lanzó un juramento, inédito en su amplio repertorio, y comenzó a escalar el barranco en persecución del fugitivo. Ramsés lo atrapó.

- ¡No, Padre! Tiene una…

El disparo de una pistola hizo innecesario que terminara la frase.

Capítulo 2

El súbito cambio de dirección de Emerson me tomó por sorpresa, de la que me recuperé de inmediato. Me apresuré a ir tras ellos y los demás me siguieron. El sonido de un disparo puso alas a mis pies. Al llegar al lugar, Emerson estaba interrogando a dos de los habitantes de peor fama de Gurneh. Interrumpió sus gritos de acusación y me lanzó una mirada feroz.

- ¡Maldición, Peabody, te dije que siguieras tu camino!

- Tonterías -dije-. ¿Quién ha disparado? ¿A quién? ¿Y por qué?

Con las manos en la cadera y la cabeza echada para atrás, Ramsés estaba observando la cima del acantilado.

- Había un tercer hombre. Padre estaba a punto de alcanzarlo cuando me di cuenta de que el individuo tenía un arma.

- ¡Santo Dios! -exclamé-. Emerson, cariño, ¿estás herido?

- No, no. El hombre no trataba de herir a nadie sino de conseguir tiempo para escapar. Lo que -agregó, enfadado-, ha hecho. ¿Quién era, Deib? ¡Habla!

Deib y su hermano se habían puesto pálidos de terror. Conocían los castigos por herir a un extranjero.

Deib se retorció las manos y estalló en protestas incoherentes. Nunca habían visto antes a aquel hombre… No sabían que tenía una pistola. Sólo estaban buscando un escarabajo que uno de ellos había perdido el día anterior. Como el Padre de las Maldiciones sabía, vendían tales objetos a los turistas, pero los obtenían por métodos lícitos, y éste en particular lo habían comprado a un paisano de Gurneh, esperaban sacar un pequeño beneficio…

- No creo ni una palabra -le interrumpió Emerson, tajante-.

Estabais observándonos y cuando nos visteis cavar aquí, decidisteis echar una mirada en persona.

- ¿Y qué hay de malo en ello? -preguntó Deib, contradiciéndose sin vergüenza alguna-. Le habríamos avisado, Padre de las Maldiciones, si hubiéramos encontrado una tumba.

- Oh, bah -dijo Emerson-. Describidme a ese hombre al que no habéis visto nunca.

Resultaría difícil determinar si la vaguedad de la descripción se debía a los escasos poderes de observación de Deib o a una calculada prudencia… o a un soborno considerable. El hombre estaba vestido como un *howadji* (es decir, llevaba ropas europeas). No era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco. Un sombrero cubría su pelo, unas gafas sus ojos, y una larga barba la parte inferior de su rostro. No podían describir su voz porque no había pronunciado ni una palabra, sólo se quedó observando.

Por fin Emerson despidió a los hermanos con una severa advertencia y ellos partieron con celeridad. Mi marido los había dejado ir más fácilmente de lo que merecían, y su expresión tenía un deje de satisfacción que me hizo conjeturar que tramaba algo. Cuando le informé de que debíamos regresar, me siguió sin protestar, otra señal muy sospechosa.

Llegamos al Winter Palace a tiempo. El turismo había recuperado el nivel de antes de la guerra, y el vestíbulo estaba lleno de gente que volvía de las visitas de la mañana y esperaba para almorzar. Nada menos que el director, el señor Salt, nos estaba esperando y nos informó de que la señora Petherick había solicitado que se le advirtiera de nuestra llegada, pues entonces se nos uniría en el vestíbulo.

En lugar de tomar el ascensor, la señora bajó lenta y majestuosamente las escaleras, famosas por su elegante estructura y que descendían en una suave curva, de manera que para el momento en que llegó al final, todos los ojos estaban fijos en ella. Un chal de encaje negro, parecido a una mantilla, enmarcaba su cara, que de modo irresistible me recordó a los vampiros que tan frecuentemente aparecían en las ficciones que escribía la dama: los ojos marcadamente delineados en negro, los labios pintados rojo sangre y las facciones con una palidez de polvos de arroz. Ofreció a Emerson una mano cubierta con un guante de encaje negro con la

intención de que éste se la besara, pero, siendo Emerson como es, la cogió y estrechó vigorosamente.

- Les agradezco que hayan venido -dijo con énfasis-. Necesito tanto que me tranquilicen. Le vi de nuevo anoche. ¿Cuándo, oh, cuándo realizará la ceremonia que me liberará?

Como era su intención, este comentario llegó a los oídos de todos los que se hallaban cerca. Se levantó un pequeño murmullo de excitación. No quise darle la satisfacción de preguntar a quién se refería, puesto que sabía lo que tramaba, pero Emerson no se pudo resistir.

- ¿A quién dice que vio? -preguntó.

- No tiene nombre -respondió la mujer con un susurro emocionado y penetrante-. Se trata de la sombra oscura y sin rostro a la que vi absorber la vida de mi amado esposo. ¡Me ha seguido hasta aquí!

Con el sombrero en la mano y el rostro sometido a un estudiado dominio, Ramsés dijo:

- Se trata de la tercera vez, ¿verdad? Creo que usted nos dijo que la tercera visita sería la última.

- Me debí explicar mal -dijo la señora Petherick, mintiendo como una bellaca-. Pero volverá, y la próxima vez…

La tomé firmemente del brazo.

- Vayamos al comedor. El señor Salt ha reservado una mesa para nosotros.

Emerson se encontraba en un estado de ánimo que no admitía bobadas. Tan pronto como hubimos ordenado la comida, lanzó a la señora Petherick una mirada severa.

- No queremos escuchar más fantasías, señora. ¿Sabe usted que sus hijastros invadieron nuestra casa anoche? ¿Y que el joven nos amenazó con una pistola?

- Pobre Adrian -murmuró la señora-. Ha sufrido mucho y está muy apegado a mí. Ustedes no corrían ningún peligro, se lo puedo asegurar.

- ¿Pero corremos peligro por parte de otra persona? -pregunté.

- Basta ya -dijo Emerson en voz alta-. Estás siguiendo su juego y no lo permitiré. Señora Petherick, cuando usted nos entregó el… objeto, ¿tenía conocimiento de su valor?

- Oh, sí. -La señora tomó delicadamente una cucharada de sopa-:

Pringle me dijo que era la pieza más valiosa de su colección.

Emerson sacó la caja de su amplio bolsillo y la puso sobre la mesa.

- ¿Usted es, creo entender, la legítima propietaria?

- Oh, sí. -Miró la caja como hipnotizada.

- Como usted debe saber, señora, mis principios no me permiten aceptar un regalo como éste. Se lo devolveré o lo compraré, lo que usted prefiera.

Sus cuidadas uñas rozaron la superficie pintada. Con un movimiento brusco levantó la tapa y sacó la estatuilla.

- Pensé que no quería ver esa maligna carita nunca más -comentó Ramsés.

- Era el orgullo y la alegría de mi querido Pringle. La quería tanto… -La levantó y la mantuvo en alto, por encima de su cabeza.

- Maldición -dijo Emerson. En esta ocasión no le reproché que usara un lenguaje inconveniente. Nunca había presenciado un intento más deliberado de llamar la atención-. Guárdela, señora -gruñó mi marido sin ambages.

La señora Petherick puso los ojos en blanco y mostró los dientes. No me había fijado antes en que los caninos eran más largos de lo normal. Un suave murmullo de interés recorrió el salón y personas que ocupaban mesas lejanas se pusieron de pie para ver mejor.

Emerson le arrancó la estatuilla de las manos y la colocó de nuevo en la caja.

- ¿Bien? -preguntó.

- Llévesela, profesor Emerson. Sé que hará un trato justo conmigo. Prefiero no tenerla en mi posesión.

Había logrado su objetivo de suscitar el interés público. Nuestras preguntas no obtuvieron más resultado. No sabía el nombre del traficante a quien su marido había comprado la estatua. Alguien en Londres, quizá… Sí, ella podría considerar la posibilidad de vender el resto de la colección, a su debido tiempo, claro. Por ahora se hallaba en el proceso de conseguir una tasación judicial.

- ¿Qué nos puede decir de la estatuilla? -insistió Ramsés-. ¿No forma parte de la herencia?

Los labios de carmín de la señora Petherick se estiraron en una sonrisa.

- La separé del resto. Me sentí en la obligación hacia mi amado

esposo de asegurarme de que su maligna influencia desapareciera.

Miré a Emerson, que expresó correctamente mis sentimientos al encogerse de hombros. Lo que la señora había hecho era probablemente ilegal, pero no nos correspondía a nosotros determinarlo.

La señora Petherick dio cabal cuenta de su comida. Estaba ingiriendo una rica tarta de fresa cubierta de nata cuando una dama de cierta edad, de cabellos grises y un ajustado corsé, se acercó a ella.

- ¿Condesa? No quiero molestarla, pero soy una admiradora tan ferviente de sus libros…

- No quiere molestar -dijo Emerson en voz alta-. Pero lo acaba de hacer.

La señora Petherick, ahora en el papel de condesa Magda, levantó una mano enjoyada.

- Siempre me encanta conocer a mis fieles lectores. ¿Quiere que le firme un libro?

La señora no había llevado ninguno a Egipto, pero aceptó con gusto que la condesa le firmara un papel de cartas con el membrete del hotel. Animados por su ejemplo otros «fieles lectores» hicieron lo mismo. La escritora montó un número y firmó con una caligrafía impactante, mientras brillaban las gemas de sus dedos. Me pareció que eran falsas.

El desfile de sus admiradores terminó por fin. La señora Petherick se llevó a la boca el último pedacito de tarta y se levantó para irse. Cuando Emerson se levantó a su vez, ella le tomó la mano y la apretó.

- ¿Habrá una ceremonia? -preguntó-. ¿Un exorcismo? Debo estar presente.

«Usted y todo periodista al que pueda convencer», pensé. La idea de la condesa Magda haciéndose ver en un revuelo de velos negros y posiblemente sufriendo un colapso mientras Emerson se quedaba sin saber cómo reaccionar era demasiado espantosa para mí.

- No puedo permitirlo -dije con firmeza.

No me hizo ni caso. Cogida de la mano de Emerson, insistió:

- ¿Cuándo?

- Que me condene si lo sé -dijo Emerson, a punto de perder la paciencia. Arrancó los dedos del apretón de la señora-. Quiero que

quede bien claro que acepto este objeto en calidad de custodio. Buenas tardes, señora.

Por sugerencia mía, hicimos una enérgica caminata a lo largo de la *corniche,* de manera que Emerson pudiera airear su mal humor. Se encontraba muy enfadado y no tuvo escrúpulos en expresar sus sentimientos.

- Ahora ves, Peabody, lo que pasa por hacerte caso. Le hicimos el juego a esa maldita mujer. Hizo un espectáculo de sí misma y de nosotros, y si había alguien en Luxor que no supiera nada de la estatuilla y del maleficio, ahora ya lo sabe.

- Supongo que la historia ya era conocida -intervino Ramsés, en un vano intento de calmar a su padre-. Y pudimos obtener alguna información valiosa, por cierto.

- Oh, bah -gruñó Emerson-. ¿No habéis creído a esa mujer, verdad? Dice lo primero que le pasa por la cabeza. Es posible que desconozca el nombre del traficante que le vendió la estatua a Petherick, pues el asunto no le interesaría en absoluto. Pero hasta que conozca los términos del testamento a través de un medio independiente, no creeré una palabra de lo que diga.

- ¿Cómo te propones hacerlo? -pregunté.

- Tengo mis métodos -dijo Emerson-. Date prisa, Peabody, ya hemos perdido media tarde.

Ramsés y Nefret se fueron derechos a su casa, ya que tenían una cita con Selim y su familia todos los viernes, y ya llegaban con un poco de retraso. Cuando Emerson y yo entramos en la galería, nos encontramos con que Jumana y Cyrus estaban de visita y que Fátima los había invitado a quedarse para el té. Le encantaba alimentar a la gente, cuantos más fueran, mejor. Jumana me besó y estrechó la mano de Emerson con seriedad. Se trataba de una muchachita guapa… casi escribo «por desgracia», ya que como las mujeres saben, ser bonita y/o pequeña hace que muchos hombres nos traten como muñequitas en lugar de personas con raciocinio. Delgada y musculosa como un chico, con unos brillantes ojos negros, estalló en enfáticas disculpas. Casi se podían oír los signos de exclamación.

- ¡Fui muy grosera al no venir anoche, y sin avisarles! ¡Lo siento tanto! Estaba trabajando y se me pasó la hora, hasta que Bertie vino a buscarme y no estaba aseada ni vestida. -Prosiguió, sin tomar

aliento-: ¡Mi castigo es haberme perdido todo lo ocurrido! ¿Puedo verla ahora? ¡El señor Vandergelt no habla de otra cosa!

- Oh, muy bien -dijo Emerson. Sacó la caja de su bolsillo y me la dio-. Hazle tú los honores, Peabody, y luego llévala a mi escritorio. Disculpadme. Tengo muchas cosas que hacer antes de tomar el tren nocturno.

- ¿Adónde vas?-preguntó Cyrus, sorprendido.

- A El Cairo -Emerson arrojó su respuesta por encima de su hombro y desapareció en el interior de la casa.

Fátima trajo las cosas del té, ayudada por el desgraciado muchacho que era su último candidato al papel de lacayo. Me pregunté cuánto tiempo aguantaría. Las normas de Fátima eran rigurosas y sus críticas demoledoras.

Jumana gritó al ver la estatuilla y después de tenerla un momento, la pasamos de mano en mano. Su efecto era cada vez más fascinante. El brillo de la superficie dorada y las sutiles curvas del cuerpo y la cara daban ganas de acariciarla. Emerson volvió, con una maleta en la mano, a tiempo de tomarla de las manos de Cyrus y colocarla de nuevo en la caja. Le di una taza de té y la bebió de pie.

- ¿Entonces, cuándo vas a hablar con la señora P? -preguntó Cyrus.

- Ya lo hicimos esta tarde -repliqué-. Tuvimos una discusión en extremo exasperante. Todavía insiste en la absurda idea de la maldición, pero cuando Emerson le dijo que no tenía ninguna intención de aceptar la estatua como un regalo, noté en su cara una sonrisilla presumida.

- Sabía que se podía confiar en que el profesor llegara a un trato justo con ella -dijo Jumana.

- Es muy lista, la señora -dijo Cyrus. Agregó, con una sonrisa-: Yo no sé si hubiera podido resistir la tentación. ¿Desea venderla? ¿Tiene derecho a hacerlo?

- Fue deliberadamente ambigua -dije-. Pero presiento que estaría dispuesta a escuchar una oferta adecuada. En cuanto a la segunda pregunta, dijo que su marido le dejó a ella su colección.

Emerson vació la taza.

- No creería en sus palabras aunque jurara sobre una pila de Biblias. -dijo Cyrus-. ¿Esa es la razón por la que te vas a El Cairo?

- Una de las razones -contestó Emerson.

- Bueno, mientras estás allí deberías ver a Lacau.

Emerson no contestó, pero mi sincero marido no puede esconder sus sentimientos y me he vuelto experta en leer su semblante.

- ¿Por qué debería ver al director del Servicio de Antigüedades? -pregunté, recelosa-. Ya le hicimos una visita de cortesía cuando pasamos por El Cairo.

- Bueno, me parece que no llegasteis a mencionarle lo que os comenté al final de la temporada pasada -dijo Cyrus-. ¿Recordáis que íbamos a reconsiderar nuestros planes? El Instituto Francés ha manifestado su interés por Deir el Medina. Están dispuestos a considerarlo un proyecto a largo plazo.

- Mmm -dijo Emerson, tratando de aparentar que esta noticia era nueva para él.

- Pero, bueno, Emerson -exclamé sorprendida-. ¿Estás pensando en abandonar Deir el Medina? Al menos podrías haberlo consultado con todos nosotros.

- Tengo toda la intención de consultaros -dijo Emerson con altivez-. Vandergelt a todas luces está a favor de la idea. ¿Te has aburrido de tus pequeñas tumbas, verdad, Cyrus?

Nuestro amigo no le contestó directamente, pero sus palabras dejaron en claro lo que pensaba.

- Estuve en Deir el Bahri el otro día, donde está trabajando el personal del Museo Metropolitano. Han encontrado unas cosas tremendamente fascinantes. El sarcófago de la reina con las escenas pintadas en su interior, tan frescas y brillantes como si las hubieran terminado de pintar ayer… -exhaló un suspiro nostálgico.

- Es cierto -dijo Emerson-. Pero no tienes la menor posibilidad de obtener un permiso para trabajar en su zona, Cyrus.

- No, pero hay muchos otros lugares que tienen posibilidades.

- Posibilidades de nuevas tumbas, quieres decir, ¿no? -acotó Emerson-. ¿Eso es todo en lo que puedes pensar, Vandergelt? Nuestras excavaciones en Deir el Medina han contribuido a que…

- Sí, claro. Sé sincero, Emerson, tú también estás perdiendo interés. Te gustan tanto los templos como a mí las tumbas.

- Bien, bien. Como un favor hacia ti discutiré el asunto con Lacau. Adiós. Peabody, cariño, te veré en unos días.

Por fin las maquinaciones de mi marido estaban claras para mí.

Emerson no tenía intenciones de ceder Deir el Medina hasta que un trofeo más deslumbrante apareciera como un oasis en el horizonte. Había puesto sus ojos en el Valle de los Reyes. En mi opinión, las posibilidades que tenía de obtenerlo eran escasas; Lord Carnarvon había poseído la concesión durante años, y según lo que yo sabía no tenía intenciones de cederla.

Del Manuscrito H:

Emerson se dignó a cruzar unas cuantas palabras con Ramsés antes de partir para Luxor. Había rechazado el ofrecimiento de su hijo de acompañarlo, lo que suscitó lo que la madre del muchacho llamaría funestos presagios.

- No debes renunciar a tu visita de los viernes a Selim y familia -dijo Emerson-. Los queridos niños disfrutan tanto…

- ¿Qué se supone que tengo que contarle a Selim? -preguntó Ramsés-. Espera comenzar los trabajos mañana.

- Que trabajaréis, por supuesto. Pero no en el yacimiento -agregó-. Haz que él y Daoud vengan aquí y que comiencen a revisar las notas y planes del año pasado. Quiero tener un resumen detallado de lo que se hizo y de lo que resta por hacer. -Pero, señor…

- Muchacho. -Emerson puso su mano en el hombro de Ramsés. Era un gesto inusual en él, igualmente inusual era la inseguridad que denotaba su voz-: Sé que me muestro arbitrario y dictatorial. No es que me falte confianza en ti. Es porque me falta confianza en mí mismo.

- ¿Cómo dice, señor?

- Bueno, no -Emerson sonrió con toda su antigua arrogancia-. Sin embargo, me equivoco de vez en cuando. Tengo una idea tan vaga y absurda que me da vergüenza mencionarla. Puedo estar tras la pista equivocada, y preferiría no discutir mi teoría hasta que haya seguido algunas líneas de investigación. Volveré el domingo o el lunes y entonces evaluaremos la situación. Sólo hazme un favor: trata de mantener a tu madre alejada de los Petherick hasta que vuelva.

- Haré todo lo que pueda.

- Es todo lo que un hombre puede prometer. En especial tratándose de tu madre. Vete ahora, los niños estarán esperándote.

- ¿No se despedirá de ellos?

- Este… ejem… no -masculló Emerson-. Estaré ausente sólo dos días.

La verdad es que temía la reacción de Carla. La niña disfrutaba con el dramatismo y se comportaba como una pequeña Níobe cuando alguno salía de viaje. Sus padres y su abuela habían aprendido a ignorar esas demostraciones, pero Emerson las tomaba muy a pecho, a pesar de que sabía que la tormenta era de corta duración. ¿Era por eso por lo que se iba de la casa varias horas antes de la salida del tren? Lo más posible era que tuviera asuntos que tratar en Luxor que no querría discutir con su hijo.

Los mellizos siempre esperaban con impaciencia las visitas de los viernes a Selim y su familia, pues sus hijos eran sus compañeros de juegos predilectos. Otra atracción consistía en que les dejaban cabalgar con sus padres. Hasta ahora sus actividades ecuestres se habían limitado a cabalgar pequeños burros, pero ambos niños admiraban los hermosos caballos árabes que eran el orgullo de los establos de los Emerson. Después de considerar los tamaños relativos de su persona y de *Risha,* el semental de su padre, David John anunció que esperaría un año o dos antes de intentar montar el animal. Carla, cuyo temperamento era más aventurero, se había dirigido un día a hurtadillas a la casilla de *Risha* y había logrado escalar el costado del recinto, de tal manera que pudo lanzarse sobre el lomo del sorprendido animal. *Risha* emitió un relincho penetrante y luego se quedó como de piedra, ignorando las manitas que tiraban de su crin y los pequeños talones que lo golpeaban en los costados, hasta que Ramsés acudió corriendo para ver que había inquietado al plácido caballo. Se trató de una de las pocas veces que Ramsés le dio un azote a su hija; luego tuvo la atención de explicarle que lo había hecho no sólo porque la niña había desobedecido sus órdenes, sino porque había hecho daño a un animal dócil que estaba demasiado bien educado como para defenderse.

El reproche tuvo más efecto que los azotes. Desde entonces Carla pidió varias veces disculpas a *Risha,* y le brindó zanahorias y terrones de azúcar. *Risha,* que posiblemente encontrara bastante divertido al episodio, había tenido la amabilidad de aceptar sus efusivas disculpas, y cuando Ramsés llevaba consigo a Carla en la montura, *Risha* la saludaba con un golpecito amistoso con el hocico.

Anticipando la visita de los Emerson, otros miembros de la familia de Selim se habían dejado caer, incluyendo al *reis* asistente, Daoud, y su esposa Khadija. Ramsés notó con un leve desconsuelo que había más pelos grises en la barba de Daoud que el año anterior, pero el cordial abrazo del gigantón todavía podía hacer crujir las costillas. Khadija les miró de arriba abajo con ojos ansiosos, buscando alguna señal de enfermedad o herida. Emitió un cloqueo de desaprobación.

- Tus manos, Ramsés. ¿Qué has estado haciendo?

- Cavando -admitió Ramsés-. ¡Por favor, Khadija! ¡El ungüento verde no! Sólo son unos pocos arañazos.

Pero ella ya había desaparecido dentro de la casa.

- ¿Cavando dónde? -preguntó Selim. Al menos él no había cambiado. Derecho y delgado, vestido con su mejor túnica de lana para hacerles los honores, observó con una sonrisa mientras Khadija frotaba con el famoso ungüento las manos de Ramsés. Se trataba de una receta tradicional de su familia de Nubia y poseía asombrosos efectos terapéuticos, pero dejaba manchas duraderas en la piel y la ropa.

- El Valle de los Reyes -contestó Ramsés a la pregunta de Selim-. Cerca de la tumba de Siptah.

Los hermosos ojos oscuros de Selim se agrandaron.

- ¿Por qué allí?

- Es una larga historia.

- Cuéntanosla, entonces -dijo Daoud-. Cuéntanos lo de las estatuas doradas y lo del hombre con la pistola.

«Maldición», pensó Ramsés. Debería haber supuesto que Fátima difundiría el suceso. Después de todo, nadie la había hecho jurar mantener el secreto, y su nuevo «lacayo», Kareem, era conocido por su afición al chismorreo. Decidió que sería mejor contar la verdad antes de que Daoud, el cronista oficioso de la familia, distorsionara aún más los hechos. De todas maneras se había propuesto hablar con Selim del asunto. Selim conocía a todo el mundo en Luxor, incluyendo a los ladrones de tumbas y los traficantes. Los niños estaban ocupados en un juego que provocaba gritos intermitentes y muchas carreras alrededor de los adultos, de manera que sugirió a Selim y Daoud ir a dar una vuelta.

No había posibilidades de mantener una conversación tranquila

en el poblado: los senderos estrechos y sinuosos pasaban por patios abiertos donde las mujeres estaban moliendo grano y los hombres ocupados en varias tareas o sentados en grupos, fumando pipas de agua y tomando café. Todos tenían un saludo o un abrazo para Ramsés, y las preguntas les llovían: «¿Cuándo vendrá de visita la Sitt Hakim ? ¿Cómo estaban los pequeños, a quien Dios bendiga?».

Después de dejar el poblado se dirigieron por un acuerdo tácito hacia el cementerio del lugar, y Ramsés comenzó su narración.

- ¿Sólo una estatua? -preguntó Daoud, visiblemente decepcionado-. Pensé que se trataba de muchas, y de ricas joyas.

- Kareem es un gran mentiroso -declaró Selim.

- No se trata tanto de lo que contó Kareem como de la forma en que los otros embellecieron la historia -dijo Ramsés-. ¿Cree alguien en Gurneh que encontramos la estatua durante nuestras excavaciones?

- ¿Y no es cierto? -preguntó Daoud.

Selim le dirigió una mirada exasperada.

- Sabes que no, Daoud, ya has oído que esa dama se la dio a Emerson y que el hijo fue a reclamarla.

- Ah, sí. -Daoud se acarició la barba-: Me había olvidado. Pero algunos en Gurneh no creen esa historia.

- Nos topamos con dos de ellos esta mañana -dijo Ramsés-. Deib y Aguil. Había un tercer hombre, que se escapó después de disparar hacia nosotros.

- ¿Osó disparar contra el Padre de las Maldiciones? -gruñó Daoud-. ¿Quién era?

- Deib dijo que era un *howadji.* Alguien que no había visto nunca y que no podía describir.

- Deib miente más que Kareem -dijo Selim, con los labios apretados-. Debe haber sido el tercer hermano, Farhat. Es una mala persona, Ramsés, que ha tenido problemas con la policía. Pero no sé cómo se atrevió…

- Me encargaré de él -dijo Daoud.

Casi seguro que Selim estaba en lo cierto, notó Ramsés. Sólo los más crédulos de los nativos podrían creer que la estatuilla había sido encontrada en el Valle. Emerson también lo debía haber sabido y sospechado que los hermanos conocían la identidad del tercer hombre. Sin embargo, no los había acusado. ¿Por qué?

Todavía reflexionaba sobre esta cuestión cuando Selim dijo:

- Sí, nos ocuparemos de él. Una sola estatuilla ya es bastante excepcional. ¿Es auténtica? ¿De qué período?

- Amarna. Sí, es auténtica. No sabemos hace cuánto tiempo fue encontrada, o por qué manos pasó antes de que Petherick la comprara. ¿Vosotros lo sabríais, verdad? Os hubierais enterado de que un objeto así había aparecido en Luxor, ¿no?

- Siempre hay rumores de hallazgos preciosos -reflexionó Selim, acariciándose su bien cuidada barba-. La mayoría son mentiras. Si esto pasó hace mucho tiempo, no lo podría decir. ¿Estás seguro de que la estatua procede de Tebas?

Ramsés sacudió la cabeza.

- Es sólo una posibilidad.

Sus pasos los habían llevado a la hermosa tumba que David había diseñado para su abuelo Abdullah. Era el monumento más prominente de todo el cementerio y el que recibía más visitas, ya que Abdullah era considerado un santo. Unas cuerdas atadas a través de la abertura sostenían una colección un tanto ecléctica pero conmovedora de ofrendas: abalorios baratos, pañuelos, amuletos primitivos. El actual «sirviente del jeque», el custodio de la tumba, estaba sentado en el suelo, con la cabeza inclinada, presumiblemente en oración o meditación. Como no querían molestarlo, se detuvieron a una cierta distancia y permanecieron en respetuoso silencio.

Ramsés evocó la primera vez que había visitado la tumba de Abdullah, con su madre, antes de que se construyera el monumento. Le había ayudado a enterrar una colección de pequeños amuletos, imágenes de dioses antiguos, sobre la tumba. Ella nunca le explicó el motivo y él nunca preguntó; pero pareció consolarla y tenía gran necesidad de consuelo. A lo largo de los años, el viejo y conservador egipcio y la inglesa cuyos antecedentes y creencias diferían tan completamente de los suyos habían desarrollado una relación íntima, inexplicable en términos racionales. ¿No es verdad, pensó Ramsés, que el amor no es racional?

- Ahora cuéntame lo del hombre con la pistola y su hermana -exigió Daoud, esperando detalles dramáticos luego del fiasco del tesoro.

Esa parte también lo decepcionó. Ramsés minimizó el episodio,

como correspondía.

- *¡Wallahi!* -exclamó Selim-. ¡Qué familia tan extraña! ¿Os molestarán de nuevo? ¿Es por su culpa por lo que vais a construir un muro?

- Un muro no, una especie de puesto de guardia, para mantener fuera a los visitantes indeseables -le explicó Ramsés, pensando en tener unas palabras con el imaginativo Kareem.

- ¿Y qué me dices de la maldición? -preguntó Daoud, ilusionado-. ¿El Padre de las Maldiciones echará al demonio?

Los exorcismos de Emerson eran extraordinariamente populares. Ramsés no podía negar esa posibilidad; por todo lo que sabía, su padre podía tener en mente algo por el estilo. Era evidente que en la familia había cierto amor por el histrionismo, una tendencia al disfraz y la representación. Ramsés no se hallaba en posición de criticar a su padre. Como su irredento tío, él mismo era conocido por su habilidad para disfrazarse, y ahora que todas esas cosas pertenecían al pasado podía admitir que había disfrutado de lo lindo.

- La dama se inventó lo de la maldición, Daoud -dijo.

Daoud puso cara larga.

- ¿No hay maldición? ¿No hay amenazas? ¿Entonces por qué construís la garita? Selim rió.

- Sé lo que mi honorable padre Abdullah hubiera dicho: «No se pierde nada por protegerse de lo que no existe».

* * *

Cuando a Fátima se le metía algo en la cabeza, empleaba en ello toda su energía. Había puesto a un grupo a trabajar haciendo los adobes para la caseta del guardia, como la llamaba; hasta que la estructura estuviese construida, había designado a Wassim para que se sentara a un lado del camino en un refugio temporal. Era uno de los hombres más viejos, y se había quedado ciego de un ojo; resultaba obvio que estaba encantado con su tarea. Cuando a última hora de la tarde me dirigí a ver si necesitaba algo, su barba se dividió en una amplia sonrisa y mostró los dientes marrones y estropeados por la edad.

- No, *Sitt,* tengo todo lo que necesito -dijo, señalando una jarra de agua, un narguile y la alfombra sobre la que se sentaba en cuclillas-. Puedes confiar en mí, no permitiré que pase ningún

ladrón.

A su lado, sobre la alfombra, había un rifle.

- ¿Quién te ha dado permiso para tener ese rifle? -pregunté- ¿Qué guardián no tiene uno? -Al ver mi expresión, añadió rápidamente-: No está cargado, *Sitt,* sirve sólo para asustar. Fátima me dijo que debería traerlo.

- Oh, muy bien. Comprendes, Wassim, que no debes asustar a las personas, solo detenerlas y preguntarles qué quieren. Si es uno de nuestros amigos, déjalo pasar. Si es un extraño, pregúntale su nombre y ven a decírmelo a mí o a Fátima.

- Oh, sí, *Sitt,* lo comprendo. Ningún ladrón se me escapará.

Estaba a mitad de camino de la casa antes de que el significado de la palabra «ladrón» me hiciera reflexionar. La había utilizado dos veces. Yo debería haber sabido que nuestra gente cotillearía acerca del «tesoro». No serían los únicos. ¿A quiénes habría contado la señora Petherick su absurda historia? ¿Cuánto se habría difundido la noticia?

Cuando los niños y sus padres volvieron de la visita a casa de Selim, los primeros estaban en su estado habitual de suciedad, rebeldía y malhumor. Su niñera, Elia, estaba acostumbrada a manejarlos; se apresuró a llevarlos para darles un baño y acostarlos. Disfruté del poco frecuente placer de sentarme con mi hijo y su mujer. Comparados con mi marido y mis nietos, me ofrecían una compañía descansada. El crepúsculo se acentuó; las estrellas comenzaron a brillar sobre Luxor; y Ramsés sirvió el whisky.

- ¿Quién le ha dado permiso a Wassim para tener un arma? -preguntó Ramsés con un aire crítico-. Va a darle a alguien, su vista es muy mala.

- Ese rifle no está cargado.

- ¿Eso es lo que te dijo? -Ramsés tomó un relajante trago de whisky. Una tarde con sus hijos le dejaba a veces los nervios de punta-. Oh, bueno, sólo nos queda esperar lo mejor. Quizá dispare contra un periodista.

- ¿Cómo sabes que la prensa ha sido informada de nuestro supuesto tesoro?

- Si no lo saben, es que los periodistas deben ser sordos, mudos y ciegos. La señora Petherick se ha empeñado en difundir la noticia. No me sorprendería enterarme de que ofreció entrevistas a los

periódicos antes de partir de Inglaterra. Toda la gente de Gurnah se ha enterado de nuestra adquisición y ha exagerado su valor, como suele suceder. Daoud y Selim lo saben todo, incluido nuestro encuentro con los Petherick.

Miró a Fátima, que se movía silenciosamente encendiendo las lámparas. Ella agachó la cabeza y murmuró algo acerca de Kareem.

- No pasa nada, Fátima -dijo Ramsés-. La historia es como un caudal de agua, se desplaza en todas direcciones. -Miró a través de las ventanas hacia el pequeño refugio, donde el fulgor amarillo de una vela desvelaba la presencia de nuestro guardia-: Has tenido una buena idea, Fátima. De hecho, creo que pondré a otro hombre en la parte de atrás de la casa.

- No crees realmente que alguien intentará forzar la entrada, ¿verdad? -pregunté.

- No creo en la necesidad de correr riesgos, madre.

Del Manuscrito H:

Ramsés no hubiera podido precisar por qué estaba tan inquieto. Su madre era la especialista en premoniciones, pero, por una vez, no barruntaba problemas. Se fue a la cama tranquilamente a su hora habitual, dejando a Fátima que cerrara la casa. Ramsés hizo la ronda con la sirvienta y se aseguró de que las puertas, las ventanas y los portones estuvieran cerrados, y lo mismo hizo en la casa que compartía con Nefret. Las ventanas de los niños estaban atrancadas, no sólo para mantener en el interior a sus peripatéticos descendientes, sino también para impedir que entraran otras personas. Habían sufrido una desagradable experiencia unos años atrás con un desconocido que había aterrorizado a Carla murmurando en la ventana. Si algún ladrón estaba empeñado en conseguir la estatuilla, existía una forma segura de hacerse con ella. Emerson no hubiera pactado con un secuestrador que tuviera a uno de los adultos, pero hubiera entregado al instante la estatuilla y todo lo que poseía a cambio de cualquiera de los mellizos.

Como hacía casi todas las noches, Ramsés se detuvo en la puerta del cuarto de los niños y miró sus cuerpecillos dormidos. David John dormía de espaldas, con sus brazos y piernas extendidos y la cabeza hacia atrás. Carla tenía un sueño intranquilo y siempre estaba moviéndose y dando vueltas, y a veces terminaba con la cabeza en el lugar de los pies, y el trasero al aire porque se le subía

el camisón. Hoy estaba enroscada como un gatito y cubierta hasta la nariz por las mantas. Parecían tan indefensos. El cariño, y el terror al pensar que algo podía pasarles, lo apuñalaron como un cuchillo.

Nefret ya estaba en la cama y su cabello dorado se esparcía seductoramente sobre la almohada. Abrió sus ojos semicerrados así que Ramsés entró.

- Has tardado mucho -murmuró.

- Estaba observando a los niños. Carla es casi tan activa cuando duerme como cuando está despierta.

- Supongo que tú eras igual a su edad. -Sonrió, somnolienta-. ¿Vienes a la cama?

Se trataba de una sugerencia tentadora, pero la intranquilidad que no había podido controlar le hizo sacudir la cabeza.

- Enseguida. Tengo ganas de caminar un poco.

Las estrellas brillaban, la luna parecía un río plateado. Lo que Ramsés quería hacer realmente era sentarse bajo las ventanas toda la noche, cuidando a los tres seres que le eran más queridos y sin confiar en nadie más. Era una tontería y lo sabía. Tenía un sueño ligero; si alguien se acercara a alguna de las ventanas lo escucharía, en especial en su presente estado de nerviosismo. El hijo de Daoud, Alí Yussuf, estaba apostado en el patio de la casa principal; casi seguro se trataba de una precaución innecesaria, ya que varios sirvientes dormían en la casa y su madre era todo un ejército por sí misma.

Mientras caminaba inquieto de un lugar a otro, con los ojos fijos en la ventana entre las sombras del cuarto en el que dormía su esposa y la débil luz de la lamparilla del cuarto de los niños, trató de analizar su malestar. ¿Había pasado algo que alertara lo que su madre llamaba poéticamente «el centinela dormido», esa parte del inconsciente que tomaba nota de las circunstancias sospechosas? Ciertamente, en los últimos dos días habían pasado cosas bastante extrañas, y varias personas habían expresado su interés por la valiosa pieza, pero no podía creer que ninguno recurriera al delito para obtenerla. Excepto quizá en el caso de Adrian Petherick, en uno de sus ataques. «Pero tengo su pistola», pensó Ramsés. Posiblemente le resultara fácil comprar otra, pero seguramente su hermana lo estaría vigilando después de lo que hizo. Los hombres

de Gurneh eran gente pacífica y la casa del Padre de las Maldiciones estaba protegida por la formidable reputación de dicho caballero.

«Necesitamos un perro», pensó Ramsés. Habían tenido varios, algunos vagabundos, adoptados por Nefret junto a otros animales abandonados o heridos. Uno de los psicólogos tan caros a su madre probablemente hubiera dicho que Nefret estaba impulsada por una combinación de instinto maternal y talento médico frustrado. Los mellizos y su clínica en la Orilla Oeste la mantenían ocupada por entero, pero…

«Conseguiremos un perro», decidió Ramsés. «Me ocuparé de ello mañana.»

Estaba a punto de volver a entrar cuando un sonido lo hizo erguirse y volverse. De un tono alto y agudo, podría ser el grito de un ave o un animal, pero sabía que no era así. Empezó a correr, dirigiéndose a la parte de atrás de la casa principal.

El portón del patio estaba cerrado y no había trazas de que alguien estuviera afuera, pero escuchó la voz de su madre, que dominaba las protestas de Yussuf.

- No estás herido de gravedad. ¡Deja de quejarte y cuéntame qué ha pasado!

Ramsés no perdió el tiempo llamando al portón. Se alzó a la cima del muro y saltó hacia adentro. Su madre, envuelta decorosamente en metros de bata de noche, sostenía la cabeza de Yussuf con firmeza entre sus manos. Miró a Ramsés.

- Sólo un golpe en la cabeza -dijo, y sonó tan dinámica y alerta como si no se hubiera despertado de golpe.

Alí Yussuf se desprendió de sus manos y gruñó dramáticamente:

- He fracasado.

- No lo has hecho si evitaste que alguien entrara en la casa -dijo Ramsés, propinando unas palmaditas en la espalda del desconsolado joven-. Cuéntanos qué ha pasado.

Alí Yussuf no estaba dispuesto a admitir que se había quedado dormido, pero debió ocurrir así, puesto que no se dio cuenta de que había un intruso hasta que oyó el roce del yeso que caía y vio una figura aferrada a lo alto del muro.

- Negro, todo negro, como una sombra -dijo Alí Yussuf-. Pero no tuve miedo, Hermano de los Demonios… No mucho miedo, al menos. Cuando saltó del muro me arrojé contra él y lo cogí. Grité…

no por miedo, no, por advertiros, como me dijiste…

- ¿Y entonces te atacó? -preguntó Ramsés- ¿La sombra negra?

Su madre dio unas palmaditas a la cabeza inclinada del muchacho.

- No seas tan rudo, Ramsés. Hizo lo que pudo. Su grito de socorro… este… de advertencia me despertó, pero para cuando encendí una lámpara y llegué a mi ventana sólo pude vislumbrar una figura que subía por el muro.

- Supongo que tenías tu sombrilla -dijo Ramsés.

- Naturalmente. Caramba, esta noche estás muy picajoso. Y antes de que te muestres sarcástico otra vez, admitiré que sólo vi un par de piernas enfundadas en pantalones, y eso en menos de un segundo.

- ¿Negros?

- No -dijo su madre con compostura. Se inclinó y levantó algo del suelo-. Admitirás, no obstante, que esto es negro.

Era una vestidura larga, con mangas y capucha, como el hábito de un monje medieval.

* * *

Selim y Daoud aparecieron a la mañana siguiente, como se les había pedido. Naturalmente, habían oído lo del intruso nocturno, y ambos expresaron su indignación por no habérseles permitido ayudar en la defensa de la casa. Ramsés tuvo que convenir en dejar que Selim organizara una rotación de guardias en el frente y la trasera de la casa, si bien, señaló, no había peligro alguno para nadie de la familia.

- No sé lo que ese sujeto pensaba conseguir -agregó-. Hubiera tenido que registrar toda la casa sin despertar a nadie. Padre no dejó la estatuilla precisamente sobre una mesa del salón. ¿Suponéis que Farhat estaba haciendo un intento?

- Farhat se ha roto una pierna -dijo Selim.

- Roto…

- Su pierna. Sí. No podrá escalar barrancos ni muros durante un tiempo.

Ramsés paseó su mirada de Selim a Daoud, cuyo semblante ostentaba una amable sonrisa. Decidió aparcar el tema.

- He pensado que podríamos conseguir un perro. ¿Tenéis algunos candidatos posibles?

Daoud, cuyo grande y tierno corazón incluía a los animales abandonados por sus paisanos de Gurneh, sabía de varios que podrían servir.

- Les echaré un vistazo y traeré los mejores mañana. Un perro grande y fiero, ese es un buen plan.

- Fiero no -precisó Ramsés alarmado-. No con los mellizos por aquí. No quiero un animal que haga daño a alguien. Sólo quiero que ladre.

Trajo la estatuilla, que Daoud y Selim todavía no habían visto, y les dejó examinarla. A Selim le relucieron los ojos; tenía suficientes conocimientos como para apreciar su rareza y su valor. Daoud la tocó con dedos reverentes.

- Falta la serpiente en la corona -dijo-. ¿Qué habrá pasado con ella?

- Pensamos que se desprendió antes de que el ladrón la vendiera -explicó Ramsés-. Petherick no hubiera sido tan descuidado.

- Sería bueno encontrarla -dijo Daoud lentamente-. La serpiente tiene mucho poder.

Ramsés rió y le dio una afectuosa palmada en la espalda.

- Me temo que no tenemos muchas posibilidades de conseguirlo.

Después de un desayuno apacible, todos se dirigieron al Castillo, para que los Vandergelt pudieran participar de la reunión. Ramsés había decidido llevar las instrucciones de su padre un paso más allá. Si Emerson quería un plan maestro, con recomendaciones para trabajos futuros, eso es lo que tendría, y Cyrus tenía todo el derecho a expresar sus opiniones.

Siete de ellos se sentaron alrededor de la mesa de lo que su anfitrión llamaba la «sala de conferencias», Ramsés, su madre, Nefret, Daoud y Selim, Bertie y Jumana. La muchacha mostraba su carácter expansivo y su respeto hacia la *Sitt Hakim* controlaba su tendencia a dominar la conversación.

Emerson podía sentirse complacido por los resultados de la reunión, pensó Ramsés. A diferencia de muchos arqueólogos, ellos conservaban registros detallados de sus progresos: fotografías, notas, y los planos de Bertie. Era el mejor supervisor del grupo, y las exigencias de Emerson habían afinado sus habilidades. De hecho, en el yacimiento había tres zonas separadas: el poblado de los trabajadores, sus pequeñas tumbas en la ladera cercana, y los

restos de los templos y sepulcros donde habían venerado a sus dioses. Las tumbas eran responsabilidad de Cyrus, y cuando Ramsés examinó sus informes, convino en que el arqueólogo y su gente habían estudiado por completo la zona. Casi todas las tumbas habían sido saqueadas en la antigüedad, se habían llevado a sus dioses funerarios y se habían destruido las pequeñas capillas. Lo que los primitivos ladrones habían dejado lo habían encontrado los saqueadores modernos y se lo habían vendido a los turistas.

La reunión presentó una sola sorpresa: el anuncio de Cyrus de que estaba pensando en contratar un nuevo artista.

- Llamó ayer para ver si había un puesto vacante. Su nombre es Maillet. ¿Habéis oído hablar de él?

- ¿No trabajó con Newberry en Beni Asan? -preguntó Ramsés.

Cyrus sacudió la cabeza.

- No puede ser el mismo individuo. Este muchacho tiene alrededor de veinte años. Le dije que me gustaría ver sus trabajos y me prometió traerlos dentro de unos días. ¿Qué piensas, Amelia?

Para Cyrus, la de ella era siempre la última palabra. La dama apretó los labios y meditó unos instantes antes de dar su opinión.

- Si te resulta útil, pienso que deberías contratarlo. Es cierto que nos vendría bien un poco más de ayuda y no podemos contar con que David venga todos los años. Ahora tiene otras responsabilidades.

Ramsés la miró con asombro. David no había expresado descontento, ni siquiera a él, pero sabía cuan difícil resultaba para su amigo abandonar a su esposa y sus hijos durante varios meses cada año. ¿Cómo lo sabía su madre?

Porque lo sabía todo. Era la *Sitt Hakim ,* la verdadera cabeza de la familia. Todos lo reconocían, hasta su padre.

Se reunieron con Katherine para hacer una comida tardía y luego los Vandergelt los acompañaron hasta donde los caballos los estaban esperando. Mientras caminaba con Ramsés, Bertie ralentizó sus pasos hasta que se hallaron a cierta distancia de los demás, y Ramsés se preparó para lo que venía. Bertie lo había elegido como confidente, un papel que querría haber rechazado, puesto que no podía ofrecer ningún ánimo al amante desconsolado. Bertie se había fijado en la hermosa muchacha egipcia unos años atrás, pero Ramsés consideraba que sus posibilidades eran escasas. Jumana era

una ardiente feminista y se dedicaba con pasión a su carrera. Por otro lado, la madre de Bertie había hecho lo posible por desalentar a su hijo. Katherine había perdido casi todos sus prejuicios contra los «nativos», pero el matrimonio de su hijo era un asunto distinto, la última barrera de intolerancia, que pocos europeos lograban derribar.

- Quizá hayas sido demasiado insistente -sugirió-. Trata de ignorarla durante un tiempo, o presta atención a otra chica.

- Ya lo hice -dijo Bertie malhumorado-. No tuvo el menor efecto.

- Prueba otra vez.

- Quizá lo haga. -Bertie intentó sonar despreocupado-. ¿Vendrá Maryam este año?

Ramsés reprimió un comentario cáustico. Bertie tenía la desgraciada propensión a enamorarse de chicas que su madre consideraba absolutamente inaceptables. Maryam, la hija de Sethos, tenía aún más cosas en su contra que Jumana; era ilegítima, de lo que Katherine llamaría «raza mestiza» y tenía un hijo de tres años. Sin mencionar sus antiguas conexiones con una banda de delincuentes.

- No lo sé -dijo-. No hemos sabido nada de ella o de su padre desde hace algún tiempo. Por el amor de Dios, Bertie, ¿no puedes encontrar una agradable muchacha inglesa o americana que no presente complicaciones? No tienes que casarte con ella, sólo… ejem… pasarlo bien algunos meses.

- Todas son iguales -se quejó Bertie-. Unas muñequitas aburridas y convencionales.

- ¿Qué me dices de la señorita Petherick? Ella no es aburrida.

Bertie lo miró con horror.

- Estás de broma. ¡Es una mujer espantosa!

- Sí, es una broma. No pertenece a una familia con la que uno desee relacionarse.

Los demás ya habían montado y los esperaban. Bertie se detuvo y le dijo a Ramsés en voz baja:

- El hermano. Me pareció que el nombre me sonaba de algo y acabo de acordarme. Era un conductor de ambulancias. Su vehículo recibió un impacto directo y los heridos que transportaba volaron en pedacitos. No sufrió ni un rasguño, pero…

- ¿Neurosis de guerra?

Bertie hizo una mueca.

- Por lo visto le encontraron arrastrándose a lo largo del camino, juntando brazos, piernas y cabezas ensangrentados y tratando de armar de nuevo los cuerpos.

- Dios mío.

- De manera que déjalo tranquilo.

- Lo haré. Gracias por decírmelo. Lo que Bertie le había contado suscitó en Ramsés una cierta simpatía por Adrian Petherick, pero no le dio más ganas de establecer relaciones amistosas, ni de ningún otro tipo, con él. Su único deseo consistía en conseguir mantener a su madre alejada de los Petherick.

La ausencia de su padre tenía un lado positivo. Les proporcionaba un tiempo sin interrupciones para proseguir con sus tareas personales. El poblado de los trabajadores contenía gran cantidad de material escrito, sobre trozos de cerámica llamados *ostraca,* o sobre papiros. Ramsés había publicado un libro con las traducciones de los papiros de Deir el Medina, y estaba trabajando en un segundo volumen. Antes de retirarse a sus habitaciones, preguntó a su madre cuáles eran sus intenciones para el resto del día. La respuesta fue una sonrisa cómplice.

- Con tu padre lejos, puedo trabajar en ese artículo que se suponía que él debía haber terminado hace dos meses. Tomaremos el té a las cinco, como de costumbre, querido.

Se trataba de arrancarle la promesa tácita de que no se largaría a Luxor. Su padre se pondría furioso cuando descubriera que ella había terminado el artículo, pero en lo que se refiere a Ramsés, pensaba que era el menor de dos males.

* * *

No resultaba infrecuente que nos molestaran visitantes inesperados, la mayoría de los cuales eran perfectos extraños con cartas de presentación de gente que apenas conocíamos o que no conocíamos de nada. Al mirar de vez en cuando por la ventana de mi pequeño estudio, observé varios carruajes y personas montadas en burros que se detenían en la caseta, que ya estaba terminada. La estructura carecía de méritos arquitectónicos, puesto que era un cuadrado de ladrillos de adobe con una puerta y varias ventanas con un techo de cañas entrelazadas. De hecho, resultaba tan cómoda como muchas de las casas del poblado, y Fátima me

aseguró que Wassim estaba tan contento con su lugar de trabajo que tenía intenciones de dormir allí. Nadie interrumpió mi trabajo, de manera que deduje que Fátima había decidido que se trataba de intrusos y le había dicho a Wassim que los despachara. Estaba a punto de hacer un alto para tomar el té cuando Fátima entró y me informó de que dos arqueólogos conocidos habían aparecido por el camino.

- Invítalos a tomar el té -le ordené, mientras me levantaba y extendía mis miembros agarrotados-. Me uniré a ellos tan pronto como me haya arreglado un poco.

- Sí, *Sitt.* -Me alcanzó un fajo de tarjetas de visita-. Son de las personas a las que dije que no estabais en casa.

- Cielo santo, ¿tantos? -Las revisé rápidamente. Ninguno de los nombres me resultaba familiar, pero una pertenecía al representante de un periódico-. Dios confunda a esa maldita mujer -dije-. Tenía razón cuando la vi por primera vez; lo que busca es publicidad. Debe haber comentado con todos los turistas de Luxor lo del maleficio. Estuviste muy lista, Fátima, cuando sugeriste que necesitamos un guardia.

- Sí, *Sitt.* -Pareció sentirse muy halagada.

Mis huéspedes eran el señor Barton, uno de los empleados del Museo Metropolitano, y un conocido suyo, que me presentó como Heinrich Lidman. Barton siempre me hacía pensar en un espantapájaros bondadoso, con sus piernas largas y desgarbadas y su revuelta melena rubia. Su compañero tenía varios centímetros menos de estatura y varios kilos más de peso. Me observó con ojos de miope a través de unas gafas de montura metálica y enseguida rompió a hablar.

- Señora Emerson, no puedo expresarle el honor que es para mí conocerla, pues he oído mucho acerca de usted y conozco a fondo su trabajo, en particular las excelentes excavaciones realizadas por usted y su distinguido esposo en el Amarna en los…

- Cállate, Heinrich -dijo Barton amablemente-. Hay que interrumpirlo siempre cuando empieza a hablar, o no se callará nunca -me explicó.

- Es mi defecto -admitió Lidman, avergonzado. En ese momento se parecía a una oveja, por su larga nariz y su cabeza llena de pequeños rizos rubios-. Perdóneme, señora Emerson, pero me he

emocionado ante…

- Siéntense, señores -dije, tomando al pie de la letra las instrucciones del señor Barton-. Emerson no está, pero espero que Ramsés y Nefret aparezcan de un momento a otro.

De hecho, eran más de las cinco y me sorprendía su tardanza. Los queridos niñitos siempre llegaban puntualmente a tomar el té. Cuando mi hijo y mi nuera entraron, lo hicieron solos y parecían algo agobiados.

- ¿Dónde están los niños? -pregunté.

- Los hemos mandado a la cama temprano. -dijo Ramsés, lacónico.

- ¿Se han portado mal?

Ramsés asintió con la cabeza. Tales cosas solían suceder, pero esta vez debía tratarse de algo serio, ya que privarlos del té con la familia era el peor castigo al que les sometíamos. No seguí con el tema porque teníamos invitados.

Nefret y Ramsés saludaron a Barton como a un viejo amigo. Éste les presentó al señor Lidman, quien empezó a barbotar cumplidos.

- Es un honor, un gran honor, doctor Emerson.

- No uso ese título -dijo Ramsés-. Me alegra conocerlo, señor Lidman. Qué bueno volver a verte, George.

Fátima trajo la bandeja del té. Serví la extraordinaria bebida mientras ella ofrecía un plato de pasteles, cuya vista provocó un brillo codicioso en los ojos pardos del señor Lidman.

- Pensé por unos segundos que no nos recibirían -dijo Barton, riendo-. Wassim no me reconoció al principio y me amenazó con ese rifle antiguo que tiene. No sabía que habían instalado a un guardia armado. ¿Qué pasa? No me digan que esas estrafalarias historias son verdaderas.

De mis encuentros con la prensa, he aprendido a ser prudente, así que contesté con otra pregunta.

- ¿A qué estrafalarias historias se refiere usted, señor Barton, y de quién las ha escuchado?

El señor Lidman se mantenía silencioso mientras comía y bebía y Barton explicó que sus trabajadores no habían hecho otra cosa más que hablar del asunto toda la mañana. Tal como me temía, la noticia se había difundido por todo Luxor y nuestra adquisición se había exagerado hasta un extremo absurdo: joyas, estatuas doradas,

vasijas de metales preciosos, un verdadero tesoro, en verdad. Decidí que sería aconsejable corregir estas inexactitudes, de manera que fui a buscar la estatuilla y expliqué cómo había llegado hasta nosotros.

Barton se quedó sin aliento cuando la vio, y el señor Lidman comenzó a balbucear atropelladamente.

- Se trata de Akenatón, sin duda alguna, y seguro que procede de su tumba de Tebas; siempre he creído que su ajuar funerario, exceptuando el sarcófago, fue transportado hasta aquí desde Amarna, después que se abandonara la ciudad de Atón… y debe haber sido hallada por saqueadores de tumbas nativos, quienes, como ustedes saben, han hecho descubrimientos mucho más importantes que los arqueólogos; por ejemplo…

- Hay otras posibilidades -dije. Pero ninguno de nosotros las había tenido en mente, y cometí el error fatal de hacer una pregunta directa-. ¿Dónde estaría ubicada una tumba de estas características?

El señor Lidman se apresuró a contestar, hablando cada vez con más precipitación y casi sin hacer pausas para recobrar el aliento. Finalmente, el señor Barton se apiadó de mí, y de sí mismo, y emitió las palabras mágicas.

- Cállate, Heinrich.

Ramsés, que había estado estudiando atentamente a nuestro visitante, dijo:

- El Valle Occidental es una posibilidad, supongo; allí se encuentran las tumbas del padre de Akenatón y de uno de sus sucesores inmediatos, como usted acaba de señalar, señor Lidman. Parece muy familiarizado con el período de Amarna.

- Trabajé en ese yacimiento antes de la guerra. -Por una vez, su locuacidad lo había abandonado. Miró con tristeza el plato vacío.

- ¿Con Borchardt? -preguntó Ramsés.

- Sí. Usted no habrá oído hablar de mí, naturalmente. Ya han pasado algunos años desde que publiqué algo al respecto, y desde la guerra no he podido… -Levantó la vista y la atención que vio reflejada en nuestras caras le animó a seguir-: A decir verdad, estoy buscando otro empleo. Conozco la escritura jeroglífica, tengo experiencia en realizar excavaciones bajo supervisión de los mejores arqueólogos, hablo árabe y estoy acostumbrado a tratar con los

nativos…

- ¿Debo entender que usted solicita un empleo en nuestro grupo? -pregunté, sintiendo lástima por el pobre hombre. Realmente, me movía a compasión. La guerra había interrumpido muchas carreras prometedoras y algunas se habían truncado para siempre.

- Aceptaré cualquier puesto, hasta el más humilde, si no con ustedes con el señor Cyrus Vandergelt. Conozco la influencia que tienen sobre él…

Sus ojos implorantes estaban fijos en Ramsés, como si su decisión fuera la única importante. Como todos los hombres, pensé.

Mi hijo también se había conmovido por la obvia necesidad de aquel hombre. Como tantos otros que habían arriesgado sus vidas durante el conflicto, no sentía resentimiento hacia los enemigos de antaño. Todos habían sido víctimas de la arrogancia y estupidez de sus líderes.

- Mi padre es el que toma las decisiones -dijo Ramsés-. Le hablaré de usted cuando vuelva.

- Gracias, gracias. Le estaré eternamente agradecido.

Terminado este incómodo interludio, agradecí que George Barton cambiara de tema. Levantando la estatuilla, dijo:

- Si fue comprada a un traficante, se podría haber hallado en cualquier parte de Egipto. ¿Verdad, señora Emerson?

- Muy cierto -dije-. La manera más lógica de ubicar su origen es a través del comerciante a quien fue comprada. La señora Petherick afirma que desconoce su nombre, y me inclino a creerla, ya que se trata de una mujer boba que se pasa la vida divagando sobre maleficios.

Al darme cuenta de que empezaba a sonar como el señor Lidman, me detuve y ofrecí a los caballeros otra taza de té.

- Gracias, señora, pero debemos regresar -dijo Barton-. Lamento no haber encontrado al profesor, pero espero que nos podamos ver pronto.

- Sí, sí -exclamó el señor Lidman-. Será un honor. Confío en que tengan un lugar adecuado para poner este extraordinario objeto a buen recaudo. Todos los ladrones de Luxor estarán locos por conseguirlo.

- Nadie se animaría a robar al Padre de las Maldiciones -dijo Barton con una sonrisa-. Ese es uno de los dichos de Daoud y está

en lo cierto. Háganos saber, señora, si el profesor planea realizar uno de sus sonados… ejem… famosos exorcismos.

Cuando nuestros visitantes partieron, le pregunté a Nefret de qué delito eran culpables los niños.

- Supongo que se trata de Carla, como de costumbre.

- Carla fue la instigadora -contestó Nefret con un suspiro-. En honor a la verdad, madre, a veces pienso que ese carácter que tiene terminará conmigo. Destrozó el dibujo que estaba haciendo David John como regalo de bienvenida para su padre. El niño había estado trabajando durante horas; estaba lleno de hermosos jeroglíficos pintados y tenía el dibujo de un gato.

- ¿Entonces, por qué castigaste a David John?

- Porque le dio un puñetazo en toda la cara -dijo Ramsés. Mi hijo había tenido tiempo de calmarse, y pensé que detectaba un tono de regocijo involuntario-. A Carla empezó a sangrarle la nariz y entonces David John estalló en llanto. Hicieron mucho ruido. Carla aullaba y David John la abrazó y le dijo que lo sentía, y ella le contestó que también lo sentía, y terminaron rebozados en sangre y lágrimas.

- Cielo santo -alcancé a decir.

- Fue sólo una hemorragia nasal -me tranquilizó Nefret-. Pero David John debe entender que no existe ninguna excusa en absoluto para emplear la violencia física, y Carla debe aprender a no enredar con las cosas que pertenecen a otras personas.

- Muy bien -dije-. Pero sólo tienen cuatro años.

Ramsés sonrió cariñosamente.

- Has hablado como una verdadera abuela. Después de cenar haremos las paces, madre.

Durante la cena la conversación volvió al tema de nuestra nueva relación.

- ¿Vas a recomendarlo a tu padre? -le pregunté a Ramsés.

- No veo por qué no. Creo recordar que se mencionó su nombre como el de un competente arqueólogo. Tú siempre dices que necesitamos más gente.

- La necesitamos. La dificultad reside en hacer que tu padre lo admita.

Después de que Ramsés y Nefret me dieran las buenas noches, trabajé durante un rato más en el artículo de Emerson, pero pronto

empecé a bostezar. Su estilo académico no es precisamente electrizante (esta clase de literatura generalmente no lo es) y había pasado una noche complicada. Finalmente lo dejé y me dirigí a mi solitario lecho.

Soñé, pero no con Abdullah, sino con Emerson. Estaba caminando por las callejuelas estrechas del Khan el Khalili, vestido con ropas beduinas y sosteniendo en lo alto una estatua dorada. Una piedra silbó al pasar al lado de su cabeza. Emerson se agachó y siguió andando. Sonó un disparo. La bala erró por un milímetro. Emerson siguió su camino Lo llamé, pero mi voz era tan débil como el maullido de un gatito. Yo *era* un gatito, tratando de subir por sus talones, arañando las faldas de su túnica, en el vano intento de llamar su atención. Una mujer, escasa de ropa y con un velo ocultándole el rostro, salió de un zaguán y le echó los brazos al cuello. Sin prestarle atención, Emerson siguió adelante. La tienda de perfumes que estaba sobre él se derrumbó con estruendo y sembró la calle de botellas de vidrio rotas. Grité…

Y me desperté, sudando y temblando. Aquella barahúnda no había sido un sueño. Todavía resonaban sus ecos.

Salté de la cama y corrí a la ventana que daba sobre la galería y el camino. Una nube de polvo, pálida a la luz de la luna, se levantaba sobre las ruinas de la caseta del guarda.

No fui la única que se despertó con la catástrofe. Cuando llegué a la puerta delantera, anudando a toda prisa el cinto de mi bata, vi a Ramsés que corría hacia mí. Llevaba una linterna, cosa que a mí no se me había ocurrido, y trataba de abotonarse los pantalones que llevaba como única vestimenta con una sola mano.

- Madre, ¿estás bien?

- Sí, sí. La caseta se ha derrumbado. Date prisa.

El adobe no constituye uno de los materiales de construcción más sólidos precisamente. Quedaba en pie sólo una pared. El resto de la estructura formaba un montón de escombros, entrelazados por las cañas que habían servido de techo. Y en algún lugar debajo de aquel caos, temía que se encontrara Wassim.

- Santo Cielo -murmuró Ramsés-. Ten, madre, coge la linterna.

Cayó de rodillas y comenzó a poner a un lado los adobes. Estaba a punto de ir a ayudarle cuando llegaron otros miembros de la casa. Todos colaboraron con ímpetu y pronto se vieron recompensados

con la aparición de una mano que tanteaba. Los rescatadores prorrumpieron en vítores y pronto dejaron a descubierto el cuerpo del infortunado guardia. Yacía boca abajo. Nefret, que había sido la última en llegar, cogió a Ramsés de un brazo cuando estaba a punto de dar la vuelta al pobre tipo.

- No lo muevas todavía. ¿Wassim, puedes oírme? -palpó con manos expertas los miembros y el tronco.

- ¿Es usted, *Sitt Hakim?* -dijo una voz apagada-. ¿Estoy muerto?

Era obvio que no lo estaba, pero tuvimos ciertas dificultades para convencerlo. Según Nefret, había salido muy bien librado, apenas tenía unos cortes y unos moratones. No obstante, lo sacamos con mucho cuidado en una camilla y Nefret lo acompañó a la clínica.

Hasta ese momento, en que se alivió mi ansiedad, no pude detenerme a reflexionar sobre el asunto. ¿Cómo podría haberse derrumbado la caseta? No se había construido para que durara eternamente, pero los obreros tenían gran experiencia y no se hubieran expuesto a hacer una construcción precaria. Mirando a mi alrededor, me di cuenta que estaban presentes todos los sirvientes de la casa. Y eso significaba…

- Ramsés -me apresuré a preguntar-. ¿Hay alguien de guardia?

- Maldición -masculló mi hijo.

Se movió tan rápido que apenas pude seguirlo con mi larga bata. Cuando llegué al estudio de Emerson, Ramsés había encontrado las llaves de su padre y estaba abriendo uno de los cajones del escritorio. Con un largo suspiro de alivio, sacó la caja pintada y levantó la tapa.

- Está en su sitio -exclamé-. Falsa alarma.

- No. Alguien ha estado aquí. -Señaló un par de huellas polvorientas que iban y venían por el suelo. Eran de pies descalzos.

- ¿No son tuyas? -pregunté.

- Esas son las mías. -Señaló una única línea de huellas, más estrechas y más largas que las otras.

Seguimos las pisadas del intruso a lo largo del vestíbulo. Conducían al dormitorio que compartía con Emerson.

- Vino aquí en primer lugar -murmuró Ramsés. Miró debajo de la cama y en los cajones de la cómoda-. Uno todavía está un poco abierto. A menos que tú…

- Nunca soy tan descuidada. Han hecho una búsqueda rápida y algo superficial. Sabía que no tenía mucho tiempo. Al no encontrar nada aquí, se fue al estudio de tu padre.

- Nos oyó venir y huyó antes de tener la posibilidad de buscar exhaustivamente -concluyó Ramsés-. Lo que significa que no sabía exactamente dónde estaba escondida la estatuilla. Veamos por dónde se fue.

Las huellas polvorientas se desvanecían en el corredor, pero no resultaba difícil deducir que el intruso había venido a través del patio y se había ido por el mismo camino.

- Infierno y condenación. -Ramsés se pasó los dedos por sus cabellos desordenados, desencadenando una lluvia de fino polvo-: No dejó ni una pista. Como diría Padre, esto se está volviendo monótono.

Del Manuscrito H :

Los niños se habían despertado con el revuelo, y estaban indignados con Elia por no quería dejarlos participar de la diversión.

- No ha sido nada divertido -dijo Ramsés, severo-. Wassim podría haberse hecho mucho daño.

Carla pareció avergonzada, y David John reflexionó sobre el comentario.

- No debemos estar enfadados con Elia. Hizo lo que tú le dijiste que hiciera.

- ¿De manera que es culpa mía? -preguntó Ramsés, mientras arropaba a su hijo.

- Hiciste lo que te pareció que era mejor -concedió David John-. ¿Fue un desafortunado accidente o un intento de distraer la atención?

Ramsés maldijo en silencio la precocidad del niño. Trataba de evitar mentir a sus hijos, de manera que elaboró su respuesta cuidadosamente:

- No lo sabemos todavía. Seguid durmiendo.

Les deseó buenas noches y les dio un beso, luego se retiró, sabiendo que su intento de responder con evasivas terminaría en un

fracaso. Los niños se enterarían de todo, incluyendo una cantidad de teorías absurdas y disparatadas, por boca de los sirvientes.

* * *

En lugar de ir a Deir el Medina al día siguiente, realizaron otro tipo de excavación. Los frenéticos intentos de liberar a Wassim habían esparcido los escombros por doquier, pero al examinarlos de cerca y cuidadosamente, siguiendo la técnica arqueológica de Emerson, se confirmó la sospecha de Ramsés de que la estructura, construida con mucha solidez, no podría haberse derrumbado sin usar un ariete o una carga explosiva. Encontraron unos pocos fragmentos de un cartucho de dinamita y un poco más lejos, huellas de una mecha.

No resultaba difícil conseguir dinamita. (Como se podía conseguir casi de todo en Egipto, si se sabía dónde recurrir.) El examen de los adobes ennegrecidos y rotos de lo que había sido la esquina noreste indicó que el efecto de la explosión se limitaba a esa zona. Después se había derrumbado el resto del edificio, quizá sin intención.

- Es una suerte que Wassim estuviera durmiendo cerca de la puerta -dijo Selim, limpiándose las manos llenas de polvo-. Pero esto no es nada bueno, Ramsés. Deberíamos interrogar a los habitantes de Gurneh y descubrir quién tiene una coartada.

Ramsés sonrió y le dio una palmada en la espalda.

- Te estás convirtiendo en un buen detective, Selim, pero dudo que esa línea de investigación nos lleve a alguna parte. He fotografiado las huellas más nítidas esta mañana, pero probablemente tampoco nos lleven muy lejos. A ese individuo no le faltaba un dedo ni dejó ninguna señal distintiva.

- De todas maneras, haremos preguntas -dijo Selim-. ¿Cómo está Wassim?

- Disfruta de un merecido descanso y zampa toda la comida de Fátima que puede. Nefret curó sus raspones y moratones y le dijo que se podía ir a su casa, pero adujo que está muy débil para moverse.

- Debemos encontrar otro guardia -declaró Selim-. Y volver a construir la caseta.

- Te dejo a ti al mando, entonces. No hay motivo para ir a Deir el Medina hoy.

Volvió a sus papiros. Se sentía algo culpable, a pesar de que sabía que no lo necesitaban. De tiempo en tiempo se asomaba a la ventana. Selim tenía a una docena de hombres trabajando en la construcción de una estructura temporal con postes y lonas, y haciendo otros adobes. Su imponente presencia bastaba para alejar a los pocos curiosos que se acercaron en sus carruajes.

Cuando se reunieron para almorzar, su madre estaba revisando los mensajes que habían llegado.

- ¿Nada de los Petherick? -preguntó Ramsés.

- No. Estoy un poco sorprendida. La señora Petherick debe estar algo aburrida.

La comunicación llegó esa tarde, en forma de un mensaje entregado en mano. David John, que había aprendido a leer a una edad extremadamente temprana, estaba enfrascado en un libro y Ramsés estaba jugando al pilla-pilla con Carla cuando su madre se les unió en el jardín.

- ¿Dónde está Nefret? -preguntó.

- Tiene un paciente. -Ramsés tomó la nota de su mano y eludió a su hija trepando a un árbol. Ignoró los gritos enfurecidos y justificados de «¡No vale, no vale!» de Carla y leyó el mensaje.

- Tienes razón, Carla -dijo, descendiendo de un salto-. Hice trampas y me toca perder. Tú ganas. Ahora vete a lavarte las manos para tomar el té. Papá tiene que salir un ratito.

- Fátima ha hecho un bizcocho de ciruelas -agregó su madre.

- ¿Tú también te vas? -preguntó Carla.

- Sí -dijo la abuela, acariciando los rizos negros y desordenados de la pequeña.

Carla sopesó las ventajas y desventajas, con sus negras cejas juntas en un gesto pensativo. David John ya había llegado a la conclusión lógica: si sólo la indulgente Fátima supervisaba el momento del té, todo el bizcocho sería para ellos. Cerró el libro, dio un rápido abrazo a su abuela y trotó hacia la casa, seguido por Carla.

Ramsés levantó la chaqueta que había tirado sobre un banco, y su madre dijo:

- Me alegra saber que tú también piensas que debemos ir. La señora Petherick parece estar al borde de la histeria. Si no aparecemos antes de que oscurezca, quién sabe lo que hará.

Ramsés miró la nota otra vez. La caligrafía irregular sugería sin dudas que su autora tenía los nervios destrozados y las manos temblorosas: «Vendrá a por mí al caer la noche. ¡Por el amor de Dios, dense prisa!».

- Estoy de acuerdo en que hayas decidido que tenemos que ir -dijo-. Debes haber notado, madre, que esta llamada desesperada tiene el mismo aire calculado que sus actuaciones precedentes. Yo tenía la impresión de que considerabas que todo el asunto era un gancho publicitario.

- Pocas veces la vida es tan simple como eso -reflexionó Amelia sentenciosamente. Lo tomó del brazo y lo llevó, lenta pero inexorablemente, por el sendero-. Los seres humanos somos capaces de realizar increíbles proezas de autoengaño, como podemos comprobar en los casos de hipocondría. La señora Petherick puede haberse convencido a sí misma de que la amenaza es real, con el fin de justificar sus acciones ante su propia mente, y…

- Sí, madre.

Peabody tenía razón, pero su sonrisa satisfecha y la energía de sus pasos traicionaban sus verdaderos motivos. La idea de mantenerla alejada del asunto Petherick era irrealizable.

Se detuvieron lo justo para recoger a Nefret, que había terminado de ver a sus pacientes. Para cuando llegaron a la ribera y eligieron un bote para cruzar a la otra orilla, el sol se estaba ocultando. Sus rayos oblicuos iluminaban las espléndidas columnas del templo de Luxor y, en una yuxtaposición incongruente, la moderna fachada del Winter Palace. Subieron corriendo las escaleras que iban del muelle a la calle. Mientras esperaban para cruzar, Ramsés se refirió nuevamente a la nota.

- Nos pide que vayamos directamente a su cuarto. ¡Dice que tiene miedo de abrir la puerta! -Cogió del brazo a su madre. Con la habilidad que proporciona una larga práctica, se abrieron camino a través de la procesión de camellos, burros y carruajes que llenaba la calle.

- ¿Qué habitación es? -preguntó Nefret, observando la larga fachada del hotel. Se llegaba a la primera planta, donde estaban el vestíbulo y las salas de recepción, por medio de dos escaleras que se oponían y ascendían en curva; las habitaciones de los huéspedes estaban en las plantas segunda y tercera y la planta baja se

reservaba para las zonas de almacén y servicios.

- Tres cincuenta y dos y cincuenta y tres, -dijo Ramsés-. Una suite. Es la que está en ese extremo.

- ¿La que tiene un balcón? Me sorprende que no haya… ¿Oh, Dios mío! ¿Qué es eso?

No podía haber equivocación posible respecto de lo que era, a pesar de la distancia que había hasta el suelo. El crepúsculo brillaba con dramática intensidad sobre la balaustrada de piedra del balcón y sobre la silueta que se inclinaba sobre ella. Tenía la altura de un hombre, estaba envuelta en un ropaje negro intenso y parecía beber los rayos del sol. Mientras la miraban con asombro, la figura se dobló lentamente hacia delante y cayó, desde una altura de doce metros, hacia la terraza de abajo.

Ramsés se desasió de la mano de su esposa y subió las escaleras de tres en tres. Las personas que estaban en el vestíbulo se volvieron a mirarlo cuando corría. No esperó el ascensor, que en el mejor de los casos no era muy seguro, y se dirigió a la escalinata. Llegó a la tercera planta y corrió a toda velocidad a lo largo del extenso corredor, mientras maldecía al arquitecto del Winter Palace por gastar tanto espacio en escaleras y pasillos. La mayoría de los huéspedes estaban tomando el té, en las terrazas o en el salón al efecto; sólo unos pocos sirvientes de pasos apagados lo miraron cuando pasó como una exhalación.

La suite de la señora Petherick se hallaba al final de un recodo del corredor. Como Ramsés sabía por haber visitado a otros amigos con anterioridad, se llegaba a sus dos cuartos a través de una pequeña antecámara que proporcionaba una intimidad mayor al ocupante de la suite. Frente a la puerta cerrada de la antecámara se encontraba Abdul, uno de los sirvientes del hotel, ataviado con un fez rojo, una chaqueta con galón de oro, y unos pantalones anchos poco auténticos pero pintorescos. Ramsés interrumpió su alegre «Salaam aleikhum» y golpeó con fuerza en la puerta, gritando el nombre de la condesa y el suyo propio. Ninguna respuesta, ningún ruido llegó del interior. Se dirigió al sirviente -¿La señora no está aquí?

- No ha salido, Hermano de los Demonios. -Abdul pensó por un instante y luego expuso con orgullo sus conclusiones-: De manera que todavía debe estar dentro, ¿verdad? Me dio mucha *bacshish* y

me dijo que no dejara pasar a nadie. A nadie en absoluto excepto a usted, o la Sitt Hakim o…

La puerta no estaba cerrada con llave. Pensando que la señora Petherick podría estar escondida en el armario o en el baño, Ramsés golpeó con más ímpetu una de las puertas interiores, la que conducía a la sala de estar. No recibió respuesta alguna.

- ¿A qué está jugando? -preguntó. Abdul no contestó, pues se dio cuenta de que la pregunta no iba dirigida a él. Ramsés comprendió que no tenía más elección que seguir con el juego, pero decidió decirle unas cuantas cosas a la condenada mujer cuando la encontrara.

La puerta interior tampoco tenía echado el cerrojo. Las altas ventanas francesas que daban al balcón estaban abiertas, y las vaporosas cortinas se movían por la brisa. Un crepúsculo en llamas enrojecía el cielo. El cuarto estaba en perfecto orden, lo mismo que el dormitorio contiguo y el baño. Los vestidos de la señora Petherick llenaban el ropero, sus objetos de tocador se desplegaban sobre la cómoda, pero no había ni rastro de la dama por ningún lado.

Capítulo 3

- Se trata de una túnica vacía -dije-. No hay nada dentro. Me di cuenta enseguida, como es natural, por la forma en que cayó balanceándose.

- Sí. -Ramsés se paseaba de un lado para otro de la salita de estar de la señora Petherick, cogiendo objetos al azar como si esperara encontrar algo que se le había pasado-: ¿Cuántas condenadas vestimentas semejantes tendrá esta condenada mujer?

- Varias, supongo. Ama el negro, que es el color ideal para los abrigos y capas de noche.

Nefret y yo subimos de prisa las escaleras tan pronto como estuvimos seguras de que no había ningún cuerpo destrozado. Extendí el ropaje sobre el respaldo del sofá. Era similar al que el intruso había abandonado en nuestra casa, pero no idéntico; el primero era de seda acordonada, mientras que éste era de un terciopelo más pesado, bordado en los hombros con cuentas oscuras. En la forma sin trascendencia que lo hace a veces, mi mente divagó acerca de lo que ese pedazo de tela parecía sugerir. ¿Unos poderes indefinidos del mal? ¿El infame Príncipe de las Tinieblas? No era egipcia, ni antigua ni moderna. Sin embargo, los que creen en los espíritus malignos no tienden al razonamiento lógico.

Examinamos de nuevo la suite, con la misma poca suerte que había tenido Ramsés. Nada faltaba, de acuerdo a lo que sabíamos. Al rato, se nos unió el señor Salt. El director de un gran hotel no pierde los nervios con facilidad, pero ese atildado caballero no estaba tranquilo. Sus huéspedes le habían informado de que se

había arrojado un cuerpo muerto desde un balcón o una ventana de la tercera planta. O, de acuerdo a uno de los espectadores más imaginativos, una mano invisible lo había arrojado desde el espacio. Nos pidió, con una voz apenas trémula, que le contáramos todo lo que sabíamos.

Nuestra información de que no había ningún cadáver lo alegró mucho.

- Entonces no tendremos que llamar a la policía -dijo, mientras se enjugaba su frente sudorosa.

- Todavía no -repliqué.

- ¿Todavía no? Pero señora Emerson, si no hay ningún cuerpo…

- Esa es la dificultad, como comprenderá -le expliqué-. La señora Petherick tampoco está. Parece haber desaparecido.

- Discúlpame, madre, pero tu conclusión es algo prematura -dijo mi hijo-. Puede que exista una explicación perfectamente inocente de su ausencia. Debemos interrogar a los otros huéspedes, al hijo y a la hija de la señora Petherick, y a su doncella.

- No la acompañaba ninguna criada propia -dijo el señor Salt-. Una de las sirvientas del hotel la ha asistido cuando lo ha necesitado ¡Pero estoy seguro de que hay, como usted dice, una explicación perfectamente inocente!

- ¿No pone objeciones a que realicemos una investigación? -pregunté.

- Me sentiría infinitamente agradecido si lo hiciera, señora.

La señora Petherick no se hallaba en el salón comedor ni en ninguna de las demás salas públicas. El portero no la había visto, ni había dejado su llave en la recepción. Las llaves iban unidas a una grande y pesada chapa de bronce, de manera que sería improbable que la dama las hubiera llevado con ella, aun suponiendo que hubiera cambiado de idea y salido sin dejarnos un mensaje. Adrian y Harriet Petherick no estaban en el hotel. Habían depositado sus llaves, pero nadie sabía dónde habían ido. La doncella del hotel perdió de tal modo los nervios cuando la interrogamos que sólo pudo balbucear y negar conocimiento de cosa alguna. Decidimos posponer toda investigación. Interrogar a todos los huéspedes del hotel nos llevaría horas y probablemente sólo conseguiríamos más fantasías que realidades. Si no hubiera sabido que esto sucedería a causa de mi contacto previo con las investigaciones criminales, lo

hubiera descubierto cuando intentamos abrirnos camino a través del vestíbulo. Tan pronto como salimos del ascensor nos vimos rodeados de una multitud curiosa, en la que todos hacían preguntas y algunos proclamaban poseer una información vital. Me vi obligada a utilizar mi sombrilla con el fin de pasar, y un individuo inoportuno, que se había presentado como periodista, nos siguió todo el camino hacia el muelle.

Ocupamos nuestros lugares en el bote. La noche era hermosa, como lo son casi siempre en Luxor; la luna se reflejaba en las aguas y las estrellas brillaban. Miré mi reloj.

- Otra vez tarde. Fátima estará furiosa.

- Y Maamad llorando sobre la sopa -dijo Nefret-. Bien, madre, ¿qué sacas en limpio de todo esto?

- Hay sólo dos explicaciones posibles -dije, acomodándome en los cojines del banco-. O la señora Petherick se fue por su propia voluntad o se la llevaron a la fuerza.

- ¿Cómo podría alguien llevársela sin ser visto? -preguntó Ramsés-. Abdul no es el joven más listo de Egipto, pero hasta él podría haber percibido a un hombre cargado con una mujer que se debatía y gritaba o, para el caso, que se hallaba inconsciente y que, además, tiene un peso considerable, para decirlo con algo de tacto.

- ¿Te fijaste bien en él, verdad? -murmuró Nefret-. Quizá mintió.

- No a mí. Oh, cielos -exclamó Ramsés, pasando sus dedos por el pelo desordenado-. No quiero parecer tan petulante. Lo que quiero decir es que si Abdul hubiera sido amenazado, o si le hubieran ofrecido un soborno cuantioso, no me hubiera saludado con tanta inocencia, ni mirado a los ojos. Padre lo aterroriza. De todas maneras, es un hombre honesto, a su manera. No, madre. La condesa ha preparado otro truco. Tuvo tiempo suficiente para dejar su cuarto antes de que yo llegara.

- ¿Dejando todo lo que posee?

- Llevarse una maleta hubiera destruido el efecto -dijo Ramsés.

- Pero entonces el honesto Abdul mintió cuando dijo que la señora no había salido del cuarto.

- No necesariamente. No permaneció justo frente a la puerta todo el tiempo; admitió haber dejado su puesto una o dos veces o, sí Hermano de los Demonios, quizá más veces, para fumar un cigarro con otro de los hombres o para satisfacer una necesidad fisiológica.

Con cuidado y rapidez, ella podría haber pasado inadvertida, lo que no sería el caso de un secuestrador.

En mi opinión, se apresuraba a sacar conclusiones. Debo admitir que la suya era la interpretación más obvia, pero los delincuentes sagaces pueden llevar a cabo planes ingeniosos. Si el villano hubiera estado disfrazado como un criado y la señora Petherick dentro de una alfombra o cesto de la ropa… Decidí no proseguir con el tema, puesto que Ramsés se hallaba en un extraño estado de exasperación.

- Me pregunto si debemos notificar a vuestro padre los últimos acontecimientos -dije.

- ¿Para qué tomarnos ese trabajo? Los leerá mañana en los periódicos de El Cairo.

- Oh, Dios mío. Supongo que así será, ¿verdad? No le va a gustar nada.

- En particular -dijo Ramsés- cuando lea los comentarios que hicimos a la prensa.

- Pero si no hemos dicho nada -protesté-. Excepto pedir que los que tuvieran alguna información se la hicieran llegar al señor Salt.

- Eso no evitará que los periodistas nos citen -dijo Ramsés.

- Me pregunto qué diría Abdullah de todo esto -musité.

- ¿Has soñado con él últimamente? -La voz de Ramsés sonó estudiadamente indiferente. La familia todavía era muy escéptica respecto a esos extraños sueños, pero para mí eran más que sueños, tan realistas que me parecía ver en carne y hueso a mi querido amigo desaparecido. Había dado su vida por la mía, actuando tan instintivamente como un padre que se lanza a defender a su hijo amenazado. Me había amado como yo había aprendido a amarlo; pero ese acto de sacrificio supremo había sido también su forma de tomar su destino en sus manos y desafiar al dios que le amenazaba con las debilidades de la edad provecta.

- Últimamente no -contesté.

- Al menos no se quejará de que tengamos otro cadáver en las manos. -Nefret sonrió afectuosamente-: ¿Recordáis lo que solía decir?: «¡Todos los años, otro muerto más!».

* * *

«¡Todos los años, otro muerto más!», dijo Abdullah. Vino dando zancadas por su senda habitual, la del Valle de los Reyes. Mi ruta me había llevado hacia la parte superior de la escarpada ladera de

los acantilados que se alzan detrás de Deir el Bahri, y mientras el sol se elevaba detrás de mí, mi sombra corrió a su encuentro.

- ¿Qué quieres decir? -pregunté-. Este año no hemos tenido ningún cadáver. Podrías decir «hola» antes de empezar a quejarte -añadí.

Sin embargo nunca me saludaba. Supongo que para él, en aquel lugar donde no existía el tiempo, era como si hubiéramos estado hablando hacía sólo un momento. Sonrió sardónico y acarició su barba, que el día que murió en mis brazos era de un blanco níveo. En estos sueños era negra, y su rostro el de un hombre joven y vigoroso.

- No todavía, *Sitt* -dijo.

- ¿Quién? -pregunté-. ¿No será Emerson, ni Ramsés? Ni…

- No puedo predecirte el futuro. Todavía está por determinarse. ¿Pero no hay siempre un muerto? Siempre buscas el peligro, *Sitt*.

- Si te refieres a la señora Petherick y su estatuilla, fue ella la que vino a nosotros y no al revés. ¿Y qué peligro puede haber? Se trata de una mujer tonta que inventa bobadas.

- La estatuilla no es un invento.

- ¿De dónde procede, Abdullah?

Puso los ojos en blanco y sonrió.

- Del último lugar que supondrías, *Sitt*.

- ¡Debería haber sabido que no me ibas a responder! ¿No viene de Amarna, ni de la tumba 55?

Su sonrisa burlona desapareció. Se acercó un paso y adelantó una mano, como para tocarme la mejilla.

- *Sitt,* haz caso de mis palabras. Deja de buscarte problemas, descansa a la sombra y quédate en paz. Como fue para mí, lo mismo es para ti. ¿Acaso los días no se hacen más cortos, los caminos más largos y las cargas más pesadas?

Las palabras cayeron como piedras sobre mi corazón y el cielo pareció oscurecerse; pero sacudí la cabeza y hablé con firmeza:

- Más razón todavía para aprovechar los días cortos y preparar nuestra energía para llevar las cargas más pesadas. Nunca esperé oír estas palabras de ti; de ti, cuya fuerza y coraje nunca fallaron.

- Ah -dijo Abdullah-. Sabía que lo dirías.

Un rayo de sol iluminó su cara sonriente y dije con exasperación:

- Lo que yo quiero de ti es un consejo práctico, ¡y nunca lo consigo! Si no vas a decirme dónde encontraron la estatuilla, al menos dame una pista.

- Te la he dado -dijo Abdullah, acariciándose la barba-. Y ahora voy a darte otra: no hace mucho me hiciste una pregunta similar y yo la respondí. Recuerda esa pregunta y la respuesta, *Sitt*.

Se dio vuelta y se marchó. Di una patada en el suelo, exasperada. A través de los años había hecho muchas preguntas; las respuestas que había conseguido eran, siendo benévola, enigmáticas. No tenía la menor idea de a cuál de esas preguntas se refería Abdullah.

* * *

Al día siguiente, si había abrigado alguna esperanza de salir, la abandoné tan pronto como me asomé a la galería después del desayuno y vi las personas que se habían congregado alrededor de la caseta a medio construir. Nuestro nuevo guardia, Hassan, el hijo de Daoud, estaba a pie firme en el centro del camino, con el anticuado rifle de Wassim en las manos; y creo que la vista del arma (que yo deseé que no estuviera cargada) era lo único que evitaba que algunos de los curiosos se colaran por los costados de la caseta.

A decir verdad, y a pesar de que siempre me esfuerzo por evitarlo, me fui poniendo cada vez más inquieta a medida que transcurría la mañana. Estaba deseando saber qué estaba pasando en Luxor; si había aparecido la señora Petherick, si se había obtenido alguna nueva información, y qué pensaban sus hijastros de todo ello. Después de observar la escena con una expresión particularmente severa, Ramsés me había prohibido terminantemente que abandonara la casa; como me conoce, más bien había sugerido que siguiera su consejo en este sentido. Estuve de acuerdo, reservándome el derecho a cambiar de opinión si la situación se modificaba, y se fue, declarando que pensaba pasar el día trabajando en los papiros hieráticos que habíamos encontrado en grandes cantidades. El lenguaje egipcio constituía la especialidad de Ramsés, y su interés principal, y estaba atrasado en sus traducciones.

Mis pensamientos se centraron en mi conversación con Abdullah. Sé había mostrado tan misterioso e irritante como de costumbre, y no había nada nuevo en su sermón acerca de mi

propensión a buscarme problemas, como él decía. ¡Pero aquella era la primera vez que había tenido la temeridad de sugerir que me estaba volviendo mayor para tales aventuras! Debería haberse dado cuenta que su comentario me serviría de acicate.

O quizá por eso precisamente el viejo granuja lo había hecho. Yo no necesitaba que me espoleara. Como Abdullah, sería la dueña de mi propio destino. Una muerte rápida y honorable, en particular si estuviera al servicio de un ser querido, era preferible al lento deterioro de la mente y el cuerpo.

¿Qué diablos había querido decir con su última «pista», como la había llamado? Traté de recordar las innumerables conversaciones que habíamos sostenido. A menudo me había dicho que el tiempo no tenía significado en el más allá; que lo que a mí me habían parecido años podrían haber sido sólo momentos para él. Habíamos hablado de muchas cosas; por más que me esforzaba, no podía recordar ninguna referencia a Amarna o Akenatón.

Después de que Nefret hubiera atendido los pacientes que habían aparecido por la mañana (un dedo infectado y un caso de conjuntivitis), se reunió conmigo en la galería y admitió que era incapaz de emular la falta de curiosidad de su marido.

- ¿Quiénes son todas esas personas? -preguntó, aceptando la taza de café que le ofrecía Fátima-. ¿No tienen nada mejor que hacer?

- Muchas personas llevan vidas de un aburrimiento atroz -dije-. Carecen de imaginación e inteligencia, por lo que no se dan cuenta del tedio en que viven hasta que algo sucede. La dama y el caballero tan bien vestidos en ese carruaje, por ejemplo, creo que recuerdo haberlos conocido el año pasado. Ociosos e ignorantes miembros de la aristocracia.

- ¿Quién es ese individuo con la chaqueta de cazador y el sombrero de ala ancha?

- Un periodista -dije con desdén-. No, no lo conozco, pero puedo identificar a un bribón a una milla de distancia. ¡Jesús, creo que le está ofreciendo un soborno a Hassan!

- Probablemente no sea el primero en hacerlo. Pero Hassan sabrá cómo tratarle…

- Wassim también sabe, pero no me sorprendería en absoluto descubrir que ha obtenido una considerable cantidad de parte de varias personas.

- ¿Prometiendo a cambio entregar mensajes, que de todos modos es lo que tú le dijiste que debía hacer? De manera que es por eso por lo que está tan ansioso por reintegrarse a sus tareas. Se podría suponer que después de caérsele encima la caseta evitaría continuar con ese trabajo.

- La codicia es un motivo lo suficientemente importante como para superar la cobardía -comenté-. Maldición, mira a toda esa gente… Cuánto me gustaría…

- ¿Saber lo que está pasando? Lo mismo me pasa a mí -admitió Nefret-. Pero no podemos arriesgarnos a dejar la casa. Nos rodearían.

- Había pensado pedirle prestados a Fátima una túnica y un pañuelo y salir hasta la caseta.

- No sé por qué no me sorprende eso que dices. No lo hagas, madre. Tengo la impresión de que antes de que pase mucho tiempo sabremos algo por la señorita Petherick o por Cyrus.

Pero no fue ninguno de los mencionados el que llegó primero. Me quedé un poco sorprendida cuando vi que Hassan retrocedía y trataba de esconder el rifle. Luego reconocí al hombre que venía andando por el camino, más alto que la mayoría de los egipcios, con un uniforme blanco bien planchado, la negra barba recortada y enmarcando una cara morena e inteligente. Un hombre prudente no discute con el jefe de policía de Luxor, y menos con éste. Ibrahim Ayyid todavía era joven, pero ya tenía tras de sí una imponente reputación como un hombre capaz de mantener una disciplina estricta y de decidir con justicia.

Con una exclamación de placer, Nefret se acercó a la puerta para recibirlo y le ofreció su mano. El se inclinó y me hizo un saludo militar, con ruido de tacones y movimiento de cabeza.

- Les pido disculpas por la intromisión -fueron sus primeras palabras.

- Nada de eso -replicó Nefret-. De hecho, ha salvado nuestras vidas, señor Ayyid. Nos estábamos muriendo de curiosidad.

Pedí a Fátima que trajera más café y Ayyid nos observó de manera burlona.

- Según creo entender, se han visto involucrados en este caso desde el principio. Estuvieron en el hotel ayer. Esa es la razón de mi visita, para pedirles información.

- No se la daremos hasta conocer las últimas noticias -dije con una sonrisa para indicar que estaba de broma-. ¿Ha vuelto la señora Petherick?

- No. Sus hijastros insisten en que ha sido secuestrada, y la policía, así como las autoridades británicas, están ayudando en su búsqueda.

- ¿Esta es una visita oficial, entonces? -inquirí, al ver que sacaba una libreta y un lápiz.

- Sí, señora.

- Puede contar con toda nuestra colaboración, por supuesto -declaré-. El profesor está en El Cairo, pero mi hijo está aquí. Nefret, ¿puedes ir a decirle que le esperamos?

Noté que los ojos negros del señor Ayyid seguían la delgada silueta de Nefret cuando dejó el cuarto. Su mirada tenía un dejo de melancolía por completo diferente a su firmeza y serenidad habituales. No es que mi nuera y él hubieran compartido precisamente demasiados eventos sociales, puesto que el señor Ayyid había rechazado terminante aunque cortésmente nuestras invitaciones, pero en varias ocasiones había recurrido a Nefret para que le ayudara en la identificación de cadáveres. Un encuentro en tales circunstancias no conducía al desarrollo de sentimientos de afecto pero para mí resultaba obvio, pues soy muy sensible a esas cosas, que él sentía una gran admiración por ella. Al ser todo un caballero, y un hombre profundamente religioso además, nunca le había hecho la menor insinuación. Para mí estaba claro que lo que necesitaba era una esposa. Daoud tenía una nieta, una guapa muchacha de diecisiete años, que había asistido a la escuela de la señorita Whiteside en Luxor…

Ayyid cambió de posición, y me di cuenta de que lo había estado mirando con muy poca cortesía mientras mis pensamientos divagaban.

- Puedo proporcionarle los primeros datos -dije-. Eso nos ahorrará tiempo. Este asunto comenzó cuando la señora Petherick nos hizo una visita dos días atrás.

No había avanzado demasiado en el relato cuando Ramsés y Nefret se incorporaron a la reunión. Fátima trajo más café y una fuente de bollos. No le había pedido que lo hiciera, pero siempre buscaba una excusa para escuchar las conversaciones. Seguí con mi

relato, hasta nuestra visita a los aposentos de la señora Petherick la noche anterior, y luego pedí al señor Ayyid que nos diera su opinión al respecto.

- Es una historia extraña -dijo lentamente.

- No tan extraña si consideramos el probable motivo de la señora Petherick -dijo Ramsés-. Todo el asunto es un engaño, con el fin de proporcionarle publicidad y promover la venta de sus libros.

- ¿Entonces usted cree que no ha sido secuestrada? -preguntó Ayyid. Miró a Nefret, pero contestó Ramsés.

- Creo que salió a hurtadillas de su cuarto, sin que Abdul la viera, y disfrazada además. Usted ya conoce la disposición de su suite, señor. Hay una puerta externa, que lleva a un pequeño vestíbulo; dos cuartos internos, uno a la derecha que conduce al dormitorio y el otro, opuesto a la puerta exterior, que da al salón. Hasta podría ser que la condesa esperara en el dormitorio hasta que Abdul y yo estuviéramos en el salón, y luego huyera.

- Algunos de los huéspedes declaran haber visto una figura alta, vestida con una túnica negra, que descendía las escaleras -dijo Ayyid secamente, mientras escribía en su libreta.

- No me sorprende -dijo Ramsés con igual tono-. Esa figura no existió. La señora lanzó la túnica vacía por encima del balcón.

Nefret se inclinó hacia adelante.

- ¿Qué tienen que decir el señor y la señorita Petherick al respecto? Seguramente no creerán que su madrastra fue abducida por un demonio sobrenatural.

El señor Ayyid no señaló, como podría haber hecho, que se suponía que era él el que debía hacer las preguntas.

- Declaran que fue secuestrada por alguien que quiere la estatua. ¿Es muy valiosa?

- Mucho -dijo Ramsés-. Pero es una suposición absurda. La señora Petherick no estaba en posesión de la estatuilla; la tenemos nosotros.

- ¿Quién estaba al tanto de este hecho?

- Podría decirse que todo Luxor -replicó Ramsés.

- Y tengo entendido que se han producido varios intentos de robo en su casa -dijo Ayyid, severo-. ¿Por qué no han informado a la policía de estos incidentes?

- Preferimos arreglar estas cosas nosotros mismos -dije. La

expresión del señor Ayyid manifestó su firme desaprobación a esta conducta. Yo estaba a punto de desarrollar el tema y recordarle nuestra amplia experiencia en asuntos de esta especie, cuando Ramsés se me adelantó.

- No ha sido nada, no ha habido peligro alguno. Sólo un estúpido podría creer que sería capaz de localizar un objeto escondido sin realizar una búsqueda prolongada y correr el riesgo de…

Dejó de hablar repentinamente. El señor Ayyid frunció el entrecejo.

- Pero el señor Adrian Petherick no es un hombre sensato, ¿verdad? Y es obvio que está obsesionado por recuperar la estatua.

- No es tan estúpido como para arriesgarse tanto -dijo Ramsés-. Sabe que mi padre tiene la intención de devolver la estatua a la señora Petherick; le oyó decirlo.

- ¿Ella es la propietaria legítima?

- Suponemos que sí.

- ¿Pero no lo saben con seguridad?

- No estamos en conocimiento de los términos del testamento del señor Petherick -dijo Ramsés-. Si usted cree que este tema es importante, está en mejor posición que nosotros para averiguarlo.

- Quizá. -El señor Ayyid hizo otra nota-. ¿Puede describir al primer intruso?

- Se había ido para cuando llegó Ramsés -dije, puesto que mi hijo parecía algo enfadado-. Sólo alcancé a ver sus piernas cuando desaparecía sobre el muro. Usaba pantalones europeos. Alí declara que era alto y terriblemente fuerte, pero no creo que podamos confiar en su evaluación.

- Me gustaría interrogar a Alí Yussuf.

- Como guste, pero no logrará sacarle mucho. Estaba muy oscuro y se había quedado adormilado.

- ¿Y en la segunda ocasión? No pueden decir que esa vez no pasó nada.

- Creo que no hubo intención de causar un daño grave -dijo Ramsés-. El propósito fundamental de la explosión fue alejarnos de la casa para que el intruso pudiera buscar nuevamente.

- Mmm. -Ayyid parecía escéptico-. ¿Nadie pudo ver siquiera un momento al criminal?

Ramsés le explicó lo de las huellas plantares.

- Hasta ahora no hemos podido revelar las fotos. En cuanto las tengamos, se las mostraremos, por supuesto, pero le adelanto que no había nada notable en ellas.

- Pies descalzos -dijo Ayyid, pensativo-. Cualquiera se puede quitar los zapatos.

- ¿Puedo preguntarle por qué pone tanto énfasis en este asunto en lugar de seguir con la búsqueda de la señora Petherick? -inquirí.

Mi tono crítico no desconcertó a Ayyid. Cerró la libreta y se levantó.

- Lo haría, señora Emerson, si tuviera la más leve idea de dónde buscar. Sin embargo, en este momento no tenemos pruebas de que su desaparición pueda considerarse un asunto criminal. En caso de que ustedes se enteren de algo, confío en que dejen de lado sus hábitos y se comuniquen con… *¡Allahu Akhbar!* ¿Qué es eso?

No lo había visto venir. Nosotros sí, pero estábamos tan atónitos y su avance fue tan rápido que no tuvimos tiempo de reaccionar: una bestia grande y leonada, que iba dando grandes zancadas, como los leones a los que tanto se parecía. Detrás venía Daoud, moviendo los brazos enérgicamente y emitiendo exclamaciones entrecortadas. Y detrás de Daoud los curiosos se desparramaron en todas direcciones, entre gritos y alaridos. La bestia se levantó sobre las patas traseras y se lanzó contra la puerta con una fuerza que hizo temblar la estructura. Comenzó a aullar.

Debo confesar que hasta yo retrocedí. Todo en lo que pude pensar fue en los cuentos de vampiros y hombres lobo de la condesa Magda. Entonces Daoud llegó corriendo. Al principio no pudo decir nada pues estaba sin aliento; cogió a la criatura por su collar y la hizo echarse. Inmediatamente la bestia cayó a sus pies, se dio la vuelta y movió cuatro enormes zarpas. Ramsés fue el primero en recobrarse.

- ¡Dije un perro, Daoud, no una leona! ¿Dónde diablos has…?

- Es una perra, Hermano de los Demonios -jadeó Daoud-. Un buen animal, un perra tranquila. ¡Y ya has oído lo fuerte que puede ladrar!

Fátima, que había huido a la casa, abrió una rendija en la puerta y gritó:

- Daoud, eres un loco. No podemos tener a esta criatura cerca de

los niños.

- Ya veremos -dijo Nefret-. Tráela aquí, Daoud.

Nuestro amigo hizo que la criatura se pusiera de pie y la hizo entrar, manteniéndola bien agarrada del collar. Hubo un momento de suspense, mientras la perra nos miraba de uno en uno, con una expresión de intenso interés. Sospeché que estaría considerando qué garganta desgarrar primero, pero en este caso me equivoqué y Nefret, que se había adelantado a recibirla, estuvo en lo cierto. Siempre había tenido una preferencia por los animales de todas las especies. La perra cayó a sus pies y repitió su gesto de sumisión, moviendo las patas y la cola. Nefret le rascó el cuello.

- ¿Veis? Es totalmente inofensiva -dijo.

- Podrías meterla la mano en su boca -dijo Daoud con orgullo-. Pertenece a Mohammed ibn Rashid, de Gurneh. Tiene ocho hijos y le tiran de las orejas y se montan encima, como si fuera un pony. Su dueño se siente halagado de poder regalárosla.

- ¿Cómo se llama? -preguntó Nefret.

Daoud se quedó en blanco. Sólo las mascotas domésticas tienen nombre, y las mascotas son un lujo en un país en que un hombre debe luchar para alimentar a sus hijos. La medicina veterinaria casi no existe, aún cuando *el fellah* común pudiera costearla. Cuando examiné más de cerca a la perra, vi que sus costillas sobresalían y que en varias partes del cuerpo tenía llagas mal curadas. Retorciéndose de placer, el animal se sentó y se apoyó contra las piernas de Nefret, levantando la cabeza para obtener nuevas caricias.

- La llamaré *Amira* -dijo Nefret.

- Pues no parece una princesa -dijo Fátima,, todavía tras la puerta.

- Lo parecerá, cuando la haya alimentado y curado -dijo Nefret-. Y cuando llegue a su desarrollo máximo.

- ¿Quieres decir que todavía no ha crecido del todo? -exclamé alarmada-. ¿Cómo de grande se va a poner?

- Sólo Dios lo sabe -rió Nefret-. Pero apenas ha salido de la etapa de cachorro torpe. Mira el tamaño de esas patas, y sus dientes. -Sin temor le abrió las fauces. Los dientes parecían bien sanos, por cierto.

Fátima abrió un poco más la puerta y apareció el *Gran Gato de*

Re. Se detuvo y se quedó mirando. Luego se dirigió hacia la perra y la arañó en el hocico. La bestia se agachó y se cubrió la cara con las patas. El *Gran Gato de Re* se encaminó con gesto triunfal hasta el sofá, saltó y comenzó a lamerse las patas.

Nefret llevó a *Amira* hasta la clínica y yo dije:

- Bien, Daoud, parece que la criatura es tan dócil como nos dices. ¿Pero por qué se echó contra la puerta?

- Quería entrar -dijo Daoud.

El señor Ayyid parecía algo aturdido. Se despidió y el resto de nosotros nos sentamos para pasar un rato de agradable cotilleo, la especialidad de Daoud. A veces era necesario aventar los granos de verdad de la paja del rumor, pero su informe resultó mucho más entretenido que los tensos comentarios del jefe de policía. Se había enterado de las noticias de Luxor a través de su hijo Sabir, que dirigía un popular servicio de botes hacia la orilla este, y también de las opiniones de los pobladores de la orilla oeste durante sus visitas a algunos de sus amigos por la mañana temprano. A diferencia de lo que muchos podrían creer, los supuestamente cultos turistas europeos y americanos eran tan dados a las supersticiones primitivas como los *fellahin* de la orilla oeste.

- Muchas señoras del hotel vieron al *afreet* negro anoche, caminando por el vestíbulo del hotel o mirando por sus ventanas -explicó Daoud.

- Ese es el nombre adecuado. -Ramsés se reclinó con las manos entrelazadas. Sentía mucho cariño por Daoud, pero a veces no podía resistir las ganas de provocarlo-: Pero Daoud, ¿por qué andaría el *afreet* por el hotel después de llevarse a la señora Petherick? Ella ni siquiera tenía la estatuilla; nos la había dado a nosotros.

Daoud meditó su respuesta unos instantes.

- Una vez que se ha liberado a un *afreet* para que haga malas acciones, seguirá cometiendo fechorías hasta completar la tarea por la que vino.

- Suena muy lógico -convino Ramsés muy serio-. Sin embargo, no podemos devolver la estatuilla a su propietario, ya que no sabemos de dónde proviene.

- El Padre de las Maldiciones puede espantar al *afreet* -dijo Daoud-. Los paisanos quieren saber cuándo lo hará. Todos quieren venir para verlo.

- Hablaré con mi padre -prometió Ramsés.

- No, no lo harás -dije-. Daoud, ¿habéis tú y Selim averiguado algo sobre dónde y cuándo fue encontrada la estatuilla? Selim quería interrogar a los traficantes y a los ladrones de tumbas más conocidos.

- Nadie admite haber encontrado la pieza -dijo Daoud negando con la cabeza-. Pero seguiremos preguntando.

Después de que nuestro amigo se hubiera marchado, Ramsés dijo:

- Dudo que Selim consiga algún dato útil. Tenemos una posibilidad mejor de seguir la pista de la pieza si comenzamos con Petherick y el traficante que se la vendió. Padre tiene intenciones de seguir esta línea de investigación mientras está en El Cairo.

- Eso no es todo lo que se propone hacer. Sabes lo que está tramando, ¿verdad?

- Estoy empezando a creer que sí.

Permanecimos sentados en silencio durante un tiempo, y luego dije:

- ¿Cómo van tus traducciones?

A Ramsés se le iluminó la cara, como pasaba siempre que alguien tenía la amabilidad de preguntarle por la tarea que más le entusiasmaba.

- Muy bien, madre. He estado trabajando en un grupo de ostraca que encontramos cerca del templo; se diría que son oraciones para pedir perdón. Cubren un largo período de tiempo y, puesto que sólo algunas tienen fecha, hay que confiar en las evidencias textuales y los cambios lingüísticos para ordenarlas en una secuencia.

- Muy interesante, cariño. Esto… ¿por qué te dedicas a este trabajo?

Ramsés se inclinó hacia adelante, con las manos unidas y los ojos brillantes.

- Existe un cambio definido a través del tiempo en la actitud del penitente, una mayor conciencia de haber obrado mal, de haber cometido un pecado personal. El profesor Breasted ha pronunciado numerosas conferencias sobre el desarrollo de las normas morales, como se demuestra en los Textos de la Sabiduría; detecto algo de la misma naturaleza en estas sencillas oraciones. En lugar de negar la culpa, la admiten y piden perdón al dios, cualquiera que sea. -Se

interrumpió con una sonrisa tímida-: Perdón, no quiero aburrirte con mis descabelladas teorías.

- Te aseguro, querido muchacho, que no me aburres. Da la impresión de que has encontrado una línea de trabajo muy interesante y productiva. -Puse mi mano sobre la suya-: Tengo el propósito de conseguir que puedas seguirla.

Ramsés me miró con recelo.

- ¿Qué estás planeando, madre?

- Tu padre estará de vuelta mañana por la mañana. Lo hablaremos entonces. Vete y disfruta con tus traducciones.

Dejé pasar el tiempo el resto de la mañana en la observación de la actividad que se desarrollaba alrededor del puesto de guardia y en la confección de una de mis pequeñas listas. Ramsés estaba probablemente en lo cierto cuando sugería que teníamos una mayor posibilidad de seguir la pista de la estatuilla a través de sus recientes compradores, pero pensé que no hace daño usar un poco la imaginación. Existía un número limitado de lugares de los cuales podía proceder la pieza. Los anoté en orden.

1. La tumba de Akenatón en Amarna. Saqueada y robada hace miles de años. Una pieza como la que nos ocupa, fácil de transportar y muy valiosa, no podía haber sido dejada de lado por los ladrones primitivos, o por los que transfirieron el ajuar funerario del rey a Tebas, suponiendo que se hubiera hecho así.

2. Una casa particular en Amarna. Era lo que me parecía menos probable. Ni siquiera el más rico de los cortesanos homenajearía a su rey con un objeto tan valioso y, si lo hubiera hecho, lo hubiera llevado con él al abandonar la ciudad.

3. La tumba de Akenatón en Tebas. No se conocía una tumba así y existía un acuerdo generalizado (de todos los arqueólogos, excepto Howard Carter) de que el Valle Oriental no contenía más tumbas reales. El Valle Occidental también había sido investigado, si bien no tan exhaustivamente. Había una remota posibilidad de que quedara por descubrir una tumba real desconocida, pero, en cualquier caso, no hubiera sobrevivido intacta. Todas las tumbas reales fueron expoliadas en la antigüedad. En este caso, tampoco los ladrones se hubieran dejado un objeto de tanto valor.

4. La tumba 55, el misterioso sepulcro localizado por los obreros del señor Theodore Davis en 1907.

En mi opinión, era la teoría más plausible. Como Emerson había señalado, los objetos de la tumba eran una miscelánea perteneciente a los miembros de la familia real de Amarna. La supervisión de las excavaciones dejó mucho que desear. Pasaron quince años desde el descubrimiento de KV55. Lleva un tiempo comercializar objetos tan extraordinarios, y las negociaciones a veces se realizan en secreto. Si el señor Petherick no hubiera muerto, la estatuilla hubiera permanecido oculta otros quince o veinte años, hasta que la tormenta, como quien dice, hubiese pasado.

Tras haber llegado a esta deprimente conclusión, que señalaba con el dedo acusador a una persona por la cual llegué a sentir cierta estima, puse mi lista a un lado y volví a la contemplación de la escena. No pasó mucho tiempo hasta que Ramsés puso animación en los acontecimientos que allí se sucedían, puesto que apareció por una esquina de la casa, empujando delante de él a un individuo en traje de montar y con un enorme salacot, a quien identifiqué como el mismo periodista que había intentado sobornar a Hassan. Ramsés lo tenía cogido por el cuello. Al llegar al camino, le dio un empujón que lo hizo alejarse tambaleándose, y luego se acercó a la galería.

- Le encontré espiando por detrás de la casa -explicó-. Asomándose a las ventanas.

- ¡Qué descaro! -exclamé-. Espero que no haya asustado a los niños.

- Más bien al contrario -dijo Ramsés en tono grave-. Él y Carla sostuvieron una agradable charla. La niña me explicó, con cierta indignación, que no veía nada malo en hablar con él, ya que no había aceptado ninguna de las golosinas que le había ofrecido.

- Gracias a Dios que al menos eso lo tiene claro. Y que las ventanas tienen rejas.

- Insuficientes, me temo. Voy a dejar suelta a la perra.

- ¿No se escapará?

- No existe la menor posibilidad. Sigue intentando entrar en la casa. El *Gran Gato de Re* le hizo saber que la casa es su territorio. Le ha proporcionado un nuevo interés en la vida. Está de guardia en la puerta.

- ¿Qué vamos a hacer con eso? -pregunté, señalando la caseta. La mayoría de los turistas se había marchado al acercarse el mediodía, pero todavía había unas cuantas personas alrededor-. Me

niego a estar asediada en mi propia casa.

- Ten paciencia otro día más -suplicó Ramsés-. Padre llegará mañana por la mañana y se supone que traerá más información. Ahora no puedes hacer nada, excepto proporcionar material a los periódicos.

Tuve que aceptar la verdad que encerraba este comentario, pero me sentí aliviada y encantada al ver acercarse una figura conocida. Para ser precisa, dos figuras: Cyrus Vandergelt montado en su dócil yegua.

- Esperaba verte antes -dije al saludarlo en la puerta.

- Hemos estado asediados -explicó Cyrus, mientras Jamad llevaba su cabalgadura a los establos-. La ciudad está llena de periodistas. Aparentemente, esa condenada mujer difundió la historia de la maldita estatuilla antes de dejar Inglaterra y algunos periódicos enviaron reporteros a Egipto tras sus pasos.

- ¿Te quedarás a comer, verdad? -pregunté.

- Esperaba que me invitaras. Cat te manda saludos; se negó a entrar en la pelea. Dejé a Bertie encargado de cuidar los portones. Un par de sinvergüenzas trató de escalarlos.

Hicimos una agradable comida de carnes frías con ensalada, mientras Cyrus nos contaba las últimas novedades. También había recibido la visita del inspector Ayyid.

- Me hizo un montón de preguntas -dijo nuestro amigo-. Empecé a sentirme como un sospechoso.

- No sospecha de usted -le explicó Ramsés lentamente-. Está obsesionado con Adrian Petherick. Las preguntas que nos hizo hoy lo demuestran.

- Santo Dios -exclamé-. No había pensado en ello, pero creo que tienes razón. El hombre que trató de entrar en la casa llevaba ropa europea, y el joven señor Petherick manifestó un cierto grado de inestabilidad emocional.

- Él no es responsable de lo ocurrido -dijo Ramsés, indignado. Captó mi mirada inquisitiva y aclaró, con menos vehemencia-: Tuvo una experiencia terrible durante la guerra. Nunca se ha recuperado del todo.

- Bueno, es algo lamentable -dijo Cyrus-. Pero a mí me parece que es otro punto en su contra. ¿Ayyid sospecha que también raptó a su madrastra?

- ¿O que la asesinó? -murmuré, al recordar el dicho de Abdullah: «Todos los años un nuevo cadáver».

- No dejes que te arrastre tu imaginación, madre -me advirtió Ramsés severamente-. En sus aposentos no había sangre ni señales de lucha. Arregló su propia desaparición, eso es lo que debe haber hecho. Aparecerá dentro de unos días con algún cuento chino y conseguirá salir en primera plana… y recuperar la estatuilla.

- Emerson no se la llevó a El Cairo, ¿verdad? -preguntó Cyrus.

- No -dije-. Está aquí, en la casa.

Cyrus me miró expectante. Me reí y sacudí la cabeza.

- Es mejor para ti, Cyrus, que no conozcas su ubicación exacta. Yo soy la única que la sabe, y os aseguro que está bien escondida.

- Piensas que puedo irme de la lengua, ¿verdad? -preguntó Cyrus con indignación.

- No voluntariamente.

- Vamos, Amelia, es algo absurdo -protestó Cyrus-. No creerás en serio que alguien me capturará y me torturará, ¿verdad?

- No -intervino mi hijo, con una mirada más severa todavía-. Se está reservando para ella ese pequeño placer.

Del Manuscrito H:

Ramsés se preguntó cuántas personas sabrían que su madre era la única persona que conocía dónde se ocultaba la estatuilla. Concordaba con su forma de ser el hecho de difundir este rumor como medio de proteger a los demás de lo que sólo podía ser una de sus fantasías melodramáticas. Además, el rumor no era cierto. El sabía dónde había escondido la estatuilla Emerson, y estaba dispuesto a apostar que todos los sirvientes de la casa también lo sabían. De todos modos, decidió que más le valía difundir un rumor de su propia cosecha.

Después de que Cyrus se hubiera marchado y su madre se hubiera retirado a su estudio, llevó aparte a Nefret.

- Voy a salir un momento -le anunció.

- ¿Adónde vas?

- Por ahí -dijo Ramsés evasivo-. Estaré de vuelta a la hora del té. No pierdas de vista a madre. No debe abandonar la casa. Dale un golpe si fuera necesario.

- Puedo imaginarme en esa situación -replicó su esposa con ironía-. Muy bien, lo intentaré. Pero dime dónde vas.

No añadió «por si acaso». No tenía que hacerlo. Era una regla familiar, aprendida a través de muchas experiencias dolorosas.

- Deir el Bahri -contestó Ramsés-. Quiero tener una charla con Winlock y Lansing y Barton, a ver si saben algo que nosotros desconocemos.

- Ten cuidado.

- Siempre lo tengo. -Le dio un beso rápido y luego otro más largo.

Se fue a la parte de atrás, hacia los establos, ensilló a *Risha,* y se encaminó al desierto hacia el lugar donde el equipo del Museo Metropolitano estaba trabajando. Después de terminar sus excavaciones en el pequeño saliente al sur del hermoso templo de Hatshepsut, acababan de mudarse a los restos del templo de la XI dinastía, situado muy cerca del anterior.

El objetivo de la excavación consistía, en principio y de cara a la galería, en el avance de la ciencia. Sin embargo, la verdad desnuda era que los museos querían objetos para sus salas de exposiciones. Los fondos para las excavaciones dependían en cierta medida de la cantidad de objetos que se encontraran; se repartían, por lo general, entre el Museo de El Cairo y el descubridor. Como Cyrus había dicho, la concesión del Met había tenido la suerte de encontrar «buena mercancía»: varias tumbas de reinas, el sepulcro intacto de un alto funcionario, y un grupo de encantadoras maquetas que preservaban por toda la eternidad los talleres y dependencias de la mansión de otro alto funcionario.

El gran anfiteatro natural, rodeado de los pardos acantilados del desierto, poseía una grandiosidad característica cuando no se veía infestado de turistas y arqueólogos. Esa mañana, una nube de polvo se elevaba de la zona donde trabajaba el grupo del Metropolitano, y las cantilenas de los trabajadores competían con la cháchara de los turistas y trujimanes que se aproximaban al templo de Hatshepsut.

Lo saludaron con un entusiasmo halagador. Primero lo hizo George Barton, con quien había compartido una experiencia algo inusual pocos años atrás, y luego otros miembros del equipo. Le pareció comprender por qué estaban tan contentos de verlo. Barton, un hombre de una ingenuidad enternecedora, fue directo al grano.

- ¿Traes noticias frescas? Hemos sabido que la condesa ha desaparecido. Espero que no se haya llevado la estatuilla.

Su jefe, Winlock, sacudió la cabeza desaprobadoramente y le ofreció la mano a Ramsés.

- Me alegro de que hayas venido. No le hagas caso a George; sus modales dejan mucho que desear.

- Admítelo, todos nos morimos de curiosidad -intervino Lansing con una sonrisa-. La descripción que dio George de la estatuilla nos hizo la boca agua. ¿Tenéis alguna idea de dónde proviene?

- Esperaba que vosotros tuvierais algunas hipótesis al respecto- dijo Ramsés-. Estamos desconcertados.

- Nos tomaremos un descanso -decretó Winlock. Le gritó instrucciones a su *reis,* e indicó el camino hacia un sitio de sombra bajo el barranco, donde ofreció a Ramsés un taburete plegable-. Os ayudaremos en todo lo que podamos, por supuesto. Oh… -Miró por sobre su hombro a un hombre que se acercaba lentamente-: ¿Conoces a Mikhail Katchenovsky? Se ha ofrecido a traducir algunos de los grafiti que encontramos el año pasado. Mikhail, este es Ramsés Emerson.

Las ropas raídas del ruso le quedaban grandes y su cara era un estudio de curvas descendentes: un largo bigote descuidado, una nariz ganchuda y una boca floja que tembló en un intento de sonrisa.

- Estoy al tanto, como es natural, del trabajo del señor Emerson en el campo de la lingüística. Me alegro de conocerlo, señor.

Ramsés le ofreció su mano.

- ¿No publicó usted varios artículos sobre los ostraca y papiros demóticos del Museo de Turín? La cara larga y triste se iluminó.

- Me complace que los recuerde. Fue hace algunos años. Antes de la guerra.

- Admiro sus traducciones -dijo Ramsés cordialmente. El pobre diablo parecía necesitar un poco de ánimo-. En especial la del individuo que se queja de la mujer de su vecino.

- Ah, pero mi comprensión de las formas verbales era errónea - exclamó Katchenovsky-. En sus publicaciones más recientes, usted señaló con mucho acierto…

- Vamos ya -interrumpió Lansing con una carcajada-. No empecéis con vuestros jeroglíficos. Queremos saberlo todo sobre el oro y el tesoro.

Pasaron un interesante cuarto de hora en la discusión de

distintas teorías, la mayoría de las cuales los Emerson ya habían considerado. Ramsés notó que el ruido habitual había disminuido bastante; sin duda, cada uno de los trabajadores estaba haciendo esfuerzos para escuchar la conversación. Esperó hasta que el *reís* se hubiera acercado, so pretexto de pedir instrucciones a Winlock, antes de comentar en voz potente:

- Padre tiene la estatuilla escondida en un lugar seguro. Yo soy el único que sabe dónde está. Ni siquiera se lo dijo a madre.

Los demás intercambiaron miradas significativas y Barton trató de no sonreír.

- Espero que no se enfade con ella por habérnosla enseñado el otro día.

- En absoluto. Sólo que no quiere que la vean personas no autorizadas. La otra noche hubo otro intento de robo en la casa.

Naturalmente, todos estaban al tanto.

- ¿No se sabe quién puede haber sido? -preguntó Lansing.

Ramsés sacudió la cabeza y Winlock miró el reloj.

- Mejor que sigamos con el trabajo. Ven a echar un vistazo, Ramsés. Estamos despejando la mitad sur del patio. Todavía no hemos encontrado tumbas, pero los cambios en la planimetría son muy interesantes.

Ramsés declinó la invitación y explicó que había prometido regresar temprano a casa.

- Me gustaría volver otro día, cuando las cosas se hayan calmado. En este momento, estamos rodeados de periodistas y turistas curiosos.

- El profesor se ocupará de ellos -dijo Lansing, esperanzado. Las rabietas de Emerson eran una fuente de diversión para toda la región.

* * *

Ramsés casi había llegado a su casa cuando vio que se acercaba otro jinete. Le llevó un momento reconocerla. Iba vestida como un hombre, con pantalones de montar, botas y gabán, y también su postura en la silla era masculina, con la espalda recta y libertad de movimientos. Al darse cuenta de que podía cruzarse con ella antes de llegar a los establos, se detuvo y la esperó.

Su saludo expresó su característica falta de convencionalismos.

- Qué magnífica montura. ¿Es árabe?

- Sí. Supongo que este encuentro no es fortuito, ¿no?

- He estado observando los establos toda la tarde con la esperanza de que alguno de ustedes se aventurara al exterior -fue la fría respuesta-. Di por sentado que tendrían tan pocas ganas como yo de enfrentarse a la panda de buitres que está frente a la casa.

- ¿Qué desea?

Ella se echó hacia atrás, dejó flojas las riendas y sonrió levemente. Era la primera vez que Ramsés veía que su expresión se dulcificaba tanto y le resultó inesperadamente atractiva.

- Veo que comparte la franqueza de su padre. Yo seré igual de franca. Necesito su ayuda.

- No sabemos nada nuevo acerca de su madrastra -dijo Ramsés.

Ella movió una mano con impaciencia.

- Nosotros tampoco. No es eso lo que me preocupa, sino Adrian. Ese condenado policía sospecha que quiso entrar en su casa para robar la estatuilla. Deben aclarar su situación.

- ¿Debemos? -repitió Ramsés enarcando las cejas.

- Maldición. -La chica se mordió los labios e inclinó la cabeza. No llevaba sombrero; su negro cabello estaba recogido en la nuca en un moño suelto-; Lo siento. No ha sido una forma muy inteligente de recabar su ayuda. Ayyid dijo… no, no exactamente. Bueno, él dio a entender que usted había reconocido a Adrian.

- Esa es una táctica muy empleada en los interrogatorios -dijo Ramsés-. Ninguno de nosotros reconoció al intruso. Es lo que declaramos.

- Ya veo. Pero usted cree que fue Adrian, ¿verdad?

- ¿Lo cree usted?

- Estuvo conmigo esa noche. Nos quedamos hasta tarde discutiendo… asuntos familiares.

- Es lo que usted diría en todo caso.

- Naturalmente. -Esta vez la sonrisa desapareció enseguida-: Adrian es incapaz de hacer daño a nadie -dijo con firmeza-. Es hipersensible respecto a la violencia de cualquier tipo. Y eso es porque…

- Lo sé. Lo lamento mucho.

- Ah. -Ninguno de los dos tenía ganas de hablar del asunto. Después de un instante, ella continuó-: Mi relación con ustedes comenzó con mal pie. Lo lamento y pido disculpas. ¿Podemos

empezar de nuevo?

Alargó la mano. Hubiera sido grosero no aceptarla. Su apretón fue tan firme como el de un hombre, su mirada, directa y cálida. Sorprendía comprobar de nuevo la diferencia que marcaba esa sonrisa.

- La ayudaremos en todo lo que podamos -dijo Ramsés.

- Gracias. No le entretengo más tiempo. -Puso al caballo al trote y se fue. No miró atrás. Ramsés se quedó observándola un instante antes de dirigir a *Risha* a los establos.

* * *

Fátima había servido el té antes que apareciera Ramsés, en traje de montar y despeinado por el viento.

- No te esperábamos -dije. Era una acusación, no un comentario trivial, y Ramsés la tomó como tal.

- Lamento llegar tarde -se disculpó, entre los gritos de bienvenida y las preguntas de los niños-. No, Carla, papá no te ha traído nada. No debes esperar un regalo cada vez que salgo a hacer algo.

- El abuelo siempre me trae algo -replicó Carla-. ¿Cuándo vuelve?

Hice como que no sabía, sabiendo que la niña le esperaría pegada a la puerta si se enterara de la hora aproximada, así que volvió a la mesa y a las galletas. David John repitió la pregunta que no habíamos oído a causa de la potencia de voz de su hermana:

- ¿Han encontrado algo interesante en Deir el Bahri los del Met, papá?

- Por el momento, no. -Ramsés se sentó y dirigió sus comentarios a Nefret y a mí, tanto como a su hijo, que se apoyó contra el brazo de la silla y los escuchó con atención-: Están despejando la parte de delante del patio de Nebhepetre.

- No hace falta que nos des detalles -dije, y le serví una taza-. ¿Han oído algo acerca del… objeto? David John, alcánzale el té a tu padre, por favor.

El niño obedeció.

- ¿Te refieres a la estatuilla, abuela? Espero que no lo tomes a mal si te digo que en mi opinión me deberían haber dado la oportunidad de examinarla, en especial cuando tantos…

- Te comprendo, David John -le interrumpí. Si bien por lo

general era un niño taciturno, podía hablar durante horas sobre un tema que le interesara. La Egiptología era uno de esos temas… algo que encantaba a su abuelo y suscitaba el peor de los temores en su abuela. Ya había tenido que aguantar a un adolescente pedante y no me apetecía empezar con otro. Ni me molesté en preguntarle cómo sabía lo de la estatuilla. Esos grandes ojos azules y ese semblante inocente podían sacarle información al más cauto-. Pero no llego a entender cómo podrías ayudarnos.

- Nunca se sabe -dijo David John.

- Es cierto. Sin embargo, tendrás que discutir el asunto con tu abuelo. La estatuilla está guardada en un lugar seguro y prefiero no revelar cuál es. -Al observar un brillo conocido en esos ojos azules como el aciano, añadí-: Te prohíbo terminantemente que la busques. Es una orden, cariño, y no admite excepciones.

- Sí, abuela -dijo David John-. Pero, si puedo hacer otra pregunta, ¿qué…

- Toma otra galleta -dije.

- Me parece que Carla se las ha comido todas, abuela.

No era así. Las pocas que quedaban se salvaron con la aparición de la perra en la puerta, que se plantó sobre las patas traseras y nos miró expectante. Carla corrió a saludarla, y Nefret dijo, tajante:

- ¡Abajo, *Amira!* Carla, no la dejes entrar.

El animal obedeció. La niña no lo hizo. Siempre echamos el cerrojo a la puerta. Carla comenzó a tratar de abrirlo. Ramsés levantó a su hija en vilo, a pesar de sus protestas.

- Ya has oído a tu madre. ¿Cómo se ha soltado la perra? La até a un poste antes de marcharme.

Había roto la cuerda. Un extremo deshilachado colgaba del collar. Complacida ante la atención que había suscitado, *Amira* abrió la boca y dejó salir una lengua larga y sonrosada. Era un espectáculo bastante desagradable.

- Lleváosla -dije-. Carla, es el momento de que tú y David John os preparéis para la cena y la cama.

- No tiene sentido atarla -comentó Nefret-. No se irá. Sigue a los mellizos a todas partes.

Le dio una mano a cada niño: cuando salieron por la puerta, la perra los siguió, como una escolta militar.

- Parece -observé- que tu idea de tener un perro ha resultado

todo un éxito. Ahora que los críos se han marchado, cuéntame qué ha pasado esta tarde.

- Espera a que vuelva Nefret.

Fátima emergió de la casa y comenzó a retirar el servicio de té. Era una tarea que no delegaba en nadie, puesto que (a propuesta suya) siempre usábamos mi juego de porcelana número dos, el de Limoges con un precioso dibujo de capullos de rosa y no-me-olvides. Kareem, que la había seguido, permanecía a la espera.

- ¿Traigo el whisky? -preguntó.

- No -le espetó Fátima-. Lo derramarás. Ábreme la puerta para que pueda pasar.

- No entiendo para qué quiere un lacayo -observé-. No le deja hacer nada.

- Por el estatus, sin duda -dijo Ramsés con indiferencia-. Hoy me encontré con un individuo interesante…

Nefret volvió y él se interrumpió.

- ¿Te ha enseñado madre la correspondencia de hoy? -preguntó la joven.

Seleccioné una de las misivas que reposaba en la canastilla.

- Nos han ofrecido quinientas libras por un artículo sobre la desaparición de la señora P y la maldición de la estatuilla dorada.

- No es una mala oferta -dijo Ramsés juicioso-. ¿Quién la hace?

- Kevin O'Connell, por supuesto. *The Times* ofreció sólo trescientas, y el *Daily Mirror* apenas doscientas cincuenta.

Ramsés rió y Nefret, que lo había estado observando con atención, preguntó: -¿Alguna novedad?

- Le estaba contando a madre que hoy he conocido a un tipo peculiar. Se llama Mikhail Katchenovsky. Es especialista en escrituras demótica y hierática. Publicó varios artículos excelentes antes de la guerra.

- Me alegro por ti -dije-. Espero que hayas disfrutado con su conversación. ¿Trabaja para el señor Winlock?

- No creo que su arreglo sea oficial. A decir verdad, anda un poco desastrado.

- Quizá tenga interés en encontrar un empleo -dijo Nefret.

- Padre no estaría de acuerdo -dijo Ramsés con un cierto aire de desconsuelo-. Podría alegar, con toda justicia, que no necesitamos otro traductor. -Terminó el té y luego dijo, de repente-: Me he

encontrado con la señorita Petherick al volver a casa.

Nefret no dijo nada. Lo animé a seguir y Ramsés continuó:

- Pidió disculpas por su comportamiento de la otra noche, manifestó su fe en la inocencia de su hermano y nos pidió ayuda para demostrarla.

- ¿Qué le has dicho? -preguntó Nefret.

Ramsés se encogió de hombros.

- Me mostré cortés pero no me comprometí a nada.

- ¿Sí? -Nefret entrecerró los ojos-. Sientes lástima por él, no lo niegues. Puedo entenderlo, pues su experiencia durante la guerra bastaría para volver loco a cualquiera. Pero eso no significa que no tenga culpa. Y me imagino que la señorita Petherick puede ser muy convincente cuando quiere.

- ¿Exactamente de qué me acusas? -preguntó Ramsés.

Sus mejillas estaban algo sonrojadas, lo mismo que las de Nefret. Sabía lo que la muchacha estaba pensando, y si bien deploro los celos de cualquier tipo, tenía que admitir que las facciones regulares y el cuerpo atlético de mi hijo, así como una cierta cualidad adicional que es potente aunque difícil de definir, tienen un efecto devastador sobre las mujeres, en especial las decididas.

En esta ocasión juzgué mal a Nefret. Se echó a reír y se acomodó en el regazo de Ramsés, echándole los brazos alrededor del cuello.

- No te estoy acusando de nada, cariño, excepto de ser irresistible para las mujeres, de lo que no tienes culpa ninguna, pobrecito mío.

- ¡Oh! -exclamó Ramsés. Me miró con timidez, luego sonrió y abrazó a su esposa, que se arrellanó en una posición más cómoda. Los observé con benevolencia.

- Basta ya de los Petherick: tu padre volverá mañana y estaremos en mejor posición para lidiar con ellos. ¿No vamos a buscarlo al tren?

- De ninguna manera -fue la enfática respuesta de Ramsés-. Nos seguirían a la estación todos los periodistas de Luxor. Hay una remota posibilidad de que padre pueda evitarlos si su llegada pasa inadvertida.

- Lo averiguarán -predije-. Emerson es una persona que llama la atención.

Y a la mañana siguiente, mis predicciones sobre la repercusión

que tuvo la llegada de mi esposo se cumplieron al cien por cien. Como nos relató después, varias personas que viajaban en el mismo tren lo habían reconocido, y a medida que caminaba por las calles de Luxor su cortejo iba creciendo. Cuando lo divisamos, venía dando grandes zancadas y lo seguía una multitud. La gente mantenía una distancia respetuosa, puesto que Emerson intentó pegarles varias veces y no dejaba de proferir amenazas. Al ver la caseta reconstruida, se detuvo y la observó. A medida que se iba acercando a la galería, íbamos oyendo con mayor claridad sus estentóreas voces.

- ¿Qué demonios es esto? -le preguntó a Wassim, que había retornado a sus tareas y cuya respuesta resultó inaudible, pero Emerson movió la cabeza satisfecho-. Si alguien, hombre o mujer, intenta pasar, dispara a matar.

Llegó con su acostumbrado paso enérgico. Un escalofrío de orgullo y admiración corrió por mis extremidades a la vista de su fornida figura, que los años no habían conseguido encorvar, impresionante como un dios romano. Como es natural, su traje presentaba un estado espantoso, lleno de arrugas y manchas, la corbata torcida y su pelo negro (¿qué diablos habría hecho con su sombrero nuevo?) daba la impresión de que no había visto un peine ni un cepillo en días. Una sonrisa se extendió por su cara bronceada cuando vio que lo esperaba en la puerta, y apresuró el paso.

La llegada de los mellizos produjo una leve interrupción. Los seguía la perra, a la que seguía a su vez el *Gran Gato de Re.* La inmediata reacción de Emerson (muy comprensible, lo admito) consistió en poner a los mellizos a su espalda y amagar un golpe a la cabeza de la pobre perra. Erró el golpe sólo porque el animal cayó a sus pies.

- Buen Dios -dijo Emerson, mientras los niños tironeaban de su ropa y emitían agudos gritos de explicación y súplica-. ¿Quién… qué…dónde…?

- Cálmate, padre. Es perfectamente inofensiva. Ramsés pensó que necesitábamos un perro guardián. -Nefret abrió la puerta. Emerson, en absoluto convencido, empujó a los niños al interior y entró. La perra hubiera hecho lo mismo, a no ser por el *Gran Gato de Re* que se adelantó. La perra retrocedió y el gato entró. *Amira* se echó afuera, con el hocico pegado a la mampara.

- Bien, bien -dijo Emerson-. No es una mala idea-. Lanzó una mirada maligna a la multitud reunida alrededor de la caseta-. Si estáis seguros de que esa criatura no hará daño a los niños.

- *Amira* es una noble bestia -declaró David John.

- Seguro que nos dejaría montar sobre ella, pero mamá no lo permite -protestó Carla-. ¿Qué me has traído, abuelo?

Emerson me miró avergonzado, sacó dos pequeños paquetes del bolsillo y le entregó uno a cada niño. Había visitado el zoco y comprado una pulsera de plata para Carla y una caja de lápices de colores para David John.

- Ahora idos y llevaos a la perra.

Carla le dio un fuerte abrazo. -No quiero irme, abuelo Fátima ha hecho buñuelos de azúcar.

Emerson rió y yo dije:

- No puedes comer nada ahora, Carla. Pronto será la hora del almuerzo. Vete con Fátima.

Emerson se quitó la chaqueta, corbata y chaleco, los tiró sobre una silla y se sentó sobre ellos.

- Qué bien volver a casa -declaró, radiante-. Tengo unas noticias maravillosas, queridos míos.

- ¿Has averiguado el nombre del traficante que vendió la estatua al señor Petherick? -pregunté.

- ¿Has localizado a Sethos? -inquirió Nefret.

Emerson ignoró ambas preguntas.

- Mejor que eso, mejor que eso. Pero, ¿dónde está Ramsés? Quiero contarle yo mismo las novedades.

Fátima apareció con una bandeja de café y buñuelos. La seguía Ramsés.

- Estaba trabajando -dijo-. Pero le oí llegar.

- Se le oyó en la mayor parte de la orilla occidental -comenté-. Muy bien, Emerson, no nos mantengas en este suspenso. ¿Cuál es tu gran noticia?

Emerson bebió un sorbo de café y alargó la taza para que se la volviera a llenar.

- Es justo lo que necesitaba. Gracias, Fátima, nadie hace mejor…

- Emerson… -dije, exasperada.

- KV55 -dijo Emerson.

- ¿La tumba de Davis? ¿Qué pasa con ella?

- ¡Tengo el permiso de Lacau para volver a excavarla!

Su sonrisa se desvaneció cuando vio nuestras caras de asombro.

- La mal… la condenada tumba está vacía, Emerson -dije.

- No lo sabes con seguridad -dijo Emerson-. La excavación de Davis estuvo llena de defectos. Sólo Dios sabe lo que se ha quedado dentro. Cielo santo, Peabody, no te das cuenta de las posibilidades…

Ramsés se aclaró la garganta.

- Creo que capto algunas, señor.

- Así está mejor -dijo Emerson con aprobación. Sacó la pipa-. ¿Bien, hijo?

- Usted quería una excusa para trabajar en el Valle. Esa es la razón por la que se alegró tanto cuando encontró el fragmento de periódico, pues era la prueba de que alguien había estado allí recientemente; y lo mismo cuando pilló a Deib y Aguil en el acto de cavar. Lo que no comprendo es lo que quiere lograr. Todos están de acuerdo en que no hay mas tumbas reales en el Valle Oriental.

- Mi querido muchacho, no espero que se me permita comenzar nuevas excavaciones en el Valle de los Reyes -dijo Emerson-. Carter y Carnarvon poseen el permiso del Servicio de Antigüedades, y nunca me comportaría deslealmente con unos colegas.

- Seguro que no, señor -dijo Ramsés, cuyas cejas fruncidas contradecían sus palabras.

- Mmm -dijo Emerson-. La estatuilla debe provenir de una tumba real. Una tumba del período Amarna, ya que su estilo es de esa época. Conocemos tres que son inmediatamente posteriores a Akenatón: KV55 y las de Horemheb, en el Valle Oriental, y la de Ay, en el Valle Occidental. Ninguna se ha investigado exhaustivamente. La tumba de Horemheb resultó ser otra de las fallidas excavaciones de Davis; varios objetos de su ajuar llevan años circulando por los mercados de antigüedades.

Hizo una pausa para encender la pipa y yo exclamé:

- Por piedad, Emerson, ¡no me digas que quieres volver a excavar esa tumba infernal de Horemheb! Es una de las más largas del Valle. Ramsés tiene razón y Cyrus estaba en lo cierto: estás cansado de Deir el Medina y quieres una excusa para trabajar, aunque sea de forma limitada, en el Valle de los Reyes. Abrigas la ilusión de que una vez que pongas el pie allí será difícil echarte. Me

dejas boquiabierta. Un arqueólogo concienzudo, como suponía que tú lo eras, no abandona un proyecto a mitad de temporada.

Emerson hizo un gesto con la pipa.

- No me des sermones, Peabody. Lo tengo todo planeado, ya lo verás.

- Oh, ¿de verdad? ¿También tienes resuelto el asunto Petherick? Tenía la impresión, evidentemente errónea, de que habías ido a El Cairo a proseguir nuestras investigaciones. ¿Estás en conocimiento de lo que ha sucedido desde que te fuiste?

- Naturalmente -dijo Emerson, exhalando una nube de humo-. Los periódicos de El Cairo traían todos los sucesos. Me siento muy ofendido por tus críticas, Peabody. Si insistes en tener un completo informe de mis actividades…

- No insisto, Emerson. Te lo exijo.

- Mmm -dijo Emerson-. Muy bien. Visité a los comerciantes de antigüedades más acreditados de El Cairo. Todos negaron conocer la estatuilla. Lo que en sí mismo no quiere decir que tenga una maldición, pero su ávida curiosidad era prueba de su inocencia. Mandé telegramas a cantidad de personas, incluyendo a Howard Carter, que solían conseguir antigüedades para Petherick. Cablegrafié a Gargery y le ordené que fuera a Londres e investigara el estado y el contenido del testamento de Petherick…

- ¡Gargery! -exclamé-. ¿Por qué le confiaste una tarea tan delicada? Ese viejo tonto meterá la pata en todas partes…

- A veces la torpeza consigue más que el tacto -replicó Emerson sentenciosamente. A decir verdad, nadie mejor que él para saberlo-. Sospecho que el viejo tonto, como tú le llamas, se aburre soberanamente en Kent. Ya sabes que le encanta participar activamente en nuestras pequeñas aventuras.

- ¿Qué hay de Sethos? -preguntó Nefret.

- ¿Qué pasa con él?

- Emerson, no nos hagas enfadar -dije-. ¿Sabes dónde está?

- Sí. Al menos sé dónde se supone que está. -Miró alrededor del cuarto, como si esperara que su hermano se materializara del aire, y luego señaló la casilla del guardia-: Ah.

En el centro de una multitud inquieta, casi como si realmente se hubiera materializado del aire, se encontraba una figura familiar. Lo hubiera reconocido en cualquier parte.

Capítulo 4

Se parecía mucho a su hermano: apenas cinco centímetros más bajo, con menos masa muscular que Emerson, pero delgado y fornido. Sin embargo, sólo un observador que conociera su verdadera apariencia hubiera notado el parecido; ahora ostentaba una melena blanca, más larga de lo que se estilaba, un fino bigote y una perilla. Su traje de hilo y el bastón con empuñadura de plata que blandía le hacían parecer un caballero de buena cuna, aunque un poco relamido. Pasó a través de la multitud a empellones y se acercó a la casa, seguido por dos individuos sudorosos que llevaban varias maletas grandes y una caja de sombreros. Se detuvo ante la puerta y nos sonrió a todos con una amable cordialidad.

- Buenos días, querida familia. Me alegra veros de nuevo.

- ¿Quién se supone que eres? -inquirí, abriendo la puerta.

- Un acaudalado caballero, muy entendido en antigüedades y filántropo -dijo Sethos, acariciándose el bigote con un dedo-. Sir Malcolm Page Henley de Montague, a vuestro servicio. Podéis omitir el título cuando habléis conmigo. -Les dio una propina a sus porteadores, quienes depositaron el equipaje en el suelo y se fueron.

- ¿No te arriesgas demasiado? -pregunté-. Sir Malcolm ha patrocinado varias excavaciones en esta zona. Podrías encontrarte con alguien que lo conozca.

- Me insultas, querida, si supones que no puedo engañar a esas personas -fue su despreocupada respuesta. Me dio un beso fraternal en la mejilla, otro a Nefret en la frente e intercambió un apretón de manos con Ramsés.

- Siéntate y deja de pavonearte -dijo Emerson, con irritación-.

¿Por qué has tardado tanto en llegar?

- En realidad, no me he retrasado nada, considerando que mi imponente presencia e ingeniosa conversación distrajeron a ciertas personas que de otra forma podrían haberte descubierto. Todos los periodistas de Egipto deben de estar por aquí.

Fátima apareció con más café, y su cara poco agraciada pero bondadosa brillaba de placer. Evidentemente, se había dado cuenta de la llegada de Sethos, a pesar de que no consigo imaginar cómo fue capaz de reconocerlo. A través de los años, mi cuñado había aparecido varias veces por la casa con distintos disfraces, aparentemente para evitar que la gente lo identificara como hermano de Emerson, cosa que nos hubiera puesto en un aprieto a todos y, además, hubiera sido muy peligroso para él en su calidad de agente del servicio de inteligencia británico. Sin embargo, en el fondo, Sethos era un actor y disfrutaba con este juego.

- ¿Has viajado desde El Cairo en el mismo tren que Emerson? -pregunté.

- Evidentemente-replicó Sethos.

- No es tan obvio. Podrías haber estado en Luxor todo este tiempo.

- O en algún otro lugar de Egipto -sugirió Sethos, colaborador.

- Madre, estás dejando que te enrede otra vez -me advirtió Ramsés sin medir sus palabras. Encontraba a su tío extremadamente exasperante, opinión que yo compartía hasta cierto punto-. Padre, ¿cómo localizaste a… ejem… a Sir Malcolm tan pronto? ¿Qué le has contado y por qué está aquí?

- Sabía que yo estaba en El Cairo -replicó Sethos-. ¿No os ha contado que hemos estado en contacto estos últimos años?

- No -dije, sin medir tampoco mis palabras.

- Mmm -se limitó a murmurar Emerson, y evitó mirarme a los ojos.

Sethos no se había perdido mi respuesta, ni la réplica de su hermano, y parecía muy divertido.

- Dada vuestra propensión a meteros en problemas, pensé que era mi deber estar disponible por si se diera el caso de que necesitarais mi ayuda. No me sorprendió para nada enterarme de que estáis nuevamente en líos. Sin embargo, la presente situación es mucho más absurda que las habituales.

Habló en general, pero la mirada que me dirigió dejó en claro lo que quería decir. Estaba a punto de responderle cuando Nefret salió en mi defensa:

- En este caso, madre no tiene ninguna culpa en absoluto. Fue padre quien aceptó la estatuilla y prometió a esa condenada mujer que eliminaría la maldición. -Se inclinó hacia adelante y fijó sus ojos azules en el rostro de Sethos-: ¿Proviene de la tumba 55?

Sethos pareció incómodo. Nefret era una de las pocas personas que podía penetrar su máscara de sonriente cinismo. Contestó con igual franqueza.

- No. La mayoría de los objetos que saqué de esa tumba tenían un valor monetario limitado; mi interés principal residía en su importancia histórica.

- Sin duda -dijo Ramsés con una mirada escéptica-. ¿Cómo podría haber pasado por alto algo tan valioso?

- Puesto que no he tenido todavía el privilegio de ver la pieza en cuestión, no puedo estar seguro -dijo Sethos.

Emerson se levantó, masculló algo entre dientes y entró en la casa. Cuando volvió sostenía en sus manos la caja. Silenciosamente, se la entregó a Sethos, que levantó la tapa. Sus labios se unieron en un silbido y sus ojos, de un color tan extraño que podían ser marrones o verdes o grises, según incidiera en ellos la luz, se agrandaron. Si bien era un actor consumado, yo estaba segura de que en aquella ocasión su asombro era auténtico.

- Dios santo -murmuró.

- Sabía que no había sido usted -dijo Nefret, visiblemente aliviada.

- Tu confianza me conmueve, cariño. Te aseguro que si yo la hubiera encontrado, la hubiera cogido sin pensarlo dos veces. Sin embargo, si quieres otra prueba más de mi inocencia, recuerda mi costumbre de reservarme las piezas más hermosas. -Acarició con un dedo reverente las curvas del brazo derecho-: No la hubiera vendido a ningún precio.

Si bien Sethos no me miró, Emerson se retorció como si le hubiera picado un escorpión. Mi cuñado me había dicho una vez algo parecido, en aquel caso, respecto a mi humilde persona. Hacía tiempo que había superado su afecto por mí, pero mi querido esposo todavía reaccionaba ante sus palabras.

- Muy bien -dijo Emerson-. Acepto tus palabras. Y tus razones. No obstante, tengo intención de volver a excavar la tumba 55.

- Creo que no pasé nada por alto -insistió Sethos-. Estuve varios días solo en la tumba, o acompañado por mi leal asistente. Tuve mucho tiempo para explorar hasta el último rincón.

- Quizá la hubieran cogido antes de que usted llegara al lugar -propuso Ramsés-. Docenas de visitantes entraron y salieron de la tumba, y los obreros se apoderaron de varias piezas pequeñas de joyería. Poco tiempo después aparecieron en el mercado de antigüedades de Luxor; sin embargo, un objeto como este exige que se lo manipule con el mayor secreto.

- ¿Por qué? -preguntó Nefret-. Todas las antigüedades, grandes y pequeñas, deben pasar por el Service des Antiquités antes de que puedan salir de Egipto, ¿verdad?

Sethos levantó las manos y tosió un poco.

- Permitidme que pronuncie una pequeña conferencia, queridos. Creo que me hallo en una posición más favorable para conocer los pormenores del tráfico ilegal de antigüedades.

- Eso -convino Emerson con énfasis-, es perfectamente cierto.

- Bien -dijo Sethos-. En los viejos tiempos, los buenos viejos tiempos, como podrían calificarlos algunos de nosotros, el Oriente Próximo era un mercado abierto. No había reglas ni vigilancia. De esa manera, los británicos nos hicimos con los mármoles del Partenón, las esculturas Khorsabad y una cantidad de exquisitos objetos procedentes de Egipto. Cuando Mariette instituyó el Service des Antiquités, tanto él como su sucesor, Maspero, establecieron nuevas normas. Los arqueólogos extranjeros debían tener permisos para excavar, y todo lo que descubrieran tenía que pasar una inspección. El Servicio decidía qué piezas se podían llevar y cuáles se destinaban al Museo de El Cairo.

»Algunos podrían afirmar que tanto Mariette como Maspero fueron demasiado generosos. Ciertamente, hay en algunos museos extranjeros objetos que nunca hubieran salido del país con nuestro actual director.

- Ve al grano -dijo Emerson, impaciente-. El problema no reside sólo en las excavaciones legales.

- Es verdad -asintió Sethos-. Los nativos han estado cavando durante años y en los buenos viejos tiempos podían vender

tranquilamente sus hallazgos a los turistas, que no tuvieron dificultad ninguna para exportarlos. Después de 1860, se les dijo a los egipcios, para su gran indignación, que no podían seguir realizando ese tipo de actividades. El Servicio de Antigüedades tomó medidas muy duras contra los ladrones de tumbas. ¿Recordáis lo que les pasó a los hermanos Abd er Rassul después de que se supiera que habían estado saqueando el sepulcro de las momias reales?

- Horrible -dije con energía-. No se debería permitir la tortura en ninguna circunstancia. Es mérito de los británicos que hayamos puesto fin a este tipo de coacciones.

- En resumen -dijo Sethos, con una cortés inclinación de cabeza hacia mí-, los ladrones de tumbas contemporáneos tienen que realizar sus actividades en secreto. Las piezas sueltas, como las joyas pequeñas que se sacaron de la tumba KV55 no preocupan a las autoridades; no pueden seguirles las huellas a todas. Sin embargo, los hallazgos importantes tienen que ser comercializados con mucho cuidado, a fin de que las autoridades no puedan dar con los ladrones que los robaron. Algunos traficantes se quedan con piezas importantes durante años, mientras realizan negociaciones secretas con distintos museos o coleccionistas.

- Carter -gruñó Emerson.

- Él y otros. Carter es un intermediario, un traficante. Compra para su patrón, Lord Carnarvon, y para instituciones como el Museo Británico. Por lo tanto -concluyó Sethos-, podéis deducir que, probablemente, la existencia de esta estatuilla ha sido conocida durante años. El hecho de que haya escapado a mi atención me causa, lo confieso, cierto malestar. Sólo puedo atribuirlo al hecho de que, desde 1914, he estado ocupado con otros asuntos.

- ¿Sugiere que no fue hallada hasta después de ese año? -preguntó Ramsés.

- No sugiero nada por el estilo -dijo Sethos-. Hasta yo puedo tener algún fallo de vez en cuando.

- Si alguna vez la estatuilla estuvo en KV55 -intervino Emerson-, puede perdurar todavía alguna huella de su presencia. La serpiente uraeus perdida, por ejemplo, o pedazos del pedestal. Muchos objetos de madera estaban empapados y deteriorados. Seguro que Davis los desechó como pura morralla. Debemos eliminar KV55

antes de considerar otras posibilidades.

Había escuchado con una impaciencia creciente esta discusión, en la cual, lamento decirlo, Ramsés se había permitido involucrarse.

- Si puedo decir algo -comenté-, la fiebre arqueológica os está distrayendo de asuntos más importantes. ¿Sois conscientes de que la señora Petherick ha desaparecido misteriosamente? ¿Y de que en esta casa se han producido dos intentos de robo?

- Bah -dijo Emerson-. El intruso era probablemente un periodista.

- ¿El mismo que también voló la caseta del guardia?

- Esos bastardos no tienen escrúpulos. En cuanto a la señora Petherick, aparecerá antes de lo que pensamos con un conmovedor cuento chino acerca de cómo escapó del *afreet*. -Sacó su reloj, emitió un violento juramento y saltó del asiento-: ¡Todo este tiempo perdido! Ramsés, Nefret, Peabody, preparad vuestras cosas.

- ¿Dónde vamos? -preguntó Ramsés, aunque conocía la respuesta.

- A Deir el Medina, por supuesto. Le dije a Wassim que avisara a Selim para que reuniera a los trabajadores.

Me arrellané con más comodidad en mi silla.

- Debo atender a nuestro huésped, Emerson. A diferencia de ti, querrá descansar y refrescarse después de ese polvoriento viaje en tren. Si quieres esperar una hora o dos…

- Bah -dijo Emerson-. Vendréis cuando os parezca, supongo. Vosotros dos, venid conmigo.

Del Manuscrito H:

Emerson hubiera salido de la casa tal como estaba, si su esposa no hubiera insistido en que se cambiara de traje y se pusiera un sombrero. Para cuando Ramsés y Nefret estuvieron listos, ya los estaba esperando. Abrió la marcha con grandes zancadas, subió el acantilado que se alzaba tras Deir el Bahri y siguió el sendero que solían tomar los trabajadores en la antigüedad, entre sus hogares y el Valle de los Reyes, donde habían excavado y decorado las tumbas reales. Si bien constituía el camino más directo al poblado, no era tan fácil como la ruta que entraba al valle por el norte, pero era uno de los «paseos» favoritos de Emerson. Otros miembros de la familia no compartían esta opinión…

Los rayos del sol se filtraban hacia el estrecho valle. En el

extremo norte, entre las ruinas de otros sepulcros, se erigía el templo Ptolemaico, la única estructura que había sobrevivido relativamente intacta. En el propio poblado, cimientos y muros de adobe delineaban la calle central y las pequeñas casas ubicadas a los lados. No se trataba de un yacimiento imponente. El apagado marrón grisáceo de los cimientos ostentaba el mismo tono que el suelo del valle, sin ningún matiz de verde, huellas de pintura o brillos dorados. A diferencia de cualquier ciudad egipcia común, había sido construida por el Estado en el siglo *XIV* a. C., para alojar a los hombres que trabajaban en las tumbas reales y a sus familias.

A pesar de ese aspecto tan poco prometedor, el poblado escondía un tesoro arqueológico de suma importancia: las nuevas tumbas de las altas sacerdotisas de Anión, que contenían sus ricos ataúdes y ajuares de joyas. Bertie y Jumana habían sido los responsables de su descubrimiento, y si bien Lacau había seleccionado la mayoría de las piezas para el Museo de El Cairo, había dejado suficientes cosas como para satisfacer las ardientes ansias de coleccionista de Cyrus. En cuanto a Ramsés, en su opinión, Deir el Medina había producido objetos que tenían el más alto valor histórico. Sus antiguos habitantes fueron habilidosos artesanos y muchos sabían leer y escribir. Habían dejado documentos de todas clases, inscritos en papiros o trozos de cerámica, con la letra cursiva hierática o la posterior demótica, más cursiva aún. Al descubrir, para su sorpresa, que los europeos pagaban bien tales basuras, los *fellahin* locales habían excavado ¡legalmente en el yacimiento durante años y vendido el material que iban encontrando a coleccionistas y museos. Las pequeñas tumbas privadas, ubicadas en la ladera, construidas por los trabajadores para ellos mismos, también había proporcionado pingües ingresos a los diligentes ladrones a cambio de fragmentos de pinturas murales, estelas votivas y adornos funerarios.

Ramsés no podía imaginar cómo había sido la vida en ese lugar; sin embargo, los trabajadores vivieron bien, de acuerdo a los antiguos estándares egipcios, y las casas, adosadas unas a otras, probablemente satisfacían el gusto de sus moradores. Tres mil años atrás, la ahora silenciosa calle había rebosado de gente, ocupada en sus tareas cotidianas, intercambiando saludos o discutiendo. Algunas de las cartas que habían sobrevivido indicaban que los

habitantes de Deir el Medina eran tan aficionados a las reyertas familiares como cualquier población moderna.

Con cierto regocijo, Ramsés se dio cuenta de que su padre no podría empezar a trabajar inmediatamente. Más abajo, reunidos cerca del extremo norte de la excavación, se encontraban Daoud y Selim y algunos miembros de su personal, y en el centro de la multitud gesticulante y parlanchina, una alta figura elegantemente vestida de lino blanco. Cyrus Vandergelt se apresuró a ir a su encuentro cuando descendían al Valle. Bertie y Jumana estaban con él, y las primeras palabras del caballero dejaron claro que quería comentar con ellos los últimos acontecimientos.

- ¿Por qué no nos dijiste que estabas de vuelta? ¿Qué has descubierto? ¿Quién es ese tipo que vino contigo? ¿Viste a Lacau?

- Acabo de llegar -dijo Emerson-. Ocupado. Mucho que hacer. Selim, Daoud…

- Oh, no, ahora no -dijo Cyrus con firmeza-. Tenemos mucho que hablar, Emerson. No supondrás que ibas a llegar a hurtadillas sin que yo saliera a tu encuentro inmediatamente, ¿verdad?

Emerson miró con el ceño fruncido a Daoud, que le sonrió amablemente.

- Mi hijo Sabir vino enseguida a avisarme, Padre de las Maldiciones. Le dije a Selim que tú querrías empezar a trabajar enseguida y Selim avisó a los demás, y…

- Se lo dijiste al señor Vandergelt -concluyó Emerson.

- *Aywa.* Por supuesto -respondió Daoud, sorprendido de que lo pusiera en duda.

- De manera que, ¿quién es el propietario legal de la estatua? -inquirió Cyrus.

A su amigo no le podía dar órdenes como si fuera un trabajador egipcio, y con una mueca y un gruñido, Emerson se resignó a satisfacer la curiosidad de Cyrus.

- ¿Cómo diablos quieres que lo sepa? Empecé a hacer averiguaciones, nada más. Tardaremos un tiempo en tener respuestas. En cuanto a Lacau, me ha dado permiso para excavar de nuevo la tumba KV55. El Instituto Francés se ocupará de este lugar.

Cyrus lo cogió del brazo cuando se daba vuelta.

- ¿Qué hay de lo mío? -gritó angustiado.

No hay nada como la fiebre de la arqueología, pensó Ramsés.

Cyrus todavía ambicionaba la estatuilla dorada, pero la suerte de sus excavaciones había eclipsado a todo lo demás. Ramsés miró a Selim, que permanecía de pie con los brazos cruzados, a la espera de órdenes, y escuchando con tanta atención como los demás.

- ¿Lo tuyo? Oh -dijo Emerson, frotando su prominente mentón-. ¿Qué dirías del Valle Occidental?

Una lenta manifestación de alegría redujo las arrugas de la frente de Cyrus.

- ¿Lo dices de verdad? ¿No forma parte de la concesión de Carter y de Carnarvon?

- En este momento, Lacau está un poco desconcertado respecto a Carter -explicó Emerson, con evidente placer-. Algunos de los chanchullos de Carter al negociar con las antigüedades han provocado malestar, y Lacau los considera poco adecuados para un arqueólogo profesional. Entenderás que esto que te cuento es estrictamente confidencial.

- Seguro, seguro -dijo Cyrus con entusiasmo. Daoud miró hacia el horizonte, como ensimismado en sus pensamientos.

- Carter no tiene planes de trabajar en el Valle Occidental por el momento -prosiguió Emerson-. Lacau convino conmigo en que la zona está desprotegida de las excavaciones ilegales. Imagino que esta oportunidad te complace, ¿no? Bien. Ahora quizá me permitas ponerme a trabajar de una buena vez. No quiero que los condenados franceses tengan excusas para criticarme.

- ¿Entonces se propone cerrar este lugar, padre? -preguntó Ramsés.

Ante semejante pregunta, Emerson pareció profundamente ofendido.

- ¿Cómo puedes pensar eso de mí, muchacho? Hasta ahora nunca he abandonado una excavación a mitad de temporada y no pienso hacerlo en este momento. Podemos trabajar en los dos lugares.

La tácita crítica de Ramsés había hecho que Cyrus se lo pensara dos veces.

- No puedo hacerlo -confesó abiertamente-. Pero tampoco me resigno a rechazar el Valle Occidental.

- Tú has investigado la mayoría de las tumbas conocidas de ese lugar, ¿verdad? -preguntó Emerson.

- Bueno, sí, pero…

- Termina de excavar la tumba en la que estás trabajando ahora mismo y bloquea las entradas de las demás. -Una vez solucionado el asunto a su satisfacción, Emerson se retiró, seguido de sus obreros.

Más tranquilo, Cyrus sonrió y se frotó las manos. Jumana saltaba de excitación. Sentía demasiado respeto por Emerson como para interrumpirlo, pero estaba llena de preguntas. Mientras Nefret las contestaba lo mejor que podía, Ramsés dirigió su mirada al otro lado del estrecho valle. Ahora que estaban a punto de abandonar el yacimiento, le sorprendía constatar que tenía muy pocas ganas de hacerlo. Sabía con tanta seguridad como si los hubiera visto con sus propios ojos, que había muchos más papiros escondidos bajo esa superficie estéril: más ostraca, más estelas, incluso inscripciones nuevas, quizá hasta los fragmentos perdidos de uno de los textos incompletos que había traducido y cuyas lagunas lo atormentaban.

No había nada que le interesara en la tumba 55, sólo un corredor y una cámara exenta de decoración. ¿Y que iba a pasar la próxima temporada? Seguramente Emerson no tendría esperanzas de encontrar una excusa razonable para seguir en el Valle de los Reyes.

Debido a los meticulosos métodos de su padre (y la frecuente interrupción de su trabajo por distracciones «de naturaleza criminal», como su madre las denominaba), sólo habían llegado a examinar la mitad del poblado, junto con varios de los pequeños sepulcros y templos ubicados en el extremo norte. Esa mañana, Emerson los hizo trabajar duro, completando las zonas parcialmente excavadas y terminando el examen de otras. Los escombros se amontonaban. Pasarlos por el tamiz era tarea de su madre, y Emerson se quejaba de su ausencia con un tono plañidero. Rechazó el ofrecimiento de Ramsés de hacerse cargo de esa labor.

- Vete con Cyrus y su grupo -le ordenó Emerson, señalando las tumbas diseminadas por las laderas occidentales-. Santo cielo: el pobre diablo sigue allí con una sonrisa de satisfacción. No le tenía que haber contado lo del Valle Occidental.

Bertie y Jumana realizaban un trabajo eficiente; decidían cuál de las tumbas debía quedar cerrada permanentemente y cuál requería más dedicación. Con todo, Ramsés se les acercó. A medida que el sol pasaba por su cénit y el sudor empapaba su camisa, empezó a

preguntarse si Emerson tendría intenciones de parar para almorzar y descansar. Nefret había permanecido toda la mañana bajo aquel sol abrasador, haciendo las fotos que le pedía Emerson. No tenía derecho a explotarla de esa manera… Entonces vio a un trío de jinetes que se aproximaba por el sendero que iba al norte, y sintió alivio al reconocer a su madre. Tendría que haber recordado que ella nunca descuidaría las necesidades básicas de su familia, nunca lo hacía. El hombre que cabalgaba a su lado era Sethos; los seguía a una distancia respetuosa Nasit, que llevaba una gran cesta.

Ramsés avisó a los demás.

- Tiempo de descanso. Ha llegado madre.

- Gracias a Dios -dijo Cyrus. Se enderezó y se masajeó la espalda-. ¿Quién viene con ella?

Ramsés le ofreció su mano para ayudarle a descender la empinada cuesta.

- Un viejo amigo -dijo-. Sir Malcolm… uh…

Cyrus le lanzó una mirada de extrañeza.

- ¿Un viejo amigo cuyo nombre no puedes recordar? No me digas más, muchacho. Tengo la corazonada de que tiene otro nombre que me resulta más familiar.

Se encaminaron al refugio que su madre había erigido a la sombra del templo Ptolemaico. Ayudada por Nasir, desplegaba los contenidos de la cesta de picnic y daba órdenes a todos sin excepción.

- Emerson, deja de gruñir y siéntate. Selim, Daoud, venid con nosotros. Ah, estás aquí, Cyrus. Bertie, Jumana… permitidme que os presente a Sir Malcolm Page Henley de Montague, un viejo amigo.

Cyrus miró detenidamente a «Sir Malcolm», desde su inmaculado salacot hasta sus elegantes botas y le tendió la mano.

- Me alegro volver a verle, señor. Nos conocimos hace unos años en Londres, si bien no me atrevo a esperar que me recuerde.

- Sería imposible olvidarlo, señor Vandergelt -dijo Sethos con cautela.

- En especial porque le gané la puja por esa corona de la XVII Dinastía.

- Ah, sí. -Sethos aceptó el amable recordatorio con un movimiento de la cabeza-: Sin rencores, señor Vandergelt. Se

trataba de un objeto bastante feo, y con muchas posibilidades de ser una falsificación.

- ¿Realmente lo cree así?

- Llegué a esa conclusión más tarde. -Sethos se permitió una sonrisa condescendiente-: Magro consuelo, dirá usted. Pero no nos quedemos en el pasado. ¿Cómo va el trabajo por aquí?

Después de disfrutar de su comentario burlón, Cyrus aceptó el cambio de tema.

- Bastante bien. Entregaremos este yacimiento al Instituto Francés. Emerson consiguió permiso para excavar en el Valle de los Reyes.

El aludido no se divertía en absoluto con aquella pequeña farsa. Les concedió sólo unos minutos para comer y beber antes de obligarles a todos a regresar a sus tareas.

- Gracias a Dios, David estará aquí en unos días -gruñó-. No te ofendas, Nefret; estás haciendo un gran trabajo con las fotos, pero nos vendría bien otro par de manos.

- Es lo que vengo diciendo -acotó su mujer con énfasis-. Cyrus, ¿qué pasó con el joven que solicitó el empleo de artista?

- No he vuelto a saber nada de él. Raro, ¿no?

- No necesitamos más gente -dijo Emerson, contradiciéndose sin vergüenza-. Peabody, vuelve a tu montón de tierra. Sir… Malcolm, puede ayudarla.

Sethos alisó los blancos guantes de cabritilla que se había quitado para comer.

- No hay nada que me gustaría más, amigo mío. Por desgracia, mi médico me ha prohibido el trabajo manual. Me salen cardenales con facilidad.

Pasó el resto de la tarde descansando a la sombra mientras todos los demás sudaban.

* * *

Hasta ese momento Sethos había salido bien librado, si bien Jumana lo observaba de vez en cuando con curiosidad. Se lo había encontrado antes en varias ocasiones y bajo distintos nombres, y era una muchacha muy lista. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que sumara dos más dos. Como su padrastro, Bertie conocía la verdadera relación de Sethos con nuestra familia, pero el querido joven no pensaba con mucha rapidez. Había seguido la

conversación entre Cyrus y Sethos con el ceño fruncido. Una o dos horas después se me acercó y balbuceó hasta que me apiadé y confirmé la conclusión a la que había llegado.

- ¿Entonces, está bien que lo llame por su verdadero nombre? -preguntó-. Quiero decir… ¿sabe que lo conozco, verdad?

- Sí. Sólo que será mejor que no uses su nombre real en presencia de los que no lo conocen.

- Oh. -Bernie se rascó la barbilla-: Muy bien, señora E. ¿Puedo… esto es… sería apropiado que le preguntara por Maryam?

- No veo razón para que no lo hagas.

- Oh. Bien.

Repitió su juramento de guardar el secreto y se fue sintiéndose muy aliviado. Era un muchacho tan agradable… Demasiado agradable, en realidad. Me sorprendía que ninguna muchacha decidida le hubiera obligado a casarse con ella. Por lo visto, la única joven decidida que lo entusiasmaba no tenía ningún interés en casarse con él.

Logré que Emerson dejara de trabajar cuando le recordé que había prometido a los niños que tomaríamos el té con ellos; de otra forma hubiera seguido hasta que todos hubiésemos caído muertos. El día era inusualmente caluroso, pero mi esposo nunca sufre el calor y lo sorprende de verdad que los demás lo hagamos.

Nunca me había parecido tan bonita mi bañera de metal. Mientras yacía en ella, disfrutando del agua fresca que acariciaba mis cansados miembros, Emerson hizo uso de un método más primitivo y se puso de pie sobre una piedra mientras Nasir vertía jarras de agua sobre su cabeza.

Había ordenado que llenaran el aguamanil y el lavamanos del cuarto de Sethos (y si Fátima se había salido con la suya, también habría encontrado flotando en el agua algunos pétalos de rosa). Mi cuñado había ocupado ese dormitorio en otras ocasiones, y cuando se lo mostré, miró a su alrededor con las cejas enarcadas.

- Es bueno estar en casa -dijo.

- Supongo que te propones parecer sarcástico -retruqué-. Sobre todo teniendo en cuenta que la última vez que estuviste aquí eras un prisionero y terminaste protagonizando una pelea a cuchillo en el patio. Una pelea que perdiste, debo añadir.

- Podría haber terminado muy mal, a no ser por Ramsés.

Se trataba de una inusual admisión de flaqueza.

- Creo que nunca se lo agradeciste.

- Buen Dios, no. Si lo hiciera se caería redondo de la sorpresa.

Reflexionando sobre esta conversación, tan típica de Sethos, me vestí deprisa y salí a la galería, donde Fátima estaba ordenando las cosas para el té y coqueteando con mi cuñado… si puedo utilizar este verbo para describir una inofensiva demostración de cordialidad. Ella nunca se comportaba de ese modo con nadie, y él respondía con su habitual encanto cortesano. Cuando Emerson apareció, Fátima se marchó, algo ruborizada.

- Ya estás otra vez con las mismas, ¿verdad? -le acusó Emerson, que había reparado en el sonrojo de Fátima-. ¿No puedes dejar en paz a ninguna mujer?

- ¿Qué mal hago en halagar a una señora? -replicó Sethos-. Me gusta Fátima. Es una buena mujer y una cocinera estupenda.

- Mmm -dijo Emerson, y abandonó esa discusión improductiva-. ¿Dónde están los niños? -Miró al exterior y luego emitió una queja indignada-: ¡Infierno y condenación! Wassim ha dejado pasar a alguien. ¿Quién diablos…?

Por desgracia, la respuesta resultaba demasiado obvia. El hombre ya se acercaba a la casa. Sethos, todavía de pie al lado de la puerta que había abierto para Fátima, repitió el improperio de Emerson.

- ¡Infierno y condenación!

El recién llegado se detuvo del lado de afuera de la puerta enrejada y miró al interior.

- Buenas tardes. ¿Puedo pasar un momento? Soy Sir Malcolm Page Henley de Montague.

Me enorgullezco de mi capacidad de enfrentar cualquier situación, pero durante unos segundos sólo pude mirar con la boca abierta al auténtico Sir Malcolm.

De reojo advertí que el falso había desaparecido. Me tranquilicé, abrí la puerta y lo invité a entrar.

- Emerson -dije-, ¿haces tú los honores? Debo… yo tengo que… ejem… decirle a Fátima…

La verdad es que fue una mala jugada para el pobre Emerson, que parecía tan atónito como yo me sentía, pero estaba segura de que se las arreglaría. Corrí tras mi cuñado, a quien encontré en su

cuarto, revolviendo en una pequeña maleta.

- ¿Qué… -empecé a decir.

- Tinte para el pelo -gruñó Sethos, mientras sacaba pelucas, mostachos y un surtido de frascos y botellitas-. Caramba, parece que he perdido el de color negro. -Se enderezó y me lanzó una mirada especulativa-: No creo que tú…

Bueno, le pregunto al Lector, ¿qué podía hacer? La situación era seria, casi diría catastrófica. Fui a buscar mi tinte.

- Lo uso pocas veces, casi nunca, -expliqué.

- Bien -dijo Sethos-. Ve y advierte a Fátima, por favor. Dile… Diablos, que me condene si sé lo que le puedes decir… limítate a evitar que haga un movimiento en falso. Sería mejor que pusieras sobre aviso también a Ramsés y Nefret.

- ¿Qué vas a hacer?

- Afeitarme -dijo Sethos.

* * *

Nunca he tenido claro si Fátima es tan simple como parece o lo suficientemente astuta como para parecer simple. Aceptó mi incoherente explicación con una inclinación de cabeza y siguió colocando pasteles sobre una bonita fuente floreada. No tuve tiempo de interceptar a Ramsés y Nefret. Cuando volví a la galería ya estaban allí, junto a los niños. La perra había apretado el morro contra la mampara y tenía la lengua colgando.

Como supe más tarde, la presencia de los pequeños (por no mencionar a la perra) había aligerado la tensión de los primeros momentos. Sir Malcolm había cometido el error de tratar de darle una palmadita a Carla en la cabeza. Ramsés se la había llevado antes de que sucediera algo desagradable, pero Sir Malcolm mantuvo un ojo vigilante sobre la niña hasta que la llegada de los pasteles la distrajo. David John no se distrajo. Apoyándose sobre una rodilla de su padre, mantuvo los ojos fijos en Sir Malcolm.

- Le ruego que me disculpe, Sir Malcolm -dije mientras tomaba asiento.

- En absoluto, señora Emerson. -El caballero, que se había levantado cuando entré, se volvió a sentar-: Me toca a mí disculparme por la intromisión. Habría explicado los motivos de mi presencia si su esposo no hubiera sugerido que esperara hasta su regreso.

Ahora que tenía ocasión de observarlo de cerca, noté que el disfraz de Sethos no era exacto. El mentón de Sir Malcolm era más pronunciado y su pelo escaseaba. Sin embargo, la similitud era lo bastante buena como para engañar a Wassim, que tomó al recién llegado por el mismo hombre que había visto antes con nosotros, vestido con el mismo traje anticuado y que llevaba el mismo bastón de puño de plata.

- Prosiga, por favor -dije.

- Lo haré rápidamente. -Sir Malcolm se inclinó hacia adelante y apretó con fuerza el bastón-: Quiero hacerles una oferta por la estatuilla que les dio la señora Petherick. Pagaré cualquier precio razonable.

- ¿Sin verla? -preguntó Ramsés, enarcando sus tupidas cejas.

Emerson había tardado un poco en recuperarse de la inesperada aparición de Sir Malcolm. Pero en ese momento volvió a concentrarse en la conversación.

- Ah, pero ya la ha visto antes -dijo-, ¿no? ¿Cuándo y dónde?

- Eso no tiene importancia, profesor Emerson.

- Sí, la tiene -retrucó Emerson, totalmente recuperado. Nada lo irrita tanto como la insolencia disfrazada de cortesía-. Me niego a discutir el asunto hasta que conteste a mis preguntas. ¿Estaba en la colección del señor Petherick cuando la vio por primera vez?

- No. -Sir Malcolm miró con cautela a Carla, que se había unido a su hermano. La mirada fija de esos dos pares de ojos azules y negros pareció desconcertarlo más que la franqueza de Emerson-: Me ofreció la pieza hace dos años un traficante de Londres. Por desgracia, Petherick se me adelantó.

- ¿El nombre del traficante?

- Aslanian.

- Ah. ¿Y de dónde la había sacado?

- No le pregunté. Hay reglas no escritas en este tipo de transacciones.

- Así me lo han dicho -dijo Emerson, desdeñoso-. ¿De manera que no sabe nada sobre su origen?

- No. -Sir Malcolm titubeó-: Podemos, naturalmente, hacer algunas deducciones. Ustedes, como expertos que son, las habrán hecho ya, claro.

Su tono era más conciliador, pero no produjo ningún efecto en

Emerson, que ahora estaba ansioso por librarse del visitante.

- Así es. En cuanto a la estatuilla, no es mía, no puedo disponer de ella a mi antojo. La propietaria legal parece ser la señora Petherick.

- Pero ella se la dio a usted. Y la condenada… ejem, discúlpenme señoras… mujer parece haber desaparecido.

- Me la dejó en custodia -le corrigió Emerson-. No soy hombre, señor, que se aproveche de una mujer perturbada. Cuando aparezca, discutiré la cuestión con ella. Debo advertirle, no obstante, que usted no es el único interesado en la pieza.

- Vandergelt -murmuró Sir Malcolm. Sonaba como una palabrota-. ¿Carter y Carnarvon saben de su existencia?

- Carter llegará a El Cairo uno de estos días -dijo Emerson, que estaba empezando a disfrutar-. Le sugiero que se lo pregunte usted mismo.

- ¿Le apetece otra taza de té, Sir Malcolm? -pregunté.

- Todavía no he tomado ninguna, señora Emerson.

- Vaya. Nefret, ¿tú no…?

- Se la ofrecí -dijo Nefret-. Me parece que Sir Malcolm no me oyó.

- Me distraje porque en ese momento su hija me mordió la mano. -El caballero escupió esas palabras-: No tomaré té, señora Emerson, gracias.

Se encaminó hacia la puerta. Estaba de mal humor, lo que no me sorprende, considerando las provocaciones sufridas, hasta al punto que se había olvidado de la perra. Esta ladró, expectante. Sir Malcolm se echó para atrás.

- ¿Tendría alguien la bondad de apartar a esta bestia?

- No le hará daño -dijo Nefret. (Sospecho que esperaba que *Amira* lo derribara y le ensuciara su atildado traje.)

- No acabo de creer en sus palabras, señora.

- Oh, muy bien. -Nefret salió y cogió a *Amira* por el collar-: Ya puede salir, Sir Malcolm.

La perra no prestó atención a nuestro huésped, ocupada como estaba en lamer las manos de Nefret. Antes de marcharse, el hombre se volvió y arrojó una frase aguda como una espada.

- ¡Volveré!

- ¿Le volveremos a ver? -me preguntó Emerson.

- La última vez que vi a… ya sabes quién, estaba modificando su apariencia. Sólo el cielo sabe cómo es ahora.

Sabía que tendría el pelo negro, pero no vi motivo para mencionarlo.

- Iré a decirle que no hay moros en la costa -dijo Emerson-. Supongo que le sentará bien un whisky con soda, lo mismo que a mí.

Ramsés se puso de pie y levantó a Carla sobre sus hombros.

- Es hora de que los niños se vayan a la cama. Ven, David John.

- Antes de que os vayáis, quiero decirle algo a Carla -acoté-. Jovencita, ¿realmente trataste de morder a ese caballero?

- Me dio una palmada en la cabeza, abuelita.

- No es excusa.

- Hace mucho tiempo que no muerdo a nadie -protestó Carla-. No me gusta ese hombre. Tiene una cara desagradable.

- Muy cierto -dijo David John-. Si bien yo la definiría como «maligna». No tiene buenas intenciones.

Ramsés se llevó a sus traviesos y precoces hijos y Fátima salió de la casa para retirar el servicio del té y traer la bandeja con las bebidas. Evitaba mirarme, pero no pude dejar de ver su hermética sonrisa. Cuando Emerson y Sethos se unieron a nosotros, ni siquiera parpadeó, aunque el pelo de mi cuñado era negro, muy negro de hecho, y del mismo color era el gallardo bigote de estilo militar que velaba su boca. Las ropas características de Sir Malcolm habían sido reemplazadas por un traje común de calle.

- ¿Whisky? -preguntó Emerson.

- Excelente idea. Me salvé por un pelo. Pensé que ese bas… individuo estaba todavía en Londres. ¿Dónde están los niños?

- Se han ido a la cama -le informé-. Menos mal que nunca te vieron disfrazado de Sir Malcolm. No les gustó.

- Carla trató de morderle -dijo Nefret.

- Buena chica. Debo encontrar un regalito para ella.

- No quiero que se le fomente esa conducta -dije con severidad-. ¿No quieres saber para qué nos visitó Sir Malcolm?

- Va también tras la estatuilla, naturalmente. -Sethos bebió un sorbo y se relajó-: Todos los coleccionistas están un poco locos, pero Sir Malcolm es uno de los peores. Corren por ahí algunos desagradables rumores sobre la forma en que obtuvo algunas de sus

piezas, y se dice que no le gusta perder.

- Pero se le conoce como un generoso filántropo como promotor de buenas causas -protesté.

- Ese es su lado público. Hubiera absorbido personalmente el aliento de Petherick si con ello hubiera conseguido la estatua.

Fátima había encendido las luces. Las llamas oscilaron cuando las lámparas se movieron suavemente por la brisa nocturna, y las sombras se acentuaron, como si la oscuridad codiciara la luz.

- La estatua tiene ese efecto -musité-. «Obsesión» no es una palabra muy fuerte, al menos para algunas personas.

- No para mí -dijo Emerson-. Quiero saber de dónde proviene la condenada pieza y cómo… -Se dio la vuelta con tanta brusquedad que derramó el whisky-. ¡Condenación! No te acerques de esa manera, Ramsés.

- Perdón, señor. -Ramsés cerró la puerta a su espalda.

- No lo hace a propósito -dijo Nefret, indignada.

- Lo sé, lo sé. Te pido disculpas, muchacho. Sírvete un whisky… y podrías ponerme un poco más a mí. Sir Malcolm nos proporcionó una información útil -prosiguió Emerson-. Petherick le compró la estatua a Aslanian en Londres. Le enviaré un telegrama a Walter mañana y le pediré que se dé una vuelta e interrogue a ese tipo. Por supuesto, luego hay que seguir el rastro más lejos.

- No molestes a Walter -dijo Sethos-. Dudo que podamos obtener algo de Aslanian; ese hombre es un zorro viejo, y Walter no posee tu poderosa personalidad.

- Cierto. -Emerson inclinó la cabeza sombríamente y Sethos prosiguió:

- Me pondré en contacto con mi gente.

- ¿Que allanarán la tienda y examinarán los libros de Aslanian? -sugirió Ramsés-. Creí que se había retirado de la… ejem… profesión.

- Me tomaría otra copa -pidió Sethos diplomáticamente-. Si tienes la amabilidad, Ramsés…

Del Manuscrito H:

Emerson los mandó a todos a la cama inmediatamente después de la cena. Quería levantarse temprano a la mañana siguiente.

- Me propongo terminar con la sección 23 -anunció.

Ramsés hubiera jurado que era imposible, de no conocer tan

bien a su padre. Y resultó ser imposible, hasta para Emerson; en las últimas horas del día, cuando casi habían terminado de examinar las últimas casas de la dichosa sección 23, los hombres descubrieron una capa de escombros llena de trozos de cerámica y papiros. Maldiciendo, Emerson admitió que una excavación en toda regla les llevaría más tiempo del que había planeado. Los obreros que se dispersaron en la creciente oscuridad estaban cansados y mugrientos. Como era previsible, Sethos evitó la ardua tarea anunciando que tenía cosas que hacer en Luxor que no podían postergarse. Cuando se reunieron en la galería, después de hacer sus abluciones dominados por el cansancio, Sethos les estaba esperando, estirado en el sofá con el *Gran Gato de Re* recostado sobre el pecho mientras hablaba con Fátima.

- Sorprendente mujer -comentó, levantando al gato y sentándose-. Parece dar por sentadas mis metamorfosis.

- Espero que haya tenido un día productivo -tanteó Ramsés.

Su tío ignoró el tono sarcástico.

- He mandado algunos telegramas. En la oficina de correos había dos para Emerson. Me tomé la libertad de traerlos.

Señaló la canastilla del correo, que nuevamente rebosaba.

Después de un receloso examen del primer telegrama y de comprobar con alivio que todavía estaba sellado, Emerson lo abrió.

- ¡Ah! Os dije que Gargery sabría arreglárselas. Averiguó el nombre del abogado de Petherick e hizo amistad con su ayudante. Los términos del testamento son fáciles de recordar. Todo para la esposa. Parece que la señora nos dijo la verdad.

Abrió el siguiente.

- De Carter -anunció, y lo leyó en voz alta-: «Agradezco la supervisión. Llegaré pronto para reanudar las excavaciones».

- Una forma muy sutil de advertirte que limites tus actividades -comentó Sethos-. ¿Algo más de interés, Amelia?

- El habitual montón de invitaciones indeseables y de preguntas impertinentes. Aquí una para ti, Ramsés. Entregada en mano, por lo visto.

- Es de Heinrich Lidman -anunció Ramsés-. Nos repite su solicitud de empleo.

- ¿Qué? -bramó Emerson-. ¿No habrás contratado a nadie sin mi permiso, verdad?

- Si hubieras escuchado lo que ha dicho Ramsés, te habrías dado cuenta tú mismo de que no hicimos nada de eso -replicó su esposa-. Le dijimos que consideraríamos su oferta, pero que tú tendrías que aprobarla.

- Bueno, no la apruebo. De todas maneras, ¿quién es ese tipo?

- Estuvo con Borchardt en Amarna antes de la guerra -dijo Ramsés-. Una experiencia como la suya nos podría ser útil. Me presentaron a otro individuo hace unos días que también habría que considerar. Es un traductor de demótico y…

- ¿Para qué diablos querría otro traductor cuando te tengo a ti? -preguntó Emerson-. No quiero a nadie más. Cuando David esté aquí, habremos completado la plantilla. Me gustaría que el muchacho se diera prisa. Necesito un fotógrafo experimentado para cuando abra KV55.

- Llegará en unos días -dijo Ramsés. Emerson se mostraba tan irrazonable como siempre. Dejaba de lado sin más las sugerencias de Ramsés y pasaba por alto a la ligera las demás habilidades de David, que sobrepasaban con mucho su talento como fotógrafo. En esa especialidad, Nefret y Selim eran casi tan competentes como él. Tratando de controlar su irritación, Ramsés continuó-: ¿Si necesita tanto a David, por qué no le espera?

Emerson se acarició la barbilla.

- Supongo que otro día o dos no importará. Dadme la oportunidad de echar un vistazo.

- Y de proseguir con la investigación de la desaparición de la señora Petherick, ¿no? -le recordó su esposa.

- Bah -dijo Emerson-. No hay ningún misterio. Volverá a aparecer en un día o dos, y divertirá a los periodistas con sus truculentas historias.

* * *

En esto Emerson estaba equivocado. La señora Petherick no volvió a aparecer ni el día siguiente ni el otro. Su búsqueda se podía definir, en el mejor de los casos, como errática, puesto que nadie sabía dónde mirar, o qué buscar, si una mujer viva o un cadáver. Los periódicos intentaron mantener vivo el interés del público con insinuaciones de juego sucio y maldiciones mortales, pero la posición oficial era que se suponía que la señora estaba viva, a menos que se demostrara que estaba muerta, y sin un *corpus delicti*

la prensa tenía poco con lo que trabajar. Sin embargo, se había propagado hasta el último rincón el término *«afreet»,* que aparecía frecuentemente en los artículos, junto a una explicación del significado de la palabra, la forma de pronunciarla e informes ficticios de sus apariciones en varias localidades. Todas esas tonterías rellenaban un espacio que de otra forma carecía de interés.

Emerson, naturalmente, ignoraba la cuestión. No podía seguir con su trabajo en Deir el Medina con tanta rapidez como había esperado (un hecho que cualquier individuo sensato hubiera advertido desde el principio). Tuvimos que pasar un día entero extrayendo poco a poco los cacharros rotos y los trozos de papiros. Aparentemente, los habían tirado en un agujero del suelo, los habían cubierto de tierra y los habían apisonado, y era necesario examinar y registrar cada trozo con el fin de determinar su relación.

Una pequeña rebelión estalló por la tarde. Con mi apoyo tácito (manifestado mediante enfáticas inclinaciones de cabeza), Nefret declaró que tanto ella como Ramsés dejarían de trabajar algo más temprano: es decir, a la misma hora que la mayoría de los arqueólogos.

- Les prometimos a los niños que tomaríamos el té con ellos esta tarde -anunció-. De todas maneras no terminarás hoy con estos fragmentos, padre.

- Sí, lo haré -declaró Emerson-. Pero… ejem… si prometisteis a los niños…

Emerson es el hombre más tozudo que conozco. Una vez realizada esta concesión, nos mantuvo trabajando hasta que la oscuridad del crepúsculo lo hizo imposible, y aún entonces sólo mi insistencia lo hizo detenerse. Estaba muy irritada con él. Habíamos perdido el té y apenas si tendríamos tiempo suficiente para bañarnos y cambiarnos antes de la cena.

Sin embargo, cuando desmontamos frente a la casa, vimos a Sethos, Ramsés y Nefret, y a un cuarto individuo en la galería, y a Fátima que acababa de recoger el servicio del té. El extraño, un hombre desgarbado y de pequeña estatura, con cabellos grises, se puso de pie de un salto cuando entramos.

- Buenas tardes, profesor y señora Emerson. Su hijo tuvo la amabilidad de invitarme a pasar, pero si molesto…

- ¿Quién diablos es usted? -preguntó Emerson.

Ramsés dijo, con una mirada desafiante:

- Es Mikhail Katchenovsky, de cuyo trabajo en demótica le hablé. Me tomé la libertad de invitarlo a quedarse para la cena. Ya he avisado a Fátima.

- Mi querido muchacho, esta es tu casa -dije-. Tienes libertad para invitar a quien quieras. Buenas tardes, señor Katchenovsky. ¿Han pasado un rato agradable conversando sobre demótica?

- Ha sido un honor -exclamó Katchenovsky-. Visitar el mismísimo gabinete de trabajo donde se hicieron esas excelentes traducciones de textos y echar un vistazo a los papiros…

La expresión de Emerson manifestaba sin ambages la opinión que le merecía la gente que se quedaba extasiada frente a andrajosos papiros y textos oscuros, pero puesto que en este grupo se incluía su hijo, se abstuvo de hacer comentario alguno. Mi pequeño recordatorio de que Ramsés tenía todo el derecho a invitar a quien quisiera fue una lección de humildad.

- Bien, bien -dijo con cordialidad forzada-. Me alegro de conocerle, Katchenovsky. Ramsés me ha comentado que realizó un buen trabajo. No lo puedo juzgar personalmente. Para mí la demótica es tan incomprensible como el griego.

Dudando si tomar en broma este comentario, Katchenovsky sonrió, se puso serio y sonrió de nuevo.

- Me honra que conozca mi trabajo, profesor. Hace muchos años que no publico, debido a… circunstancias que no pude controlar.

¿Otra víctima de la guerra?, me pregunté. El conflicto había terminado cuatro años atrás, pero algunos de los supervivientes se recuperaban muy lentamente de las heridas físicas y la angustia mental. Una inspección más detallada me indicó que era más joven de lo que su pelo gris y cara arrugada me hicieron suponer en un principio. Quizá había resistido a los bolcheviques y sufrido prisión y privaciones.

Emerson hubiera dicho que estaba dejando que mi imaginación se desatara. La imaginación, como digo siempre, es otra forma de inteligencia comprensiva.

- La cena se retrasará un poco, madre -dijo Nefret-. Tienes tiempo de tomar un whisky con soda, si quieres.

- Excelente -dije-. Estuviste muy perspicaz al decirle a Maaman

que la retrasara un poco. Nefret rió.

- No lo hice. Creo que es su nuevo método de castigarnos por llegar tarde con tanta frecuencia.

- Mejor eso a que la comida esté quemada y la sopa salada -refunfuñó Emerson.

Apretó con decisión la palanca del sifón y la soda lo salpicó todo. Emerson secó la mesa con la manga y me alcanzó el vaso.

- ¿Alguna noticia de la señora Petherick? -pregunté.

Nefret negó con la cabeza.

- No que la hayamos oído. Tampoco nada de la señorita Petherick. Esperaba que reclamara la estatuilla de nuevo.

- Es una historia extraña -comentó Katchenovsky-. ¿Qué pasará con esa pieza?

- La devolveré a sus propietarios legales, sean quienes sean -replicó Emerson-. Eso está por determinarse.

- Es un hombre de una honestidad irreprochable, profesor -le alabó Katchenovsky-. No hubiera esperado menos de usted.

- Mmm -dijo Emerson-. Mi único interés en la estatuilla es saber dónde fue encontrada. Todavía no tenemos ninguna pista al respecto.

- Me pregunto si me permitirían verla -propuso Katchenovsky, vacilante-. No soy en absoluto un experto, pero nunca se sabe lo que un nuevo observador puede ver.

- ¿Tenemos tiempo? -le pregunté a Nefret.

- Sí, así lo creo. A mí también me gustaría echarle otra ojeada.

- La traeré. -Emerson dejó su vaso y entró a la casa.

Volvió casi enseguida, desorbitado y echando humo.

- ¡No está! ¡La condenada ha desaparecido!

Del Manuscrito H:

Nadie se molestó en preguntarle si estaba seguro. Habíamos guardado la estatuilla en un cajón con llave del escritorio de Emerson. Una mirada bastaba.

El profesor tomó aliento y recuperó el control de sí mismo.

- Peabody… -dijo.

- Santo Dios, Emerson, ¿me estás acusando?

- Es típico de ti decidir de repente que el escondite no era lo suficientemente seguro.

Su mujer le echó una mirada que levantaba ampollas.

- Para ser sincera, sí pensé que tu escritorio no era el lugar más seguro. Es uno de los primeros sitios donde buscaría el ladrón y la cerradura se puede romper con facilidad. Sin embargo, nunca la hubiera cambiado de lugar sin decírtelo. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

- Entonces, ¿quién la ha cogido? -gritó Emerson.

Todos los ojos se dirigieron al infortunado ruso. Katchenovsky se acurrucó en la silla y estalló en apasionadas negativas.

- No puede haber sido él -intervino Ramsés.

- Ha entrado en la casa, ha estado en el estudio que está al lado de mi gabinete -acusó Emerson.

- Estuve con él todo el tiempo. Sólo salí una vez de la habitación, precisamente para sacar un libro del gabinete. Estuve allí menos de tres minutos y el señor Katchenovsky no me acompañó.

- Gracias -balbuceó Katchenovsky-. Gracias. Es cierto, yo no…

- Oh, muy bien -dijo Emerson sin disculparse.

El silencio que siguió estaba cargado de sospechas. Ramsés trataba de no mirar a su tío. No le habría sorprendido saber que Sethos no había podido resistirse a poseer una pieza tan extraordinaria. Sin embargo, un robo tan evidente no se correspondía con su carácter; sabría que sospecharían de él en primer término. Después de un largo momento, Sethos dijo:

- Yo tampoco fui. Amelia… tú me crees, ¿verdad?

Estaba absorta en sus pensamientos, pero reaccionó enseguida.

- En realidad, sí. ¿Los niños ya están en la cama? -Se supone que sí -contestó Ramsés con ironía-. Pero no apostaría nada. Su madre se levantó.

- Venid conmigo todos. Sí, señor Katchenovsky, usted también. Le han acusado, tiene derecho a saber la verdad.

- ¿Qué sugieres? -preguntó Emerson-. Esos queridos chiquillos inocentes…

- No te apresures a sacar conclusiones, Emerson, limítate a acompañarme.

Tomaron el sendero serpenteante y rodeado de árboles que unía las dos casas. El jardinero había encendido las lámparas, haces de luz iluminaban los macizos de flores que adornaban el camino y las hojas trasmitían el suave murmullo que hace el agua al correr. Al

acercarse a la casa, una forma oscura saltó hacia ellos, ladrando como un sabueso infernal. Katchenovsky se escondió tras Ramsés.

- Vete, *Amira* -dijo Ramsés, amenazando a la perra.

Los niños estaban en la cama, pero como es natural no estaban dormidos. Ramsés escuchó las suaves palabras en árabe de la doncella. Les estaba contando un cuento. Ambos niños eran bilingües ya que desde la infancia hablaban los dos idiomas.

- Y cuando la buena madre serpiente descubrió que sus hijos se habían ido, que los niñitos malos de la casa los habían cogido como mascotas, se puso muy enfadada y escupió su veneno en la jarra del agua, de manera que murieran todos los que de ella bebieran.

Ramsés levantó el brazo para que los demás se detuvieran.

- Dejémosla que termine el cuento o no volverán a beber agua nunca.

Se trataba de una especie de fábula. Por fortuna para la familia de los niñitos malos, su padre era un santo que sabía que la serpiente madre era una benevolente protectora de ese hogar. Cuando vio que sus hijos jugaban con las pobres pequeñas serpientitas, les regañó duramente: «¡En nombre del Profeta, liberad vuestras víctimas en el acto!».

Tan pronto como los pequeños reptiles, indemnes, volvieron con su madre, esta se sintió avergonzada y pensó remediar el mal que había hecho. Se enroscó alrededor de la jarra de agua y apretó hasta que se rompió en noventa y nueve partes y el agua envenenada se derramó en el suelo, sin causar daño.

- Entonces ya veis que está muy mal atormentar a los animales -dijo Ramsés apareciendo por la puerta.

- En especial cuando son animales que pueden inocular veneno -agregó su madre.

Carla saltó con una exclamación de alegría.

- ¿Habéis venido todos a desearnos las buenas noches? ¡El señor Katchenovsky también!

- ¿Conocéis a este caballero? -preguntó Emerson, devolviendo el abrazo de Carla.

- He tenido el placer de merendar con ellos -dijo Katchenovsky.

- ¿Y Carla no intentó morderlo?

- Por favor, no. Es una niñita muy dulce.

Carla rió.

- Bien hecho, Carla -dijo la abuela-. Ahora, David John, decidnos, ¿qué habéis hecho con la estatuilla?

Los grandes ojos azules de David John estaban tan calmos como un estanque.

- Está en mi cesta de los juguetes, abuelita.

Amelia buscó entre los animales de trapo, los trenes en miniatura y las rocas de varios tamaños y formas, y sacó la caja pintada. Se la entregó a Emerson, que miraba con la boca abierta a su nieto y dijo con severidad:

- David John, eres culpable de una desobediencia deliberada. Te dije que no tenías que buscarla.

- Sí, abuelita, esas fueron tus exactas palabras. No tuve que hacerlo, puesto que sabía dónde estaba.

* * *

- Ingenioso pilluelo, ¿verdad? -dijo Emerson con una sonrisa afectuosa-. Pensar que se le ocurrió a él sólito llegar al cajón cerrado con llave sacando el que está arriba.

- Por cierto que la palabra «ingenioso» le va como anillo al dedo -dijo su esposa sombríamente-. Sin embargo, creo que ahora nos hemos expresado con la claridad suficiente para frustrar futuros intentos.

Ramsés tenía esa esperanza. Su madre había evitado cuidadosamente mirarlo mientras sermoneaba a su nieto, pero sabía que ella recordaba bien sus juveniles ejercicios de ingenio. ¿Había sido realmente tan astuto? Le vinieron a la mente uno o dos ejemplos que le hicieron tomar del brazo a su madre y darle un afectuoso apretón mientras regresaban a la casa principal. Ella levantó la vista y le ofreció una sonrisa de complicidad.

* * *

Emerson tiene un carácter terrible, pero en el fondo es un hombre justo y bondadoso. Como para hacerse perdonar las sospechas que había albergado hacia el señor Katchenovsky, durante la cena estuvo excesivamente cortés con el ruso; le instó a servirse dos veces de todo y hasta lo invitó a hablar de su trabajo. Bajo el hechizo de esta amabilidad, el ruso se fue relajando poco a poco. Emerson escuchó con desinterés pero benevolencia mientras Ramsés y Katchenovsky desarrollaban una conversación de la cual

ninguno de nosotros comprendió más de una o dos frases.

- Usted restauró *dmd. n* al comienzo de la columna, pero no hay suficiente espacio para deletrear toda la palabra, y el signo final no me parece que sea el del libro sino más bien…

Esa, por ejemplo, fue una de las frases que no entendí.

Me alegró, no obstante, ver que Ramsés disfrutaba tanto. Decidí tener una pequeña charla con Emerson esa misma noche. Mi querido esposo se estaba descontrolando. Su plan de trabajar en dos yacimientos al mismo tiempo aumentaba las dificultades que ya me preocupaban antes de esa decisión. El meollo de la cuestión era que no teníamos suficiente personal.

Después nos reconciliamos.

Emerson no dijo nada en el desayuno de la modificación de nuestros planes. Cuando llegamos a Deir el Medina, y tras inspeccionar la zona donde habíamos trabajado el día anterior, llamó a los demás.

- En otras dos horas terminaremos aquí -anunció-. Cyrus, ¿cómo va lo tuyo?

Nuestro amigo se acarició la perilla.

- Hemos sellado las entradas a las tumbas que no tienen rejas protectoras. Pensaba ir al Valle Occidental más tarde.

- Muy bien -dijo Emerson-. El barco de David ha llegado esta mañana, de manera que estará aquí esta noche…

- No puedes contar con ello, cariño -dije-. Puede que no haya desembarcado a tiempo de tomar el tren de la mañana. Los horarios de los barcos son imprevisibles y…

- O mañana por la mañana -concedió Emerson, tronante-. En ese momento abriré KV55. Mi grupo estará formado por…

- Discúlpame un momento, Emerson, mientras cojo un lápiz y una libreta. Sé que eres capaz de memorizar tu plan en la cabeza, o así lo crees, pero los demás necesitamos…

- Perdóneme, madre -interrumpió Nefret-. Yo tengo material de escritura. Por favor, tenga.

Sonaba como una orden, no como una sugerencia. Acepté e incliné la cabeza en reconocimiento, puesto que la cara de Emerson se estaba poniendo roja.

- Como estaba diciendo -prosiguió, no sin lanzar una mirada penetrante hacia mí-, mi grupo estará formado por Peabody y yo

mismo, Nefret y David y media docena de nuestros hombres. Selim y Daoud seguirán aquí. Ramsés, quiero que sigas con tus traducciones.

- ¿Perdón? -El gesto de Ramsés era un modelo de estupefacción.

- No te necesitaré -dijo Emerson, con tanta firmeza como si hubiera llegado a esta decisión por sí mismo, en lugar de ceder después de una prolongada discusión a gritos-. La tumba es pequeña y estrecha, y no hay nada para ti. Si queremos concluir nuestro trabajo en Deir el Medina de forma adecuada, necesitamos traducir y publicar los materiales inscriptos que hemos encontrado. Esa es tu tarea.

- Pero… -Ramsés enarcó las cejas más aún-: Pero entonces… ¿quiere que continúe trabajando indefinidamente en los papiros? Me llevará semanas, si no meses. Hay mucho material.

- Yo puedo ayudar -dijo Jumana ansiosamente-. Me gustaría mucho obtener más experiencia en la traducción hierática y demótica.

- Tu primera obligación es con el señor Vandergelt -le ordenó Emerson-. Te necesita más que Ramsés.

- Sí, señor -dijo Jumana, sumisa. Bertie, cuya cara se había entristecido al oiría, se iluminó. No se había atrevido a expresar su opinión. Casi nunca lo hacía.

- ¡Cielos! -exclamó Emerson, como si se le hubiera ocurrido la idea en ese mismo momento-. ¿Y si contratamos a ese ruso… Karnovoskovitch, o como diablos se llame, para que te eche una mano, Ramsés? Tú mismo dijiste que está bien cualificado.

- Lo está -confirmó Ramsés.

- Por supuesto, si no quieres compartir los laureles…

- Esa es una objeción que no va conmigo, padre -le reprochó Ramsés.

- Lo sé. Eres generoso en extremo. Bueno, ya está todo arreglado. A menos que encontremos una dificultad imprevista, deberíamos poder terminar con KV55 como mucho en algunas semanas. Mientras estamos allí, Cyrus y sus hombres trabajarán en el Valle Occidental. Si sigues mi consejo, Vandergelt, comenzarás con la tumba de Ay y las otras tumbas vacías de los alrededores, las número 25 y 26. Busca depósitos subterráneos y asegúrate de tamizar adecuadamente los malditos escombros.

- Muy bien -dijo Cyrus, con una horrible imitación del acento británico-. ¿Alguna otra orden, amigo?

Su sarcasmo, que iba acompañado de una sonrisa cordial, pasó inadvertido para Emerson.

- Un tipo llegó el otro día solicitando un empleo. Dice ser un experto en Amarna, trabajó en el yacimiento antes de la guerra. Su nombre es… ejem…

- Lidman -le ayudó Ramsés-. Heinrich Lidman.

- Eso era lo que estaba a punto de decir -comentó Emerson-. Sugiero que consideres la posibilidad de contratarlo.

- Acepto -dijo Cyrus-. Me pondré en contacto con él enseguida. ¿Dónde se aloja?

Emerson miró a su hijo, quien contestó:

- En Luxor.

Emerson asintió y prosiguió:

- En cuanto terminemos con KV55, puedes contar con David y Nefret.

- Eso es muy generoso de tu parte -exclamó Cyrus.

Era terriblemente generoso de *mi* parte. Estoy segura que no necesito explicar al Lector que todos esos arreglos habían sido idea mía y que Emerson no había cedido fácilmente. No me adjudiqué el mérito, puesto que había aprendido que en el matrimonio el tacto no sólo es sólo muestra de buena educación, sino también un elemento estratégico fundamental.

Terminamos de remover y registrar los escombros restantes antes del mediodía y convencí a Emerson de volver a la casa para realizar una comida rápida. Apenas nos dio tiempo para engullir las viandas antes de que estuviera preparado y nos instara a darnos prisa.

- Le dije a Vandergelt que se encontrara con nosotros a la una y media, y ya es casi esa hora.

- Yo iré más tarde -dije.

- Yo también -dijo Sethos, estirándose en el sofá.

Del Manuscrito H:

A Ramsés nunca dejaba de sorprenderle su madre. A pesar de que ella no lo había admitido, y de que nunca lo haría, él sabía que era la responsable del cambio en los planes de Emerson. Debería pensar en una forma de agradecérselo.

Cyrus estaba tan impaciente como Emerson por comenzar las nuevas tareas. Los estaba esperando, montado sobre su robusta yegua, *Queenie,* al pie del sendero que llevaba a su casa sobre la colina que dominaba el Valle. Jumana parecía una muñeca encaramada sobre el gran zaino que había elegido del establo de Cyrus, pero, como sabía Ramsés, la muchacha poseía unas manos de acero y una determinación que pocos caballos osarían desafiar. Bertie estaba allí también, junto a otra persona: nada menos que Heinrich Lidman. Cyrus no había perdido el tiempo.

- Todos se conocen, supongo -dijo-. *Herr* Lidman tuvo la bondad de responder inmediatamente a mi mensaje.

- Muy honrado -dijo Lidman, inclinándose ante cada uno, en orden-. Un honor. Sólo espero poder…

- Bien, bien -le cortó Emerson-. En marcha.

Lidman se ubicó con modestia en la retaguardia, al lado de Jumana. Montaba bien, a pesar de su gordura, y su locuacidad habitual parecía haberlo abandonado. O quizá no pudiera intercalar una palabra una vez que Jumana empezó a hablar.

Cyrus dirigió su yegua para ponerse al costado de Ramsés.

- Anoche pasó una cosa curiosa -susurró-. Un tipo me hizo una visita. Un caballero de nombre Montague. Pero no era… ejem…

- ¿Sethos? No, es el verdadero.

- Es lo que me figuré. Será mejor que le avisemos, entonces.

- Lo sabe ya. ¿Qué quería Montague?

- Apuesto que lo puedes adivinar. ¿Cómo va… ejem… a salir de ésta?

- Lo sabe tan bien como yo -dijo Ramsés, irónico-. Cambió de apariencia, pero sospecho que habrá que dar muchas explicaciones.

Dejaron los caballos en el corral de los burros y pasaron la barrera de entrada al Valle.

- Le dije a Abu que contrataré a los hombres mañana -dijo Cyrus-. Hoy es demasiado tarde para conseguir un grupo completo de obreros. Ni siquiera tuve ocasión de revisar los informes de lo que se ha estado haciendo aquí.

- No hay mucho que revisar -replicó Emerson-. La maldición de nuestra profesión es la falta de publicaciones. Te aconsejo que pienses que empiezas desde el principio. Es lo que yo intento hacer. Ah… ahí está Selim. -Levantó la mano para saludarlo.

- ¿Dónde está el resto de tus hombres? -preguntó Cyrus.

- No los necesitamos hoy. Voy a echar una ojeada y asegurarme de que no se hacen excavaciones ilegales. Se lo prometí a Carter, lo comprendes, ¿no?

- Claro que sí -dijo Cyrus con una sonrisa cómplice-. ¿Te importa si os seguimos?

Prosiguieron hasta el extremo alejado del Valle y hasta el *wadi* lateral donde estaba la tumba de Tutmosis III en lo alto del barranco.

- Pensé que esos bas… los *simsahs* estarían de vuelta -comentó Emerson, inspeccionando el montón de escombros. A Ramsés le parecía que era exactamente el mismo que antes, pero el ojo de su padre era infalible-. Sin embargo no encontraron nada.

- ¿Había algo que encontrar? -preguntó Cyrus con expectación.

- ¿Quién sabe? -Emerson se frotó la barbilla y pareció reflexionar-: Habría que limpiar la zona hasta la piedra del subsuelo y seguro que sale una cantidad espantosa de escombros.

El mediodía pasó mientras seguían la inspección. El sol pegaba fuerte, no había sombra, y el calor, atrapado por las angostas paredes de piedra, aumentaba con rapidez. Emerson mantuvo a Nefret y a Selim ocupados con sus cámaras. Cyrus sugirió retornar al Castillo para tomar el té. Inmediatamente Emerson vetó la idea y estaba a punto de guiarlos a otro *wadi* lateral cuando una voz familiar los saludó.

- Es madre -le indicó Ramsés a su preocupado padre-. Y Nasir, con la cesta del té. Bien, estoy muerto de sed.

- Deberías haberlo dicho, muchacho -exclamó Emerson.

- ¿Quién está con la señora Emerson? -preguntó Bertie, entrecerrando los ojos para evitar el resplandor del sol.

- Un amigo -dijo Ramsés, deseando poder recordar el último alias de Sethos.

Cyrus lo miró y empezó a toser violentamente.

Todos se reunieron en la entrada de una bonita tumba vacía, donde su madre les presentó a «Anthony Bissinghurst».

Jumana estudió a «Bissinghurst» con el ceño fruncido, intrigada.

- ¿Nos conocemos, señor? Su cara me resulta familiar.

Sethos sonrió.

- La verdad es que me acordaría perfectamente si la hubiera

conocido antes, señorita Jumana. He oído muchas cosas halagadoras respecto a usted.

Ramsés miró a su tío con un interés profesional. Había aprendido mucho de Sethos, pero dudaba de que alguna vez pudiera igualar sus habilidades. Las alteraciones físicas, el pelo y el bigote de un negro sospechoso, las gafas de sol que oscurecían sus ojos, eran lo de menos. Los giros lingüísticos, la postura, las frecuentes sonrisas y los gestos expansivos se adaptaban perfectamente al personaje de Anthony Bissinghurst. Si es que en realidad existía. Esperó que esta vez Sethos hubiera tenido la sensatez de inventarse una identidad en lugar de asumirla.

- Apenas me considero un aficionado -explicó Sethos con modestia, en respuesta a una pregunta de Cyrus-. Sin una educación formal, comprende. Pero interesado, muy interesado.

Terminaron el día frente a la tumba 55. Estaba en el sendero principal, cerca de dos tumbas reales muy visitadas por los turistas, la mayoría de los cuales para ese momento ya había retornado a sus hoteles. Emerson se detuvo y miró sobre el muro bajo que la expedición de Davis había construido en 1907. La entrada estaba casi a dos metros bajo esta superficie, y la bloqueaban montones de piedras caídas y de escombros constituidos por comida en descomposición, animales muertos y cosas peores. Los turistas y los guardias habían utilizado el hoyo como un recipiente de basura.

- Echemos una mirada rápida -propuso Emerson.

- Yo no-dijo su mujer con decisión.

Emerson se quedó mirando fijamente a su hermano. Sethos se apretó una mano contra el pecho y tosió con fuerza. Después de echar una ojeada a la basura, Cyrus negó con la cabeza. Los otros estuvieron de acuerdo, si bien Ramsés tuvo la sensación de que Lidman habría declinado la invitación de haber podido. Uno a uno descendieron al hoyo. Bertie bajó a Jumana hasta las manos levantadas de Emerson y luego la siguió.

Emerson fue el primero que se asomó para escudriñar por encima de los escombros caídos en la puerta.

- ¿Alguien ha traído una linterna? -preguntó.

Nadie tenía una. A petición de Emerson, su esposa sacó una vela y cerillas de sus bien provistos bolsillos y se los entregó. A su mortecina luz vieron lo que todos esperaban ver: una escalera de

peldaños de piedra, cubierta de cascotes. Como Ramsés sabía, había unos veinte peldaños, que terminaban en un corredor descendente que llevaba a la cámara mortuoria, pero la luz de la vela sólo iluminaba la mitad de la escalera.

El hedor de materia orgánica en descomposición resultaba asfixiante. Lidman apretó un pañuelo contra su cara e hizo unos ruidos de ahogo.

- Deberá aprender a no ser tan delicado si quiere trabajar con nosotros -dijo Emerson afablemente-. Dame una mano, Ramsés. Creo que puedo entrar.

- No, señor -dijo Ramsés con firmeza-. El relleno es demasiado inestable y usted no sabe qué hay allí abajo. Serpientes, por ejemplo.

- Por favor, regresad -gritó su madre-. Eso se aplica a ti también, Ramsés. Emerson, no intentes convencerlo. Va contra todos tus principios de arqueólogo lanzarte a penetrar donde todos temen…

- Maldición -tronó Emerson. Pero la memoria logró lo que los llamados a la cordura no pudieron. Con desgana, se alejó de la tentadora entrada.

Se necesitaron dos personas para subir a Lidman a la boca del pozo mientras Bertie empujaba desde abajo. El alemán se desplomó en el suelo, pero se esforzó en sonreír.

- Estoy en baja forma -murmuró.

- Pronto lo pondremos a punto -dijo Emerson, que no necesitó la ayuda de nadie. Ramsés se preguntó si tendría la misma fortaleza física de su padre cuando tuviera esa edad. Probablemente no. Aquel hombre era único-. Empezamos mañana a la seis -prosiguió Emerson mientras se limpiaba las manos en los pantalones-. Tú también, Vandergelt. Este… quiero decir, si esa es tu intención.

La forzada cortesía surgió después de que su esposa le propinara un fuerte golpe en las costillas. Cyrus, que estaba muy acostumbrado a los modales de Emerson, o a la falta de los mismos, sonrió y asintió.

- Tan pronto como pueda reunir a mis hombres. ¿Por qué tantas prisas?

- Siempre tengo prisa -dijo Emerson.

Era cierto, pero Ramsés sospechaba que su padre tenía un motivo aún más acuciante para seguir adelante. Se esperaba el

regreso de Howard Carter en unas semanas. Lo que Emerson quería hacer antes no lo sabía nadie, pero a Ramsés no le hubiera sorprendido que constituyera una violación de la concesión Carnarvon-Carter.

Todos estuvieron en la tumba al día siguiente, poco después de las seis de la mañana. Nadie le había dicho a Ramsés que dejara sus traducciones. Hubiera ido de todos modos. Tenía tanta curiosidad como el resto por saber lo que había dentro de la tumba 55.

A esa hora el Valle «no estaba contaminado por los desgraciados turistas», como diría Emerson. Habían llevado consigo una escalera de madera que facilitó el acceso a la entrada. Limpiar la basura fue una tarea bastante desagradable. Después de observar un rato, Emerson dijo:

- Esto nos va a llevar un tiempo. Te dejo al mando, Hassan. Ramsés, ¿quieres cabalgar hasta el Valle Occidental para ver si Cyrus necesita ayuda?

Hassan, un hombre aprensivo, frunció los labios y abrió los ojos pero no dijo nada. Nefret dijo:

- Voy con ustedes, si no les importa.

Tardaron una media hora, a caballo, en llegar al Valle Occidental. Alejado del valle principal por enormes barrancos, consistía en un anfiteatro natural de austera belleza «incontaminado por los desgraciados turistas». Había buenas razones por las cuales los visitantes lo ignoraban y los egiptólogos lo dejaban sin explorar. Comparada con la plétora de tumbas reales del Valle Oriental, se trataba de una tierra yerma en términos arqueológicos, y de acceso difícil. No había caminos practicables y la tumba más cercana, la de Amenhotep III, el padre de Akenatón, estaba a cierta distancia de la entrada al barranco. Sólo se había encontrado otra tumba real decorada, atribuida a uno de los sucesores de Akenatón, el sacerdote Ay. Estaba todavía más aislada, en el extremo alejado del valle. Cuando se acercaron, vieron una nube de polvo que indicaba actividad, y escucharon el sonido de voces. Emerson movió la cabeza aprobadoramente.

- Veo que ha seguido mi consejo.

Consejo no era la palabra; le había dado una orden a Cyrus. *Risha* soslayó con cuidado un canto rodado que estaba en medio del sendero y Ramsés dijo:

- Así es. ¿Por qué la tumba de Ay, padre? En esos barrancos hay espacio suficiente para Dios sabe cuántas tumbas desconocidas y nadie ha realizado una exploración exhaustiva.

- Proceso de eliminación, muchacho. Ay era un eminente funcionario a las órdenes de Akenatón antes de subir él mismo al trono, y si bien volvió a la antigua religión, puede que sintiera el suficiente afecto por su rey como para conservar un recuerdo suyo.

- De manera que es eso. Todavía está intentando encontrar la localización primitiva de la estatua.

- Cuando me propongo una cosa nunca la dejo de lado -retrucó Emerson; era una afirmación que quedaba muy corta-. El sucesor de Ay, Horemheb, fue el primero en comenzar la *damnatio memoriae* de Akenatón, y los gobernantes ramésidas resultaron igualmente hostiles. Hubieran fundido la estatua.

- Madre se alegrará al saber que no tiene la intención de investigar la enorme tumba de Horemheb.

Emerson sonrió y luego frunció el ceño.

- Me gusta provocarla de vez en cuando. ¿Sabes que terminó ella solita mi artículo?

- ¿De verdad?

- Tenía que haberse entregado hace tiempo -dijo Nefret con dulzura-. ¿No?

- Mmm -murmuró Emerson.

Un saludo por parte de uno de los trabajadores anunció su llegada a Cyrus, que se adelantó de inmediato a su encuentro.

- Me estás controlando, ¿verdad? -preguntó.

- En absoluto, en absoluto. -Emerson desmontó-. Sólo hemos venido a ver si necesitas algo.

- No hay nada que hacer ni nada que ver. Acabamos de empezar. ¿Cómo vas tú?

- Lo mismo -dijo Emerson. Miró la excavación con un ojo crítico. Jumana lo saludó y Emerson le contestó-. ¿Dónde está ese individuo, Lidman?

- Descansando -dijo Cyrus.

- ¿Qué? Todavía no es mediodía.

- Dijo que no se sentía bien.

- Bah -dijo Emerson.

- No todos tienen tu energía, padre -dijo Nefret-. Será mejor que

vaya a ver qué tal está.

Se dirigió al lugar donde una figura solitaria estaba sentada bajo un parasol con el cuerpo doblado. Ramsés la siguió, dejando a su padre y a Cyrus enzarzados en una discusión sobre los depósitos subterráneos.

Lidman parecía enfermo de verdad. Levantó su rostro empapado en sudor, redondo y pálido como la luna en invierno, y trató de ponerse de pie.

- No se levante. Cyrus dice que no se siente bien. ¿Qué le ocurre?

- Es médico, ¿verdad? -preguntó Lidman-. Al menos eso es lo que me han dicho. No es nada, *Frau Doktor* Emerson, pronto pasará. El problema de siempre…

Vaciló y luego se llevó las manos a su conspicuo estómago.

- Una dolencia común -dijo Nefret, con una sonrisa tranquilizadora. Le tocó la frente-. No creo que tenga fiebre, pero es difícil de determinar porque el sol está muy fuerte.

- Tengo mucho calor -dijo Lidman, y se volvió a sentar-. Y mi corazón palpita a toda velocidad.

Alargó una muñeca floja. Emerson llegó a toda marcha mientras su nuera le tomaba el pulso al arqueólogo alemán.

- No le pasa nada, ¿verdad? -preguntó.

- El pulso es algo rápido, pero sin que haya ningún peligro. Sólo por precaución, creo que será mejor que me lo lleve a la casa y lo examine a fondo.

- El Castillo está más cerca -dijo Cyrus.

- Puedo hacer un examen más completo en la clínica -dijo Nefret, con su firme voz profesional-. ¿Cree que puede cabalgar, señor Lidman?

- Sí, oh, sí. Muy amable de su parte. Lo lamento tanto, señor Vandergelt, fallarle justo el primer día, cuando tenía la esperanza de complacerlo con mis…

- Veo que sus cuerdas vocales están intactas -comentó Emerson.

- No es culpa suya, Lidman -le tranquilizó Cyrus-. Se encontrará bien en uno o dos días. Tómeselo con calma y haga lo que le dice la señora. Es una doctora de primera clase.

- Iré con ellos -dijo Ramsés.

- ¿Qué? -gruñó Emerson y luego asintió sin ganas-. Sí, supongo

que será lo mejor, no vaya a ser el demonio que se caiga del condenado caballo. Vuelve de prisa.

Ramsés tuvo el tacto de no contestarle. Si el estado del afligido alemán era grave, Nefret podría necesitar su ayuda.

Lidman anduvo bien al principio, charlando con una vivacidad forzada sobre la vida y la época de Akenatón. En la esperanza de distraerlo de su malestar, Ramsés mantuvo la conversación (cuando podía intercalar una palabra); pero el sol abrasador y el terreno escabroso hicieron su efecto y para cuando llegaron a la casa, Lidman estaba casi doblado sobre el cuello del caballo. Se deslizó con dificultad hacia el suelo y Ramsés lo ayudó a llegar a la clínica.

- ¿Quieres que me quede? -preguntó Ramsés.

Se había dirigido a su mujer, pero el que contestó fue Lidman. Acostado de espaldas, cerrando pudorosamente el cuello de la camisa, jadeó:

- Por favor. Si no es demasiada molestia.

- No debe sentirse incómodo -dijo Nefret, desde la pila donde se lavaba las manos-. Sólo quiero auscultarle el corazón y tomarle la temperatura. He visto a muchos hombres sin sus camisas. Ramsés, ¿le ayudas, por favor?

El flácido y blanco torso que apareció cuando Lidman se despojó de la camisa con más remilgos que una doncella no era precisamente atractivo de ver, pero se sometió estoicamente al rápido examen de Nefret.

- No tiene fiebre -anunció la joven, agitando el termómetro-. Y el corazón está bien.

Lidman se quejó y apretó las manos contra el vientre.

- ¿Puede darme algún medicamento? Luego volveré a mis tareas.

- Hoy no -dijo Nefret-. Le puedo dar algo que le asiente el estómago, pero quiero estar segura de que funciona bien y de que no se presentan efectos secundarios adversos. Es mejor que pase aquí la noche. Ya veremos cómo se siente por la mañana.

- Pero debo… debo…

- Es una pérdida de tiempo discutir con ella -le atajó Ramsés en tono agradable-. Le traeremos un pijama y todo lo que necesite.

Dejó que Nefret y Fátima hicieran los arreglos pertinentes, y se encaminó a su gabinete de trabajo en un estado de ánimo meditabundo.

* * *

Estaban todos en la galería a la espera del té, excepto su madre, que se hallaba en la planta superior trabajando en sus notas, cuando su padre regresó. Después de una palabra de disculpa, se dirigió en línea recta al cuarto de baño, dejando tras sí un claro olor a basura. Emerson no le pedía a nadie que hiciera un trabajo que a él le desagradaba.

- Cielo santo -dijo Sethos, frunciendo la nariz-. Veo que he acertado al quedarme en casa hoy.

- Espero que no se haya aburrido -dijo Ramsés-. ¿Cómo pasó el tiempo?

- Jugando con nosotros -dijo Carla-. Sabe muchos cuentos muy buenos sobre ladrones de tumbas.

- Apuesto a que sí -murmuró Ramsés.

- Pero hizo trampas en la gallina ciega.

La niña sonrió con admiración a Sethos, que le devolvió la sonrisa.

- Tú también las hiciste. ¿Cómo está tu paciente, Nefret?

No era menester preguntar cómo sabía lo de Lidman. Fátima, mientras colocaba la vajilla para el té, canturreaba bajito.

- No es nada más que un común desarreglo estomacal -dijo Nefret-. Pero quiero que se quede aquí esta noche para estar tranquila.

- No hay tiempo para estar enfermo en esta profesión -dijo Emerson, irrumpiendo desde la casa con su habitual brusquedad-: Consigue que ese individuo se levante, Nefret; el trabajo es la mejor medicina… como Peabody dice a menudo. -Le abrió la puerta a su esposa-. ¿No es verdad, querida? -preguntó con cortesía.

- En general, sí. -Tomó asiento y llamó a Fátima-: Sin embargo, Nefret tiene razón al ser cauta. Egipto está lleno de peligros para todos los que no consiguen aclimatarse.

- Mmm, sí -dijo Emerson. Ramsés dedujo que habían tenido otra discusión. Siempre se mostraban extremadamente corteses después.

Lidman no apareció a la hora del té ni de la cena. Fátima le había llevado una bandeja. Nefret informó que había comido todo lo que había en ella y parecía mejorar, pero su suegra no quedó tranquila.

- Iré a charlar un ratito con él -anunció.

- Yo también -dijo Emerson-. Buen Dios, no podemos dejar que ese tipo se quede durante un montón de días en la casa. Nefret, ¿dónde lo has alojado?

Nefret le había dado uno de los cuartos de huéspedes de su casa. Toda la familia se encaminó a ese lugar, incluido Sethos, aunque Ramsés trató de disuadirlo.

- Si despertáis a los niños, lo pagaréis muy caro.

- Seré tan silencioso como un ratoncito -dijo su tío.

Lidman se había puesto una camisa de dormir de Emerson, puesto que los pijamas de Ramsés no le abrochaban alrededor de la cintura. Recostado sobre un montón de almohadas, levantó la vista del libro que estaba leyendo y abrió los ojos como platos, alarmado. Ramsés no le podía culpar, la delegación familiar parecía más bien una comisión de la Inquisición que una visita a un amigo enfermo.

- Mejor, ¿no? -bramó Emerson, en lo que supuestamente creía que era un tono alentador.

Su esposa se había acercado al lecho. Lidman se encogió cuando le tocó la frente.

- Muy fresca -anunció-. ¿Ha tomado su medicina, señor Lidman?

- Sí, señora. Estoy mejor. Oh, sí, mucho mejor. Es usted muy amable.

- El desayuno es a las seis -dijo Emerson-. Luego nos vamos al Valle, ¿eh?

- Eso depende -dijo Nefret-. Nuestro dormitorio está justo al otro lado del vestíbulo, señor Lidman. No dude en llamarnos si necesita algo -se ofreció, para despues añadir con toda intención-: Buenas noches.

Sethos fue uno de los últimos en marcharse.

- Creo que nos conocimos hace algunos años en El Cairo, *Herr* Lidman. En la tienda de Zaki Gabra, ¿verdad?

- Lo lamento -dijo Lidman-. No me acuerdo.

No resultaba sorprendente, pensó Ramsés, puesto que Sethos debía haber ido disfrazado en esa época… si es que el encuentro tuvo lugar realmente. Dio las buenas noches y salió con su tío.

- ¿Ha sido una prueba? -preguntó quedamente.

- Si lo era, la pasó. Admitir que se conoce a una persona que nunca existió es una clara señal de culpa.

- ¿Qué sospecha?

- Como tu querida madre, sospecho de todos y de todo.

- Le acompañaré hasta que pasemos al lado de *Amira* -dijo Ramsés, mientras lo seguía por el corredor.

- No hace falta. He pasado parte de la tarde en su compañía. Me adora.

- No es ningún cumplido. Adora a todos los que conoce.

- Piensa en ello -dijo Sethos y prosiguió su camino.

No fue la perra lo que despertó a Ramsés. Estaba levantado y fuera de la cama antes de haberse dado cuenta siquiera de lo que le había despertado. La voz de Emerson era conocida por sus cualidades expresivas y en ese momento las estaba ejercitando al máximo. Ramsés corrió por el pasillo hacia el cuarto de los niños. Lo más asombroso era que dormían tan tranquilos. No había nada en la ventana. Al volver, se encontró con Nefret, la cogió de la cintura y le informó:

- Están bien. Quédate aquí.

No perdió tiempo en ponerse las botas pues sus pies estaban tan curtidos como los de un egipcio. La mayoría de las lámparas que iluminaban el sendero hacia la casa principal se habían apagado, pero al correr vio al frente la tenue luz de una linterna. La sostenía su madre.

- Ah, aquí estás -le dijo-. Este artefacto necesita una pila nueva.

Su padre estaba inclinado sobre una forma oscura tumbada sobre las baldosas. Por alguna razón Ramsés no se sorprendió al reconocer la cara redonda y pálida y el cuerpo robusto de Lidman.

- Despierte, por Dios -dijo Emerson, mientras sacudía al hombre caído-. Peabody, colócale un frasco de sales bajo la nariz.

- Temo que he olvidado traerlas -fue la tranquila respuesta, pero antes de que terminara la frase, Lidman abrió los ojos.

- ¿Qué ha sucedido? -jadeó-. ¿Dónde se fue?

- ¿Dónde se fue quién? -preguntó Emerson. Lidman movió la cabeza hacia atrás y hacia adelante.

- Deje de sacudirlo, padre -dijo Ramsés.

- Oh, sí.

Emerson lo soltó. La cabeza de Lidman cayó al suelo con un golpe.

- Perdón -dijo Emerson-. Contésteme, Lidman. ¿Qué está haciendo aquí en mitad de la noche?

Los métodos de Emerson eran brutales pero efectivos. Lidman levantó sus puños cerrados y los cruzó sobre el pecho.

- Estaba en la ventana. Tuve miedo por los niños. Salí y vi que corría hacia su casa. Lo atrapé y entonces… No recuerdo nada más.

- Maldición -dijo Emerson-. ¿Qué era?

Algo sobresalía de una de las manos cerradas de Lidman. Ramsés le abrió a la fuerza los dedos y extrajo un trozo de raída tela negra.

Capítulo 5

Del Manuscrito H (cont.)

Encontraron a *Amira* tumbada a un lado del sendero. A nadie se le paró el corazón a la vista del bulto inmóvil, puesto que la habían localizado por el volumen de sus ronquidos. La zarandearon y le gritaron al oído, sin resultado. Quizá le habían dado alguna droga de algún tipo, y lo más adecuado sería dejarla dormir hasta que se le pasara el efecto. Nefret prescribió el mismo tratamiento para Lidman, que temblaba como una hoja y estaba más pálido de lo habitual. Lo acompañó a su cuarto, y los demás volvieron a la casa principal.

- ¿En esta familia nunca se duerme toda la noche? -preguntó Sethos, disimulando un bostezo. Ramsés notó que estaba completamente vestido.

Emerson, que consideraba que los pijamas eran una moda pasajera, se había puesto un par de pantalones sobre su camisa de noche. Dejando a un lado esta pregunta retórica, dijo:

- El relato de Lidman no me parece verídico. Alguien intentó entrar a la casa. Eso fue lo que me despertó. -Miró a su esposa, cuyo silencio era tan pesado como las palabras que callaba-: Bueno, para ser preciso, es lo que despertó a Peabody. Esta vez tuvo el sentido común de despertarme antes de salir corriendo.

- Para ser precisos del todo -lo corrigió ella-, fue Sethos quien se despertó primero.

Todos los ojos se volvieron hacia el aludido, que estaba elegantemente tirado sobre el sofá.

- Estaba despierto -dijo.

- ¿Qué lo alertó? -le preguntó Ramsés.

- Estaba sentado en el patio, disfrutando de un cigarrillo en paz y escuchando los ronquidos de Alí Yussuf -explicó Sethos-. No se puede contar con él para que dé la alarma, es un muchacho que está creciendo y necesita dormir. Por desgracia, el intruso (odio la expresión «hombre de negro», así que la evitaré, si no os importa) entró por el frente y pasó por la galería. Me oyó llegar y se batió en retirada. Echó el cerrojo por el lado de afuera. Tuve que atravesar la casa y me tomé la libertad de despertar a Amelia.

- ¿Cuánto tiempo tardó? -preguntó Ramsés.

- No tanto como para que el supuesto *afreet* volviera a tu casa, mirara por la ventana, despertara a Lidman y desapareciera en esta dirección -dijo Sethos.

- Si fue Lidman, ¿por qué no se limitó a volver a su cuarto? Tuvo tiempo para hacerlo, ¿verdad? -preguntó Ramsés.

- Corría el riesgo de encontrarse contigo antes de llegar a su dormitorio, esa es la razón -dijo Emerson-. Resulta más fácil tumbarse en el suelo e inventar una historia inverosímil.

- ¿Y el trozo de tela negra en su mano?

- Preparado con antelación -dijo Emerson-. Por si lo descubríamos.

- ¿Y qué hizo con la perra? -persistió Ramsés.

- Lidman tuvo acceso al dispensario de Nefret durante varias horas esta tarde e hizo una copiosa cena -dijo Sethos-. Cordero asado, ¿no? Os dije que la perra no ladraría a nadie que a quien conociera de antes. Lidman no quería que le siguiera, de manera que le ofreció un bocado especial.

- Parece razonable, pero no es concluyente -dijo Ramsés-. No podemos acusarlo.

- Eres demasiado confiado -se burló Sethos-. De todas maneras, ¿quién es ese individuo? ¿Alguien se ha tomado el trabajo de comprobar sus antecedentes? Amelia, me sorprende de ti.

- Ramsés recordaba su nombre. Pero tienes razón, debemos hacer más averiguaciones. Te ocuparás de ello, ¿verdad, Emerson? Sí.

* * *

El señor Lidman apareció a la hora del desayuno con Ramsés y Nefret, muy puntual y sin parecer en absoluto culpable. Nos aseguró

que se encontraba perfectamente bien, y la manera en que engulló el excelente desayuno que preparó Fátima fue la mejor prueba de que su digestión se efectuaba sin problemas. No podía parar de hablar de su horrible experiencia con el *afreet*.

- Les aseguro que cuando lo atrapé no sentí nada, excepto la ropa -nos contó, con los ojos muy abiertos-. Parecía que no había nada dentro de la túnica. Lamento no haberlo atrapado. Temí que quisiera hacerle algún daño a los niños y…

- ¿Por qué supuso eso? -preguntó Emerson.

- Son tan pequeños, tan vulnerables, tan confiados. Los vigilan muy de cerca, ¿verdad?

- Por supuesto -lo tranquilicé, no convencida del todo de su interés por los niños-. Le alegrará saber que la perra está completamente recuperada.

- ¿La perra? Sí, sí, me pregunto por qué no ladró. ¿Qué le pasaba?

«O es tan inocente como una criatura de pecho o piensa que le creemos a pies juntillas», pensé mientras lo observaba llenarse la boca con tostadas y mermelada. Habíamos convenido que no hablaríamos de nuestras sospechas, con el fin de que bajara la guardia, de manera que nadie hizo preguntas embarazosas. Sethos tenía razón cuando me reprochó que fuera tan crédula, pero pronto sabríamos si era cierta la afirmación de Lidman de que había trabajado en Amarna.

Después de que le recordara nuestro acuerdo, Emerson instruyó a Ramsés para que permaneciera en la casa y siguiera con las traducciones. El muchacho nos saludó cuando nos alejamos sobre nuestras cabalgaduras, y pensé que parecía algo triste por quedarse atrás. También estaba interesado en KV55, pero yo no tenía dudas de que mis arreglos le beneficiaban. A veces la gente no sabe lo que es bueno para su vida.

Del Manuscrito H:

Ramsés sabía que su sensación de frustración al mirar como se alejaban los demás no tenía ninguna razón que la justificara. Había querido trabajar en los papiros, y ahora que le brindaban en bandeja la posibilidad de hacerlo, no tenía ganas. Después de un errático paseo por la casa, y un vistazo al cajón cerrado del escritorio de su padre, fue al establo y ensilló a *Risha*. Se dijo que

no se podía afirmar que desobedeciera órdenes. Su padre le había sugerido que contratara a Mikhail Katchenovsky, y la única manera de localizar al ruso era a través de la gente del Museo Metropolitano.

Siempre le levantaba el ánimo ver el templo de Hatshepsut e imaginar cómo habría sido cuando los árboles de Punt se alineaban a lo largo de la calzada adornados con lazos verdes y las columnatas recién edificadas brillaban al sol. Se habían erigido estatuas monumentales del rey-reina por todas partes y se habían encontrado sus ruinas, hechas añicos. El templo adyacente del rey Nebhepetre, de la XI Dinastía, no había sido tan impresionante ni en sus días de esplendor, y no quedaba casi nada de él.

Se sentía algo culpable por descuidar sus deberes e interrumpir su tarea. Declinó la invitación a desmontar de Barton.

- Estoy buscando a Katchenovsky. ¿Está aquí?

- Todavía no. -Barton se dio una palmada en la mejilla que estaba visitando un mosquito-: Generalmente no viene hasta la tarde. Si te corre prisa, puedes ir a buscarle. Se aloja en uno de los hoteles de la orilla occidental, el que tiene la bañera en el patio.

- Ah, sí. Ese establecimiento tan «lujoso» de Hussein Alí. No tengo tanta prisa. Por favor, dile que se pase por casa en cuanto haya terminado aquí. Tengo una propuesta que hacerle.

Lansing llegó a tiempo de escuchar la última parte de la conversación. Enarcó las cejas inquisitivamente y Ramsés le explicó que no tenía intenciones de robarle al ruso en su trabajo con el Met.

- Sólo lo necesito unas horas al día.

- Está bien -dijo Lansing-. En realidad no tenemos mucha tarea para él. Me dio lástima el tipo y parecía necesitar un empleo. ¿De manera que sigues adelante con tu traducción del material de Deir el Medina?

Ramsés asintió.

- Tengo planes de terminarla. A menos que aparezca otra cosa.

- Lo que es bastante probable, conociendo tu familia -dijo Lansing-. ¿Estás seguro que no quieres quedarte un rato y ponernos al tanto de las novedades?

- No hay nada nuevo, excepto que se supone que David llegará hoy o mañana. Daremos una pequeña cena en su honor uno de estos días. Madre os avisará.

- Me conformo con una invitación al exorcismo -dijo Barton-. ¿Cuándo tendrá lugar?

- ¿Dónde has oído lo del exorcismo? -preguntó Ramsés.

- Todos los hombres hablan de eso. -La voz de Barton se convirtió en un susurro siniestro-: El *afreet* negro camina por las calles de Luxor.

- Daoud -dedujo Ramsés con resignación.

- El Oráculo de Luxor -dijo Barton con una amplia sonrisa.

- Acierta más que la mayoría de los oráculos -admitió Ramsés-. Padre está considerando la idea, pero todavía no se ha decidido. Estad seguros que os avisaré.

En su camino de regreso se detuvo junto a la caseta del guardia para decirle a Wassim que esperaba un visitante esa tarde.

- Déjalo pasar. Y sin propina -le advirtió, severo.

Wassim acarició el obsoleto rifle.

- Como tú digas, Hermano de los Demonios. Pero soy un hombre pobre y hay pocos visitantes.

Katchenovsky apareció algunas horas más tarde, con una apariencia más cadavérica que nunca, pero se iluminó como un fanal cuando Ramsés le ofreció el empleo.

- Tenía esperanzas -exclamó-. Pero no me atrevía a pedirlo.

Durante su conversación en la cena, sin embargo, había hecho de todo por conseguir el empleo, excepto solicitar el trabajo directamente. ¿Había sido su timidez ansiosa lo que había impelido a su madre a presionar a su marido para que cambiara de planes? Le gustaba verse a sí misma como práctica y dura de corazón, pero todo el mundo en Luxor sabía que era muy sensible. Katchenovsky era la clase de espécimen patético al que le gustaba ayudar. Debía estar escaso de dinero si se alojaba en la posada de Hussein Alí.

Llevó al ruso a su gabinete de trabajo y le explicó lo que quería que hiciera.

- La primera prioridad consiste en clasificar y estabilizar el material que encontramos ayer en Deir el Medina. Usted sabe lo rápido que se pueden deteriorar los papiros cuando se les expone al aire.

Le mostró los métodos que usaba. El ruso comprendía con rapidez. Trabajaron en silencio y eficazmente hasta que Fátima asomó la cabeza y anunció que el té estaría listo en un momento.

- Se quedará, espero -dijo Ramsés.

- ¿Estarán también sus adorables criaturas? Me gustan mucho los niños.

- Oh, sí. Nunca se pierden el té.

Al llegar a la galería, interrumpieron una violenta discusión entre Carla y David John. Carla se mostraba violenta; pero sus gritos no causaban efecto sobre su hermano, que permanecía con los brazos cruzados y sacudiendo la cabeza. La discusión tenía que ver con la perra. Ramsés dedujo que Carla quería que *Amira* estuviera con ellos en el té. El animal escudriñaba esperanzado a través de los barrotes de la puerta. El *Gran Gato de Re* la miraba y movía violentamente la cola.

- Tendrías que avergonzarte -dijo Ramsés mientras daba un fuerte abrazo a su enfurecida hija-. Sabes que la abuela no deja que la perra entre a la galería. ¿Es esta una forma de comportarse ante un huésped?

El humor de Carla era tan cambiante como un huracán. Su cara estaba todavía de un rojo brillante por el enfado cuando devolvió el abrazo y saludó a Katchenovsky con una sonrisa angelical.

- Buenas tardes, señor. ¿Podemos tomar el té ahora, papá?

- Tan pronto como lleguen los demás. -Ya están aquí. Abuelita dijo que se querían lavar antes.

Se desasió de Ramsés para apoyarse en la silla de Katchenovsky y empezar a contarle una enrevesada historia sobre *Amira,* pero instantáneamente abandonó al ruso cuando Emerson salió de la casa.

- ¿Podemos tomar el té ahora, abuelito?

- Sí, por supuesto -dijo Emerson, mientras se apartaba el pelo húmedo de su frente-. Ah, buenas tardes… este… Kravatsky. ¿Marcha bien tu trabajo, Ramsés?

Como sabía que su padre le había hecho esa pregunta solamente por cortesía, el muchacho se limitó a decir:

- Mikhail es de gran ayuda. ¿Cómo ha pasado el día, padre?

- Bien, muy bien. Ya hemos retirado la basura de la entrada y los escalones. -Hizo una pausa para encender la pipa-. De ahora en adelante tenemos que ir con cuidado; parece que hay una cantidad de trozos del templete dorado entre los escombros del corredor. Recuerdas que el templete se quedó allí cuando Davis cerró la

tumba en 1907. A pesar de mis protestas -agregó, frunciendo el ceño.

- Creía que Weigall lo había retirado al año siguiente -comentó Ramsés.

- Mientras yo le daba la espalda -gruñó Emerson.

Y estaba muy lejos, pensó Ramsés. Habían estado en el apartado Desierto Occidental ese año. La diatriba de Emerson («No tengo idea de lo que hizo con el maldito objeto, nunca llegó al museo, probablemente se rompió en pedazos cuando lo extrajo») fue interrumpida por la llegada de Nefret y su madre. Sethos fue el último en aparecer.

- He tardado un poco en secarme el pelo -explicó innecesariamente.

Fátima trajo las cosas del té y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo; las agudas voces de los niños se elevaban y descendían como en una cantinela. Ramsés sonrió al ruso como disculpándose.

- Me temo que siempre es así. Un puro pandemonio.

Katchenovsky dio un respingo y volvió de la ensoñación en que estaba sumergido.

- Es muy agradable. Una familia tan grande y afectuosa.

Emerson siguió despotricando contra las iniquidades de otros arqueólogos en general y de las excavaciones de Davis en particular. Al darse cuenta de que tenía un nuevo interlocutor, dirigió su atención a Katchenovsky.

- ¿Conoce la excavación de KV55?

- No, señor -dijo el ruso. Verdadera o falsa, era la respuesta adecuada.

- Una chapuza de principio a fin -declaró Emerson-. Contenía los fragmentos de un templete bañado en oro encargado por Akenatón para su madre, la reina Tiy, y un sarcófago bastante deteriorado que contenía los restos muy dañados de una persona que Davis insistió en que era la misma reina. Sin embargo, un examen de los huesos descubrió que pertenecían a un hombre joven… demasiado joven, en mi opinión, para ser Akenatón. El templete fue desmantelado; las personas que entraron a la tumba en la antigüedad fueron probablemente funcionarios del gobierno que querían cambiarlo de sitio, después de retirar los cartuchos y otros objetos. Sin embargo,

se dieron cuenta de que las piezas separadas eran demasiado grandes para pasar por el corredor, que ya estaba parcialmente bloqueado. Dejaron unos trozos sobre los escombros y los otros apoyados contra la pared de la cámara mortuoria. No lo aburriré con los detalles…

«Gracias a Dios», pensó Ramsés. Katchenovsky demostraba mucho interés, sin embargo, y cuando Emerson hizo una pausa para volver a encender su pipa, dijo tímidamente:

- En realidad leí algo en su momento sobre el asunto, profesor. Creo recordar que la tumba quedó completamente despejada. ¿Puedo preguntarle por qué quiere examinarla de nuevo?

Emerson se lo explicó en detalle.

- Si la estatuilla de Petherick estaba allí en 1907, puede que haya quedado alguna prueba de ello. Resulta imperativo que descubramos dónde y cuándo fue encontrada.

- ¿Por qué, señor?

- Porque -empezó Emerson, sorprendido por tanta ignorancia pero deseoso de remediarla- si no estuvo en KV55, debemos buscar otro lugar. Los ladrones que cogieron la estatuilla pueden haber encontrado otros objetos igualmente valiosos.

Su esposa oyó la pregunta y la respuesta. Frunció los labios y sacudió la cabeza.

- ¿Y ahora quién es el que se deja llevar por su imaginación? Estamos excavando la tumba, señor Katchenovsky, porque no se hizo de forma correcta la primera vez. Es una razón suficiente. Basta ya. Ramsés, hijo, ¿has sabido algo más de los Petherick?

- No, madre. Debo informarle, sin embargo, de que Daoud le ha contado a todo bicho viviente en la orilla occidental que se prepara un exorcismo. Barton y el resto del grupo del Met quieren que les invitemos.

- Oh, Dios -murmuró su madre-. Emerson, debes negar de inmediato esa ridícula suposición y regañar a Daoud.

- ¿Qué? ¿No habrá exorcismo? -preguntó Nefret-. Me hacía mucha ilusión.

- Mmm -dijo Emerson.

* * *

La mañana siguiente, durante el desayuno, Emerson anunció que pasarían unas horas en el Valle Occidental, «ayudando» a Cyrus. Dio

por sentado que Ramsés sería de la partida. Su esposa abrió la boca para protestar, pero Ramsés dijo rápidamente:

- Me parece muy bien. He convenido con Mikhail trabajar en los papiros durante la tarde, de manera que le puedo dedicar unas horas a padre esta mañana.

- Oh -dijo Emerson-. Sí. Gracias, muchacho.

El grupo de Cyrus estaba trabajando duro cuando llegaron al yacimiento, sacando cestas de escombros de los escalones y el corredor.

- ¿Has estado dentro? -preguntó Emerson, escudriñando a través del abierto rectángulo de la puerta.

- Eché un vistazo ayer -admitió Cyrus-. No está tan mal como otras que he visto; no se han caído ni el techo ni los muros, y sólo hay una fina capa de escombros. Las pinturas de la cámara mortuoria están deterioradas, claro. Necesitamos que alguien las copie y las fotografíe. ¿Cuándo puedo contar con David?

- Después de que haya terminado conmigo -dijo Emerson, sombrío. Detuvo a uno de los hombres y examinó el contenido de su cesta-. Escombros producidos por las lluvias. Los estás tamizando a conciencia, ¿verdad?

- Por supuesto -dijo Cyrus- ¿Quieres entrar?

Ramsés no había visto nunca antes la tumba, aunque había permanecido abierta desde comienzos del siglo XIX. Le dio la mano a su madre durante el descenso de los escalones cortados en la roca, que se desmoronaban y eran desiguales. Un pasaje descendente llevaba a una segunda y más larga escalera, y a un segundo corredor, también descendente. Se levantaba polvo debajo de sus pies que opacaba la luz de las linternas. El aire era denso y caliente.

Una cámara, de paredes desnudas como las de los corredores, se abría directamente a la supuesta cámara mortuoria, y las figuras pintadas en sus muros parecieron saltar hacia ellos: una hilera de babuinos sagrados, que habían proporcionado al Valle Occidental su nombre árabe, el Valle de los Monos, escenas de sacrificios y culto; una larga inscripción jeroglífica proveniente del Libro de los Muertos; una escena muy deteriorada que parecía representar al propietario de la tumba sobre un esquife, cazando aves en un pantano.

- Resulta inusual encontrar este tema en una tumba real -dijo

Ramsés, señalando la escena de caza.

Este comentario provocó una disertación de parte de Emerson sobre el diseño y la decoración de las tumbas reales. El problema de su padre, pensó Ramsés (al menos uno de los problemas) residía en que sabía mucho de Egiptología y hablaba del tema con pasión y autoridad. ¡Si al menos lo hiciera en un aula agradable y aireada en lugar de las profundidades de una tumba! Después de aproximadamente veinte minutos, su esposa se enjugó el rostro por segunda vez y dijo:

- Muy interesante, Emerson, y estoy segura de que todos disfrutamos con tu explicación. Ahora vayámonos.

- Los escombros forman una capa más espesa allí abajo -dijo Emerson, distraído-. ¿Eso es un hueso de la pelvis?

- Cyrus excavará esta cámara a su debido tiempo y con todo el cuidado necesario -dijo su esposa con firmeza-. Fuera, Emerson.

Volvieron sobre sus pasos «saliendo del más allá», como antiguos egipcios que regresaran a la vida.

- Realmente odiaban a ese pobre diablo, ¿verdad? -comentó Nefret-. Su nombre y sus figuras deliberadamente borrados, junto a los de su esposa. ¿Cómo se supo que esa es su tumba?

Esa pregunta hizo que Emerson empezara de nuevo.

- Los sacrílegos dejaron de lado una imagen, la de la figura ka del rey, identificada, no por los cartuchos habituales, sino por una escritura poco común de su nombre Horus. Debían basarse en una lista que no incluía esa variante. Por cierto, Vandergelt, vi algo que sobresalía del barro seco de la cámara mortuoria que podría ser la tapa de un sarcófago. ¿Podrías…?

- Podré, podré -dijo Cyrus con una sonrisa-. ¿Qué tal si bebemos algo?

Hasta Emerson bebió con afán el té frío que le sirvió Cyrus. Mientras miraba con ojos de águila a los obreros, dijo de repente:

- ¿Dónde está ese tipo, Lidman?

- No apareció esta mañana.

- ¿Qué? -Emerson frunció el entrecejo con desaprobación.

- Le dije que estuviera en el Castillo a las cinco y media. Le esperamos hasta las seis.

- Puede que esté enfermo otra vez -sugirió Ramsés.

- Entonces tendría que haber avisado -gruñó Emerson-. No

deberías haberlo contratado, Vandergelt.

- Tú me lo recomendaste -se excusó Cyrus con delicadeza-. Si hoy no tenemos noticias de él, mandaré a alguien a preguntar en el hotel.

- Mmm -dijo Emerson- Hazme saber lo que averigües. Ramsés, es hora de regresar.

Tuvieron noticias de Cyrus esa misma tarde. Habían encontrado el cuerpo de Lidman, arrastrado por las aguas hacia la orilla, a media milla al norte de Luxor.

* * *

- Es un milagro que no se haya ahogado -exclamó Nefret.

- Estuvo a punto -repliqué-. La policía considera que se ha tratado de un desgraciado accidente. Según declaró el barman del Winter Palace, había estado bebiendo mucho.

Después de recibir el mensaje de Cyrus, me sentí obligada a ir enseguida a Luxor. Localicé a los *fellahin* que habían encontrado a Lidman y que le habían extraído el agua que había ingerido. Así le salvaron la vida, como repetidamente hicieron notar, y los recompensé como merecían. Le habían llevado a la consulta del doctor Westin, a donde dirigí mis pasos.

Westin no se parecía a nuestro querido doctor Willoughby, que había regresado a su patria. Abrigaba un cierto resentimiento contra nosotros, quizá porque la tasa de curas de Nefret excedía la suya. (Una actitud muy poco profesional, como le había expresado a menudo.) Era un hombre alto y robusto que compensaba la pérdida de cabello dejándose una barba excesiva. Al principio se mostró reacio a dejarme ver a su paciente. Naturalmente, le convencí.

- El pobre hombre no pareció reconocerme en un primer momento -les expliqué a mis oyentes-. Tenía heridas en su cabeza y en sus miembros. La gravedad de las mismas es algo que no pude determinar, ya que Westin lo había vendado como una momia.

- Quizá cobre según la longitud de los vendajes -sugirió Nefret.

Cyrus, que había venido a escuchar mi informe, soltó una fuerte carcajada, y luego se controló.

- Me siento responsable del pobre diablo, puesto que técnicamente es mi empleado. Le diré a Westin que me envíe sus honorarios. Creo que puedo pagar unos cuantos metros de vendas. ¿Qué dijo que le pasaba a Lidman?

- Severos cardenales y contusiones -repliqué-. Y una posible conmoción cerebral, con el resultado de pérdida temporal de memoria.

- ¿De manera que no se acuerda de lo que le pasó? -preguntó Cyrus.

Miré por encima del hombro la mesa del té, donde los niños daban buena cuenta del bizcocho de pasas y noté la mirada inquisitiva de David John. Ramsés puede, como dice Daoud, «escuchar un murmullo en la otra orilla del Nilo» y temí que su hijo siguiera sus pasos. Bajé la voz.

- Había salido a dar un paseo, un largo paseo, a lo largo del río en dirección a Karnak. Recuerda que se le acercó una figura tenebrosa.

- ¿Una figura tenebrosa? -repitió Sethos-. Oh, por favor, no me digas…

- Me temo que sí, puesto que es lo que me dijo. Hasta empleó esas palabras… Ya sabes.

- ¿*Afreet* negro? -exclamó Cyrus.

- Habla bajo -le reprendí con aspereza-. David John, creo que estás escuchando. Cuando quiera que participes en la conversación, te invitaré a hacerlo.

- Sí, abuelita -dijo David John. Ni un querubín hubiera parecido más inocente.

- Los periódicos se van a ocupar del asunto -dijo Sethos.

- Le dejé muy claro al señor Lidman que no debía repetir la… ejem… esa frase en cuestión a nadie más, incluyendo al doctor Westin. Me tomé la libertad de sugerir que podría perder el empleo que tú le has dado, Cyrus, si fuera indiscreto.

- Bueno, está bien -dijo Cyrus-. ¿Qué piensas de todo esto, Amelia?

Me serví una segunda taza de té y la bebí mientras reflexionaba. Sabía que todos esperaban ansiosamente mis palabras, de manera que las elegí con Cuidado.

- Este suceso me ha obligado a revisar mi teoría primitiva. Existen sólo tres explicaciones posibles para este supuesto accidente. Una, *que fue* un accidente. Se alejó del camino estando embriagado y se cayó de la orilla, se golpeó la cabeza y perdió la conciencia. Sin embargo, hay sólo unos pocos lugares a lo largo de

la ruta que ofrecen la necesaria combinación de aguas profundas y orillas rocosas. Dos, que *simuló* un ataque en un intento de desviar nuestras sospechas. No obstante, arriesgar la vida parece una manera curiosa de hacerlo.

- Podría ser una treta que le salió mal -sugirió Sethos-. Saltó al río y se golpeó la cabeza por accidente.

- No era necesario que corriera un riesgo de ese tipo -repliqué-. Todo lo que tenía que hacer era darse un golpe en la cabeza y acomodarse en una posición pintoresca simulando un desmayo. No, me temo que tendremos que admitir la tercera posibilidad. Nos está diciendo la verdad. Realmente se topó con el… este… ya sabéis… el de la otra noche, y la misma persona lo empujó al río. Y eso significa…

- Sabemos lo que significa -dijo Emerson-. O lo que tú piensas que significa. Maldición, Peabody, estoy cansado de hacer conjeturas sin base alguna. ¿Irá alguien a Luxor a esperar el tren?

Habíamos recibido un telegrama de David anunciando que llegaría esa noche.

- Iremos Nefret y yo a buscarle -dijo Ramsés.

- Muy bien -dije-. No podemos dejar que el querido David llegue a Luxor sin un comité de recepción. Quizá vaya yo también.

La reacción a mi comentario resultó negativa por unanimidad, a pesar de que la índole de las objeciones variaba. Emerson dijo que se negaba a dejarme suelta en Luxor con Lidman y los Petherick rondando por ahí. Los demás comentarios estaban enunciados con más tacto, y al fin decidí aceptar la sugerencia de Nefret de quedarme a controlar que todo estuviera listo para recibir a David.

Poco después de medianoche, el comité de recepción, que incluía a Emerson, retornó con nuestro huésped. El cuarto de David estaba en orden (incluyendo los pétalos de rosa en el agua), pero si bien el muchacho parecía algo cansado declaró que no podría dormir hasta conocer todas nuestras actividades.

- Ya te lo he contado todo -dijo Emerson, acomodándose con su pipa y su copa.

- Lo que se refiere a las actividades arqueológicas, sí -le corrigió David-. A riesgo de incurrir en su menosprecio, señor, quiero oír lo del *afreet* negro y la estatuilla, y lo de la extraña desaparición de la señora Petherick.

Estaba sentado a mi lado en el sofá, y mi mano descansaba en la suya. Le di un apretón y le devolví su sonrisa cariñosa. Tanto él como Ramsés eran casi de la misma estatura, tenían el mismo pelo negro y complexión armónica, pero el amable semblante de David expresaba las emociones con más espontaneidad que el de su amigo, y sus dulces ojos marrones estaban llenos de afecto.

- Leí los periódicos de El Cairo -prosiguió-. Supongo que gran parte de la historia es una exageración. ¿Qué parte de verdad hay, tía Amelia?

Eran casi las dos de la mañana cuando terminamos de ponerlo al tanto de todo y de mostrarle la estatuilla. Su alma de artista respondió a su belleza, y su mente cultivada al misterio de su origen.

- Al menos los periodistas no exageraron esta parte -declaró, acariciando con sus largos dedos las curvas doradas-. ¿Pensáis que puede provenir de KV55?

Sethos había hablado muy poco. Arrellanado en su silla, con las piernas estiradas y los ojos semicerrados, parecía dormitar. Sin embargo, estaba despierto.

- Yo no lo creo -murmuró.

Fátima rondaba a su alrededor y les instaba a él y a David a comer distintos tipos de golosinas. En consideración hacia ella, propuse que nos fuéramos a dormir.

- El desayuno se servirá a las cinco -dijo Emerson.

- Tonterías -repliqué-. David necesita un buen descanso.

- Oh, muy bien-dijo Emerson-. A las seis.

* * *

En realidad no partimos hacia el Valle hasta mediada la mañana. Los niños no habían tenido la ocasión de saludar a David, que era uno de sus parientes favoritos. También estaba emparentado con la mitad del poblado de Gurneh a través de su abuelo Abdullah. Su tío Selim y su primo Daoud vinieron a darle la bienvenida, y luego hubo que presentarle a la perra.

- Una idea excelente -dijo David, rascando la gran mandíbula-. Pero no me parece un perro, ¿perra?, guardián.

- Todavía no ha dado ninguna alarma -admitió Ramsés.

- Los delincuentes saben de su presencia -dijo Daoud-. No se acercan.

- Supongo que tienes razón, Daoud -dije. No lo creía realmente, puesto que todo el que había pasado cinco segundos con *Amira* sabía que era inofensiva, pero Daoud estaba muy orgulloso de su contribución-. Las cosas han estado muy tranquilas últimamente.

- Excepto porque ese tipo, Lidman, casi se ahoga -dijo David.

- Fue un accidente -declaré, ya que habíamos decidido que esa sería nuestra versión oficial.

- Sólo Dios lo sabe -dijo Daoud-. Su aliento dejó su cuerpo, ¿no?

- ¿Es eso lo que dicen en Luxor? -inquirió Sethos.

- Algunas personas. Quieren que el Padre de las Maldiciones realice un exorcismo.

- Una idea excelente -dijo Sethos con seriedad-. ¿Qué te parece, Emerson?

- Quizá tenga que hacerlo -admitió Emerson, tratando de simular que la idea no lo tentaba-, si nuestros hombres persisten en la idea de que el *afreet* negro anda suelto.

Selim, que no cree en *afreets* ni en maldiciones, sonrió y acarició su espléndida barba.

- No viene mal, Emerson. Dicen que se vio al *afreet* negro anoche por Luxor, caminando a lo largo del río.

- ¿Quién lo dice?-preguntó Ramsés.

- Los de siempre -retrucó Emerson-. Alguien lo escuchó de su primo, que lo había oído de su amigo, que estaba ebrio o bajo la influencia del hashish. Ah, bien, pensaré en el asunto. Quién sabe, puede hacer que la señora Petherick salga de su escondite.

Del Manuscrito H:

A su manera, Daoud resultaba de un valor incalculable. Fue él quien, a la mañana siguiente, nos trajo la noticia de que el doctor Westin había declarado que Lidman estaba fuera de peligro y de que Cyrus lo había invitado a pasar su convalecencia en el Castillo.

- Qué amable es Cyrus -comentó Nefret.

No tan amable como precavido, pensó Ramsés. Cyrus no estaba convencido de la inocencia de Lidman. Su mansión palaciega, cercana al Valle de los Reyes, era tan segura como cualquier prisión. Altos muros rodeaban la finca, y los portones siempre estaban cerrados y vigilados. Lidman no podría escabullirse sin ser visto y si durante su estancia ocurría otro «suceso» que involucrara al *afreet* negro, tendría una coartada irrebatible.

- Amable, bah -dijo Emerson-. Vandergelt quiere vigilar a ese sujeto. Una idea excelente. Peabody, esta mañana envié un mensaje a Winlock y a su grupo para invitarlos a cenar esta noche. Se lo dije a Fátima.

- No me lo dijiste a mí, Emerson.

- Acabo de hacerlo, Peabody. Ahora, a trabajar.

Sethos había condescendido a ir con ellos esa mañana, ahora que la parte más sucia del trabajo se había completado y había nuevos hallazgos en perspectiva. Estaba vestido adecuadamente para el papel de devoto aficionado a la arqueología con unas ropas ajadas de tweed y un salacot que había visto mejores días. Ramsés tampoco había sido capaz de quedarse en casa. Después de todo, se dijo (y le dijo a su madre) Katchenovsky sólo trabajaba medio día, lo que incluía una invitación a tomar el té.

Como Emerson había predicho, encontraron varios trozos del templete recubierto de oro entre los escombros del corredor. La mayor parte de la capa dorada había desaparecido; no había la suficiente para reconstituir siquiera parte de la escena que cubría el costado. Resultaba deprimente pero no sorprendente: Ramsés había visto las hojas de pan de oro cayendo como cellisca dorada, desprendiéndose a causa de la entrada de aire en aquel espacio hermético, y por culpa de Davis y su gente y de los innumerables visitantes que se aventuraron a pasar por la precaria plancha que les proporcionaba acceso sobre el templete para entrar a la cámara mortuoria. Si su padre hubiera estado a cargo de la excavación, la zona del templete hubiera sido registrada en detalle, fotografiada, estabilizada y trasladada con sumo cuidado antes de que nadie pudiera entrar a la tumba. Sin embargo, Davis no había podido esperar para ver lo que allí había.

Hasta Emerson admitió que no tenía sentido marcar la ubicación de cada pedazo de pan de oro. Eran tan livianos y tan pequeños que habían caído balanceándose al azar. Mientras juntaban los trochos, en una incómoda posición de cuclillas, Ramsés cruzó una mirada con David y le devolvió la sonrisa. En 1907 David había hecho una copia de la escena, que mostraba a la reina frente al espacio vacío donde anteriormente estaba representado su hijo, pero cuya imagen había sido destruida por los tradicionalistas que despreciaban sus creencias religiosas. No obstante, no pudieron publicarla porque

equivalía a admitir que habían estado en la tumba sin el conocimiento o el permiso de Davis.

Ramsés encontró todo el asunto más deprimente de lo que había esperado. ¡Tantas cosas perdidas que hubieran podido salvarse! No lamentó que se acercara el mediodía y enseguida estuvo listo para volver a la casa. Estaba a punto de dirigirse al corral de los burros cuando su padre se le acercó furtivamente. Era un acontecimiento inesperado puesto que a Emerson le costaba pasar inadvertido.

- Quiero decirte algo, Ramsés -dijo en un murmullo ahogado.

Parecía que era importante.

- ¿Lo sabe madre? -preguntó Ramsés.

- Será una sorpresa -dijo Emerson-. ¿Puedo contar contigo, hijo?

- Señor, no creo que…

- Se lo pediré a David, si lo prefieres.

Parecía tan decepcionado que Ramsés no tuvo valor para negarse, ni crueldad para forzar a David a desempeñar un papel que detestaba.

- Muy bien, padre. Lo que usted diga.

- ¡No digas ni una palabra a tu madre de esto!

Yo sabía lo que tramaba Emerson, naturalmente. Siempre lo sé. No había forma de detenerlo, de manera que ordené que cesara el trabajo antes de lo normal con el fin de darme tiempo para prepararme para los huéspedes… y para lo peor.

Me alegré de haber procedido así, ya que nuestros invitados comenzaron a llegar apenas unos minutos después de que terminara de bañarme y vestirme. Le había pedido al señor Katchenovsky que se quedara para la cena y por deferencia hacia él (y hacia Emerson) me había puesto un simple vestido de gasa azul (con un dobladillo bordado, mangas al codo y un canesú drapeado) en lugar de un formal traje de noche. Estuve lista justo a tiempo para recibir a los Vandergelt, a quienes Emerson no había mencionado, pero no me sorprendió verlos. Katherine, vestida de un satén verde que oscurecía sus ojos hasta hacerlos parecer esmeraldas, me abrazó con afecto y me agradeció la invitación.

A pesar de mis deberes como anfitriona, observé que Jumana, que llevaba un vestido amarillo pálido que resaltaba sus cabellos y su tez, había abandonado inmediatamente a Bertie y se había acomodado en un cojín cerca de Sethos, que tenía un aspecto

deslumbrante. Como su hermano, siempre había parecido más joven de lo que realmente era, y el pelo y bigote negros le quitaban varios años. Su sonrisa resultaba cautivadora. También la de Jumana, y sus largas pestañas aleteaban con coquetería. ¡Sería una gran complicación!, pensé: Si Jumana se había encaprichado con Sethos, y Bertie con la hija de Sethos, la muchacha podría terminar siendo su suegra.

¡Mi imaginación me había llevado demasiado lejos! Sin embargo, con discreción me llevé a Jumana al grupo que incluía al joven señor Barton.

Había veinte personas para cenar, incluyendo a Daoud y Selim. El señor Winlock estaba en El Cairo, pero el resto del grupo del Museo Metropolitano había aceptado con placer la invitación de Emerson. Fátima estaba en su elemento; adoraba los eventos muy concurridos. Hasta permitió que Kareem sirviera alguno de los platos. Resultó una cena espléndida, desde la sopa de tomates y puerros hasta la enorme tarta color azafrán con el nombre de David y la inscripción «¡Bienbenido (sic) a Luxor!» en glaseado rojo. Todos le hicieron los honores, pero yo sentí que aumentaba la expectativa, y cuando Emerson y Ramsés se disculparon durante el café de sobremesa, no se levantó ni una ceja.

Me volví a Selim, que siempre tenía el lugar de honor a mi derecha.

- ¿Bien? ¿Qué pasará ahora?

Selim inspeccionó con orgullo su reloj de pulsera nuevo, que nosotros le habíamos regalado.

- En diez minutos, *Sitt Hakim,* nos llevarás hacia la galería.

- ¿De manera que tendrá lugar frente a la casa?

- Intentamos hacerlo en el patio, pero quería venir demasiada gente.

Seguro que había demasiada gente para el patio. La mitad de los moradores de la orilla occidental parecía estar allí: hombres, mujeres, niños y criaturas en brazos, que formaban una masa oscura y agitada aproximadamente a siete metros de la puerta de la galería. Frente a ellos y un poco a un lado estaba un grupo más pequeño, en una posición más favorable dada la arrogancia de su clase: turistas, residentes europeos de Luxor y unos pocos de los inevitables periodistas, con sus lápices preparados. Reconocí

algunas caras, pero no la que esperaba ver.

Las lámparas de la galería no se habían encendido. Cuando ocupé el asiento de honor (el sofá, trasladado a una posición frente a la multitud), mi curiosidad venció a mi irritación. Había visto cantidad de exorcismos de Emerson, el más memorable de todos el que supuestamente había hecho aparecer al gato *Bastet* de un antiguo sarcófago felino. Al gato *Bastet* no le había gustado nada la experiencia, pero el efecto fue muy bonito. Esperé que Emerson no tuviera planes con el *Gran Gato de Re.*

Una llamarada surgió de la madera apilada ante la puerta. Se elevó formando una columna de reluciente fuego que encandilaba los ojos… y dejaba convenientemente al público fuera del círculo de luz. Una voz a mi lado dijo:

- Muévete un poco, por favor, Peabody.

Al público que estaba afuera le pareció que emergía del fuego. Las llamas que lamían su túnica aumentaban esa impresión y me indicaban, a mí, su esposa, que se había acercado demasiado al fuego. Maldiciendo por lo bajo, Emerson apagó las llamas. Supongo que su atavío quería parecerse al de un antiguo sacerdote *sem:* largas faldas blancas y mangas que le cubrían los brazos, y una imitación de piel de leopardo doblada sobre un hombro. Se quedó quieto, con los brazos levantados. En el respetuoso silencio que siguió escuché una risita disimulada del señor Lansing.

Habiendo captado la atención de todos, Emerson empezó a hablar. No tiene problemas en hacerse oír de lejos y el público se quedó prendado de sus palabras.

El *afreet* negro había tenido la audacia de desafiar al Padre de las Maldiciones. Ahora había llegado el momento de terminar con ese desgraciado ser.

- ¡Nadie desafía al Padre de las Maldiciones! -rugió Emerson, y un atronador vocerío le respondió desde la multitud. La voz de Emerson se elevó a un tono más alto todavía-. ¡Aparece, maligno, y enfrenta a tu amo!

- Discúlpeme, madre -dijo Ramsés. Era casi invisible en la oscuridad, envuelto en una larga túnica negra. Mientras Emerson señalaba y gesticulaba, dirigiendo así la atención de la audiencia hacia la zona posterior, Ramsés se deslizó por la puerta e hizo su aparición, emitiendo un grito agudo. La multitud, incluidos los

bebés, gritó al unísono. Emerson se dio la vuelta y se arrojó contra Ramsés, quien cayó al suelo, pateando y luchando. Rodaron a uno y otro lado, acercándose siempre a las sombras que rodeaban el círculo luminoso. Puesto que yo era una de las pocas personas que lo esperaban, vi una pierna cubierta de negro (los mejores pantalones de gala de Ramsés, supuse, pues no tenía otros de ese color) y vislumbré una cara negra con rasgos grotescamente deformados (¿una de las medias negras de Nefret?).

Con un poderoso movimiento, Emerson arrojó a su oponente a la oscuridad exterior y volvió a trompicones a la luz llevando una vestimenta negra y suelta en sus brazos. Se movió con tanta rapidez que nadie pudo mirar con detenimiento el objeto antes de que Emerson lo tirara al corazón de las llamas.

Gritos de placer y aprobación surgieron de la multitud. Vi una silueta delgada y negra que se deslizó como una serpiente hacia las profundidades de la oscuridad. Todos los ojos estaban fijos en la apabullante figura de Emerson. (Lamenté comprobar que se estaba quemando otra vez.)

- ¡Y ahora, para concluir -gritó mi marido-, devuelvo el objeto de la maldición a las llamas de Gehenna!

De la parte delantera de la túnica sacó una forma que brillaba con un resplandor rojo dorado y la tiró al corazón de las llamas.

Sethos se reía incontrolablemente.

- ¡Para concluir! -farfulló. Cyrus se puso de pie de un salto con un grito de angustia, y hubiera salido disparado a lanzarse a la hoguera si no me hubiera interpuesto en su camino.

- No, Cyrus. Detente a pensar antes de actuar.

El espectáculo terminó de una forma algo brusca cuando Emerson extinguió el fuego con un cubo de agua ubicado convenientemente. Una columna de humo remplazó a las llamas. Entre toses, la multitud retrocedió y Emerson vino a la puerta.

- ¿No ha salido tan mal, eh? -inquirió-. Maldición, no puedo ver nada. Que alguien encienda las lámparas.

Entró, quitándose la vestimenta (una de mis mejores sábanas).

- ¿Cuántas prendas has destrozado? -inquirí, después de reconocer que la «piel de leopardo» eran los restos de un vestido de lana.

- ¿Era eso, por casualidad, uno de mis abrigos de noche? -

preguntó Nefret, con una voz cuidadosamente controlada.

- Te compraré otro -dijo Emerson-. Santo Dios, ¿sólo podéis pensar en algo tan trivial? Esperaba alguna felicitación, si no un clamoroso aplauso.

Recibió el aplauso, mezclado con risas y comentarios. Emerson se estaba sirviendo un whisky cuando entró Ramsés desde la casa. *Eran* sus mejores pantalones. O lo habían sido.

- Estás ya aquí, hijo -dijo Emerson, alcanzándole un vaso-. Te lo mereces. Espero no haberte hecho daño.

- No, señor. Gracias. -Ramsés se alisó sus despeinados cabellos-: ¿Cómo le parece que ha salido?

- No estuvo mal -dijo Sethos juiciosamente-. En absoluto. Aunque si me hubierais dejado ayudar…

Le pegué un puntapié en la espinilla para recordarle que Anthony Billinghurst era un inofensivo aficionado a la arqueología, no un Maestro del Disfraz.

- Lo vimos desde bambalinas, por decirlo así -dijo Lansing. Todavía se reía-. Desde el punto de vista de los espectadores, debe haber resultado extremadamente efectivo. Winlock se pondrá negro cuando se entere de lo que se perdió.

- Al público no le faltaba sentido crítico -señalé-. Será difícil evaluar a cuántos convenciste realmente.

- No tiene importancia -acotó Selim-. Lo que importa es lo que disfrutaron.

- Dime, por favor -imploró Cyrus-, que no arrojaste la estatua al fuego.

- No seas idiota -dijo Emerson, grosero-. Se necesitaría un fuego más fuerte para derretir el oro puro. Lo que tiré al fuego estaba hecho con el molde que preparamos la noche pasada. Yeso mate. Me pasé una hora para darle un color dorado.

Después de que nuestros huéspedes se marcharon, Emerson se fue a bañar, pues estaba bastante tiznado. Me estaba cepillando el pelo cuando volvió, un poco chamuscado todavía alrededor de los tobillos, pero extremadamente complacido consigo mismo.

- Esto debería zanjar lo del *afreet* negro -declaró, mientras me abrazaba-. ¿Y qué? ¿No hay premio para el mago?

Dejé el cepillo y le di su premio.

- Estuvo muy bien -le dije, entre besos-. Pero yo me esperaba

que la señora Petherick no pudiera resistirse a estar presente. No la vi entre el público.

- Yo tampoco. Oh, bueno, aparecerá en algún momento.

Apareció, a primera hora de la mañana siguiente. No había tenido tanta suerte como Heinrich Lidman.

* * *

El inspector Ayyid nos informó oficialmente del hallazgo del cadáver. Estábamos terminando el desayuno cuando se hizo anunciar. Mirando nuestras caras serias, dijo:

- Veo que conocen la noticia. Supongo que Daoud se la habrá contado. Quizá debería considerar la posibilidad de trabajar para mí; parece obtener informaciones mucho antes que mis hombres.

- Nuestros informantes son diligentes pero no siempre exactos -dije, ofreciéndole una silla-. Nos gustaría conocer los hechos. Tomará con nosotros el desayuno, espero…

- Café, si es tan amable. -Los ojos de Ayyid se fijaron en Sethos-: No recuerdo que me hayan presentado a este caballero.

Con una servilleta en la mano, Sethos se levantó e hizo una inclinación elegante.

- Anthony Billinghurst, a su servicio. Me honra conocer a un hombre de quien he oído hablar tanto.

Su relamida cortesía no hizo mella en Ayyid.

- Lamento no haber tenido el placer de conocerlo antes, señor. ¿Acaba de llegar a Luxor?

Pude percibir, por el destello de los ojos de Sethos, que le tentaba inventarse una historia absurda para el inspector; pero como sabía que yo la rebatiría enseguida, se contuvo.

- Llegué anteayer con el profesor Emerson. Supongo que eso es una coartada suficiente, ¿no?

- No bromees -le advertí, lanzándole una mirada penetrante.

- ¿No tenía ninguna relación con la dama muerta? -inquirió Ayyid.

- Ninguna en absoluto -dije-. ¿Dónde la encontraron y cómo murió?

Uno de los obreros que cuidaban los macizos de flores de los famosos jardines del Winter Palace había encontrado el cuerpo muy temprano esa mañana. Estaba colocado con cuidado y respeto, con las manos dobladas sobre el pecho, bajo un arbusto en flor. Era lo

que nos había contado Daoud, que se apresuró a informarnos tan pronto como recibió la noticia de su red de informantes en Luxor. Había añadido al relato un toque poético: pétalos de flores se esparcían como copos de nieve sobre la figura inmóvil de la pobre señora.

El inspector Ayyid no mencionó los pétalos.

- Todavía no sabemos cómo murió. No había señales de violencia en el cuerpo. Será necesario hacer la autopsia -agregó, con un asomo de mal humor, rápidamente controlado-. Estoy esperando el permiso de las autoridades británicas.

Como a la mayoría de los egipcios, a Ayyid le amargaba que Gran Bretaña rehusara otorgarles una independencia completa. Nadie, excepto los imperialistas radicales del gobierno británico, dudaba de que ésta llegaría algún día, pero el grupo de extremistas se oponía con fiereza a ceder su autoridad. Hasta los moderados, liderados por Allenby, planteaban que algunas tropas británicas deberían permanecer en Egipto, y que Inglaterra debería mantener el control de la «seguridad nacional» egipcia. Los partidarios de la independencia hacían notar que si tropas extranjeras permanecen en un país, no se puede decir que sea completamente soberano.

- ¿Le parece que si yo realizara la autopsia darían ese permiso más fácilmente? -preguntó Nefret.

Significaba un trago amargo para Ayyid y sólo su respetuosa admiración por Nefret le permitió aceptarlo.

- No me gusta pedirle a una dama que asuma una tarea tan desagradable, señora.

- Lo he hecho antes -dijo Nefret, con una sonrisa.

Ayyid asintió con la cabeza.

- Me tomé la libertad de mencionar esa posibilidad al alto comisionado, pendiente, por supuesto, de su decisión. Si los hijastros de la dama fallecida están de acuerdo…

- No veo por qué es necesario su permiso -dije-. Pero si lo es, hablaré con ellos. No tengo dudas de que mis razones los convencerán. ¿En este momento no tiene sospechosos?

Ayyid se levantó. Resultaba obvio que no tenía ganas de discutir los avances del caso… o la carencia de los mismos.

- Hasta que se determine la causa de la muerte, no tenemos motivos para buscar sospechosos. Podría haber muerto por causas

naturales.

- Tonterías -dije-. ¿Después de desaparecer durante una semana entera volvió al hotel, se tumbó bajo la buganvilla o el rosal, dobló los brazos y se murió?

Ayyid no pudo encontrar respuesta a ese enigma, y tampoco ninguno de los presentes. Se despidió y salió, después de decirle a Nefret que le haría saber si se requerían sus servicios.

Emerson me lanzó una mirada terrible.

- Si me dices «ya te lo dije», Peabody…

- Como sabes, Emerson, deploro que se use esa frase, en especial entre personas casadas.

- Ja -dijo Emerson-. He perdido la cuenta de las veces que tú…

- Una acusación injusta e injustificada, Emerson. De todos modos, no contradije tu, como se ha demostrado, incorrecta suposición con tantas palabras. Yo sólo…

- Pues parecía que lo hacías -aulló Emerson.

- Vamos, vamos -dijo Sethos, tratando de controlar el temblor de sus labios-. No permitáis que la discordia ensombrezca el espectáculo de la armonía conyugal, os los ruego. No querréis proporcionarme un mal ejemplo.

- ¿Tú y Margaret os vais a casar, al fin? -pregunté con interés. No me gustó para nada Margaret Minton la primera vez que la vi, en el papel de resuelta periodista, pero aprendí a admirar su talento y su fuerte carácter. Ella y Sethos eran… íntimos… desde hacía algunos años, pero ella rechazaba sus propuestas de matrimonio, y con motivo, me atrevo a decir. Un afecto apasionado hacia un hombre no debe cegar a una mujer sobre sus defectos, y Sethos tenía muchos, incluyendo su peligroso empleo como agente secreto británico y su dudoso pasado.

- Todavía no hemos llegado a un acuerdo -dijo Sethos-. Pero nos estamos acercando, creo. Quizá tú me puedas ayudar, Amelia. Eres famosa por tus éxitos a la hora de poner en marcha asuntos románticos. Espero que Margaret aparezca en cualquier momento… esta historia se está volviendo irresistible.

- Oh, maravilloso -gruñó Emerson-. Justo lo que nos faltaba: Margaret y quizá su antiguo rival, Kevin O'Connell, para fastidiarnos. Me niego a que estas tonterías me distraigan de mi trabajo. Ramsés, Peabody, Nefret, David: preparad vuestras cosas.

- ¿Adónde vamos? -preguntó Nefret.

- Primero a Deir el Medina. Selim dijo que había encontrado algo que me quiere enseñar. Luego al Valle de los Reyes.

Nefret y Ramsés se levantaron obedientemente. Yo busqué otro trozo de tostada. Estaba un poco correoso, pero de todas maneras lo unté con mermelada.

Emerson comenzó a murmurar. No lo había hecho en mucho tiempo. «Esperaba esto… caso perdido… condenada mujer…»

- Supongo -comenté-, que esa frase del final no se aplica a mí, sino a la pobre señora Petherick. Estos sentimientos son indignos de ti, Emerson. No puedo ignorar con tanta insensibilidad el horrible asesinato de un ser humano. Eso hace que todas nuestras actividades pasen a un segundo plano. Sin embargo, si estás decidido a…

- No sabes si es un asesinato o no -dijo Emerson-. Y si lo fuera… ¡Maldición! ¿Qué te propones hacer?

- Examinar la escena del crimen. Interrogar a los testigos. Ofrecer mis condolencias a la señorita y el señor Petherick. -Di un mordisco a la tostada, la mastiqué a conciencia y la tragué-: Después, veremos.

Emerson levantó las manos, literal y figurativamente.

- ¿Qué harás tú, Sethos?

- Bueno, yo comparto las opiniones humanitarias de Amelia, por supuesto -fue su diplomática respuesta-. De todas formas, sus actividades deben ser mucho más interesantes que las tuyas.

* * *

Cuando Sethos y yo íbamos camino abajo hacia él río, nos divirtió observar a varios egipcios que removían con afán las cenizas del fuego, en busca de los restos de la estatuilla. No dudé de que algunos de los turistas harían lo mismo si Wassim los hubiera dejado pasar. Con la ayuda de mi sombrilla y del bastón de Sethos, despejamos el camino entre los curiosos que se hallaban cerca de la caseta del guardia. Esa mañana no había muchos; algunos habían abandonado el improductivo asedio y otros, supuse, se habían dirigido a la escena del crimen. Esperaba que Ayyid la hubiera podido conservar relativamente incontaminada, pero, en el fondo, no contaba con ello.

La mañana era hermosa y clara, como lo son generalmente en

Luxor. La luz del sol brillaba sobre las aguas y las velas blancas de las falúas descendían y se balanceaban. Le había enviado un mensaje a Sabir, el hijo de Daoud, y cuando llegamos a la orilla del río nos esperaba su barco. La plancha, que servía de remo cuando era menester, estaba colocada en un ángulo difícil y era bastante estrecha, pero rechacé las manos que se alargaron para ayudarme. Mucho antes de que resultara aceptable para las damas, yo ya había cambiado las incómodas faldas por pantalones. Así vestida, ascendí con ligereza mientras repicaban los distintos elementos útiles que llevaba colgando del cinturón.

- Pareces llevar más cosas que de costumbre -dijo Sethos, acomodándose a mi lado en el banco-. Cantimplora, cuchillo, petaca de brandy, rollo de soga, velas y cerillas… ¿qué hay en esa caja?

- Un botiquín de emergencia: vendas, esparadrapo, cosas así.

- Tiemblo al pensar en qué consisten las «cosas así».

Se mostraba muy frívolo, de manera que no me digné contestar. En realidad, tenía menos «piezas sueltas» en mi cinturón, ya que los numerosos bolsillos de mi gabán proporcionaban una buena alternativa de almacenaje. Emerson siempre se quejaba, no tanto de mis herramientas sino del ruido que hacen cuando me muevo. Evidentemente, me resultaba difícil llegar a un sospechoso sin que me escuchara, por lo que había hecho algunas modificaciones.

Siempre disfruto del cruce del río; es como mirar el desarrollo de una película, mientras las estructuras de la orilla oriental se acercan más y más. Tan pronto como atracamos, desembarqué y le ordené a Sabir que nos esperara.

Los jardines de la parte posterior del Winter Palace representan normalmente una escena de paz y belleza. Los senderos caracolean a través de setos bien cuidados y de parterres llenos de flores, bajo la sombra de árboles exóticos. Esa mañana la situación había cambiado. Era lo que me temía. Ayyid había dejado a dos agentes de guardia, pero los habían sobornado o intimidado para que hicieran la vista gorda ante las depredaciones de los morbosos. Las cámaras fotográficas disparaban sin cesar y una señora cortaba una rama florida con un par de tijeritas de uñas.

Mis exhortaciones, ruidosas pero educadas, dispersaron a la mayoría de los curiosos. Los otros se limitaron a retroceder y empezaron a fotografiarme a MÍ. Saqué mi propia cámara Kodak

del bolsillo de mi gabán, deseando haber insistido más para que Nefret me acompañara. Siempre me resulta difícil entenderme con las cámaras.

El lugar en que había estado el cuerpo de la señora Petherick no se hallaba bajo un rosal ni una buganvilla, si bien ambos arbustos crecían cerca. En la base de un espléndido ejemplar de palmera, había una masa de enredaderas entrelazadas que envolvían el último metro del tronco y ascendían por él. La planta, creo, no era originaria de Egipto, sino que florecía allí, formando una alfombra verde y rosa brillante, con flores pequeñas pero abundantes. Una parte de dicha planta había sido arrancada con violencia. Las ramas rotas ya estaban secándose. La zona que había cubierto era un trozo de suelo desnudo, sin una depresión o contorno que mostrara la ubicación del cuerpo. Las únicas marcas visibles eran las de pies calzados que supuse serían de los curiosos. De rodillas, enfoqué mi cámara y tomé varias fotografías del lugar, en la confianza de que la cámara mostrara más detalles de los que eran visibles al ojo desnudo. Estaba fotografiando los alrededores cuando un grito de uno de los agentes me hizo volverme. El inspector Ayyid se acercaba.

- No necesita molestarse en tomar fotografías, señora Emerson -dijo-. Ya lo hice esta mañana antes y después de retirar el cuerpo.

- ¿Había alguna señal de lucha? -pregunté, algo enfadada-. La zona está tan alterada que ni siquiera yo puedo determinar quién y cuándo realizó los daños.

- Tuvimos que cortar la enredadera antes de poder examinar el cuerpo.

- Sí, por supuesto -dije, tomando nota mentalmente del hecho de que no había contestado realmente a mi pregunta-. ¿Cómo se llama esta preciosa enredadera rosa?

Ayyid quedó en blanco.

- No lo sé, señora Emerson.

- No importa. ¿Me estaba buscando, señor Ayyid, o este es un encuentro fortuito?

- Uno de mis hombres me dijo que estaba aquí. Supuse que vendría.

En su cara severa apareció el esbozo de una sonrisa. Yo también sonreí.

- ¿Cómo va la investigación?

- Las autoridades están convencidas de que las circunstancias son lo bastante extrañas como para merecer un post mortem. Esperamos el permiso de los herederos de la señora Petherick. No les… gusta la idea.

- Mucha gente piensa que es repugnante -dije; sin embargo, no acababa de cuadrarme que los Petherick fueran tan afectuosos con su madrastra-. Hablaré con ellos. Tenía el propósito de hacerlo en todo caso. También me gustaría interrogar al jardinero que encontró el cuerpo.

- Se puede arreglar.

En realidad, no lo hubiera podido impedir de ningún modo. Había visto a un hombre con una *galabiyya* manchada de tierra que permanecía a cierta distancia.

No obstante le agradecí su buena disposición y proseguí:

- ¿Tendría la amabilidad de decirles a la señorita y el señor Petherick que en un rato iré a verlos?

Ayyid se dio cuenta de que se trataba de una cortés despedida; asintió y se alejó. Me volví a Sethos que no había emitido una palabra, lo que era muy raro en él.

- ¿Ves alguna pista? -le pregunté.

- No más que tú, me parece.

- Mmm. -Llamé al jardinero, que se acercó cojeando, esperando una propina. Se trataba de un hombre pequeño y delgado, quizá en la treintena, a pesar de que parecía mayor. Deduje que su cojera se debía a que sufría de reuma en las rodillas, probablemente por permanecer arrodillado muchas horas en el suelo endurecido.

- ¿Tú eres el que encontró a la señora? -pregunté en árabe.

- ¡Sí, *Sitt!* -Su mano derecha tembló-: Fue algo terrible, no sé si podré seguir trabajando en este maldito lugar.

- La maldición desaparecerá. Te doy mi palabra. Ahora, dime cómo la encontraste.

De muy buena gana, el hombre se embarcó en su relato. (Omito las expresiones de dolor y angustia.)

Era el jardinero jefe, a cargo del personal, de manera que se esforzaba en empezar temprano. El sol apenas había salido cuando llegó a los jardines. Mientras paseaba por los senderos, fumando y disfrutando de la soledad y los perfumes frescos de la mañana (etc.,

etc.) y evaluando los lugares que requerían cuidados, observó una presencia desagradable entre las enredaderas de flores rosas. Al principio pensó que se trataba de un animal o ave muerto. Al examinarla de cerca, descubrió que era un zapato, con un pie en su interior.

- Aparté las enredaderas, *Sitt,* y la vi. Me desplomé aturdido y grité. Luego corrí en busca de ayuda. Cuando llegó la policía, arrancó la enredadera, mi hermosa enredadera color coral… -añadió, con lo que parecía ser una emoción auténtica.

- ¿De manera que la enredadera estaba en su lugar hasta que llegó la policía? ¿No miraste para ver si estaba muerta?

Un leve estiramiento de labios traicionó su reacción ante esa pregunta.

- No me competía a mí tocar a la señora, *Sitt.*

- No -acepté-. Describe exactamente lo que viste: su expresión, sus ropas, todo lo que recuerdes.

- No vi su cara, *Sitt,* estaba demasiado oscuro bajo la enredadera. Llevaba un vestido de ese color -indicó el pañuelo escarlata anudado a mi cuello- y zapatos como los que usan las damas inglesas, con tacones puntiagudos y hebillas de diamantes.

- Traje de noche -le dije a Sethos-. No iba vestida en su habitual color negro. Interesante.

- La única parte que sobresalía era un pie -dijo Sethos. No me había pedido que tradujera; su árabe era tan bueno como el mío-. De manera que debió haberse arrastrado…

- O la empujaron.

- O la empujaron bajo la masa de la enredadera, con suficiente cuidado como para evitar hacer muchos destrozos. ¿Con el propósito de retrasar el hallazgo del cuerpo?

- No se podía demorar por mucho tiempo -repliqué, recordando un hecho desagradable pero pertinente-. Y tampoco se puede demorar mucho el sepelio en este clima. Debo hablar con los Petherick. Pero primero…

Le pregunté al jardinero si había buscado señales sospechosas por los jardines. Negó con la cabeza.

- Estaba demasiado triste, *Sitt,* y temía demasiado al *afreet.*

- No fue un *afreet* el que la mató -dije-. Ven conmigo.

Caminamos despacio por los tortuosos senderos, mirando a uno

y otro lado. Algunos agentes todavía hacían intentos poco entusiastas de búsqueda, pero no confié en que estuvieran dotados de agudos poderes de observación. Como siempre trato de adjudicar el mérito a quien lo tiene, diré en honor de la verdad que fue Sethos el que se fijó en que el sol hacía brillar unas cuentas de cristal desparramadas. Sólo había unas pocas, casi escondidas en el barro, pero estuve segura de que procedían del vestido de noche de la señora Petherick.

- La mataron aquí -dije, recuperando las cuentas-. Es uno de los lugares más solitarios del jardín, bastante lejos del hotel para que no se oyeran gritos.

Sethos parecía escéptico.

- Eres de lo más inocente, Amelia. Cualquier dama habría perdido unas cuentas de su vestido si estuviera… ¿Digamos enlazada en un abrazo firme pero no letal en un lugar solitario y discreto?

- Aprecio la delicadeza de tu descripción. Por supuesto, esa es una posibilidad; supongo que tales encuentros son bastante frecuentes.

- Bastante -dijo Sethos, en el tono de un hombre que habla por experiencia.

- Considero que mi teoría es más probable -proseguí-. Y será fácil confirmarla, tan pronto como compare estas cuentas con las de su vestido.

El jardinero no pudo identificar los abalorios. Podrían ser los mismos del vestido de la dama, o no. Aceptó, cuando le presioné, que la tierra parecía removida y luego apisonada, no por los rastrillos que usan los jardineros, sino a mano. Envolví las cuentas en un pañuelo y guardé el paquetito en uno de mis bolsillos.

Recompensé al observador jardinero de acuerdo a sus méritos y añadí unas pocas monedas más para consolarlo por su enredadera mutilada.

- Puedo darte también un ungüento para tus rodillas -le dije bondadosamente-. ¿Hace mucho que tienes dolores en las articulaciones?

- No, *Sitt Hakim,* sólo desde ayer. Un burro me pateó.

Nos dirigimos al hotel. Cuando pregunté por la señorita Petherick, me dijeron que me esperaba. Tanto ella como su

hermano tenían habitaciones en la tercera planta, en el lado opuesto de la suite de su madrastra. Contestó sin demora cuando llamé a su puerta.

No esperaba que la señorita mostrara señales de duelo. Sólo su frente arrugada y una leve palidez demostraban su preocupación, que se refería, pensé, a su hermano, quien estaba acurrucado en un sillón y se cubría la cara con las manos. La señorita Petherick estaba bien arreglada, como si hubiera pasado horas ante el tocador: el pelo en un moño sujeto por peinetas de carey, la blusa y la falda sin una arruga. Presenté a Sethos con su nombre más reciente y expliqué que era un íntimo amigo y confidente de la familia.

- Y ansioso además de servirla, señora, en lo que haga falta -dijo Sethos, con una gentil inclinación.

La señorita Petherick aceptó el cumplido con un leve movimiento de cabeza y nos indicó con un gesto que entráramos. La habitación era lo suficientemente grande como para contener no sólo una cama y un armario, sino una pequeña salita, con una mesa y varias sillas frente a la chimenea.

- ¿Y qué, señora Emerson? ¿No trae ninguna ofrenda floral? -inquirió la señorita Petherick, señalando varios floreros sobre la repisa y la mesa-. Ya recibimos varias de parte de nuestro administrador y de unos pocos y queridos amigos cuyos nombres no reconozco.

- Espero poder ofrecerle mis condolencias de una forma más práctica -repliqué, sentándome donde me indicó-. Debe comprender que el sepelio de la pobre dama no puede ni debe demorarse. Pero antes de enterrar a la infortunada señora, debemos conocer la causa de su muerte.

Adrian Petherick, que hasta entonces no había movido un dedo, bajó las manos y me lanzó una mirada salvaje.

- No dejaré que la trinchen como a un trozo de buey -murmuró-. Todos estaban desgarrados, desmembrados, cubiertos de sangre…

Estaba demasiado conmovida y angustiada para responder. No le pasaba lo mismo a Sethos. Colocó una mano firme sobre el hombro del joven y dijo, con su voz más melosa:

- Ahora se encuentran entre los benditos en las mansiones del Paraíso. Como ella.

- Las mansiones del Paraíso -repitió Adrian-. ¿Es usted… es usted

un clérigo, señor?

- Sólo un humilde creyente -dijo Sethos.

No especificó en qué creía, pero el mero carisma de su personalidad, que podía exhibir cuando le venía en gana, ejerció un efecto consolador. Adrian sonrió débilmente. Aprovechando que se había sosegado, dije:

- ¿Le ayudaría a aceptar la idea de un estudio post mortem si lo ejecutara mi nuera? Usted la conoce. Sabe que procederá con el debido respeto.

- Cielo santo -dijo la señorita Petherick-. ¿Se refiere a esa delicada joven?

- Es una cirujana muy cualificada -le expliqué-. Y ha colaborado con la policía local en varias ocasiones.

- Tiene unas manos tan pequeñas y bonitas -murmuró Adrian-. Harriet, ¿qué opinas?

- Como te dije, nos interesa cooperar en todo con las autoridades. -Me miró-: Fue Adrian el que puso objeciones. Si ahora se ha tranquilizado, procederemos como usted sugiere.

Nos acompañó a la puerta, donde me detuve el tiempo suficiente como para discutir, fuera de los oídos de Adrian, ciertos arreglos prácticos. La señorita Petherick aceptó mi ofrecimiento de preparar el entierro, que tendría lugar el día siguiente, si todo salía como se esperaba; pero negó con la cabeza cuando dije que le pediría al pastor de la iglesia anglicana que la visitara.

- La señora Petherick era católica, le he pedido al señor Salt que hable con el sacerdote de esa religión. -Miró por encima del hombro la figura inmóvil de su hermano-: Quizá pueda ofrecerle más consuelo.

Agregó unas oportunas palabras de agradecimiento para los dos. La mojigata expresión de la cara de Sethos era casi demasiado hasta para mí.

Del Manuscrito H:

Por una vez, Ramsés estaba en todo de acuerdo con su madre. Les gustara o no, se veían involucrados en el asunto Petherick, y cuanto antes se solucionara, mejor sería para todos. Era una coincidencia demasiado grande que la señora Petherick hubiera muerto de causas naturales en esas circunstancias tan extrañas. O se había suicidado, lo cual era un método extremo e insatisfactorio de

probar su inverosímil historia, o la habían asesinado. Y todavía tenían en su posesión la estatuilla con la que había empezado todo.

Montaron a caballo esa mañana y se aproximaron al yacimiento por el norte, en lugar de ir a pie por el sendero de la montaña. Resultaba una caminata muy larga desde Deir el Medina al Valle de los Reyes. Selim los estaba buscando. Él mismo era un buen jinete y saludó a sus caballos casi con la misma cortesía que a ellos. Con la cabeza de *Moonlight,* la yegua de Nefret, descansando afectuosamente sobre su hombro, dijo:

- Emerson, creo que sé lo que le pasa al coche. Si pudiéramos quitarle la otra rueda trasera…

- Ahora no tenemos tiempo para eso -dijo Emerson con un suspiro-. ¿Todo va bien por aquí?

- Sí, Emerson. He seguido tus instrucciones al pie de la letra. Daoud ha estado tamizando los escombros.

- No se pierde nada con hacerlo -aceptó Emerson-. Nos dijiste que habías encontrado algo.

- Está aquí.

Selim los llevó a una zona al oeste del templo Ptolemaico. Habían excavado una parte algunos años atrás, pero se trataba de un yacimiento muy complejo, puesto que los cimientos de otros templos más primitivos se mezclaban y solapaban. Un ojo poco entrenado sólo hubiera visto piedras derrumbadas, pozos y montones de escombros.

- Aquí -dijo Selim, señalando-. Alguien ha estado cavando.

- Maldición. -Emerson se asomó al pozo-. ¿Cuándo?

- Anoche. Este pozo no estaba ayer.

- Bastardos -escupió Emerson.

- Si te refieres a nuestros amigos, los ladrones locales, han estado fisgoneando alrededor de este yacimiento durante años -dijo Ramsés.

- ¿Por qué meten las narices precisamente ahora? -preguntó Emerson.

- Yo también me lo pregunto -dijo Selim, con los brazos cruzados-. Pero creo que los muy estúpidos creen que el que tengamos en nuestro poder una estatua dorada se relaciona con nuestro trabajo en este lugar.

- Idiotas de mierda -gruñó Emerson-. ¿Acaso no han escuchado

la verdadera historia?

- La han hecho, pero no creen en ella. Alguna gente sólo cree lo que quiere creer.

- Es comprensible -dijo David-. ¿Los primeros rumores no hablaban de un montón de oro y alhajas? Los pobres diablos tienen la impresión de que habéis encontrado un tesoro, o una tumba. Podéis intentar convencerlos hasta que os quedéis roncos, pero no creo que consigáis nada.

- Insiste -le dijo Emerson a Selim-. Tú y Daoud. De lo contrario, toda esta zona quedará devastada.

- Haremos lo que podamos, Emerson, pero David tiene razón. ¿Hago que uno de los hombres monte guardia aquí por la noche?

- Mmm. -Emerson se acarició la barbilla-: Sí, y rellena este pozo.

Pasó una hora revisando las notas que había tomado Selim, mientras este último lo observaba con nerviosismo. Un gesto de aprobación y una escueta palabra de encomio de su patrón le provocaron una sonrisa de alivio.

- He sacado fotos en cada etapa, Emerson -dijo.

- Bien -repitió Emerson-. Enviaré a Bertie mañana o pasado mañana para levantar los planos.

Dejó a Selim para que continuara con su trabajo y volvieron por el largo camino de retorno al Valle. A Ramsés le impresionó que su padre pareciera un poco apagado esa mañana; ni siquiera había maldecido a los vándalos con su elocuencia habitual.

- ¿Hay algo que le preocupe, padre? -le preguntó.

Emerson le dirigió una mirada vacía.

- Creí que volverías a casa para seguir con tus traducciones.

- Mikhail llegará después del mediodía. Pensé que ya que madre no está con usted hoy…

- Oh. Te lo agradezco, hijo. Me olvidé de alabar como merecía tu sobresaliente actuación durante el exorcismo.

- Me lo pasé muy bien -admitió Ramsés-. ¿Usted también?

- Sí. Este… sí… ¡maldición! -Emerson explotó-. Fue una broma, ¿sabes? Nunca pretendí que nadie se lo tomara en serio. Ahora la pobre mujer está muerta… yo siento… bueno, siento como que me hubiera burlado de ella y de sus temores.

- Nadie piensa eso, padre.

- No me preocupan las opiniones de los demás. -Se trataba de

una respuesta típica de Emerson, pero Ramsés sabía que no quería decir eso. Su padre dejaba los sermones sobre moralidad a su esposa, pero poseía sus propias normas y trataba con gran esfuerzo de vivir de acuerdo con ellas.

- Atraparé al bastardo que la mató -murmuró Emerson-. Este… no repitas a tu madre lo que acabo de decir. Pensará que soy un idiota sentimental.

Ramsés se atrevió a poner una mano sobre el hombro de su padre.

- Ella piensa que usted es un gran hombre. Y yo lo mismo.

Emerson se aclaró ruidosamente la garganta.

- Quiero que esa reja esté instalada en la cámara mortuoria hoy mismo. Te ocuparás de ello, hijo, ¿verdad?

A medida que transcurría la mañana, llegaron más y más turistas, y la mayoría se detuvo para observar, bloqueando el sendero y molestando a todo el mundo. Se había difundido la noticia de la muerte de la señora Petherick, y varios periodistas se encontraban entre los curiosos, gritaban preguntas y se inclinaban sobre el parapeto para enfocar sus cámaras sobre todo el que salía de la tumba. Finalmente sucedió lo inevitable; uno se inclinó demasiado y se cayó del muro.

Emerson llegó corriendo, echó un vistazo a la figura tumbada y comenzó a maldecir.

- ¡Nefret! -aulló.

Ramsés reconoció al hombre como el mismo fotógrafo que había hablado con Carla. Cayó de espaldas y su cámara, por un golpe de suerte, pareció no haber sufrido daños. Ramsés se quedó a un lado mientras Nefret examinaba al herido.

- Parece que no se ha roto nada -anunció-. Trate de sentarse, ¿señor…?

- Anderson. *The Daily Yell.* ¿Profesor, le molestaría darme su teoría…?

Emerson lo interrumpió con un rugido de furia.

- ¡Uno de los secuaces de Kevin O'Connell! Debería haberme dado cuenta. ¿No hay límite a lo que ustedes harían para conseguir una entrevista?

- ¿No le parece que tengo derecho a que me otorgue una? - Anderson permaneció tumbado. Su sonrisa engreída le hacía

recordar a Ramsés la de O'Connell-: ¿Su exorcismo no tuvo el efecto deseado, verdad? El *afreet* negro se ha cobrado otra víctima.

Por un momento Ramsés temió que tendría que contener a su padre con el uso de la fuerza. Sin embargo, Emerson estaba acostumbrado a las tretas de los periodistas. Con un esfuerzo que le dejó temblando, dijo:

- Sin comentarios. Suba por esa escalera y desaparezca.

Anderson cumplió con las tradiciones características de su profesión: tuvieron que ponerlo de pie y empujarlo literalmente escaleras arriba hasta los brazos de Hassan. Su comentario final fue digno del propio O'Connell:

- No lo llevaré a juicio, profesor, si usted me concede diez minutos de su… ¡ay!

- Es demasiado, caramba -declaró Emerson-. De ahora en adelante, trabajaremos de seis a nueve de la mañana y a última hora de la tarde. Hassan, quiero que los hombres cubran este pozo. ¡Ahora!

- ¿Volvemos a la casa? -propuso Nefret.

- Está bien -gruñó Emerson-. Nos seguirá esa apestosa horda si vamos a otro lado. Ahmed, date una vuelta por el Valle Occidental y dile a Vandergelt *Effendi* que le quiero ver de inmediato.

- Dile que nos agradaría mucho que viniera a comer con nosotros -le corrigió Nefret.

- Oh. Sí -barbotó Emerson frotándose el mentón-. David, trae esa canasta de cosas sueltas que encontramos esta mañana. Puedes fotografiarlas y dibujarlas en casa.

Hasta ese momento no habían encontrado gran cosa entre los escombros de la cámara mortuoria, sólo unas pocas cuentas, trozos de madera podridos, y un sello roto. Algunos de los espectadores los siguieron hasta el corral de los burros, pero abandonaron la caza cuando montaron y pusieron los caballos al trote.

No pasó mucho tiempo hasta que Cyrus y su grupo aparecieron. Emerson había estado caminando de un lado al otro de la galería, con las manos a la espalda y deteniéndose de vez en cuando para mirar afuera. No lo dijo, pero Ramsés sabía que estaba esperando a su esposa. El asunto Petherick había removido su conciencia y despertado sus instintos detectivescos. Fue sincero cuando juró que encontraría al asesino de la desdichada condesa.

- Nos encontramos a Ahmed en la entrada al Valle -explicó Cyrus-. Yo estaba a punto de mandar a uno de mis hombres con una nota. Parece que hay un cambio de planes.

- En absoluto -dijo Emerson, aceptando de Fátima una taza de café-. Bueno, un cambio pequeño, en todo caso. Hay demasiada gente en el Valle Oriental. Un maldito periodista se cayó del muro esta mañana.

- ¿Se hizo daño? -preguntó Bertie.

- Fue un truco -dijo Emerson con disgusto-. Si se hubiera caído realmente, habría aterrizado de cabeza, no sobre la espalda. No me puedo concentrar en el trabajo en estas condiciones.

- No es fácil concentrarse con todos los rumores que corren -convino Cyrus-. ¿Es cierto que la pobre mujer ha muerto?

- Al menos eso no es un rumor -admitió Emerson-. Todavía no se sabe cómo murió. Peabody está en Luxor, acosando a la policía.

- Me imaginé que lo haría -dijo Cyrus, reprimiendo una sonrisa que hubiera estado fuera de lugar-. Habrá una autopsia, supongo.

- Me ofrecí a realizarla, si las autoridades están de acuerdo -intervino Nefret.

Bertie emitió un leve murmullo de protesta.

- Es mi trabajo, Bertie -dijo Nefret-. Realmente no me molesta.

- No -declaró Jumana-. Haces tu trabajo como lo haría un hombre. Como yo.

- Ve y hazla, entonces -dijo Emerson. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de nuevo.

- A mí no me sacarás de aquí ni con una grúa -dijo Cyrus, reclinándose en su silla-. Quiero escuchar las noticias de Amelia. No trates de decirme que no estás tan ansioso como nosotros.

- Bah -dijo Emerson. Miró hacia el camino-. ¿Por qué diablos tardará tanto?

Como conocía a su madre, Ramsés suponía que le llevaría algún tiempo terminar de «acosar» a todo el mundo. El sol había pasado el cénit y Fátima estaba sirviendo una cena fría cuando Amelia llegó con Sethos.

- Cuéntanos, Amelia -le pidió Cyrus-. ¿Qué novedades hay?

- Un momento. ¿Por dónde empiezo?

- ¿Quizá por el asunto más urgente? -sugirió Nefret-. El post mortem.

Su suegra le palmeó la mano.

- Por supuesto, querida. Los Petherick están de acuerdo. Después de convencerlos, me detuve en la comisaría e informé al inspector Ayyid. Le gustaría que la hicieras esta tarde, para que el entierro pueda ser mañana.

Nefret asintió y eligió un sandwich de queso. Ramsés tragó saliva y apartó los ojos. Estaba acostumbrado a los cadáveres, antiguos y modernos, pero nunca se haría a la idea de su hermosa y elegante esposa con las manos manchadas de sangre y hasta de fluidos más desagradables.

Su madre siguió con la descripción de los arreglos para el entierro, que se llevaría a cabo en el cementerio para extranjeros de Luxor.

- Tal vez ella hubiese querido que la enterraran en Inglaterra, al lado de su marido -apuntó Ramsés.

- La señorita Petherick pensó que un traslado sería innecesario y poco práctico -dijo su madre. Lo era, pero Ramsés sabía que Amelia mandaría al cuerno la cuestión de la factibilidad en semejante situación. Trató de borrar esa idea. Se ocuparía de un asunto de semejante naturaleza cuando tuviera que hacerlo, si es que llegaba ese día, pero no quería pensar en ello.

- Ayyid está de acuerdo conmigo en que las circunstancias son sospechosas -prosiguió su madre. Repitió el relato del jardinero del descubrimiento del cuerpo. Su audiencia la escuchaba con una fascinación morbosa-. Saqué algunas fotografías -concluyó-, aunque no creo que nos aporten más datos. El suelo estaba muy pisoteado. Nefret, quizá tú y David podáis revelarlas.

Nefret se puso de pie y se sacudió las migas de la falda.

- Hoy no, madre. Debo preparar mi instrumental.

Ramsés no tenía intención de permitir que su esposa fuera sola a Luxor. No podía hacer nada más que estar allí, pero al menos le debía eso. Explicó la situación a Katchenovsky, que había llegado con toda puntualidad, y le pidió disculpas por dejarle solo.

- En absoluto. Lo siento tanto -murmuró el ruso-. ¿Quiere que continúe con el catálogo de las piezas restantes?

- Las he examinado casi a todas. Preferiría que se dedicara a copiar y traducir el fragmento que le dejé. Parece ser una lista de provisiones.

Ramsés sabía que su madre no se perdería una autopsia, y donde ella iba, la seguía su esposo. Amelia rechazó una invitación de Cyrus a cenar.

- No sé cuánto tiempo estaremos fuera -le explicó-. Ven mañana, si quieres.

David y Sethos se unieron al grupo, y fueron directamente al *zabtiyeh,* donde no sólo encontraron a Ayyid sino a otros dos oficiales que les esperaban. Uno era un egipcio, el comandante de policía del distrito de Sohag, el otro era un asesor británico del distrito, un hombre de cara roja y expresión severa llamado Rayburn. Los labios apretados de Ayyid indicaban lo que pensaba de su interferencia, pero se trataba del procedimiento habitual y no podía hacer nada al respecto. Se sintieron muy aliviados cuando Nefret les dijo que no había ninguna necesidad de que estuvieran presentes mientras ella procedía. Sin embargo, la muchacha no pudo impedir que su suegra la acompañara, junto a Ayyid.

La madre de Ramsés estuvo ausente menos de diez minutos.

- ¿Qué? -preguntó Emerson-. ¿No me dirás que Nefret no te dejó que le ayudaras a trinchar a la pobre mujer?

- No seas asqueroso, Emerson. Sólo deseaba echar una mirada a sus ropas antes que se las quitaran.

- ¿No se las habían quitado, entonces? -preguntó Ramsés.

- Le pedí a Ayyid que no lo hiciera. De todas maneras, dada la peculiaridad de las circunstancias, él prefería que lo hiciera una mujer.

- Muy apropiado -murmuró Rayburn.

- Así es -aceptó Emerson-. ¿Y bien, Peabody?

Su esposa le dedicó una sonrisa indulgente.

- Te ahorraré los detalles, querido, puesto que la moda no significa nada para ti. Basta decir que llevaba un vestido de noche… un modelo muy caro, a juzgar por la etiqueta del modisto, en satén escarlata, plegado sobre el pecho y recogido en los hombros con broches de diamantes, de falsos diamantes, quiero decir.

- Pensé que nos ibas a ahorrar los detalles -objetó Emerson.

- Si bien costó mucho dinero, el vestido era un modelo del año pasado -siguió su esposa, impertérrita-. Como sospechaba, las cuentas que encontramos en el jardín son idénticas a las que adornan las mangas y el canesú. Se llevaron sus joyas.

- ¿Cómo sabes que llevaba joyas si no había ninguna? -preguntó Emerson.

- ¡De manera que el móvil fue el robo! -exclamó Rayburn, visiblemente aliviado-. Maldita sea, Ayyid, deberías haber registrado a los empleados del hotel y sus habitaciones.

- Lo hice -dijo Ayyid con firmeza.

- El o los delincuentes tuvieron tiempo suficiente para ocultar las joyas en otro lugar -insistió Rayburn-. ¿No es así, señora Emerson?

- El robo no fue el móvil del asesinato, capitán Rayburn.

- Pero, señora Emerson…

- Ningún ladrón se hubiera tomado el trabajo de colocar el cuerpo con tanto respeto y esmero. Le cerraron los ojos y le cruzaron los brazos sobre el pecho. Le ruego que me deje continuar. Bajo el vestido, la difunta llevaba…

- No quiero oírlo -dijo Emerson, algo confuso-. Ve al grano.

- Creo que eres tú el que te alejas del meollo, Emerson. Según los huéspedes del hotel, la señora Petherick iba siempre de negro, el color más acorde a su papel de viuda reciente. ¿Por qué esa noche iba vestida de escarlata? ¿Y de dónde venía? Estuvo ausente durante casi una semana. ¿Estaba a punto de montar una reaparición espectacular que le desbarató el asesino? -Al observar la expresión escéptica de los demás, Amelia dijo con impaciencia-: Alguien estaba con ella cuando murió, eso es innegable. Alguien que arregló el cuerpo, alguien que presta suficiente atención a los cánones sociales como para tratarlo con respeto. Todas sus ropas estaban intactas, sin rasgones, cortes o manchas de sangre.

- ¿Entonces cómo murió? -preguntó Emerson.

Repitió la pregunta cuando volvió Nefret, tan tranquila y lozana como si hubiera estado arreglando unas flores.

- Fallo cardiaco congestivo -fue la respuesta.

- Entonces… no ha sido un asesinato -dijo Emerson, con una mirada reveladora a su esposa.

- Sí, fue un asesinato -dijo Nefret-. Su corazón estaba mal, pero lo que hizo que se detuviera fue la asfixia. Creo que estaba inconsciente cuando le pusieron algo sobre la cara para impedirle respirar, puesto que no tenía magulladuras en los brazos y no había restos de piel o sangre bajo las uñas.

- ¿Está segura? -preguntó Rayburn.

- Sí. Había hilos enganchados en los dientes. Si quiere una segunda opinión…

- No será necesaria. -Rayburn emitió un profundo suspiro. La investigación de un asesinato, cuando la víctima era un súbdito inglés, constituía una complicación que no le gustaba.

- De manera que le absorbieron el aliento -dijo Sethos, con un entusiasmo indecoroso-. No quiero ni imaginar lo que pasará cuando lo sepan los periódicos.

Capítulo 6

Pensé que era mi deber informar a los Petherick del resultado de la autopsia. Emerson no puso objeciones; en realidad, dijo que iría conmigo. Yo sabía por qué, como es natural. Sus instintos detectivescos se hallaban temporalmente despiertos, y como yo le había demostrado que se había equivocado en varios puntos esenciales, esperaba obtener algún éxito personal. No me importaba, ya que siempre juego limpio en nuestras pequeñas competiciones relacionadas con la investigación de delitos, pero envié a Nefret a casa, acompañada por Ramsés. Si bien en lo profesional era fríamente competente, mi hija era una persona de corazón tierno, y había conocido a la muerta. David se fue con ellos; como él mismo comentó, no conocía a los Petherick y sería poco apropiado que estuviera presente en circunstancias tan delicadas.

La señorita y el señor Petherick tomaban la cena en la habitación de ella. Tan pronto como entramos, la muchacha llamó al camarero para que retirara el servicio. Observé que uno de ellos apenas había tocado la comida, mientras que el otro había cenado bien. Adrian Petherick parecía haber encogido en las últimas horas; sus ropas le iban grandes y su rostro estaba pálido. ¿Sería por la culpa o por la pena?

Les comuniqué las novedades sin andarme con rodeos. Adrian dio un grito y se cubrió la cara con las manos. La expresión de su hermana permaneció inalterable.

- Lo esperábamos. ¿Supongo que querrá interrogarnos…

- Esta noche no -dijo Sethos en tono tranquilizador. Se había

acercado a la mesa y observaba los arreglos florales. Había algunos más, incluyendo un florero con hermosas rosas blancas-. Dejemos que el sueño alivie la encarnizada fuerza del dolor, y piensen que la querida señora descansa en brazos de Jesús.

- Sí -murmuró Adrian-. Sí. Gracias.

Emerson se atragantó.

- Tengo una pregunta -dijo Harriet Petherick-. ¿Qué pasa con la estatuilla?

- ¿Qué quiere saber? -inquirió Emerson bruscamente.

- Ahora no hay dudas sobre su propietario legal. Supongo que les gustará quitarse ese peso de encima.

- Y yo supongo que usted no querrá echárselo en sus delicados hombros -dijo Emerson-. No, no, señorita Petherick, no quiero tener sobre mi conciencia el haber entregado un objeto tan letal a inocentes como usted y su hermano.

- ¿Prefiere atraer la maldición sobre su familia? -preguntó la muchacha, con lo que yo sólo pude definir como malicia deliberada-. Nos contaron los detalles de su memorable actuación de la otra noche. No resultó demasiado efectiva, ¿verdad?

Emerson se negó a caer en provocaciones.

- Usted y yo sabemos que tales… ¿actuaciones, dijo usted? sólo afectan a los supersticiosos. La maldición que arrastran tales objetos es la violencia que provocan en personas sin principios. Soy perfectamente capaz de proteger a mi familia por medios más prácticos, e intento hacer lo mismo por usted y su hermano.

La lógica de esta afirmación silenció a la señorita. Confirmé los arreglos que había hecho para la ceremonia del día siguiente, y ella tuvo la cortesía suficiente como para agradecer mi ayuda. Adrian no dijo nada. Había cogido una de las rosas blancas del florero: empezó a quitarle los pétalos, uno por uno, y a colocarlos en un montón sobre la mesa.

Miradas curiosas y murmullos siguieron nuestros pasos cuando atravesamos el vestíbulo, pero mi sombrilla y el ceño fruncido de Emerson mantuvieron a raya hasta a los periodistas.

- Santo Dios -dijo Emerson a su hermano-. Nunca había escuchado tantos disparates hipócritas en mi vida, ni siquiera de ti. ¡Los brazos de Jesús, nada menos!

- El muchacho se sintió mejor -dijo Sethos.

- No me había imaginado que la piedad motivara tus acciones -gruñó Emerson-. Sacar ventaja de su mentecatez resulta un método despreciable de ganar su confianza.

Sethos sonrió y yo dije, severa:

- Hablando de disparates, ¿acaso tú no has prometido que protegerías a Harriet y su hermano? ¿De qué y cómo, si puedo preguntar?

Emerson se detuvo en medio de la calle, lo empujé para apartarlo del camino de una calesa tirada por un caballo y me dijo:

- No te metas conmigo, Peabody, por favor. Necesitamos solucionar este enigma para que pueda continuar con mi trabajo.

- Y llevar ante un juez al asesino.

- Eso también.

Sabir había vuelto a buscarnos después de cruzar a Nefret y Ramsés. Emerson me ayudó a subir la plancha y siguió diciendo, con el ceño fruncido:

- Si bien, reconozco que ahora mismo no tengo la menor idea de quién puede ser el asesino. No me digas que tú sí, Peabody, o lamentaré mi ingenuidad.

- Los Petherick, hermano y hermana, son los sospechosos más evidentes -repliqué, acomodándome en el banco.

- Son los *únicos* sospechosos -retrucó Emerson.

- Lo que significa que hay una gran probabilidad de que sean inocentes, cariño. Es cierto que tenían un motivo. Sabemos que la esposa heredó la colección de Petherick. ¿Lo sabían ellos? ¿Supusieron que heredarían los objetos de valor si ella moría?

- Eso no es un motivo, es una sarta de conjeturas -exclamó Emerson-. Maldición, Peabody, decídete de una vez. Primero dices que probablemente sean inocentes (aunque tu razonamiento es tan débil como nunca oí otro igual), y luego inventas razones para creer en su culpabilidad.

Había cierta lógica en lo que afirmaba, de manera que, como es natural, inmediatamente me puse a la ofensiva.

- Sólo demuestra que estuviste muy poco hábil cuando confiaste a Gargery el delicado tema del testamento de Petherick Necesitamos conocer los términos precisos: es decir, si su esposa heredaría incondicionalmente, o si sus hijos son legatarios en segundo lugar.

- «Todo a la esposa» ciertamente implica lo primero -dijo

Sethos-. Su marido murió antes que ella. ¿Hizo la señora Petherick testamento? Y si no lo hizo, ¿quién la heredará? ¿Se considera a los hijastros familiares cercanos?

- Más conjeturas imbéciles -gritó Emerson-. Yo no lo sé, y tú no lo sabes, como tampoco lo sabe Peabody, aunque ella dirá que sí.

- En absoluto, cariño. La investigación se halla en sus primeros pasos. Por todo lo que sabemos, puede que haya una docena de personas que querrían ver muerta a la señora Petherick. El asesino debe ser alguien a quien ella quería y en quien confiaba, porque si no, no hubiera ido sola a encontrarse con él en el jardín. Tampoco tendría motivos para temer a alguno de sus hijastros. Deben ostentar algún derecho a sus bienes, a través del testamento de su esposo o del suyo propio, o no tendrían razones para liquidarla.

- Condenación, Peabody, estás razonando en círculos otra vez -exclamó Emerson.

El barco chocó suavemente contra la orilla y Sabir colocó la plancha. Con espíritu conciliador acepté la mano que Emerson me ofrecía.

- ¿Hacemos una de nuestras pequeñas competiciones? -pregunté.

- ¿Qué clase de competiciones son esas? -Sethos trató de tomarme la otra mano, pero se lo impidió la sombrilla.

- Cada uno escribe en un papel el nombre de la persona que cree que es el criminal y sellamos el sobre hasta que el caso está resuelto -le expliqué.

- Qué idea más bonita -dijo Sethos-. ¿Hay un premio para el ganador? ¿Puedo jugar yo también?

- Todavía no estoy preparado para comprometerme -dijo Emerson, ignorando el provocador comentario.

- Yo tampoco -dije-. Como tú mismo has señalado, Emerson, no tenemos suficientes sospechosos.

La plateada luz de la luna de Egipto alumbraba nuestro camino, pero con Sethos al lado nuestro haciendo sugerencias frívolas no me interesaba demorarme. Emerson sentía lo mismo.

- Daos prisa -gruñó-. Nos hemos perdido el té y probablemente lleguemos tarde para la cena.

Gracias al nuevo horario de Maaman, no ocurrió así. Hasta hubo tiempo para un whisky con soda rápido con Ramsés y Nefret, que estaban ansiosos por saber cómo se habían tomado los Petherick la

noticia. Nefret se puso muy seria cuando le describí la reacción de Adrian.

- Cuánto me gustaría que el querido doctor Willoughby estuviera todavía con nosotros. Tenía mucha habilidad para tratar los trastornos nerviosos. Su sucesor es un tonto pomposo.

- Adrian Petherick requiere algo más que la habilidad de un aficionado -dijo Sethos-. Sin embargo, creo que contribuí un poco a calmar su inquietud.

- A salvo en los brazos de Jesús… -gruñó Emerson-. ¡Santo Dios!

A petición mía, toda la familia (excepto los niños, como es natural) asistió la mañana siguiente al entierro de la señora Petherick. Había supuesto que habría una cantidad escasa de asistentes, puesto que ella conocía a pocas personas en Luxor, pero subestimé la morbosa curiosidad del público y la insistencia de la prensa. Una línea de agentes de policía, impresionantes en sus chaquetas blancas y feces rojos, mantenía alejada a la multitud, y mientras caminábamos hacia la tumba recién excavada no pude evitar pensar que a la señora Petherick le hubiera complacido todo ese despliegue, digno de una autora famosa.

El empeño del Comité de Damas para el Embellecimiento del Lugar de Descanso de Nuestros Seres Queridos Desaparecidos (fundado por mí, si bien debo dejar claro que no fui la responsable del nombre) había mejorado el aspecto del anteriormente desolado cementerio. Arbustos en flor luchaban con vigor por sobrevivir, y una verja mantenía a raya los perros vagabundos. Las verjas no detienen a los gatos, sin embargo, y varias familias de felinos habían fijado su residencia en el lugar. Rayados y negros, grises y naranjas y blancos se deslizaban a lo largo de la verja o cuidaban montones de garitos de varios colores. En mi opinión, añadían un toque bastante agradable, un testimonio de vida en un lugar para los muertos. Una buena cantidad de damas no compartía esta opinión, pero ni siquiera una verja podía mantener a los gatos en el exterior.

Había conocido a varios de los que estaban enterrados en aquel camposanto: amigos de Luxor, víctimas de los distintos criminales que habíamos llevado ante un juez, e incluso uno o dos de los propios delincuentes. En un remoto rincón del cementerio, bajo una lápida que yo había hecho colocar, yacen los restos de una de mis

adversarias más mortales: Bertha, la antigua amante de Sethos y madre de Maryam. Mi cuñado evitó mirar en esa dirección. Al principio se había negado a venir, temiendo que yo insistiera en que rindiera homenaje a la mujer que, después de todo, era la madre de su hija. Había intentado varias veces matar a Sethos (y a mí), pero los hermosos preceptos de nuestra fe nos indican que debemos perdonar hasta al peor de los pecadores. Mi sermón sobre este tema no había producido ningún efecto visible en mi cuñado, por lo que no insistí.

También Emerson se había resistido. Al caminar a mi lado con grandes zancadas, dijo en voz tronante:

- ¿Quiénes son estas personas tan emperifolladas? Creo que dijiste que no iba a venir nadie.

- Había olvidado la reputación literaria de la señora Petherick -admití-. Puede que algunas de las damas sean también Lectoras Devotas.

Emerson miró con furia a un joven que sostenía una cámara.

- Ahí está ese condenado periodista otra vez. Si me enfoca a mí con ese chisme, señor, se lo arrebataré de las manos.

Nos contábamos entre los pocos a quienes los agentes dejaban pasar y nos unimos a los Petherick y al padre Benedict al lado de la tumba. Harriet Petherick nos agradeció mecánicamente nuestra presencia y luego se dirigió al sacerdote.

- Podemos seguir con la ceremonia, padre.

Observé con atención a Adrian mientras se efectuaba el servicio. Parecía hallarse en uno de sus estados de estupor, de pie al lado de su hermana y mirando soñadoramente el cielo sin nubes. Hubiera deseado que algunos de los espectadores se comportaran igual. Varias de las damas sollozaron con fuerza todo el tiempo, y cuando el padre Benedict terminó, una de ellas, la mujer robusta y encorsetada que había sido la primera en pedir un autógrafo a la condesa, se desmayó sobre un agente, dejándolo despatarrado. El fotógrafo a quien Emerson había amenazado un tiempo antes obtuvo una excelente foto de aquella lamentable escena.

- Muy desagradable -comentó Emerson en voz alta-. Salgamos de aquí.

Resistí su intento de llevarme fuera. El espectáculo ejercía sobre mí una cierta fascinación poco piadosa. Nunca hubiera imaginado

que las Lectoras Devotas fueran capaces de tener una conducta tan vulgar. Las flores que arrojaron a la tumba no llegaron a ella y cubrieron al sacerdote y a los asistentes. Algunas empezaron a cantar un himno y otras voces temblorosas se les unieron. Era una melodía poco apropiada, dadas las creencias religiosas de la señora Petherick; la mayoría de las cantantes no podía seguir el ritmo y algunas no conocían la letra. Sólo capté algunas palabras… algo acerca de estar sumergidos en el pecado. Finalmente Harriet Petherick pareció a punto de perder la compostura. Pálida y con los labios tensos, miró a su alrededor en busca de ayuda. No fui la única que observó su incomodidad, y un destello de orgullo maternal me recorrió cuando Ramsés se le acercó y le ofreció su brazo. Ella lo cogió con fuerza y pasó entre los agentes.

Nefret y David se habían hecho cargo de Adrian, que se fue con ellos sin resistirse y como en una nube. Me apresuré a ponerme al frente del grupo, con exclamaciones de «¡qué vergüenza!». Me vi obligada a darles unos zurriagazos con mi sombrilla a las Lectoras más molestas, y Emerson abatió de un golpe a dos periodistas. Cuando acomodamos a los hermanos en el coche que les esperaba, Emerson, que estaba de mejor humor, recordó quitarse el sombrero cuando se dirigió a la señorita Petherick.

- ¡Condenados morbosos! Este… quiero decir, señorita Petherick, que lamento que se haya visto expuesta a un espectáculo tan desagradable.

- Gracias. Les estoy muy agradecida. ¿Vendrán con nosotros al hotel para tomar algo? Creo que esa es la costumbre después de un entierro.

Supuse que la invitación me incluía, aunque ella sólo miró a Emerson y a Ramsés.

- Iremos en un momento -dije-. Creo que primero debemos rescatar al padre Benedict.

Sin embargo, el buen sacerdote no quería que lo rescataran. Se trataba de un hombre cordial y sociable que pocas veces se encontraba ocupando el centro de la atención de tantas personas. Lo dejamos posando para los fotógrafos y consolando a las afligidas Lectoras Devotas.

Instruí al conductor de nuestro carruaje alquilado para que no fustigara a los caballos. No consentimos esa crueldad con los

animales. Además, si corren rápido se levanta una nube de polvo y yo llevaba mi segundo mejor sombrero.

Emerson se reclinó y sacó la pipa.

- Supongo, Peabody, que no pretendes realizar una visita de pésame, sino realizar un interrogatorio en toda regla.

- No es una forma agradable de decirlo, Emerson.

- Pero sí una manera acertada de expresarlo, espero -dijo Sethos-. Si no, no voy.

- Creí que estabas preocupado por Adrian -le espeté.

- Piensas demasiado bien de mí, querida Amelia. -Permaneció un momento en silencio. Luego dijo-: El muchacho se ha comportado muy bien hoy.

- Está en estado de shock. -Nefret frunció el ceño-: Me temo que la reacción sea repentina y violenta. Desearía saber cómo ayudarlo.

- Tu especialidad es la cirugía, cariño, no la psicología -dije-. Tu buen corazón dice mucho de ti, pero deberías aprender a no cargar con pesos innecesarios.

- ¿Como tú? -preguntó Emerson.

Nos habíamos adelantado a los reporteros y a los buscadores de sensaciones morbosas; los huéspedes del hotel que no entraban en esta última categoría se habían ido a ver los monumentos, de manera que el vestíbulo estaba relativamente desierto. Cuando le pedí al recepcionista que informara a los Petherick de que habíamos llegado, dijo que debíamos subir directamente.

- La señorita está en las habitaciones que antes ocupaba la señora Petherick.

Adrian nos abrió la puerta. Había transferido su lábil afecto de Sethos a Nefret; con apenas una mirada al primero, tomó las manos de la muchacha y habló con una vivacidad febril.

- ¡Qué bien! ¡Qué amables han sido porvenir! Por favor, siéntense. ¡Harriet! Los Emerson están aquí.

No éramos los únicos visitantes. Había observado a Sir Malcolm en el cementerio, mientras miraba con gesto desdeñoso y giraba el bastón con empuñadura de plata. Debía haberse ido antes de que terminara la ceremonia con el fin de llegar antes.

- No sabía que conociera a la señora Petherick, Sir Malcolm -dije, respondiendo a su saludo.

- Tenía una buena relación con su marido, señora Emerson. Me

sentí en la obligación de dar el pésame.

Harriet vino del dormitorio adyacente con una caja de sombreros en la mano. La dejó en el suelo y dijo:

- Su hipocresía no engañará a los Emerson, como no me engaña a mí, Sir Malcolm. Todos sabemos muy bien por qué está aquí.

- ¿Cuánto ofreció por ella? -inquirió Emerson con brusquedad.

- No creo, profesor, que eso le concierna.

- Cinco mil libras -dijo Harriet Petherick-. ¿Tomará té o café, señora Emerson?

Señaló varias bandejas con bebidas y refrescos que estaban sobre la mesa.

David emitió una exclamación ahogada. La muchacha lo escuchó. Mirándolo, preguntó:

- ¿Cree que es demasiado poco? ¿Cómo lo sabe?

- Discúlpeme -dije-. Creo que no conoce a David Todros, nuestro sobrino político. Es un afamado escultor y pintor, y una autoridad en el arte egipcio.

La expresión crítica de Harriet se transformó en una de interés.

- Conozco su trabajo, señor Todros. ¿En qué precio evalúa usted la estatuilla?

- El valor de estos objetos depende del mercado -empezó David con cautela-. Pero el precio ofrecido me parece a primera vista extremadamente bajo.

- También eso carece de importancia -dijo Emerson-. La señorita Petherick no tiene derecho a vender la estatuilla.

- ¿Entonces quién lo tiene? -preguntó Sir Malcolm-. La señora Petherick ya no existe. No tenía hijos. Sus propiedades pasan a los hijos de su marido. Yo les estoy ofreciendo…

- Usted no es un caballero -le interrumpí.

La pálida cara de Sir Malcolm se puso súbitamente roja.

- ¡Repita eso, señora!

- La pobre condesa apenas se reposa en su tumba -proseguí con creciente indignación-. ¿Es tan incontrolable su codicia que no puede esperar un período decente de tiempo antes de interrumpir el duelo de su familia?

- Con la esperanza de embaucarlos -añadió Emerson-. La estatuilla vale cuatro o cinco veces la cantidad ofrecida, quizá más. Trata de adelantarse a Vandergelt y Carnarvon, ¿verdad?

Sir Malcolm reunió las briznas de su dignidad perdida y se levantó.

- No tengo por qué quedarme aquí sentado escuchando sus insultos, profesor. En caso de que cambie de opinión, señorita Petherick, me alojo aquí mismo, en el Winter Palace.

Emerson le siguió gritando mientras se iba.

- Espere sentado, Sir Malcolm. Todavía no se ha determinado quién es el propietario de la estatuilla, como usted bien sabe.

La puerta se cerró con un golpe brusco. Emerson se echó a reír, pero inmediatamente, recordando la solemnidad del momento, se puso serio.

- Le pido disculpas, señorita Petherick.

- ¿Por qué me pide disculpas? El comportamiento de Sir Malcolm ha sido de lo más indecoroso.

- No nos quedaremos mucho tiempo -la tranquilicé-. Sólo hemos venido para ver si podíamos ayudar en algo.

La señorita Petherick echó una mirada a la caja de sombreros.

- Estoy guardando las ropas y la bisutería de mi madrastra. Quizá usted conozca alguna organización de beneficencia en Luxor a la que pueda donarlas.

Es innecesario decir que aproveché la oportunidad de ser útil.

- No se lo puedo decir hasta que no las haya visto. Por favor, permítame que le ayude en esta tarea tan dolorosa.

Emerson me dirigió una torva mirada.

- Al menos ten la cortesía de charlar un rato, Peabody, antes de dedicarte a hurgar en las pertenencias de los demás.

- Agradezco el ofrecimiento de la señora Emerson y lo acepto -le atajó la señorita Petherick-. Pero por favor, señora Emerson, primero termine su café y tome un sandwich de pepino.

- ¿Se marchan pronto de Luxor, entonces? -preguntó Nefret, mientras yo daba cuenta del refrigerio.

Los labios de la señorita Petherick se curvaron en una sonrisa sardónica.

- Me ha informado el capitán Rayburn, el asesor británico, de que no debemos abandonar Egipto hasta que se haya resuelto el asesinato de mi madrastra.

Adrian se inclinó hacia adelante, con las manos fuertemente entrelazadas y los ojos brillantes.

- Le debemos a Magda y a nuestro padre permanecer aquí, Harriet. Él la quería.

- Disfrutaba al estar casado con una celebridad -dijo la señorita Petherick.

- Ella le hizo feliz -dijo Adrian con vehemencia-. ¿Cómo podemos irnos sin ver que su asesino responde ante la justicia?

- Una actitud muy adecuada -dijo Sethos-. ¿Tenía enemigos?

- ¿Rivales literarios, quizá? -La sonrisa de Harriet descubrió sus dientes-: ¿O un Lector Devoto a quien no le gustó su último libro? Ya le informamos a la policía de que no conocemos a nadie que tuviera una razón para hacerle daño.

- Dinero, venganza, temor… -enunció Emerson-. Esos son los motivos usuales para cometer un homicidio. Usted no la conocía desde hacía mucho tiempo. ¿Cómo puede estar segura de que no constituía una amenaza a la reputación de alguien, o de que no ofendió gravemente a alguna persona en el pasado?

- Ya le he dicho que no conocemos a nadie -replicó Harriet.

Era un adversario de cuidado y el expresivo semblante de Emerson mostró cierta admiración. Prefiere las mujeres con carácter a las que «se desploman llorando sobre el lecho», como me dijo una vez. La muchacha hasta parecía hermosa con su elegante gabán negro con falda a juego, con su espeso pelo negro recogido en un moño y el arrebol iluminando sus mejillas. La mano que sostenía la taza de té no revelaba el menor temblor.

- Vamos, profesor -prosiguió-. Hablar de enemigos desconocidos equivale a correr detrás de quimeras cuando se tiene un motivo sólido y tangible delante de las narices. La señora Petherick era la única heredera de mi padre. Su colección vale una gran cantidad de dinero.

- ¿Quiénes son sus herederos? -preguntó Emerson.

- Tampoco lo sé. Si hizo testamento, estará, supongo, en manos de sus abogados. Le puedo asegurar una cosa, profesor. No dejó sus bienes ni a Adrian ni a mí.

- Usted me dijo, en la primera ocasión en que nos vimos, que tanto su hermano como usted le tenían cariño -replicó Emerson.

- No le dije que ella nos tuviera cariño a nosotros -dijo la señorita Petherick, fría e inconmovible-. Ella y yo nos tratábamos con amabilidad. Si había poco afecto entre nosotros, tampoco había

animosidad, y el apego que sentía Adrian por ella era auténtico. ¿Tiene más preguntas, profesor?

- No por el momento -admitió Emerson.

- ¿Señora Emerson?

- Si me pide mi opinión, señorita Petherick, pienso que tenemos que ponernos a terminar con la tarea que me ha propuesto.

La expresión vacilante de Harriet indicaba que se había pensado dos veces la aceptación de mi ofrecimiento de ayuda, pero, como es natural, procedí como había planeado. Los demás se marcharon; me arremangué y fui al dormitorio, seguida por la señorita Petherick.

El cuarto estaba en un pavoroso estado de confusión. En lugar de proceder metódicamente, la muchacha había vaciado el ropero, había tirado al azar las ropas sobre sillas y mesas y había volcado los cajones sobre la cama. Me pareció que este modo de proceder resultaba altamente significativo, si bien para ser sincera no conseguía determinar con seguridad el significado de su método apresurado y descuidado. ¿Se había preocupado por su madrastra más de lo que admitía, y le resultaba doloroso ver sus pertenencias? ¿La había detestado con tanto resentimiento que quería eliminar tan pronto como fuera posible todo lo que la recordaba? Limité mis comentarios a un tibio «Dios mío, así no vamos a ninguna parte», y comencé a doblar ropas negras y prendas íntimas de seda y a apilarlas con cuidado. En uno de los cajones puse medias, zapatos y chales. Todos estaban perfumados, hasta los pañuelos, con una fragancia amizclada. La señorita Petherick me observaba con los brazos caídos.

- Conozco varias damas de ingresos limitados que se alegrarán de heredar los vestidos -dije al fin-. Las ropas de luto, por desgracia, siempre resultan útiles. Las prendas íntimas están ajadas y son un poco… ejem… juveniles.

- ¿Quiere decir osadas? -la señorita Petherick se cruzó de brazos.

- Supongo que sí. Bien, sugiero que hagamos bultos con todo, sombreros, guantes y demás. Haré que los lleven a mi casa y los enviaré a las personas adecuadas. ¿No hay nada que quiera conservar?

- No.

- ¿Ni siquiera sus alhajas? -El contenido del joyero también había ido a parar sobre la cama, en un revoltijo de destellos.

- Las gemas son todas falsas, lo mismo que el oro.

Procedí a examinar las joyas y comprobé que la joven estaba en lo cierto. Me sorprendió un poco que una autora de éxito, esposa de un hombre adinerado, no tuviera joyas de importancia. Me pregunté si la señorita Petherick no las habría cogido ya.

Si lo había hecho no debía importarme, pero quizá mi expresión traslucía cierta crítica, pues Harriet realizó una declaración voluntaria.

- Cogí algunas alhajas que pertenecieron a mi madre. Su único valor es sentimental, pero si usted quiere verlas…

- Le aseguro que no es necesario.

- Insisto. No quiero que se ponga en duda mi honradez.

Abrió un cajón de la mesilla de noche. Con una sola mirada pude examinar su contenido. A diferencia del montón que estaba sobre la cama, estos adornos estaban cuidadosamente ordenados en el fondo del cajón; varios broches pequeños, con perlas cultivadas y trozos de turquesa, dos anillos de valor igualmente modesto y un juego de granates formado por brazaletes, peinetas y un collar. Eran de un estilo que había estado de moda cincuenta años atrás, un mosaico de pequeñas gemas engarzadas en plata. Uno de las peinetas había perdido dos dientes.

- Nunca los usó -dijo la señorita Petherick. Su tono no dejó dudas de a quién se refería-. Eran demasiado anticuados y serios.

Me sentí inesperadamente conmovida por aquellos pequeños recuerdos y su cuidado despliegue, y no culpé a Harriet por haberlos cogido. Le correspondía por derecho haberlos heredado en lugar de que pasaran a la sucesora de su madre. Así se lo dije y observé que la adusta expresión de la muchacha se suavizaba un tanto.

- Mi madre era una mujer amable y modesta, señora Emerson. Nunca pidió demasiado y consiguió menos aún.

* * *

Me avergüenza un poco admitir mis verdaderos motivos para ofrecerme a disponer de las ropas de la señora Petherick. Su hija había agradecido mi amabilidad, pero como sin duda mis Lectores más astutos habrán advertido, mi justificación no era tan desinteresada. No había tenido la oportunidad de examinar de cerca los vestidos, dado la vuelta los bolsillos y los puños o buscado

manchas sospechosas. Todo vale en el amor, en la guerra y en la investigación detectivesca, y nunca se sabe cuándo puede aparecer una pista.

En realidad, habían aparecido ya varias. La más interesante eran los sentimientos de la muchacha respecto a su madrastra. Se había mostrado cortés, pero era obvio que sentía un profundo y arraigado resentimiento contra la mujer que había ocupado el lugar de su madre, por no mencionar sus pobres e insignificantes alhajas. Quizá no deseara obtener una ventaja económica con la muerte de la señora Petherick, pero como había señalado Emerson con exactitud, el deseo de venganza también es un motivo muy fuerte.

El mismo interés presentaba el hecho de que el guardarropa que yo había visto no era tan amplio como convenía. Las damas elegantes viajan con una gran variedad de ropas y complementos. Yo sólo había visto algunas mudas de ropa interior, y estaban ajadas y remendadas. La señora Petherick había traído con ella al menos un atavío llamativo, el vestido escarlata con el cual había sido enterrada. Y era seguro que poseía más joyas de las que cabían en una sola caja de palisandro.

Cavilando sobre estos temas, me encaminé a lo largo del corredor e intercambié distraídamente saludos con los *suffragis* y camareros que encontré a mi paso. Me detuve en la recepción para dar instrucciones al sirviente acerca de las cosas de la señora Petherick y luego dije, de pasada:

- ¿Quién es la dama que ocupa la habitación 354?

Si el individuo hubiera preguntado «¿Qué dama?» mi teoría se hubiera destruido al momento. Por el contrario, respondió de buena gana.

- Una tal señora Johnson, señora. Llegó hace una semana.

- Ah -dije-. Me parece que la conozco. ¿No es de mediana edad, de estatura media y pelo y ojos negros?

El joven lamentó decepcionarme.

- La edad y la estatura son correctas, señora Emerson, pero la señora Johnson tiene el pelo rubio. Un pelo rubio brillante. Muy brillante.

Sentí una fuerte tentación de dar el último paso para comprobar mi teoría, pero el espíritu de juego limpio exigía que primero pusiera al corriente a Emerson. De manera que agradecí al joven la

información y me alejé. Mis pasos enérgicos (y la sombrilla levantada) me hicieron salir del vestíbulo y del hotel sin verme acosada, si bien el condenado periodista y su cámara hicieron un intento fallido de detenerme.

- ¡Señora Emerson! -gritó-. Mi amigo Kevin O' Connell…

Estaba equivocado si pensaba que ese nombre haría que me detuviera. Kevin era un amigo, pero también un periodista, y había momentos, como el presente, en los que las dos circunstancias eran incompatibles. Empujé a un lado al hombre y seguí mi camino.

Todos me estaban esperando en la galería, incluyendo a los Vandergelt y a Jumana. Katherine había decidido que no asistirían a las exequias, ya que no habían conocido personalmente a la señora Petherick, y sentía cierta comprensible curiosidad por saber qué había pasado.

- Estuviste prudente al no asistir -dije, dando un beso a mi amiga-. Fue un espectáculo desagradable.

- Es lo que me han dicho -fue su respuesta-. Y tengo entendido que se ordenó a los hermanos que no se marchen de Egipto. No lo puedo comprender, Amelia. No hay pruebas contra ellos, ¿verdad?

- Hasta ahora no hay pruebas contra nadie -gruñó Emerson;-. A menos que Peabody haya descubierto algo mientras examinaba las pertenencias de la difunta.

Todos los ojos se volvieron hacia mí. Las órbitas azul zafiro de Emerson se estrecharon.

- Cariño, ¿cómo puedes poner en duda mis motivos? -inquirí, con una risita alegre.

Sentado con comodidad y con las piernas cruzadas, Sethos sacudió la cabeza.

- No le provoques, Amelia. Está de muy mal humor.

Emerson abrió la boca, la cerró, tomó aliento y habló con una voz suave y controlada.

- Les pedí a Cyrus y a Bertie, y a Jumana también, que se reunieran con nosotros a fin de hacer los planes para seguir con las excavaciones, no para cotillear sobre asuntos que no nos conciernen.

- ¿De manera que no te interesa saber lo que descubrí después de que os marcharais?

Emerson no podía admitir que se estaba muriendo por saberlo.

Dijo desganadamente:

- Cuánto antes lo cuentes; antes podremos cambiar de tema.

No quise aumentar su irritación por miedo a que se retractara de su promesa de contratar más personal y de otorgar más libertad a los chicos para que siguieran con sus tareas personales. De manera que expliqué mis deducciones acerca del guardarropa y las joyas de la señora Petherick, ignorando los comentarios que murmuraba Emerson («Típicamente femenino… ropas… tonterías…») y continué con la descripción de mi conversación con el empleado del hotel. En ese momento, Emerson dejó de murmurar para usar el lenguaje profano al que nos tenía acostumbrados.

- ¡Infierno y condenación! ¿Por qué no lo pensaría antes?

- Ramsés estuvo cerca de descubrirlo -dije, dedicando una amable sonrisa a mi hijo-. Sugirió que la condesa se había escabullido del dormitorio mientras él y Abdul estaban en la salita, pero entonces ella tendría que haber recorrido un pasillo muy largo antes de desaparecer de su vista. La explicación más simple es que entró en el cuarto contiguo. Lo había tomado con otro nombre, alterando su apariencia mediante el sencillo expediente de ponerse una peluca y un vestido más llamativo.

- De manera que estuvo allí todo el tiempo -murmuró Ramsés-. Ese dato responde a muchos de los interrogantes que nos hicimos.

- Resultará fácil de comprobar -dije-. Debemos obtener el permiso del señor Salt para entrar a ese cuarto. Pensé que sería mejor que te ocuparas tú de esa parte, cariño. -Hice una inclinación de cabeza hacia Emerson.

- Mmm -musitó Emerson. Su rencor se había debilitado por esta concesión-. Muy bien. Me ocuparé de ello. En cuanto al Valle de…

- Una cosa más, Emerson. Me ofrecí a ocuparme de las pertenencias de la señora Petherick. Uno de los criados del hotel las traerá. Verás, no tuve ocasión de examinarlas de cerca. Hubiera parecido sospechoso.

- Maldición -dijo Emerson-. No esperarás que te ayude…

- Se trata de una tarea femenina, cariño. Quizá Katherine me pueda echar una mano.

Mi amiga aceptó con manifestaciones de placer. Hubo momentos en que Katherine se sintió apartada de nuestras actividades, y ésta era una manera de hacer que se sintiera útil… y en verdad lo sería.

Estábamos terminando de comer cuando llegó el empleado del hotel con las pertenencias de la señora Petherick. Katherine y yo dejamos a los demás discutiendo sus planes, con la excepción de Nefret, que se vino con nosotras. Jumana no expresó el menor interés. Le gustaba escuchar a Emerson cuando hablaba de Egiptología, y como a Emerson le encantaba hablar, se complementaban muy bien.

Hice llevar los bultos a mi estudio, ya que sabía que mi marido protestaría por el olor a perfume rancio que impregnaría nuestro dormitorio. Nefret, que es muy sensible a los olores, frunció la nariz.

- Cuanto antes saquemos estas cosas de la casa, mejor. No me gusta tocar ropas cuya propietaria no las volverá a usar.

Algunos podrían decir que se trataba de un sentimiento extraño, considerando el aplomo con que había «tocado» a la misma propietaria en circunstancias ciertamente penosas. Sin embargo, hay que reconocer que los perfumes tienen una cualidad evocadora muy especial.

Katherine había comenzado a examinar los vestidos. Los bolsillos proporcionaron la típica diversidad de cosas: algunos pañuelos, una rama marchita, dos horquillas y una cantidad considerable de hilos. Una buena doncella los hubiera vaciado antes de colgar el vestido en el ropero. Ahora comprendí por qué la señora Petherick no trajo una asistente. Había planeado su dramática desaparición antes de marcharse de Inglaterra, y la privacidad resultaba esencial en su plan.

Ahorraré al Lector los detalles de nuestro examen, en la eventualidad de que pertenezca al género masculino. Bastará con que diga que no encontramos manchas sospechosas, objetos cosidos a los dobladillos ni, en resumen, nada sospechoso en absoluto. Excepto por las prendas íntimas, la ropa era relativamente nueva y también relativamente barata. La gente supone que no llevará luto durante mucho tiempo. En realidad, pocas damas modernas usan prendas totalmente negras, a menos que les sienten bien. A la condesa Magda le sentaban bien y había pretendido hacer un espectáculo de su dolor.

Fátima, que había participado en las últimas etapas del examen, se hizo cargo de la tarea de volver a empaquetar las ropas. No tuvo

nada que añadir a nuestras conclusiones. Yo noté que tanto ella como Katherine estaban decepcionadas, pues habían esperado descubrir una pista fundamental, de manera que, para consolarlas, dije:

- Yo no confiaba en encontrar nada interesante, pero la tarea era necesaria. Fátima, ¿harás que envíen estas cosas a la señora Buchanan, a su escuela? Le escribiré una notita explicándole la situación. Estoy segura de que encontrará a alguien que pueda utilizarlas.

Emerson estaba en la galería escuchando (palabra que pocas veces se puede aplicar a su persona) la conversación entre Ramsés y el señor Katchenovsky. Se hallaba salpicada de formas verbales en egipcio antiguo. Mi esposo se puso de pie de un salto cuando entramos, y se ofreció a escoltar a Katherine de vuelta a su casa, puesto que Cyrus y los demás se habían marchado ya.

- No es necesario -le aseguró la señora Vandergelt.

- Insisto -dijo Emerson, con completa sinceridad-. No retrases el té por mí, Peabody, no me entretendré.

- Antes de que te vayas, Katherine -dije-, cuéntame como sigue el señor Lidman. -La verdad era que me había olvidado de preguntar por él; mi excusa es que tenía otras tareas más urgentes.

- Llegó esta mañana, mientras vosotros estabais en el entierro - Katherine arrugó la frente-. Te agradecería, Nefret, que sacaras un momento para echarle un vistazo. Apenas podía caminar y, de hecho, dos de los *suffragis* del hotel le tuvieron que ayudar. Tampoco quiere comer.

- Esa es una mala señal. Lo iré a ver a última hora de la tarde - prometí.

Nefret salió para ayudar a preparar los niños para el té y yo invité al señor Katchenovsky a que siguiera con lo que estaba contando.

- No deseo aburrirla -dijo el ruso cortésmente-. Temo que nuestra discusión se ha vuelto un poco técnica.

- No entiendo nada de las formas verbales -dije, riendo-. Pero estoy segura de que están encontrando algunos textos interesantes.

- Eso depende de lo que se considere «interesante» -dijo Ramsés con una sonrisa.

- Cartas -dije con prontitud-. Oraciones, como las que

mencionaste el otro día.

Ramsés enarcó las cejas, sorprendido.

- Lo recuerda, madre.

- Pues claro que sí. Me acuerdo de todo lo que me dices, cariño. No como otras personas. Ramsés sonrió.

- Bueno, hasta ahora nos hemos ocupado principalmente de la correcta conservación de los trozos de papiro que encontramos el otro día. Se trata de un proceso tedioso, y temo que he dejado la mayor parte sobre los hombros de Mikhail. Hay que ablandar los fragmentos, alisarlos después y, por último, cubrirlos con papel secante y apretarlos hasta que estén completamente secos.

- Conozco el proceso -dije.

- Por supuesto, madre.

- Entonces, ¿cuándo pensáis que podréis comenzar a leerlos?

- Primero hay que clasificarlos y ordenarlos adecuadamente. Y aquí es donde Mikhail resulta tan útil -continuó Ramsés, con una cortés inclinación hacia el silencioso ruso-. Es como completar un rompecabezas cuando falta la mitad de las piezas. Se deben conocer el lenguaje y las distintas variedades de caligrafía.

- Excelente -dije algo distraída, pues unos alegres gritos infantiles captaron mi atención.

- Aquí llegan -dijo Ramsés-. Prepárate, Mikhail. Por cierto, madre, supongo que no ha encontrado nada interesante en las ropas usadas.

- ¿Cómo has llegado a esa conclusión? -No hubiera podido mantenerlo oculto durante tanto tiempo.

* * *

Como le había prometido a Katherine, Nefret y yo fuimos al Castillo después de la cena. Emerson se ofreció a llevarnos en el automóvil, pero se había olvidado de que el condenado chisme estaba desarmado, de manera que pude declinar su ofrecimiento sin herir su susceptibilidad, Cyrus tuvo la cortesía de mandarnos su carruaje.

El portero nos estaba esperando. La gran verja se abrió cuando el carruaje se aproximaba y se cerró con un ruido metálico después de que entráramos. Las antorchas iluminaban el patio como si fuera de día.

La preocupación de Katherine por su paciente se hizo evidente

cuando vimos que se olvidaba de ofrecernos café. Nos llevó directamente al elegante cuarto de huéspedes donde reposaba el alemán.

- Lamento que no se sienta bien, señor Lidman -dije, y me acerqué a la cama mientras Nefret sacaba su estetoscopio-. Sin querer denigrar a un colega de la profesión médica, debo decir que los métodos del doctor Westin no son los mejores. Me gustaría examinar sus heridas, si me lo permite. ¿Su miembro inferior, verdad?

Aparté las mantas. La pierna tenía un aparatoso vendaje desde el tobillo a la rodilla. Lo mismo que el brazo izquierdo, la cabeza y las costillas.

- Bueno -dije, después de quitar metros de vendas-. Estoy convencida de que sus heridas se curarían mejor si estuvieran expuestas al aire. Esta excoriación en su pierna izquierda, por ejemplo. ¿Qué piensas, Nefret?

Mi hija lo había auscultado y le había tomado la temperatura.

- No encuentro huesos rotos -dijo, palpando los brazos y piernas con manos hábiles-. Ha tenido suerte, señor Lidman, al salvarse y sufrir sólo magulladuras.

El hombre levantó una mano débil para tocarse el vendaje de la frente.

- Mi memoria… -murmuró-. No puedo recordar…

- Después de un golpe en la cabeza a menudo se pierde la memoria durante un corto lapso de tiempo -le explicó Nefret-. No se esfuerce por recuperarla; probablemente volverá a su debido tiempo. Le recomiendo que descanse en cama y se alimente bien. Aquí se encuentra en muy buenas manos.

- Uno de los sirvientes hará guardia en su puerta esta noche, para el caso de que necesite algo -añadió Katherine.

- Es usted muy amable, muy bondadosa…

- Te dejaré estos medicamentos, Katherine -dijo Nefret, después de que le deseamos buenas noches al enfermo-. Estos para el dolor, éstos para ayudarle a dormir si lo necesita. No se puede confiar en que un paciente que está algo confuso se los administre personalmente.

- Correcto -convine aprobadoramente-. ¿Qué opinas, Nefret?

- Las heridas son auténticas -dijo Nefret-. Y concuerdan con las

que provocarían una fuerte caída y la inmersión en la corriente del río.

- ¿Podría haber asfixiado a la señora Petherick? -pregunté.

Katherine se sobresaltó.

- ¡Amelia, por Dios! ¿Por qué iba a hacerlo?

- No puedo pensar en ningún motivo, Katherine, pero como saben todos los investigadores de delitos, el móvil es una consideración secundaria. Sólo trato de discernir si era capaz físicamente de cometer el crimen.

- Sabes que no puedo contestar a esa pregunta, madre -dijo Nefret con indignación-. Así, a ojo, diría que no, pero las personas son capaces de realizar esfuerzos extraordinarios si tienen una gran necesidad de hacerlos. ¿Qué te hace sospechar del pobre hombre?

- Sospecho de todos y por todo -dije.

* * *

Estaba cómodamente arropada en la cama leyendo cuando entró Emerson.

- En la cama temprano, ¿eh? -dijo cordialmente-. Excelente, querida. En los últimos días te has comportado como una abeja laboriosa.

- Mmm -dije, y pasé una página.

- ¿Qué estás leyendo que te absorbe tanto? -preguntó Emerson. Comenzó a desvestirse, y a arrojar sus ropas en todas direcciones.

- Cuelga los pantalones de esa silla, Emerson. Es una de las novelas de la condesa Magda, *La hija del vampiro.* Se la pedí prestada a Marjorie Fisher.

- ¿Por qué pierdes el tiempo con esa basura? -preguntó Emerson. Me imaginé muy bien la idea que tenía en mente de otra forma de perder el tiempo.

- Sentía curiosidad. En realidad, es una horrible mezcolanza de bobadas, pero hay algo interesante. -Levanté un trozo de papel-: Es la biografía de Magda. Marjorie la debe haber recortado de un periódico.

- ¿Y?

- «Nuestra querida autora nació en su hogar ancestral, el castillo Ordmonstein, y fue la hija única de unos padres que la adoraban y quienes, al reconocer su genialidad desde que era una niña pequeña, no ahorraron tiempo ni esfuerzos en cultivarla,

proporcionándole tutores en diversos temas y alimentando…»

- ¿Es que esa frase no termina nunca? -inquirió Emerson.

- Sigue otro párrafo. En el típico estilo adulador me temo, cariño. -Me aclaré la garganta y proseguí-: «Aquella idílica existencia llegó a su fin cuando la Gran Guerra trajo la tragedia y…». Oh, muy bien, Emerson, resumiré. Su padre, el conde Von Ormond, se enroló en el ejército austríaco…

- Pensaba que era húngara -dijo Emerson, retirando las mantas y metiéndose en la cama.

- Austro-húngara. El padre era un oficial del Emperador, por supuesto, en el arma de caballería. Cuando murió valientemente en la batalla de Leningrado…

- Eso no puede ser correcto -dijo Emerson.

- Los periódicos siempre cuentan mal los hechos. Si sigues interrumpiéndome, nunca conseguiré terminar, Emerson.

- Date prisa, entonces.

- Su madre murió de pena -continué-. Sola en el mundo, con las hordas de bestiales germanos avanzando… Sí, Emerson, ya sé, eso tampoco es muy correcto. De todos modos, la valiente jovencita, cuyas brillantes novelas ya le habían valido el aplauso mundial, huyó con dos fieles servidoras y después de horrores que no pueden describirse por temor a afectar los corazones de sus lectores, se encaminó a Inglaterra, sin apenas nada más que las ropas que llevaba puestas.

- ¿Sin papeles, sin sirvientes, sin la cruz adorada que perteneció a su madre, ese ángel que vela por ella desde el cielo? -inquirió Emerson, acostado de espaldas con las manos bajo la cabeza.

- Muy bien, Emerson -dije, con una carcajada-. Nuestra heroína lo había perdido todo, incluyendo a las sirvientas, una de las cuales pereció después de salvarla de las garras de un violador.

- ¿Murieron las dos?

- La otra murió de fiebres, después de cuidar de Magda, puesto que dio a su joven ama toda su comida y su agua.

- Buen Dios.

- Eso es todo lo que hay -concluí-. Sus editores y su público la recibieron con los brazos abiertos y ella siguió creciendo en la estima de críticos y lectores.

- Apaga la luz, Peabody.

- Sí, cariño.

* * *

A la mañana siguiente Emerson aceptó acompañarme al hotel. Protestó un poco porque dijo que le robaría tiempo a su trabajo, pero me di perfecta cuenta de que tenía tanta curiosidad como yo… y de que poseía la leve esperanza de que se demostrara que yo estaba equivocada acerca de la controvertida señora Johnson. Sethos vino con nosotros, a pesar de los intentos de Emerson por disuadirlo.

Supuse que mi marido no tendría dificultades en convencer al señor Salt de que violara la intimidad de un huésped. Encontramos al gerente del hotel más que deseoso de complacernos. La camarera le había informado de que la cama de la señora estaba sin deshacer, y de que tampoco se habían utilizado las toallas del cuarto de baño. De todos modos, el señor Salt estaba un poco afectado de los nervios. Una segunda desaparición misteriosa tendría un efecto negativo sobre la reputación del Winter Palace, en especial si le siguiera, como en el caso de la primera, un asesinato.

- Espero fervientemente -dijo con algo de patetismo-, que no haya pasado nada más. Quizá la señora Johnson se haya ausentado durante unos días.

- ¿Sin informarle a usted ni al recepcionista? -pregunté.

El señor Salt gruñó.

La habitación olía a cerrado, como un cuarto que no ha sido ocupado durante un tiempo. También era perceptible al sentido del olfato un aroma a perfume rancio. Las mantas estaban dobladas y se había extendido cuidadosamente un camisón sobre ellas, como era usual. Me dirigí de inmediato al ropero, donde encontré lo que esperaba: algunos vestidos elegantes, de la talla que convenía a la señora Petherick. Una fragancia todavía más fuerte salió del cajón superior del tocador cuando lo abrí.

- Es el mismo perfume que ella usaba -dije, olfateando.

- Mmm -intervino Emerson-. No es ninguna prueba, Peabody.

- ¿Y qué me dices de esto, entonces? -Levanté una camisola de lino y señalé el nombre escrito en la costura con la tinta indeleble que usan las lavanderías.

- Mmm -volvió a murmurar Emerson, aunque en un tono distinto.

- Oh, vamos, Emerson, sé generoso -dijo Sethos-. Amelia tenía razón desde el principio. Reconócelo.

- Ya lo hice -gruñó mi esposo.

Tuvimos que explicarle la situación al pobre y atónito señor Salt. Sacudió varias veces la cabeza y murmuró algo acerca de la prensa.

- Supongo que deberíamos informarles…

- No cuente con nosotros -repliqué-. Pero seguramente tendremos que notificar a la policía, y no dudo de que la noticia se difundirá.

Hicimos un examen detenido de la habitación. Di la vuelta a los vestidos y palpé las costuras mientras Sethos desdoblaba la ropa interior, la sacudía y la volvía a doblar. Emerson, que preferiría ver a una mujer desnuda antes que tocar sus prendas íntimas, observaba las largas y hábiles manos de su hermano con un gesto de desaprobación manifiesta. No encontramos nada importante excepto otro joyero. Había pocas alhajas, pero eran mucho más valiosas que la bisutería que había visto en la suite. Como había observado ya, a la condesa Magda le gustaban las gemas brillantes, cuanto más relucientes, mejor. Dos pares de pendientes de diamantes, un brazalete rodeado de esmeraldas y diamantes, un gran broche de diamantes, de muy mal gusto, y una hilera de perlas constituían el contenido de la caja. Se la entregué de inmediato al señor Salt y le pedí que la custodiara en la caja fuerte del hotel.

- Dígale a sus empleados que bajo ninguna circunstancia deben entrar en esta habitación hasta después que la policía haya estado allí -le indiqué.

- ¿No es un poco tarde? -inquirió Sethos, enarcando las cejas-. Ya han tenido muchas oportunidades de entrar y salir a voluntad. ¿Quiénes tienen las llaves?

El señor Salt se sobresaltó.

- Oh, Dios mío -murmuró-. Oh, Dios mío. ¿Llaves? Oh. Déjeme pensar. La camarera, el empleado de la lavandería, los *suffragi* de guardia, el subadministrador…

- Es lo mismo que si la puerta hubiera estado abierta de par en par -rezongó Emerson-. Bueno, es demasiado tarde para remediarlo. ¿No le deberíamos informar a los Petherick de lo que hemos encontrado?

- Salieron temprano por la mañana -dijo el señor Salt.

- ¿Adónde fueron? -preguntó Emerson.

- Me pidieron que les recomendara un guía de confianza, de manera que pienso que tenían el propósito de visitar los monumentos. No espío a mis huéspedes, profesor.

- Esa es una tarea para la policía-aceptó Emerson. Le dio al administrador una consoladora palmada en la espalda. El hombre trastabilló-. Venga, Salt, anímese. Lo ocurrido se olvidará en unos días.

Del Manuscrito H:

Emerson recuperaba sus viejos hábitos. Los mandó a todos al Valle de los Reyes antes de partir con su esposa a Luxor, y les dio instrucciones de que siguieran despejando la tumba, tomando abundantes notas y sacando fotos de todas las fases del trabajo. Ramsés se fue sin protestar. El nuevo programa de su padre significaba que desde media mañana hasta las últimas horas de la tarde podría realizar su propia tarea y estaba conforme. Su madre tampoco protestó; sufría de un caso severo de fiebre detectivesca y no se podía concentrar en otra cosa.

Dentro de la cámara mortuoria el espacio era escaso y sólo unas pocas personas podían trabajar en su interior. Se trataba una labor muy sucia. El suelo estaba cubierto con una capa de barro endurecido de la que se pudo quitar una parte por medio de piquetas dentadas. Hasta entonces el resultado era escaso: trozos de vasijas de cerámica y de piedra, fragmentos de láminas de oro y unos pocos sellos. Ramsés dijo, con disgusto:

- Son ilegibles. Esto parece como un signo *neb,* pero es todo lo que puedo sacar.

- ¿De qué parte de la tumba supones que procede el sello? -preguntó David.

- Cualquier suposición sería válida. La entrada exterior fue cerrada y se aplicaron los sellos de la necrópolis a las piedras, pero la tumba fue profanada al menos una vez después de las exequias. La gente de Davis demolió los bloques que encontraron en su camino y aparentemente entonces se destruyeron o perdieron los sellos que quedaban.

- ¿Piensas que el profesor querrá una fotografía? -preguntó David, observando el trozo ininteligible.

- Siempre quiere fotos. Lleva el sello al exterior con el resto de

esta basura-. Ramsés lo puso con cuidado en una bandeja junto con los demás objetos que habían encontrado en esa zona.

Poco tiempo después bajó Hassan.

- Hay muchos, muchos turistas -anunció-. Dos de ellos pidieron verte.

- Diles que se vayan al infierno. -Ramsés se puso de pie con dificultad.

- Dicen que son el hijo y la hija de la dama que murió.

- ¿Los Petherick?

Nefret, que había estado raspando diligentemente el barro, duro como el ladrillo, se levantó.

- Será mejor que hables con ellos, Ramsés.

- Oh, diablos, supongo que sí. Por ahora podemos dejar el trabajo, Hassan. ¿Has encontrado algo, Nefret?

Su esposa levantó la mano. En la palma rasguñada y sucia de polvo sostenía unas pequeñas cuentas doradas. Las colocó en la canasta que sostenía Hassan y en cuanto éste se marchó, Ramsés aprovechó para besarle los dedos lastimados.

- No vale la pena tanto esfuerzo.

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

- Pero, cariño, es un ambiente tan romántico. Sola aquí, contigo…

Estornudó. Ramsés rió y la ayudó a subir el desnivel de ochenta centímetros que separaba el corredor de la cámara mortuoria.

- Subamos, querida. Más tarde encontraremos otros entornos más románticos.

Los turistas sacaron muchas fotos cuando emergieron a la luz del día.

- Uno de los aspectos más humillantes de esta tarea -dijo Nefret con resignación- consiste en que mi imagen polvorienta, sucia y arrugada aparecerá en miles de álbumes de todo el mundo.

- Será la más bella imagen del álbum -dijo su marido, galante-. Maldición, Hassan, haz que esos idiotas se aparten del borde.

Nefret subió ágilmente la escalera de mano. Ramsés la siguió y después de ordenarle a Hassan que la retirara, se unió a Nefret, que estaba hablando con Adrian y Harriet.

- Lamento que tengamos que ser tan estrictos con los visitantes -les estaba diciendo-. No sólo nos preocupan los turistas; algunos de

los nativos se niegan a creer que no buscamos oro.

- ¿Han encontrado algo? -preguntó Adrian, ansioso. Su aspecto desmentía que sufriera algún trastorno, pensó Ramsés; sonreía y estaba relajado, sostenía su sombrero en una mano mientras se dirigía a Nefret.

La joven le sonrió y señaló una de las cajas con fragmentos.

- Lo que puede ver.

Harriet Petherick le tendió la mano. Ramsés sacudió la cabeza y le mostró las suyas polvorientas.

- Es un trabajo muy sucio, señorita Petherick.

- Y nada productivo -dijo la joven-. ¿Qué esperan encontrar?

Ramsés no pudo encontrar ningún motivo para negarse a contestar.

- Alguna prueba de que la estatuilla proviene de esta tumba. Según la opinión de padre, se trata del lugar más probable, por eso lo examinamos primero.

- ¿Es un enfoque un poco negativo, no cree? Aunque no encuentren ninguna prueba, eso no significa que la estatua no estuviera aquí.

- Correcto -dijo Ramsés. Harriet era tan rápida como resuelta, y esa mañana tenía un aspecto casi femenino. Se había recogido su espeso pelo negro hacia atrás bajo el sombrero de ala ancha que llevaba atado bajo la barbilla con un vistoso lazo. Siguió diciendo-: Sin embargo, es el único enfoque posible en este momento. Nos hemos enterado del nombre del marchante que vendió la estatua a su padre…

- ¿Cómo? -La pregunta sonó como un grito.

- Nos lo dijo Montague. Nos visitó a nosotros en primer lugar pues quería comprar la estatua a toda costa.

- No le servirá de nada, ¿verdad? Su padre cumplirá su promesa.

- Puede quedarse tranquila, eso es precisamente lo que hará mi padre.

- No quise ofenderlo. -Puso una mano conciliatoria sobre el hombro del muchacho; parecía fuerte y hábil y tenía una palma ancha y dedos fuertes-: La reputación del profesor Emerson es irreprochable. Comprendo por qué la señora Petherick recurrió a él.

- Gracias. -El sol abrasaba y Ramsés quería irse a casa y lavarse. Estaba a punto de iniciar las despedidas cuando Nefret se dirigió a

él.

- A Adrian le gustaría visitar la tumba.

Ramsés miró con el ceño fruncido a su adorada esposa.

- No creo que…

- Podemos quedarnos unos momentos más -dijo Nefret-. ¿No?

- Se lo agradecería mucho -suplicó Adrian-. Es mi primer viaje a Egipto, ¿saben?, y trato de comprender por qué mi padre amaba tanto a este país y sus antigüedades. -Sus ojos se ensombrecieron-: Desearía haberme interesado más por sus aficiones mientras vivía. Le hubiera gustado tanto…

Ramsés miró a Harriet Petherick como pidiendo ayuda, pero sólo obtuvo un encogimiento de hombros y una cínica media sonrisa. Hubiera sido cruel rechazar la petición de Adrian, a pesar de que su interés tenía origen en la culpabilidad, y él sabía que a Pringle Petherick le importaría un bledo que sus hijos compartieran sus intereses.

- Muy bien -dijo Ramsés-. Sólo unos minutos. Hassan, por favor, coloca la escalera de mano. Yo bajaré primero.

Adrian no tuvo dificultades en descender. Harriet se situó tranquilamente en el primer escalón y también bajó con facilidad.

- Adrian, ten cuidado donde pisas, -dijo Ramsés-. Señorita Petherick, agárrese de mi mano, por favor.

Motas de polvo volaban en el rayo de sol que daba en uno de los espejos que se usaban para iluminar. Habían perdido mucha efectividad puesto que el astro rey se había desplazado un trecho desde que los habían regulado la última vez. Ramsés encendió la linterna.

- ¿Estos espejos no son un método algo anticuado de iluminación? -preguntó Harriet Petherick.

Había captado inmediatamente la idea. ¿Estaba alardeando de su inteligencia? pensó Ramsés. ¿O admitía así un mayor conocimiento del que implicaba su manifiesta falta de interés por la Egiptología? Si se trataba de una admisión, era deliberada. Harriet no era una mujer que cometiera errores por descuido.

Adrian pidió que le explicaran aquel método.

- Muy inteligente -exclamó-. Pero, ¿por qué no usan antorchas o electricidad?

- Las antorchas se queman con mucha rapidez y no dan luz

suficiente -le explicó Ramsés-. Es muy difícil conseguir permiso para tender un cable eléctrico. Esto funciona bastante bien.

Los detuvo en el borde del desnivel que conducía a la cámara mortuoria.

- Hasta aquí hemos llegado. No hay mucho que ver, la verdad.

- No es como las otras tumbas que visitamos esta mañana. -Adrian parecía decepcionado-: ¿Por qué no excavan en lugares como esos?

Ramsés le explicó pacientemente otra vez por qué estaban allí. Adrian perdió interés visiblemente; los precedió en la cuesta hacia la salida.

- Mire, señorita Petherick -dijo Ramsés en voz baja pero imperativa-. Si sabe algo de la estatuilla que no nos ha dicho, le aconsejo que lo haga ya mismo. Si se guarda información, sólo conseguirá empeorar su situación y la de su hermano.

Una piedrecilla se deslizó bajo los pies de la muchacha, que se cogió más fuertemente de la mano de Ramsés.

- ¿Puedo confiar en usted?

- En que haré lo mejor por usted y Adrian, sí. Creo en su inocencia.

- Una afirmación cuidadosamente equívoca -dijo Harriet, burlona-. ¿De manera que no mentirá por nosotros?

- No. Pero espero no tener que hacerlo. Adrian no es completamente responsable de sus acciones. Si bien hoy parece mucho más contento.

- Tiene sus días. -Se detuvo y se volvió hacia él-: Admito que no he confiado plenamente en usted y sus padres. Dudo que pueda decirle algo que aclare la muerte de mi madrastra, pero quizá no tenga derecho a ocultar nada. ¿Puedo hablarle en privado, sin que nadie lo sepa? Dejaré a su discreción que decida usted qué contarle a los demás.

- Sí, por supuesto. ¿Cuándo?

- Hoy no. Adrian está decidido a ver todas las tumbas del Valle de los Reyes. Le enviaré un mensaje.

Los Emerson regresaron de Luxor poco después de que Ramsés y Nefret llegaran a la casa. Emerson pidió de inmediato un informe sobre el trabajo de la mañana. Ramsés lo pudo condensar en dos frases.

- Terminamos con la cámara mortuoria, sólo falta revisar el rincón más alejado y el nicho. Nada.

- Mmm -dijo Emerson-. Si empezamos mañana…

Sentada sobre el brazo de su sillón, Nefret lo interrumpió con una carcajada y una mano juguetona sobre los labios.

- No se preocupe por mañana, padre; quiero saber lo que han averiguado hoy. A juzgar por su expresión, madre, tenía usted razón respecto a la misteriosa señora Johnson.

- No fue una deducción difícil -dijo su madre. Aunque el tono era de modestia, su expresión sólo podía describirse como engreída-. El nombre de la señora Petherick figuraba en algunas de las prendas, y los vestidos (ninguno de color negro, por cierto) obviamente le pertenecían. También encontramos un joyero, con algunas alhajas valiosas.

- ¿No había también una peluca? -preguntó Ramsés.

La sonrisa de su madre se hizo más amplia.

- Bien dicho, Ramsés. No, no la encontramos. Debía de llevarla puesta la noche que la asesinaron, lo que significa que el criminal se la quitó. Sólo se puede especular sobre sus motivos para hacerlo, pero…

- No especules -le ordenó Emerson.

- Como tú digas, cariño. Pensábamos informar a los Petherick de nuestros hallazgos, y pedirles que examinaran el contenido de la habitación para ver si falta algo, pero no pudimos localizarlos.

- Estuvieron en el Valle de los Reyes -dijo Nefret-. Se comportaron como unos turistas normales.

- Excepto -añadió Ramsés- que pidieron ver KV55.

- ¿Los dejaste entrar? -preguntó Emerson.

- No a la cámara mortuoria, obviamente.

- Oh. Muy bien, entonces. Ahora, como iba diciendo…

Ramsés estaba acostumbrado a los abruptos cambios de planes de su padre, pero esta vez les pilló a todos por sorpresa, incluso a su madre.

- ¿Unirnos a Cyrus en el Valle Occidental? -exclamó-. ¿Por qué, en nombre de Dios? Pensé que quería terminar con KV55.

- Lo haré -dijo Emerson buscando la pipa-. Sólo lo estoy posponiendo. Hay demasiados malditos turistas.

En una o dos semanas seguiría habiendo tantos turistas como

entonces. Ramsés estaba empezando a sospechar cuáles eran las intenciones de su padre. Había logrado establecerse en el Valle de los Reyes, y tenía el propósito de seguir allí. La pregunta era ¿por qué?

Después del almuerzo, Emerson envió a David a Deir el Medina a sacar fotos y a hablar con Selim. El resto se dirigió al Valle Occidental, dejando a Ramsés con sus papiros y con Mikhail Katchenovsky. El joven se estaba aficionando al tranquilo ruso que estaba tan ansioso por complacerlo y era tan eficiente y tan bueno con los niños. Los mellizos se acercaron a él enseguida cuando se reunieron a tomar el té, y mientras los observaba, Ramsés se preguntó si el ruso tendría hijos. Resultaría poco correcto preguntárselo, por supuesto; la vida personal de Mikhail era un asunto privado y el tema podía ser delicado.

Wassim llegó a la casa con el correo mientras Katchenovsky contaba un cuento sobre un maligno hombre lobo, una princesa y el valiente niño campesino que la rescató. Ramsés se puso a organizar la correspondencia mientras escuchaba.

- Y también estaba esta nota -dijo Wassim, dándole un papel plegado muchas veces-. Entregada en mano para ti.

Una mirada convenció a Ramsés de que no era el mensaje de Harriet Petherick que estaba esperando. El sucio papel estaba dirigido en una rara caligrafía árabe al «Hermano de los Demonios». Después de que la hubo leído la dobló de nuevo y se la guardó en el bolsillo.

- ¿Quién te la dio? -preguntó.

- No lo sé, Hermano de los Demonios. La encontré con las otras cartas. Hoy había mucha gente.

Tuvo suficiente tiempo para pensar en lo que iba a hacer. Nadie le preguntó lo que había adelantado ese día; Emerson estaba demasiado ocupado interrogando a David acerca de Deir el Medina y describiendo el trabajo de Cyrus en el Valle Occidental. Ramsés todavía sopesaba los pros y los contras cuando, después de cenar temprano, su madre les envió a todos a la cama. Habían tenido un día ajetreado y Emerson decretó que comenzarían de nuevo al amanecer. En cuanto pudo, Ramsés se acercó a David.

- Oh, no -gruñó su amigo, después de leer el mensaje-. Otra carta anónima invitándote a una cita secreta en mitad de la noche.

- Hacía mucho que no recibíamos una de este estilo.

David había participado en unas cuantas citas nocturnas durante la guerra. Lanzó a Ramsés una mirada penetrante.

- No estarás pensando en ir, espero.

- Dice… -Ramsés cogió de nuevo la nota-: «¿Cómo murió la señora? Yo lo sé. Venga solo. Se lo diré». El árabe no es muy bueno, ¿verdad?

- No es su lengua materna.

- O es semianalfabeto. Podría ser uno de los *suffragis* del hotel. Es lógico que teman a la policía.

- Vas a ir -dijo David con resignación.

- Hay una posibilidad de que el tipo sepa algo realmente -alegó Ramsés-. Debemos correr el riesgo.

- Voy contigo.

- Pensaba que lo dirías. No soy tan atolondrado como para ir solo, y tú eres el único con la experiencia suficiente como para permanecer oculto. Nefret armaría un escándalo si se lo cuento, y padre armaría un escándalo diferente, y madre…

- Se te echaría encima blandiendo su sombrilla. Comprendo tus razones. ¿Y qué hay de Sethos?

Ramsés se quedó en silencio.

- ¿No confías en él? -preguntó David.

- No. Sí. Que me cuelguen si sé qué pensar de él. Apareció justo en el momento en que nos entregaron una de las antigüedades más valiosas que él y nosotros hayamos visto jamás.

- La verdad es que no te gusta -dijo David.

- Sí. No.

- Yo siento lo mismo. Bien. -David se echó hacia atrás y cruzó los brazos-: Estoy contigo, por supuesto. Será como en los viejos tiempos.

- ¿Los echas de menos? -preguntó Ramsés con curiosidad.

- Si no tuviera responsabilidades, ni personas a mi cargo, estaría comprometido hasta las cejas con el movimiento nacionalista. Y estaría preso también -añadió David con una sonrisa irónica.

- Lo sé. Quizá la investigación de un asesinato mitigue tu inquietud. No me gusta tener que pedírtelo, pero…

- Me sentiría muy ofendido si no lo hicieras. ¿Cuál es tu plan?

Se encontraron detrás del establo, una hora antes del momento

señalado. El lugar de la cita se hallaba en las colinas al sur de Deir el Bahri, a unos pocos minutos de marcha, pero la anticipación les daría tiempo de examinar la zona y de encontrar un escondite para David antes de que llegara el informador, si es que lo hacía. Los dos muchachos llevaban *galabiyyas* negras y se cubrían la cabeza. Ramsés notó, con alguna preocupación, que David parecía estar muy contento.

- No hagas nada estúpido -le advirtió Ramsés.

- ¿Como saltar sobre el tipo cuando te amenace con un cuchillo?

- No sucederá nada de eso.

Esperaba que fuera así. Le había dicho a Nefret que quería trabajar hasta tarde. La muchacha le dejaría sin cuero cabelludo si se enteraba que le había mentido.

- ¿Estás armado? -preguntó.

- Tengo dos brazos. -David los agitó. Si Ramsés no conociera tan bien a su amigo y supiera que era abstemio, habría sospechado que estaba bebido. Debía ser la posibilidad de entrar en acción lo que hacía que se le disparara la adrenalina.

Marcharon con paso enérgico a lo largo del escabroso sendero. Lo conocían tan bien como a los pasillos de la casa, y la luna brillaba en lo alto como un fanal. No encontraron a nadie en el camino. Los nativos se iban a la cama pronto para ahorrar combustible, y los aspirantes a ladrones de tumbas aparentemente se habían tomado la noche libre -o estaban ocupados en otros lugares.

Cuando llegaron a las empinadas laderas de escombros que bordeaban el pie del *gebel,* Ramsés dijo en voz baja:

- Es por aquí.

El autor de la nota se había mostrado impreciso acerca del lugar, quizá porque su vocabulario árabe era limitado. Ramsés se proponía colocarse de tal forma que la luna lo iluminara totalmente, a una distancia adecuada del costado del acantilado, y esperar allí al hombre que se acercaría. David ya no sonreía; su cara delgada tenía una expresión que Ramsés recordaba de los días de la guerra. Sacudió la cabeza sin decir palabra y se alejó, confundiéndose en las sombras. No había perdido sus reflejos.

No se veía a nadie. Ni un sonido, ni un movimiento. Ramsés retrocedió por donde habían venido, esperó unos instantes, y luego

avanzó otra vez. Faltaban diez minutos para la hora señalada. Se detuvo no lejos de la hendidura por donde había desaparecido David, y se quitó el turbante.

Los diez minutos pasaron, y después otros diez. Se alejó un poco del costado del farallón para que la luz de la luna le diera de lleno. Acababa de decidir que su informante no vendría cuando oyó el sonido de alguien que se acercaba, despacio y cautelosamente. En el silencio total el sonido de las piedras bajo las pisadas de unos pies calzados era tan fuerte como el de un alud de rocas.

Las pisadas se detuvieron. La persona se hallaba cerca y vigilaba. Ramsés no se movió. Pasaron unos minutos con lentitud angustiosa; después una figura se destacó de la profunda oscuridad y se dirigió hacia él.

Era una mujer. Estaba completamente cubierta con un *tob* negro y un velo le tapaba la cara, como a las egipcias tradicionales, pero Ramsés tuvo la impresión de que se trataba de una débil anciana por la forma en que se movía, despacio y encorvada.

Los pasos irregulares se detuvieron a cierta distancia, justo fuera de su alcance y la cabeza cubierta se ladeó, interrogante.

- No tenga miedo -murmuró Ramsés en árabe-. Me conoce. ¡Sabe que no le haría daño!

Dio un paso adelante y alargó la mano. La forma velada retrocedió dando un traspiés.

- Está bien -dijo Ramsés rápidamente-. No me acercaré más. ¿Qué quería decirme?

La mujer alargó un brazo, cubierto con una manga negra, señaló algo y emitió un sonido agudo y penetrante, como el graznido de un pájaro. Ramsés se giró y miró hacia la dirección que indicaba.

Y fue la última cosa que recordó.

Capítulo 7

Del Manuscrito H (cont.):

- ¡Despiértate, por Dios! ¡Di algo!

Reconoció la voz. Por el momento el nombre se le escapaba, enterrado como otros recuerdos bajo una gruesa capa de dolor, pero algo le dijo que debía contestar.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó con voz ronca-. ¿Quién eres?

- No me hagas esto, Ramsés. Abre los ojos, por favor.

- Prefiero no hacerlo. -Recordó el nombre-: David.

- Bebe. -Sintió un objeto contra la boca. Un trago del líquido hizo que se sentara y escupiera, ahogado.

- Bien -dijo David con un largo suspiro de alivio-. Estuve repasando el manual de la tía Amelia sobre el equipamiento adecuado para una expedición. No hay nada como el brandy, dice.

Al darse cuenta de que tenía los ojos abiertos, Ramsés observó los alrededores. El escenario no había cambiado. Se hallaba en el mismo lugar, pero sentado. La luz de luna iluminaba el suelo y brillaba con tonos oscuros sobre el charco ubicado cerca del lugar donde había estado su cabeza.

- Sangre -dijo, complacido al poder identificarla-. ¿Es mía?

- Recibiste un fuerte golpe en la cabeza. -David se puso de cuclillas-. La mujer tenía una especie de garrote escondido en esas mangas tan amplias. Lo sacó antes de que pudiera moverme.

- ¿Se fue?

- Por supuesto. Le disparé cuando levantaba por segunda vez su práctico garrote. Fallé.

Ramsés emitió gruñido de protesta, y David dijo:

- Como sé que no te gustan las armas, no te conté que me traje una pistola. Me alegro de haberlo hecho. No quería herirla, sino detenerla antes que pudiera asestar otro golpe. Se escabulló. No fui tras ella porque temía que tú…

Se quedó sin voz. Ramsés descubrió que podía emitir más de tres palabras seguidas.

- Toma un poco de brandy.

- Excelente idea.

- Y después dame otro trago. Dios, mi cabeza está a punto de estallar.

- Tu cabeza debería estar acostumbrada a estas cosas. Has de haber heredado el resistente cráneo del profesor.

David le entregó la petaca. La bendita bebida corrió por sus venas como fuego líquido. Se puso de pie con cuidado.

- Tranquilo. -David lo cogió de un brazo-. Quizá no debas hacer el esfuerzo de caminar. Puedo volver a la casa y traer…

- No, estoy bien -dijo Ramsés, cuando empezaron a desandar el camino por el sendero-. No creo que haya forma de ocultarle esto a Nefret.

- ¿Qué piensas?

- Que es imposible. Maldición, se pondrá furiosa.

Caminar bajo la luz de la luna resultaba dificultoso, pues las sombras ocultaban los obstáculos. Agradeció el apoyo del brazo de David. Para cuando llegaron a la casa se sentía bien, excepto por un fuerte dolor de cabeza; pero el desánimo lo ganó cuando vio que la casa principal estaba brillantemente iluminada.

Nefret los esperaba, y estaba furiosa. Cuando Ramsés no apareció por el dormitorio, la muchacha fue a buscarlo; al descubrir que no estaba en el gabinete de trabajo, registró toda la casa y, mientras lo hacía, despertó a todos. La familia los siguió cuando ella lo arrastró a la clínica y desenvolvió el turbante que David había utilizado como vendaje. Era como ser atendido por una banda de urracas, pensó Ramsés; todos se sentaron sobre distintos muebles y lo acribillaron con comentarios y preguntas mientras Nefret le limpiaba y vendaba la cabeza. Dejó que David llevara el peso de la charla. Nefret ya le había dicho al muchacho lo que pensaba de él por colaborar en un plan tan descabellado, y estaba a la defensiva.

- Tomamos todas las precauciones posibles -protestó-. Pero

cuando supuse que era una mujer, bajé la guardia durante un vital segundo.

- Yo también -dijo Ramsés.

- Tú no hables -ladró Nefret.

- ¿No era una mujer? -preguntó Emerson.

- Si lo era, podía correr como una gacela y golpear como un bateador de criquet -dijo David-. Pero ese maldito *tob* (perdón por mi lenguaje, señoras) que todo lo cubría, y la forma en que se movía, como una débil anciana, nos engañó al principio.

- ¿Estás bien, verdad, hijo? -preguntó Emerson con ansiedad.

- Vivirá. -Nefret sujetó el vendaje con un gancho-: Si no lo mato yo. Y a David.

- Me has salvado la vida -dijo Ramsés-. Otra vez.

- ¿Crees que la mujer quería matarte? -le preguntó su madre. Alerta y con los ojos brillantes y el cabello bien arreglado, estaba sentada sobre una banqueta y los pliegues voluminosos de su bata flotaban a su alrededor-. ¿Por qué?

- Es una buena pregunta -dijo David-. Hablamos de ello todo el camino de vuelta a casa. Ramsés dice que no conoce el motivo.

- Pocas veces la gente mata sin un buen motivo -comentó Sethos. Se apoyaba contra la pared, con los brazos cruzados-. Suene lógico o no. Ramsés, ¿has provocado alarma o desacuerdos?

- No -contestó Ramsés con rapidez-. Bueno…

- ¿Bueno? -repitió Sethos.

- No creo que tenga importancia -insistió Ramsés-. Hice correr el rumor de que yo era el único, con la excepción de padre, que sabía donde está escondida la estatuilla. Madre había hecho lo mismo y pensé que era prudente…

- ¿Correr el mismo riesgo? -inquirió su madre con frialdad-. Muy considerado de tu parte, cariño. Pero estoy de acuerdo en que no parece algo importante. Si uno desea conocer un secreto, no silencia al depositario del mismo.

- Como siempre, lo has expresado de maravilla pero con tu pedantería habitual -refunfuñó Emerson, ya más tranquilo en cuanto al estado de su hijo-. Quizá la mujer no pretendía asesinarte sino secuestrarte e interrogarte.

- Hombre o mujer, serían necesarias más de una persona para hacerlo -afirmó su esposa.

- Gracias, madre -dijo Ramsés-. Ahora, ¿puedo irme a la cama?

- Por supuesto -dijo Nefret-. Y si dice una palabra acerca de tomar el desayuno a las seis, padre…

Emerson la miró, alarmado. No le intimidaba para nada su esposa, ambos disfrutaban de sus acaloradas discusiones, pero cuando Nefret hablaba con ese tono de voz todos bajaban la cerviz.

- No, no, ni me lo planteo. Duerme todo lo que quieras, hijo. Este… ¿a las ocho?

Nefret salió triunfante, con el mentón bien alto y del brazo de Ramsés.

La casa estaba silenciosa y oscura, excepto por la luz nocturna del cuarto de los niños. La perra estaba tumbada sobre el umbral. Ramsés no la vio hasta que tropezó con ella. *Amira* emitió un gruñido de protesta, Ramsés lanzó una maldición y Nefret les pidió a ambos que se callaran.

- Por suerte los niños no se han despertado -dijo Ramsés, en un intento de conversación informal.

- Suerte para ti.

Nefret cerró la puerta de su dormitorio y se echó en brazos de su marido.

- Odio que hagas estas cosas -murmuró.

- Lo sé. Lo lamento.

- Yo también lo lamento. Por haberte regañado. Lo hice porque…

- Entonces, demuéstrame que lo lamentas.

* * *

El ataque contra Ramsés tenía algo de perturbador. Mi experiencia médica, confirmada por Nefret, me decía que no le había provocado grandes lesiones, pero si David no hubiera estado con él, las consecuencias podrían haber sido graves. Cuando nos vimos en el desayuno (a las ocho) parecía normal excepto por el vendaje de su cabeza. Fátima le sirvió una ración extra grande de gachas y cuatro huevos.

- Estuve pensando… -empecé a decir.

- Rrrrrr… -gruñó Emerson-. Estuviste pensando conmigo dos horas anoche. Tremendas tonterías. En conjunto, ni una idea razonable.

- Sólo puedo concluir -continué, sin molestarme por la

interrupción-, que Ramsés sabe algo que los demás no sabemos. Un hecho, que quizá no esté en su conciencia, lo hace peligroso para nuestro enemigo desconocido. Algo que tiene que ver con la señora Petherick.

- O con la estatuilla -apostilló Emerson, que aparentemente se había olvidado de que había desechado mis conjeturas.

- No me imagino qué puede ser -dijo Ramsés-. No hablé con la condesa a solas en ningún momento. En cuanto a la estatuilla, no sé más que vosotros.

- Echémosle otra mirada -sugirió Sethos. El destello de sus ojos podía interpretarse como codicia. Así lo hizo Emerson.

- Más tarde -replicó, mirando con dureza a su hermano.

- ¿Han visto los periódicos esta mañana? -preguntó David.

- Nunca leo esas cosas -dijo Emerson con altanería.

Habitualmente, tampoco lo hago. Las noticias llegan con un día de retraso y son pocas las que tienen algún interés para nosotros. Desde la aparición del «misterio del *afreet* negro» había ojeado, como es natural, los periódicos de El Cairo, pero esa mañana todavía no había tenido la oportunidad de hacerlo.

- ¿Qué dicen de la señora Petherick? -pregunté.

- Nada nuevo, tía Amelia. Hay un refrito sobre su carrera literaria y su romántica biografía, a cargo de una admiradora efusiva, y un artículo escabroso sobre las momias egipcias.

David no mencionó las noticias del país, si bien los titulares mencionaban «Nuevas revueltas en el Delta». Era el único que seguía de cerca la situación política. No resultaba una lectura alentadora; Egipto vivía todavía en una situación de intranquilidad, que anticipaba que la futura declaración de independencia no satisfaría todas las demandas de los «radicales», como los llamaba el gobierno británico.

- Howard Carter llegó a El Cairo antes de ayer -añadió David.

- ¿Qué? -Emerson se puso de pie de un salto-. ¿Cómo lo sabes?

- Estaba en la columna de ecos de sociedad -respondió el joven con una sonrisa. Sabía que se trataba de una parte del periódico que a Emerson jamás se le ocurriría leer-. No se propone viajar a Luxor hasta dentro de una semana. Emerson se sentó.

- Ah. Está haciendo la ronda de los marchantes de antigüedades, supongo. Mmm. Una semana, ¿eh? Vayámonos… Quiero decir…

Ramsés ¿estás seguro que te encuentras bien para trabajar?

- ¿Para trabajar traduciendo hierático? -inquirí-. Creo que sí. Ahora, Emerson, no pongas objeciones, por favor. Si lo recuerdas, llegamos al acuerdo de que esa sería su tarea principal. Sí. ¿Es aconsejable que una persona que ha sufrido un golpe en la cabeza trabaje entre el polvo y el calor? No. -Di una palmadita en la mano de mi hijo-: Pasa un día agradable y tranquilo, cariño. Volveremos a la hora del té.

Nunca he sido una amazona dotada, pero el suave paso de nuestros caballos árabes era una delicia. Ni qué decir tiene que era más agradable que la abrupta subida a pie a las colinas, la única alternativa para llegar al Valle.

Como es de suponer, Lector, mis pensamientos no versaban exclusivamente sobre Egiptología. El bienestar de mis seres queridos siempre tomaría precedencia sobre el conocimiento, y existían buenos motivos para pensar que algunos, si no todos, estaban en peligro. Emerson se había burlado de mis conjeturas, pero eso no me impidió seguir mentalmente con ellas.

El accidente del señor Lidman había sido un golpe, en primer lugar para el propio caballero en cuestión, como es natural, pero también para mí, ya que había llegado a la conclusión de que era el responsable de los intentos de irrumpir en nuestra casa. Sin embargo, tenía la mejor de las coartadas para el ataque contra Ramsés, puesto que en su momento estaba incapacitado y custodiado. ¿Habría dos malhechores? ¿Tres, cuatro? ¿Una banda? La estatuilla era lo suficientemente valiosa como para despertar la codicia de varias personas, pero como yo había señalado con bastante perspicacia, el atacante de Ramsés no podía suponer que la obtendría por este método.

Me sentía desconcertada. Algo tenía que suceder. Y pronto.

Emerson envió a los demás a la cámara mortuoria y me puso a tamizar escombros. No se trataba de una tarea ardua, pues no tenía demasiado material, y nuestra gente ya había escogido los trozos más grandes, y entonces tuve bastante tiempo para observar a mi alrededor. Aproximadamente una hora después, Emerson salió del pozo y se me puso delante.

- ¿Cómo estás, cariño?

- Acalorada. Aburrida. ¿Adónde vas?

- A dar un paseo-dijo Emerson;

- ¿Puedo ir contigo, querido?

- ¿Necesitas preguntar, Peabody?

Emerson pocas veces da un paseo. En esta ocasión caminó sin prisa, con las manos en los bolsillos, silbando una melodía desafinada y mirando con interés a ambos lados como un turista corriente. De vez en cuando se detenía y observaba a su alrededor, sin fijar la mirada. Como creo que he explicado con anterioridad, pero repetiré en beneficio de los Lectores olvidadizos, el Valle Oriental tiene la forma de una hoja de roble o de arce, con lóbulos que se extienden en todas direcciones. No se hallan interconectados excepto en la base; todos terminan en escarpados acantilado, de manera que es necesario retroceder después de explorarlos uno a uno. Por todas partes hay entradas a tumbas, algunas cerradas con verjas de acero y otras abiertas a los visitantes. Debíamos haber visto una docena durante el paseo: Ramsés IX, Ramsés VI, y otras. En lugar de entrar, Emerson pasó una inusual cantidad de tiempo observando sus respectivos entornos. En un momento, sus bien formados labios se separaron y yo esperé sin aliento una declaración que explicara sus acciones.

- Chozas de trabajadores -dijo.

- ¿Y? -le animé cuando me di cuenta que no tenía nada más que añadir.

- Interesante -se limitó a añadir Emerson.

- No mucho.

- Venga, Peabody, míralo con espíritu abierto. Todo tiene interés para un arqueólogo experto.

La última zona que visitamos era el *wadi* lateral en el cual estaba ubicada la tumba de Tutmosis III. Al recordar nuestro encuentro con los ibn Simsahs, me acerqué a Emerson, pero nada perturbaba la tranquilidad del lugar hasta que Emerson habló nuevamente.

- Merecería más investigaciones -murmuró, mientras contemplaba el montón de tierra donde había cavado.

- No serás tú quien las realice -repliqué algo ásperamente, puesto que sus enigmáticos comentarios estaban empezando a afectarme los nervios, y tenía mucho calor-. Lord Carnarvon tiene la concesión.

- No necesitas recordármelo, Peabody. Bueno, ¿damos la vuelta?

La usual multitud de curiosos estaba reunida alrededor de KV55. Entre todos vi la cabeza de Sir Malcolm, coronada por un elegante salacot. Permanecía a cierta distancia de la muchedumbre y la miraba con desdén. Al darse cuenta de la llegada de Emerson, se dirigió a interceptarnos y nos deseó los buenos días.

- ¿Qué hace aquí? -le preguntó Emerson con su brusquedad acostumbrada.

- Creo que el Valle de los Reyes está abierto a todos los visitantes, profesor. -Sir Malcolm chasqueó los dedos. Un guía con cara de preocupación se apresuró a cobijarlo bajo una sombrilla-: Da gusto observar la realización de una excavación en este lugar.

- ¿No estaba presente cuando Howard Carter trabajaba al otro lado del camino? -le pregunté.

- Sí, el tipo es bastante competente -aceptó Sir Malcolm-. Pero todo lo que descubrió fueron algunas precarias chozas de trabajadores. Usted, profesor Emerson, se ubica en una categoría superior. Consideraría un privilegio poder observar sus métodos.

Este cumplido suavizó algo a Emerson, pero al igual que yo abrigaba dudas acerca de los motivos de Sir Malcolm.

- Mis métodos, señor, a buen seguro son perfectamente conocidos por un aficionado a la Egiptología de *su* categoría. Esta tumba no contiene nada de interés.

La cabeza de Hassan, tocada por un turbante, asomó por el pozo.

- Emerson -llamó-. ¿Puedes venir? Hemos encontrado algo.

Del Manuscrito H:

- Un trozo de madera con un cartucho medio borrado -dijo Emerson, disgustado. Lo puso sobre la mesa frente a Ramsés-. Pero tal como lo anunció Hassan provocó que toda la muchedumbre se pusiera nerviosa y la gente comenzara a empujarse. Y ese bastardo de Montague…

- Vamos, vamos -dijo su esposa en tono tranquilizador-. Su interés era comprensible. Y fue muy amable.

- Ha cambiado de táctica -declaró Emerson-. Pero sigue tras la estatuilla. ¿Encuentras algo interesante, hijo?

Ramsés sostuvo el trozo con delicadeza por uno de los lados y lo movió para que capturara la luz que desaparecía rápidamente.

- La mayor parte de la pintura original ha desaparecido. La impresión sobre la parte superior del cartucho podría ser un signo

de sol, y esta curva una parte de un insecto *kheper*.

- Smenkhkare -dijo Emerson con un aire triunfal- estuvo enterrado allí, lo sabía.

- No necesariamente -dijo Ramsés-. Algunos nombres reales tienen esos signos, incluyendo el de Amenhotep II y Tutankamón. ¿Tú que piensas, Mikhail?

Le entregó la pieza al ruso, que la recibió en la palma de la mano.

- Es como has dicho, Ramsés. Sólo se perciben bien esos dos signos. Generalmente se los tallaba con más precisión que los demás.

- Le echaré otro vistazo por la mañana, cuando haya más luz -dijo Ramsés-. Aunque dudo que sea significativo. Después de todo, KV55 era un depósito, con objetos pertenecientes a varias personas de la realeza.

Volvió a colocar el trozo en la caja forrada de tela y la puso a un lado a tiempo de evitar la mano codiciosa de su hija.

- ¿Cuántas veces tengo que decirte que no debes tocar las antigüedades sin permiso? -le preguntó, severo.

- Sólo es un sucio trozo de madera -dijo Carla.

- Cualquier objeto puede tener un valor histórico -la recordó su hermano, con acusadores ojos azules-. ¿Puedo mirarlo, papá?

- En otro momento -dijo Ramsés. No quería desalentar a su hijo, que ya había demostrado algún interés por la Egiptología, pero sabía que si permitía que David John examinara la pieza, Carla insistiría en hacerlo a su vez-. Toma, Fátima, ¿tendrías la amabilidad de llevarlo al gabinete de padre?

Katchenovsky distrajo a Carla cogiendo un trozo de cuerda e iniciándola en el juego de la «cuna». Realmente tenía el don de saber tratar a los niños.

Por desgracia su madre llegó antes que él a la bandeja del correo. Por fortuna Harriet Petherick no utilizaba un delicado y perfumado papel de carta. Su madre le entregó el sobre blanco sin comentarios. La caligrafía era tan grande y enérgica como la de un hombre. Había otras cuantas cartas para él; las leyó primero, y luego abrió la de Harriet.

Lo dejó con lo que su madre llamaría un dilema moral. Harriet le reiteraba el ruego de que guardara el secreto, ¡y qué impresión

tan familiar y deprimente le producía! En este caso, se dijo a sí mismo, no podía haber ningún peligro en ir solo. Le pedía que fuera a su habitación del hotel. Podía imaginar lo que su madre sospecharía de enterarse; veneno en el té, un abrazo apasionado que terminaría con un cuchillo clavado entre sus costillas, una banda de *thugs* escondida en el cuarto de baño… Historias dignas de la condesa Magda.

Rió, y su madre levantó la vista de la carta que estaba leyendo.

- ¿Algo divertido en tu correspondencia, cariño?

- No, no mucho.

La situación no era para nada divertida. Se encontraba entre la espada y la pared: o traicionaba su promesa a Harriet Petherick o engañaba a su esposa… otra vez.

Podía mentir sin que se le moviera un músculo si debía hacerlo, pero el problema con su afectuosa, unida, inquisitiva y solidaria familia consistía en que la mentira debía ser lo suficientemente ingeniosa como para despistar a todos. Al final contó parte de la verdad.

- Me voy a Luxor un rato. Volveré a tiempo para la cena.

No había esperado que resultara fácil y no lo fue. Al final tuvo que simular que perdía los estribos.

- ¡Por Dios bendito, no necesito un guardaespaldas cada vez que me voy de casa! Voy directamente al Winter Palace y después vuelvo a casa. Sólo quiero charlar un poco con Abdul y uno o dos de los otros *stiffragis*.

- ¿Has recordado algo? -le preguntó su madre con interés.

- Tengo una idea algo vaga aún. Es más probable que hablen conmigo si estoy solo. Venga, por favor, madre, ¿tengo su permiso para ir?

- ¿Puedo aprovechar el viaje? -preguntó Katchenovsky-. Tengo cosas que hacer en Luxor.

Los niños levantaron un clamor de protesta. El ruso sonrió y les tendió sus manos.

- Pequeños, no debo aprovecharme de la bondad de vuestra familia. Os veré mañana.

* * *

El río estaba colmado de falúas y de botes pintados con alegres colores, puesto que los turistas retrasados volvían a sus hoteles. El

sol se ponía cuando llegaron a la orilla oriental. Katchenovsky, que había hablado muy poco durante el trayecto, dio las buenas noches y dejó a Ramsés a la entrada del Winter Palace.

Tampoco el joven había hablado demasiado. Estuvo recordando las caricias y palabras cariñosas de Nefret. Si tenía que faltar a su promesa a alguien… y era obvio que no le quedaba otro remedio… ese alguien no debía ser su esposa. Y sin embargo, entremezclada con sentimientos de culpa aparecía una incontrolable curiosidad. Maldita sea, se dijo, era una oportunidad que no debía desperdiciar. Su madre estaría encantada y mentiría descaradamente para aprovecharla.

Había dejado de lado un pequeño problema. Varios *suffragis* lo saludaron con sonrisas cómplices mientras caminaba por el corredor hacia la habitación de Harriet Petherick. Difundirían la noticia, Nefret se enteraría de donde había estado y sabría que la había engañado.

Harriet se tomó un tiempo antes de atender a su llamada. Cuando abrió la puerta, Ramsés se quedó helado.

No se le hubiera ocurrido que la muchacha tenía una prenda como esa en su guardarropa. Parecía más bien algo que su madrastra hubiera usado, vaporoso y con plumas, volantes y lazos. Y rosa.

Involuntariamente Ramsés miró por encima de su hombro. Allí, apenas a unos metros detrás, se hallaba Abdul, sonriente e inclinado en un saludo.

- Gracias por venir. -Harriet abrió la puerta de par en par y Abdul tuvo una excelente visión de su *deshabillé.*

Ramsés se permitió hacer una ruda y explosiva sugerencia a Abdul, enderezó la espalda y entró. No estaba de humor para mostrarse cortés. Se iba a armar una buena y tenía el propósito de que la muchacha por fin descubriera sus cartas. La examinó de pies a cabeza con una mirada larga e insolente. El color invadió las mejillas de la chica. Ramsés dudó que se tratara de incomodidad. Rabia, más probablemente.

- ¿No hay nada que no harías por él? -preguntó.

Ella ni siquiera se molestó en simular no entender.

- ¿Qué te hace pensar que no lo hago por mí?

Se acercó y puso las manos sobre los hombros del muchacho,

echando atrás la cabeza para mirarlo a los ojos. La línea de su cuello era larga y suave, y la piel bronceada se aclaraba al llegar a los pechos. Las amplias mangas se habían plegado y mostraban sus bien torneados brazos. Ramsés sabía que debía darse la vuelta e irse, pero el daño ya estaba hecho y todavía había una posibilidad de que Harriet tuviera algo sensato que decir. Le tomó las manos y la obligó a sentarse en un sillón.

- Muy bien, has hecho un gran esfuerzo. ¿Por qué?

- Te dije…

- Olvídalo. ¿Qué ha hecho para que te sientas obligada a llegar a estos extremos para protegerlo?

Harriet echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sus manos se aferraron a los brazos del sillón. Luego se relajaron y ella lo miró.

- Te atacaron anoche.

- ¿Fue Adrian?

- ¡No! Dije que quería hablar contigo, y lo haré. Por favor, deja de acosarme. ¿Quieres beber algo?

- No. Gracias.

- Entonces, ¿tendrás la bondad de servirme un brandy?

No hay veneno en la bebida, pensó Ramsés, mientras se dirigía a la mesa. No se sirvió nada. Al menos regresaría a casa sin oler a alcohol. Después de entregarle el vaso y movido por un impulso embarazoso e irresistible, abrió la puerta del cuarto de baño y miró hacia adentro.

Cuando regresó, la muchacha había recuperado su control y estaba sentada muy derecha en el sillón, con los volantes de la bata apretados contra el pecho. Levantó el vaso en un saludo irónico.

- Ganas el primer round -dijo fríamente-. ¿Qué estabas buscando? ¿Un periodista con una cámara?

Ramsés no había pensado en eso. En su frente se formaron gotitas de sudor.

- ¿Tienes algo pertinente que decir, o me voy? -preguntó.

- Tengo mucho que decir. Primero, que no pudo ser Adrian el que te atacó anoche. Oh, sí, sé todo lo que pasó. Los sirvientes del hotel cotillean sin parar, en especial con la ayuda de algún dinero. Vieron a Adrian dirigirse a su cuarto antes de medianoche y jurarán que no salió del hotel.

- Me temo que su testimonio no tendrá demasiado peso.

- Algún dinero.

- Y nuestros prejuicios europeos. Sin embargo, hay algunos puntos a su favor. No me lo imagino redactando una nota en árabe ni elaborando una trampa tan detallada. El individuo conocía el terreno. Adrian no.

- ¿Se lo dirás a la policía?

- Si llega el momento, sí. -Ramsés se sentó frente a ella-. Pero no creo que suceda. No hay pruebas firmes en su contra.

- Ese policía no piensa así.

- ¿Ayyid? ¿Qué te hace creerlo?

- Estuvo dando vueltas otra vez, haciendo preguntas. Adrian… -Vaciló-: Adrian se puso nervioso. Dio una mala impresión.

- No se puede arrestar a un hombre porque se ponga nervioso -dijo Ramsés.

- ¡Estaba tan bien antes de venir aquí! Había encontrado otro médico; Adrian mejoraba con su tratamiento. Este asunto le ha hecho retroceder. Quiero llevarlo a casa, pero la policía no nos deja marchar.

- No pueden obligaros a quedaros indefinidamente; tienen que acusarlo o dejarlo marchar. ¿Esa es la razón por la cual querías hablar conmigo?

- Quería darte algunos datos. No sé si ayudará para eliminar las sospechas sobre Adrian, pero quizá saber más acerca de las personas involucradas te proporcione una pista. Mi padre… -Hizo una pausa para beber un trago de brandy-: Pringle Petherick era un padre frío e indiferente, y un ser humano muy egoísta. Su riqueza y sus intereses estaban dedicados por completo a su colección. Se casó con mi madre por su dinero y lo gastó comprando antigüedades. Ella nunca tuvo un céntimo para sus cosas. Siempre he creído que murió de indiferencia.

Aunque esta afirmación resultaba brutal, Ramsés prefería esta Harriet a la seductora.

- No parece la clase de hombre que se enamoraría de la condesa Magda.

- ¿Enamorarse? -Reflexionó por un instante, con los ojos fríos como piedras-. No sé lo que significa la palabra «amor», en especial en este caso. Mi padre se deslumbró, se sintió intrigado y quizá por primera vez en su vida, fue manipulado. El verdadero interrogante

consiste en por qué ella se casó con él. Era un hombre bastante apuesto, y a los ojos del mundo, con una riqueza considerable. Pero ella no iba tras su dinero; era una de las autoras de más éxito de su tiempo y no hacía más que presumir de sus diamantes y vestidos caros.

»Adrian también estaba deslumbrado. Al principio ella hizo una gran representación de amor maternal. Resultaban bastante repugnantes, de veras, todos esos mimos, caricias y halagos, pero Adrian era demasiado joven para acordarse de nuestra madre y demasiado necesitado de afecto para mostrarse crítico. El cariño que sentía por ella era auténtico.

Dejó de hablar y vació el vaso.

- ¿Eso es todo? -preguntó Ramsés.

- ¿Te sirve de algo? -Se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas-: Debe de haber otros sospechosos además de Adrian. Tu madre tiene una gran reputación como detective…

- Mi madre. Sí.

- Más tarde o más temprano encontrarán a la persona que la mató. No fue Adrian. El la quería.

El verso de un poema le vino a la mente: «Todo hombre termina matando a quien ama…». No lo repitió en voz alta. Después de todo, se trataba sólo de una poesía.

- Agradezco tu confianza. -Se puso de pie-: Será mejor que me vaya.

La muchacha lo acompañó a la puerta, con un gran movimiento de volantes.

- ¿Le dirás a tu esposa que estuviste aquí?

- Lo sabrá de todos modos -dijo Ramsés con amargura-. Mi única esperanza consiste en confesar antes que alguien se lo cuente.

- Te he metido en un lío, ¿verdad?

- Probablemente.

Harriet se apoyó contra la puerta, de forma que Ramsés no podía llegar al picaporte sin tocarla.

- Si te sirve de consuelo -dijo la chica-, has tenido tu venganza.

- ¿Qué quieres decir?

- Me rechazaste, de plano y sin vacilar. ¿Tienes idea del golpe devastador que eso supone para una mujer que se encuentra preparada para el sacrificio supremo?

- Espero que sobrevivas.

- No hubiera sido un sacrificio.

- Eres muy amable al creerlo así. -Pasó a su lado para coger el picaporte-: Buenas noches.

Salió directamente del hotel sin detenerse y se quedó en la puerta dejando que el aire nocturno secara el sudor de su frente. Harriet Petherick había disfrutado cada minuto de esa extraña entrevista.

La terraza estaba llena de turistas que bebían una última copa bajo las luces titilantes. Uno de ellos se puso de pie y se le acercó.

- ¿Cómo te fue? -preguntó Anthony Bissinghurst, alias su tío.

Ramsés se alegró de tener un sujeto sobre el cual descargar su cólera.

- ¡Me ha seguido!

En una pose típica, Sethos se apoyó lánguidamente contra la pared y cruzó los brazos.

- He decidido que ya es tiempo de que tome parte activa en este asunto. No tienes suficiente sensatez como para cuidar de ti mismo.

- No había ningún peligro.

- De otro ataque quizá no, pero todo el mundo en Luxor sabrá por la mañana que tuviste un romántico *tête-à-tête* con la chica Petherick. Una fotografía tuya con la muchacha te traería graves problemas con Nefret y destruiría tu credibilidad como testigo imparcial.

- Tampoco había ningún fotógrafo. -Comenzó a bajar las escaleras-: Harriet no es tan calculadora como usted.

- ¿Defiendes a la dama, verdad? Qué caballeroso. Es lo suficientemente calculadora como para ponerse ropajes vaporosos y asegurarse de que Abdul y los demás *suffragis* la vean. -Sethos apuró el paso para ponerse a su lado-: ¿Trató de seducirte?

- No es de su incumbencia.

- Observa que dije «trató». Si estuviera casado con una mujer como Nefret, tampoco sucumbiría.

Ramsés giró y cogió a su tío por el cuello.

- ¿Por qué sigue provocándome?

- No puedo evitarlo -dijo Sethos, quejumbroso. Sin esfuerzo aparente se libró de Ramsés-. Las costumbres antiguas son difíciles de borrar. Mira, Ramsés, hagamos una tregua. Alguien te esperaba

esta noche… estaba al acecho, como quien dice. Cuando me vio acercarme a ti se fue.

- ¿Vio quién era?

- Creo que era tu amigo Katchenovsky.

- Oh, ¡por el amor de Dios! Mikhail es totalmente inofensivo. Si hubiera sido él, probablemente sólo querría hablar conmigo, o pedirme que lo llevara en el barco para cruzar el río. Lo asustó y se fue. Es muy tímido.

- Mejor prevenir que curar.

- Es lo que diría mi madre.

- No me parece que lo digas como un cumplido.

Ramsés no contestó. Bajaron los escalones. La zona que rodeaba al hotel y la *corniche* estaba muy iluminada, así como el muelle. No había sombras entre las que un asesino pudiera esconderse. Probablemente Sethos se había inventado lo del hombre al acecho.

- Ese podría ser el hombre que vi -dijo su tío de repente. Lo señaló.

El hombre era Adrian Petherick. Daba la impresión de haber salido a dar un inocente paseo vespertino; la culpa no lo hizo sobresaltarse cuando los vio ni cambió su brillante sonrisa.

- Buenas noches -les saludó-. Una hermosa noche, ¿verdad?

- Sí -dijo Ramsés-. ¿Tu hermana sabe que has salido?

Adrian rió.

- La querida Harriet. No puede estar todo el tiempo tras mis pasos, ¿sabes? Tenía una cita esta noche. ¿Era contigo, por casualidad?

- En realidad, sí.

- ¿Qué te dijo?

Su cara sonriente no expresaba malicia, pero había algo en su tono que hizo sonar las alarmas en la mente de Ramsés.

- Está preocupada por ti -dijo con brusquedad-. No tendrías que salir sin decírselo. Todavía anda suelto un asesino desconocido.

- A menos que sea yo -dijo Adrian jovialmente-. ¿Hay alguna información reciente?

- No.

Adrian sacudió la cabeza.

- Los policías no son muy hábiles, ¿verdad? Ese individuo, por ejemplo… -Se dio la vuelta-: Me ha estado siguiendo durante dos

días. De civil, se podría decir, pues está vestido como todos los egipcios, con una túnica y un turbante. Pero lo descubrí enseguida.

- Bien hecho -dijo Ramsés. El grupo de policías de civil de Ayyid necesitaba entrenamiento. La cabeza con turbante que espiaba detrás de un árbol era tan conspicua como un camello.

- Voy a entrar ahora -anunció Adrian-. Dale mis saludos a tu hermosa esposa y al resto de la familia.

- No se parece en nada a Mikhail -dijo Ramsés, mientras miraba como el joven subía los escalones de dos en dos.

- Son aproximadamente de la misma altura, cuando Katchenovsky no se comporta como Uriah Heep, y los dos tienen la misma complexión. No llegué a ver su rostro. Llevaba ropas corrientes, un salacot, pantalones oscuros y chaqueta.

Cuando llegaron al muelle, Sabir los estaba esperando.

- Dejasteis que os cruzara otro botero -dijo, acusador.

- Pero tú nos has descubierto -dijo Ramsés.

- *Aywa,* por supuesto. De manera que os he esperado para llevaros de vuelta.

- No llego a imaginarme cómo puede ocultarse un criminal en este lugar -comentó Sethos cuando se sentaron-. ¿O acaso son sólo vuestras actividades las que merecen tanta atención?

- Creo que es más bien esto último.

- ¿No quieres hablar de ello?

- ¿De qué?

- Del joven Petherick. Le tienes lástima porque sufrió mucho durante la guerra, pero o está más loco que una cabra o tiene una astucia increíble. En cualquier caso, es el candidato principal para el papel de asesino.

- Pero, ¿por qué? -preguntó Ramsés, con ganas de discutir-. ¿Qué motivo podría tener? Según su hermana, adoraba a su madrastra.

- El motivo, como saben todos los criminólogos, no constituye una prueba. Las personas se matan por las razones más increíbles. Algunos asesinos oyen voces. Otros tienen unos egos tan monumentales que se erigen ellos mismos en jueces y verdugos… Luego se hallan las almas simples que dejan que se acumulen los pequeños agravios, mes tras mes y año tras año, hasta que otro agravio igualmente pequeño colma el vaso. Para no hablar de…

- Me has convencido -lo interrumpió Ramsés.

- No, no es cierto. Estaba tratando de explicarte que todavía no sabemos nada de esta gente. Necesitamos más datos. Quizá vaya a El Cairo unos días.

El barco chocó suavemente contra la orilla. Ramsés salió de un salto y dejó que su tío se las arreglara solo. Su preocupación por Adrian había desaparecido ante un problema más inmediato.

* * *

Ramsés llegó tarde. Había supuesto que lo haría, pero no que llegara acompañado por Sethos. Este último parecía particularmente afable.

- Tuvimos que retrasar la cena -dijo Nefret, acusadora-. Dos veces.

- Perdón -dijo Ramsés.

Sethos se acercó a la mesa y sirvió dos vasos de whisky. Le entregó uno a Ramsés y se acomodó en una silla con el otro vaso en la mano.

- Hmmm -dije-. ¿Tan mal os ha ido?

Ramsés dio un trago largo y aspiró profundamente.

- No, para nada. Es decir… ejem, no en un sentido convencional. Acabo de tener una entrevista con Harriet Petherick.

- Me lo sospechaba -dije.

- Yo no -se sorprendió Nefret-. Te creí.

Ramsés bajó los ojos ante su mirada acusadora.

- Te doy mi palabra de que no le dije nada a nadie de antemano.

- Me diste tu palabra de que no saldrías sin decírmelo.

- Dije… ¡maldita sea! -Ramsés apoyó con un golpe el vaso vacío sobre la mesa-. ¿Queréis oír lo que sucedió o no?

- Oh, sí, por cierto -contestó Nefret suavemente.

Sin más preámbulos, Ramsés se sumergió en el relato. Su descripción del atuendo de Harriet Petherick, a pesar de su imprecisión (lógica, por otra parte, en un observador masculino), hizo que se enarcara más de una ceja. Cuando completó la que para él era la parte más escabrosa de la historia, hizo una pausa para recuperar el aliento y para tomar otro vaso de whisky.

- Rosa -musité, pensativa-. Muuy interesante. Debe de haber cogido esa prenda del guardarropa de su madrastra. Eso implica premeditación. ¿Qué pasó después de que rechazaras sus insinuaciones, Ramsés? ¿Era ese el único motivo para invitarte?

- Afirmó que quería proporcionarme algunos detalles más -contestó Ramsés, más tranquilo puesto que lo peor había pasado-. Criticó muy duramente a su padre, que era, en sus propias palabras, egoísta e indiferente con su esposa y sus hijos. La segunda señora Petherick era muy distinta a la primera, mundana y rica, famosa y… este… coqueta. Harriet no puede entender por qué Magda se sintió atraída por Petherick, pero ella estaba decidida a casarse con él y lo logró.

- Hay atracciones que una hija no podría comprender -dije-. Y Petherick era rico, ¿no?

- También lo era Magda -dijo Ramsés-. Alardeaba de sus joyas y vestidos caros, para citar a Harriet.

- No constituyen ninguna prueba de riqueza -señalé-. Casi lo contrario, en algunos casos. No sé cuáles serían sus ingresos, pero los gastaba sin tino. En cuanto a su éxito en… este… atrapar al señor Petherick, los hombres de una cierta edad son especialmente vulnerables a esas insinuaciones. Lo cogió en un momento sensible.

Emerson se aclaró la garganta con mucho ruido, y yo corregí mi análisis.

- Algunos hombres.

- Yo no -dijo Sethos-. Yo siempre he sido vulnerable.

- ¿Eso es todo? -preguntó Nefret a su marido.

- Harriet dijo que la señora se había esforzado por ganar el afecto de Adrian, al menos al principio, e insiste en que el muchacho le tenía un cariño verdadero. Volviendo la vista atrás -reflexionó Ramsés lentamente-, creo que estaba, y está, interesada fundamentalmente en obtener nuestro apoyo para su hermano. Afirma que la policía ha decidido que es el asesino. Quiere llevarlo a su país para que reciba tratamiento.

- Lo necesita -dijo Nefret.

Sethos descruzó las piernas.

- No estoy tan seguro, Nefret. Encontramos al joven cuando veníamos de camino al muelle, y sus modales y conversación eran casi completamente normales, se trata de una persona despierta. Hasta hizo algunas bromas acerca de su condición de sospechoso. Un hombre inteligente puede simular demencia, lo que constituye una legítima defensa legal.

- No lo creo -insistió Nefret, terca-. Quiero decir… supongo que

tiene razón, pero no creo que se aplique a Adrian.

Fátima asomó la cabeza por la puerta.

- La cena está servida. Maaman dice que no la puede retrasar más.

- ¿Está llorando? -preguntó Emerson.

- Sí, Padre de las Maldiciones.

- Diablos. Ya vamos, Fátima.

Mientras los demás ocupaban sus lugares, tranquilicé a Nefret.

- Ramsés te dijo la verdad, Nefret. Nada de… este… nada sucedió.

- Lo sé. -Puso un brazo alrededor de mi cintura y sus ojos azules brillaron-: Me gusta provocarle de vez en cuando. Es absolutamente irresistible cuando pierde los estribos.

Rió y me abrazó.

- Entonces todo está bien -dije, aliviada-. Recuerdo una vez que Emerson…

- ¡Peabody! -gritó Emerson-. ¿Qué le estás contando? Siéntate, por favor.

Durante la cena pedí que Ramsés y Sethos relataran con más detalle sus conversaciones con los Petherick. Algunas de las afirmaciones que habían realizado daban mucho que pensar.

- De manera que Ayyid está haciendo que vigilen a Adrian -dije-. Eso es extremadamente…

- Interesante -gruñó Emerson. (La sopa estaba bastante salada.)-. Lo que quieres decir, Peabody, es que estás molesta porque Ayyid no te haya consultado.

- No, pero me sorprende un poco que la señorita Petherick no se haya dirigido a mí en busca de ayuda. -Nefret lanzó a Ramsés una mirada significativa, y al darme cuenta de que había tocado un tema delicado, me apresuré a añadir-: O a un abogado. La justicia británica es la justicia británica, y no se puede retener a Adrian indefinidamente en Luxor.

- Se lo dije -afirmó Ramsés. Puso la cuchara sobre la mesa.

- ¿No está rica? -preguntó Fátima ansiosamente.

- Está buena. No me apetece sopa de lentejas, eso es todo.

- Ayyid busca sólo una cosa -dijo Sethos-. O más bien dos cosas que están interrelacionadas: quiere ser la persona que coja al asesino, pues con eso se apuntaría un tanto, y quiere asegurarse de

que no harán un chivo expiatorio de uno de sus compatriotas.

- Tonterías -dijo David-. Ningún egipcio se atrevería a matar a un extranjero. Las penas son demasiado severas.

- Tú lo sabes, yo lo sé y Ayyid lo sabe también -repuso Sethos-. También sabe que acusar a un egipcio sería la forma más fácil para los británicos de salir de este lío. Hemos hablado varias veces sobre el tema.

- ¿Qué? -grité-. ¿Tú y el inspector? ¿Cuándo?

- En varias ocasiones -confesó Sethos con una sonrisa irritante-. Cree que soy un agente de la Inteligencia británica.

- Y lo es -dijo David, con una expresión vacía. Dio un salto. Alguien debió darle un puntapié en el tobillo. Yo lo hubiera hecho de estar más cerca.

- No soy lo que él cree -dijo Sethos.

- ¿Quién -pregunté- es Anthony Bissinghurst?

- Soy yo -replicó Sethos-. O más bien yo soy él.

- ¿Uno de tus numerosos personajes?

- Es el que utilizo cuando necesito respaldo oficial -explicó Sethos-. Tony es un miembro auténtico del Departamento de Interior, muy conocido por las autoridades.

- Dios santo -murmuró Emerson-. Entonces, ¿qué te ha dicho Ayyid?

- Tiene a Adrian en el punto de mira, lo que es correcto. Entiendo sus motivos. No hay nadie más.

- ¿Y qué me dices de Harriet? -inquirí.

- Venga, Peabody -exclamó Emerson-. No puede haber sido ella.

- ¿Por qué no? ¿Porque es una mujer? Me sorprende, Emerson que todavía sustentes esos prejuicios contra mi género, considerando que nos hemos encontrado más de un enemigo mujer. En mi opinión, Harriet es una sospechosa mucho más probable que su hermano. A diferencia de él, odiaba a su madrastra y es lo suficientemente alta y fuerte como para pasar por un hombre.

- Me imaginaba que pensarías así -murmuró Sethos.

- Tú lo piensas también.

- Por supuesto. No puedes acusarme, querida Amelia, de abrigar prejuicios contra el género femenino.

Esa noche, antes de acostarme, redacté una de mis pequeñas listas.

* * *

La mañana siguiente esperé hasta que Emerson se bebió el café antes de sacar mi lista.

- En mi opinión -dije-, hemos sido muy negligentes al no proseguir con algunas de las investigaciones que iniciamos hace un tiempo y al no explorar otras vías.

Emerson me arrancó el papel de la mano.

- Buen Dios, Peabody, esta vez te has pasado. ¡Veo que bajo el título de «Sospechosos» has incluido a Sir Malcolm, Lidman, Karnovsky, Harriet, Adrian y al señor Salt, el administrador del Winter Palace! ¿Por qué no Cyrus, o Winlock?

- Porque los conocemos muy bien, naturalmente. Los demás son nuevos en Luxor. El señor Salt asumió la administración hace sólo unos meses. ¿Cómo sabemos que no se trata de un maniaco homicida que quizá fue timado por el señor o la señora Petherick?

- Cualquiera puede ser un maniaco homicida -dijo Emerson con más pasión que exactitud-. Hay veces en que yo mismo me siento inclinado en esa dirección. ¡Realmente, Peabody…!

- Si miras la segunda columna de mi lista, verás que sugiero varias líneas prácticas de investigación.

- Mmm… -dijo Emerson, escudriñando el papel otra vez-. No podemos investigar los antecedentes de toda esta gente; por lo que sabemos, cualquier huésped del hotel podría guardar rencor a la señora Petherick -comenzó a rasgar mi lista, me miró y me la entregó-. No tengo tiempo para estas tonterías. Vámonos.

- ¿Adónde? -le pregunté con acritud-. ¿KV55, Deir el Medina, o el Valle Occidental? Todavía no pareces decidido.

- Sé exactamente lo que estoy haciendo -replicó-. Ven si quieres.

Pocas veces se nos interrumpe cuando Emerson y yo mantenemos una de nuestras discusiones amistosas. En este momento David se animó a hablar.

- ¿Quiere que lleve las cámaras, profesor?

- Claro que sí. Date prisa, por favor.

Salió, seguido por Nefret, David, y, después de un momento, por Ramsés.

- Me parece que voy también -le dije a Sethos-. ¿Y tú?

Sethos sonrió a Fátima, que intentaba volver a llenar su taza.

- No, gracias, Fátima. Tu café me tienta para quedarme, pero el

deber me llama. El profesor ha cuestionado mis habilidades e impugnado mis talentos.

- ¿De qué diablos estás hablando? -pregunté. Fátima, que había entendido menos que yo, sacudió la cabeza y sonrió.

- Piensa que me dejé algo cuando estaba saque… este… investigando la tumba -dijo Sethos-. Quiero estar presente cuando admita que se equivocó.

Nos reunimos con los demás en el establo. Ramsés me ofreció amablemente a *Risha,* pero lo rechacé a cambio de una de las nietas del semental, una bonita yegua llamada *Amber.* Como Sethos había adivinado, Emerson condujo la procesión al Valle Oriental y a la tumba 55.

Hacía varios días que no había estado allí y me impresionaron los progresos que habían hecho los trabajadores. Habían despejado casi toda la cámara mortuoria. Sólo faltaba examinar un rincón y el nicho que había contenido los hermosos vasos canopes.

El trabajo de la mañana resultó tan poco productivo como nuestras excavaciones anteriores. El rincón alejado contenía el mismo tipo de objetos que habíamos encontrado antes: fragmentos de cerámica, uno de los cuales presentaba un diseño floral en rojo y negro, un trozo informe de cuarcita amarilla y unos pocos abalorios de fayenza. Cuando culminó el registro y se guardó el último de los objetos, Emerson se detuvo con los brazos en jarras y contempló la cámara vacía.

- No hay cámaras secretas -anunció Sethos con una voz estudiadamente neutral.

- No esperaba que las hubiera -dijo Emerson.

- Ni siquiera un agujero en la pared, -Emerson le lanzó una mirada de disgusto.

- Todavía está el nicho de los vasos canopes.

- ¿Comenzamos con él? -preguntó Ramsés.

- Este… hoy no. -Emerson sacó su reloj-. Dios santo, es más tarde de lo que pensaba. ¿No quieres volver a tus fragmentos de papiro, hijo?

- Lo que usted diga, padre.

- Me voy a Luxor -anunció Sethos.

Emerson murmuró algo que podía ser «Por fin nos libramos…» y se encaminó a la entrada, dejando a David y Nefret guardando las

cámaras. Mi cuñado me ofreció galantemente su brazo.

- Es rara, sabes -dijo.

- ¿El qué?

- La conducta de Emerson. Ha estado cavando en ese desgraciado pozo con el propósito manifiesto de encontrar alguna prueba de que la estatuilla estuvo alguna vez allí, y sin embargo no parece molesto por su fracaso. Me hubiera esperado al menos algunas maldiciones, ¿no es verdad?

- Todavía no hemos terminado.

- Mmm -dijo Sethos.

- ¿Por qué vas a Luxor? -le pregunté.

- Quiero investigar algunas de las pistas que con tanto ingenio sugeriste. ¿Me puedes prestar esa excelente lista tuya? Creo que vi que te la guardabas en el bolsillo.

Se la entregué.

- Por supuesto, me informarás del resultado de tus investigaciones.

- ¿Cómo podría ser de otra manera, querida?

Se dirigió con Ramsés al corral de los burros; no iban exactamente juntos, pues si bien caminaban codo con codo, no se miraron ni se hablaron. Mientras nos abríamos paso entre los turistas vi a Sir Malcolm, tan elegante como siempre, bajo una sombrilla muy grande que sostenía su dragomán.

- ¿Hubo suerte? -gritó.

- Ninguna -rugió Emerson, sin detenerse.

Como quedaban algunas horas de la mañana, di por sentado que Emerson no querría volver a la casa todavía.

- ¿El Valle Occidental? -pregunté esperanzada. Cyrus siempre llevaba una gran provisión de alimentos y agua. Emerson no me había dado tiempo para preparar una cesta con comida.

- Podría ser -masculló Emerson.

- Te estás comportando de forma muy imprevisible -le informé.

- No, no lo creo -dijo Emerson.

Nefret y David nos alcanzaron tan pronto como doblamos hacia el camino que conducía al Valle Occidental. Prefiero mantener un paso uniforme sobre terreno abrupto en beneficio de los pobres caballos.

Cyrus nos recibió encantado.

- Esperaba que vinierais. Parece que tengo necesidad de un fotógrafo.

- Me alegra complacerte -dijo Emerson-. David…

- Deja que el muchacho beba primero una taza de té -dijo Cyrus-. Todos parecéis muy acalorados y sedientos.

- El camino es muy agobiante y polvoriento -repliqué-. ¿Es ese el señor Lidman?

Cyrus miró a su alrededor. Como era mi costumbre, nuestro amigo también erigía una tienda provisional cuando no tenía a mano una conveniente tumba vacía. Mi pregunta resultó innecesaria; sentado bajo el toldo de lona, al lado de una cesta enorme, se hallaba la figura inconfundible del señor Lidman.

- Insistió en venir hoy -replicó Cyrus-. Todavía no puede hacer mucho, pero quiso reanudar sus tareas.

Lidman se puso de pie y se quitó el sombrero cuando nos acercamos. En mi opinión, había tomado una decisión imprudente al dejar la cama. Su cara pálida e hinchada estaba roja por el sol y su intento de sonrisa daba pena.

- He asumido las tareas de un criado, como pueden ver -dijo-. Por desgracia, no puedo hacer otra cosa.

Nefret lo estudió con amable interés.

- No debe esforzarse demasiado, señor Lidman. Vaya despacio.

Emerson tenía muy poca paciencia con la debilidad y menos aún con el señor Lidman.

- Bien -dijo, una vez que apuró su té-. Entonces, Vandergelt, veamos cómo van tus cosas. David y Nefret, sacad las cámaras. Peabody, aquí hay un lindo montón de escombros que está pidiendo un tamizado. Puedes ayudar a Jumana.

- ¿Cómo, no me ayudarán también Hassan y los demás hombres? -preguntó Cyrus con una sonrisa.

- Vendrán más tarde -dijo Emerson, pasando por alto el sarcasmo-. Los dejé cerrando KV55.

- ¿Ya has terminado con esa tumba? -preguntó Cyrus.

- Totalmente no. No, totalmente no. Sin embargo, aquí hay más cosas que hacer. Siempre hay que echar una mano a un amigo, ¿eh? Ah, Bertie. ¿Qué estabas haciendo con Jumana? Deberías levantar el plano de la tumba.

- Creía que podía esperar hasta terminar con la limpieza -dijo

Bertie con timidez-. Los escombros se amontonan y Jumana…

- La señora Emerson la ayudará. Ven con nosotros.

Nefret consoló a Bertie con una palmada en el brazo.

* * *

Si bien Cyrus aceptaba en la mayoría de los casos todo lo que decía Emerson, era inflexible en su costumbre de dejar de trabajar a media tarde.

- Estoy aquí desde las seis de la mañana -anunció-, me siento fatigado, muerto de calor y estoy deseando un baño largo y fresco. Ya he mandado a Lidman a casa, parecía no sentirse bien.

- El hombre es un absoluto inútil -gruñó Emerson.

- No puedo despedir a una persona porque se haya puesto enferma -dijo Cyrus-. No sería correcto. Os veré más tarde.

Para cuando llegamos a casa, yo también ansiaba un baño largo y fresco. Ramsés y Katchenovsky estaban trabajando y Sethos todavía no había llegado de Luxor, por lo que pude disfrutar de un tiempo libre. Cuando chapoteaba alegremente en mi tina de metal, ocurrió que atraje la atención de Emerson y gozamos de un pequeño interludio muy agradable. Sin embargo, mis esfuerzos por convencerlo de que confesara lo que tramaba no tuvieron éxito y debo admitir que no persistí en ellos largo tiempo.

El buen humor de Emerson se disipó cuando vio al señor Katchenovsky en la galería jugando con los niños. El juego parecía consistir en intercambiar trozos de galleta.

- Estoy cansado de soportar a ese individuo en nuestra casa -se quejó-. ¿Por qué viene todos los días?

- No hables tan fuerte -protesté-. Te va a oír. Parte de su acuerdo con Ramsés es que tome el té con nosotros, como sabes perfectamente bien. Buenas tardes, señor Katchenovsky. Confío en que haya tenido un día productivo.

El ruso no pudo responder, ya que Carla le había introducido una galleta entera en la boca. Ramsés contestó por él.

- Muy productivo. Ya tenemos casi todos los fragmentos alisados y secos, y hemos comenzado un catálogo preliminar. Algunos trozos parecen muy interesantes.

- Ramsés posee una memoria notable -alabó Katchenovsky, después de tragar con esfuerzo-. Creo que podría recitar la lista completa de los fragmentos.

- Es cuestión de práctica -dijo Ramsés con modestia.

- Es cuestión de una cualidad mental especial -dijo Nefret con una sonrisa-. En una época podía echar una mirada a un cuarto y luego recordar todos los objetos que contenía. Carla, deja de llenar con comida la boca del pobre señor Katchenovsky, se va a atragantar.

- Es que la ha ganado -explicó Carla-. Jugamos a papel, piedra, tijera, con los dedos, y el que gana se come la galleta.

- ¿Vas a servir el té, Peabody? -preguntó Emerson-. ¿Qué estás esperando?

- Fátima no ha traído todavía la tetera, esa es la razón. Supongo que está esperando a tu… a Seth… a Anthony.

- Llegó hace un rato -dijo Ramsés-. Se fue a bañar y cambiar.

Fátima apareció con la tetera.

- Aquí llega -anunció de forma teatral.

Hasta le había enseñado a Kareem a abrir la puerta de par en par de forma que Sethos pudiera hacer su entrada sin cambiar de paso.

- Espero no haberos hecho esperar -se disculpó, con una inclinación principesca de la cabeza hacia Kareem.

- Sirve el té -me dijo Emerson.

- ¿Qué novedades hay? -le pregunté a Sethos.

Con un gesto, señaló a los niños, que se habían reunido a su alrededor y le explicaban simultáneamente y a voces el nuevo juego.

- Ah -exclamó Sethos-. Creo que tendré que considerar mi estrategia antes de competir con vosotros. Practicad un poco más con el señor Katchenovsky, ¿eh?

- Algo anda mal -dije, en voz baja.

- Un nuevo acontecimiento ha tenido lugar -anunció Sethos, en un tono igualmente suave-. Los Petherick se han ido de Luxor. Han cogido el tren de la tarde a El Cairo.

- Buen Dios -exclamó Emerson.

- No puedo decir que me sorprenda -dije, mientras servía el té.

- No puedes, no -gruñó Emerson-. Venga, Peabody, ni siquiera tú lo podrías haber imaginado.

- No dije que lo hubiera imaginado. Dije que no me sorprende, después de haber escuchado el relato de Ramsés de su entrevista

con Harriet.

- No dije nada que la indujera a partir -protestó Ramsés-. Por el contrario, hice lo que pude para tranquilizarla.

- Nada la podía tranquilizar, me parece -sentencié-. ¡Qué acción tan absurda! La policía pensará que esta fuga es una tácita admisión de culpa. ¿Cómo habrán conseguido Harriet y Adrian eludir a los agentes? Seguramente, éstos le habrán dicho al señor Salt que informara a Ayyid inmediatamente si los hermanos cancelaban su cuenta en el hotel.

- No lo hicieron. Se limitaron a salir del hotel andando y se dirigieron directamente a la estación de tren. Cada uno llevaba una pequeña maleta. He tardado todo el día en descubrir la fuga -agregó Sethos con petulancia-. Lo mismo que Ayyid en obtener el permiso para alertar a la policía de El Cairo. El tren llegará esta noche.

- No estarán en él -predijo Ramsés. Estaba sentado muy quieto, con una copa en la mano.

- ¿Por qué lo dices? -preguntó Nefret.

- Porque Harriet Petherick sabe que la policía estará siguiendo su rastro y que no pueden de ninguna manera marcharse de Egipto sin que los detengan. Dios sabe lo que piensa esa muchacha, pero no me gusta esta fuga. Adrian no es… de fiar.

- Espera, ¿no creerás que es capaz de hacer daño a su hermana? -exclamé.

- Me temo que sí -dijo Nefret con voz ahogada. Bajó la vista hacia sus manos entrelazadas-. He estado pensando en lo que dijo Ramsés anoche. Las acciones de Adrian concuerdan con un trastorno mental llamado enfermedad maniaco depresiva, en la cual se alternan estados de exaltación y letargo. Según me explicaron mis profesores, las enfermedades mentales siempre son provocadas por un daño del cerebro, causado por agentes totalmente físicos. Sin embargo, en estos últimos años ese concepto está cambiando y las pruebas son consistentes. Un severo trauma emocional también puede desencadenar estos ataques.

- Yo también conozco las modernas teorías psiquiátricas -dije-. En un estado maniaco, Adrian podría resultar peligroso.

- Ya ha sido peligroso -dijo Nefret, desolada-. No se puede considerar una conducta inofensiva irrumpir en una casa ajena y amenazar a sus moradores con una pistola. Si Ramsés no le hubiera

quitado el arma, no sé lo que hubiera hecho.

- Esa no es la única señal -dijo Ramsés-. No os lo he contado antes porque… me parecía una violación de su intimidad. Había magulladuras en los brazos de Harriet. Las vi cuando las mangas del *deshabillé* resbalaron. Magulladuras recientes.

Capítulo 8

- Debo encontrarlos -dijo Ramsés.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibimos una confirmación de nuestras sospechas y temores. Los agentes habían abordado el tren e interrogado a los pasajeros. Los Petherick no se hallaban entre ellos. Uno de los colegas de Sethos había tomado parte, a petición suya, en la inspección y mi cuñado nos aseguró que no lo habría engañado ningún disfraz, por muy ingenioso que hubiera sido. Resultaba obvio que se tomaba el asunto con tanta seriedad como Ramsés.

- ¿Por qué tú? -Nefret le miraba con severidad-. No es tu responsabilidad.

La afirmación era cierta en el sentido más estricto, pero como la muchacha sabía demasiado bien, Ramsés poseía la rara cualidad (una carga, la llamarían algunos) de sentirse responsable de los débiles e indefensos. Harriet Petherick era una mujer que le había pedido ayuda. Ramsés hubiera hecho lo mismo por cualquier hombre, mujer o niño. Había heredado de mí esta virtud, de manera que no intenté discutir con él.

Emerson lo hizo.

- Sabes que Nefret tiene razón. ¿Qué puedes hacer, tú que la policía no pueda? Esa muchacha ha perdido la cabeza…

- Como suelen hacer las mujeres -murmuré.

- ¡Oh, Peabody, cállate! Algunas mujeres y algunos hombres también. La chica no sabe cómo manejarse en Egipto y la policía no tardará mucho en localizarles a ella y a su hermano.

- No dudo que sea así -dijo Ramsés. Había dejado de lado su

plato y caminaba de un lado al otro del comedor-. Me preocupa lo que puede suceder antes de que la policía los encuentre.

- «Siempre se acaba destruyendo lo que se ama» -declamó Sethos.

Ramsés le lanzó una mirada fugaz, y Emerson dijo, disgustado:

- ¡Poesía!

- La poesía a veces expresa verdades universales, -dije-. Para enunciarlo en términos psicológicos, las personas pueden sentirse ambivalentes hacia los que aman, en especial si sufren de excitabilidad mental.

- ¡Psicología! -exclamó Emerson-. Te he pedido que no me hables de psicología, Peabody. Es peor que la poesía.

- Te guste o no, padre, hay algo de verdad en lo que dice madre -admitió Nefret de mala gana-. Harriet es muy sobreprotectora con su hermano, por motivos legítimos, por supuesto, pero no resultaría sorprendente que él, inconscientemente, no lo llevara bien.

Emerson se dio un golpe en la frente.

- Por favor, Nefret. No hables de inconsciente. No creo en él.

Obligado por Fátima, Ramsés volvió a su asiento y cogió el tenedor.

- Estoy seguro de que las autoridades estarían de acuerdo con usted, padre. Estarán buscando un par de fugitivos, no a una mujer que puede estar amenazada por la persona que más quiere. Se apearon del tren en un lugar entre Luxor y El Cairo. Voy a tratar de encontrar su rastro.

Su tono de tranquila determinación silenció a todos, hasta a Emerson.

- Hay un tren local a las once -prosiguió Ramsés-. Me propongo cogerlo.

- Yo también -dijo David, en el mismo tono.

- Maldita sea -exclamó Emerson.

- Nefret y Selim pueden ocuparse de las fotografías tan bien como yo -dijo David.

- Mmm… -Emerson se acarició el hoyuelo del mentón. Dejadme que reconozca los méritos de mi bienamado marido; la preocupación por su hijo se sobreponía a todo, hasta a su interés por las excavaciones. No creía realmente que Harriet Petherick estuviera en peligro, pero conocía las reacciones temerarias de

Ramsés. David constituía una influencia moderadora y era un amigo leal.

- ¿Qué pasa con tu amigo Karnovsky? -preguntó.

- Katchenovsky -le corrigió Ramsés-. Supongo que me siento un poco posesivo con esos fragmentos. El hombre es competente y digno de confianza, pero prefiero estar aquí cuando trabaje con los papiros.

- Y yo preferiría que no trabajara solo -dije-. Por su propio bien, en realidad. No caerá bajo sospecha si ocurre algún desafortunado imprevisto.

- ¿Algo así como un intento de asesinato o de robo? -Era lo primero que decía Sethos desde hacía un rato. A diferencia de Ramsés, estaba dando cuenta de un excelente desayuno.

- Algo por el estilo -admití-. ¿Cuáles son tus planes?

Sethos se limpió delicadamente la boca con su servilleta.

- En mi opinión, puedo ser más útil aquí. Si David le acompaña, Ramsés recibirá una excelente protección.

- Voy a guardar algunas cosas -dijo Ramsés, echando hacia atrás la silla-. Nefret, ¿me ayudas?

En silencio y con los labios tensos, la muchacha lo siguió. Sethos rió.

- Se toma muy a pecho mis pequeñas bromas. Es una pena que no pueda quererme un poco.

- Haces lo indecible para irritarlo, esa es la razón por la que le caes mal -dije.

- Ambivalencia -explicó Sethos-. Inconscientemente le quiero mucho.

Aquello fue demasiado para Emerson. Dio un salto y arrojó la servilleta sobre la mesa.

- Entonces puedes reemplazarlo en la excavación.

- ¿Qué excavación? -inquirí-. ¿KV55, el Valle Occidental o Deir el Medina?

- El Valle Occidental, por supuesto.

No resultaba nada claro. Concebí una idea aproximada acerca de lo que tramaba Emerson. Si hubiera tenido la amabilidad de incluirme en sus planes y pedirme ayuda, se la hubiera prestado. Tal como estaban las cosas, me limité a mirarlo con desdén.

- Allí no te puedo ayudar -dijo Sethos-. No soy arqueólogo.

- Excavaste y localizaste los mejores objetos de KV55 -replicó Emerson. Una sonrisa maligna se extendió por su rostro-. Puedes ayudar a Peabody con el tamizado de los escombros.

Una hora después despedimos a los muchachos que partían para Luxor. (Nunca dejo de pensar en ellos como niños, a pesar que debo ponerme de puntillas para darles un beso.) Nefret demostraba un fuerte control de sus emociones; sólo sus responsabilidades como madre le impedían insistir en acompañarlos, pero su frente arrugada y ojos ansiosos traicionaban la preocupación por su marido.

- Recordad -les dijo cuando estaban a punto marcharse-, acercaos a Adrian con cuidado. Todo lo que pueda interpretar como amenaza o peligro puede desencadenar en él un episodio de furia. Y no contéis con su hermana para calmarlo, ella…

- Lo sé. Ya me lo has dicho -Ramsés sonrió de modo tranquilizador y le dio un rápido beso-. No te preocupes. Todo irá bien, lo sabes.

Nos les quedamos mirando mientras se encaminaban por el sendero, codo con codo, como habían hecho tan a menudo en el pasado, compenetrados como hermanos y muy parecidos en la longitud de sus zancadas y la gracia atlética de sus altas figuras. Y el negro cabello ondulado, por supuesto.

- Poneos el sombrero -les grité.

Del Manuscrito H:

- Crees que mucho de lo que hemos hablado no son más que cuentos chinos, ¿verdad? -preguntó Ramsés.

- No comprendo toda esa charla sobre ambivalencia y depresión maniaca -admitió David.

- La comprendes muy bien. Quieres decir que no lo aceptas. Como le pasa a padre. No se necesita recurrir a una jerga psicológica para definir una característica humana bastante común. Los niños aman a sus padres, pero también les molesta su autoridad. En cierta forma, Adrian es el hijo de Harriet. Es todo lo que le queda en este mundo. Luchará por él como una tigresa.

Llegaron demasiado pronto para coger el tren, como había planeado Ramsés, pues quería tener tiempo para hablar con los maleteros y empleados. En otras palabras, para cotillear. Un intercambio de impresiones informal y sin prisas, en el cual los dos

amigos estaban muy experimentados y que a buen seguro les proporcionaría más información que un interrogatorio, en especial el realizado por un oficial de policía. Los egipcios tenían una justificada reticencia a confiar en la autoridad.

Uno de los maleteros recordaba a los Petherick. Se lo dijo a la policía, pero con los dos jóvenes agregó información que se había guardado.

- Tenían sólo dos maletas. El caballero no abrió la boca. La señora fue la que habló; tenía cogido al joven del brazo y lo empujó casi al vagón. ¿Qué forma es esa de comportarse una dama? Era la que llevaba el dinero. Una mujer que controla el dinero es como un camello sin jinete.

- Quizá se trate de un inválido -dijo un oyente más caritativo-. Que Dios sea misericordioso con él.

Como repartieron una propina adicional, consiguieron un vagón para ellos solos, pero el viaje resultó largo y tedioso. Hacía mucho que para ellos no tenían ninguna novedad los «pintorescos» poblados de adobe y los humildes minaretes, los bosquecillos de palmeras y los búfalos de agua que chapoteaban en los charcos. Lo único que hizo más llevadero el viaje fueron los interrogatorios que hicieron a los maleteros en las distintas estaciones. Nadie vio a la hermana ni al hermano en Qena, Akhmin o Assiut. En Minya un vendedor ambulante de fruta les dijo que había vendido naranjas a una dama de pelo oscuro y con una voz tan grave como la de un hombre. Confirmó la opinión del primer maletero acerca de las mujeres que administran el dinero. -*Aywa,* había un caballero con ella, pero no salió a la ventanilla, dejó que ella regateara y entregara los cuartos.

- Entonces, ¿no abandonaron el tren? -preguntó David.

- No. ¡Ah, que el cielo les colme de bendiciones por su generosidad, *effendi!*

El tren comenzó a andar nuevamente.

- Es la última parada antes de El Cairo -dijo David mientras cerraba la ventanilla para que no entrara el polvo que ya había formado una fina capa sobre toda superficie plana-. El tren se detiene en otras estaciones previa petición. Podrían haberse apeado en cantidad de lugares.

- No en mitad de la noche -Ramsés encendió otro cigarrillo.

Estaba fumando más que de costumbre; una manifestación de ansiedad que no se molestó en ocultar a David-. Y no hay hoteles aceptables en las ciudades más pequeñas. Harriet lo sabría, probablemente.

- No es que me queje, pero creo que vamos a ir de la Ceca a la Meca. De alguna manera habrán eludido a la policía en El Cairo.

- Hay una última parada -dijo Ramsés.

- Maldita sea, es cierto. Bedrashein. Está tan cerca de El Cairo que no se la considera un lugar separado. ¿Piensas que podrían estar allí?

- Habrían llegado alrededor del mediodía, y los turistas se bajan para visitar Sakkara y Memfis.

- Entre el gentío hay más anonimato -dijo David, algo cariacontencido por el rumbo de los acontecimientos.

- Y también de ahí salen varias rutas alternativas. Pudieron alquilar un carruaje para que los lleve a El Cairo o al Mena House, desde donde se puede coger el tranvía.

- Despiértame cuando lleguemos -dijo David y apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento.

Ramsés había llevado un libro; en su familia, la lectura se consideraba un artículo de viaje, como la navaja de afeitar o una muda de calcetines. Sin embargo, no se pudo concentrar. La cara de Harriet Petherick aparecía continuamente entre sus ojos y la página impresa. No la cara de la seductora inexperta, sino la de la muchacha que había clavado los ojos en los suyos sin pestañear y cuyas facciones se dulcificaban cuando sonreía.

También seguía viendo las magulladuras en sus antebrazos, donde unas manos fuertes la habrían cogido.

Una delicadeza exagerada había impedido que las mencionara, hasta que se dio cuenta de que era más probable que se las hubiera hecho su hermano antes que un amante apasionado. Harriet no era la clase de mujer que recibía hombres en su cuarto.

El tren no llegó a Bedrashein hasta la medianoche. Ramsés y David se encontraban entre los pocos que se apearon a esa hora, y pudieron alquilar un carruaje sin dificultad. Los cocheros dieron muestras de interés pero no colaboraron. Muchas personas se bajaron del tren de Luxor el día anterior. Después de todo, los extranjeros se parecen.

- ¿Adónde vamos? -preguntó David, cuando subieron al carruaje.

- Supongo que al Mena House. Nos convendría pasar allí la noche. Espero que podamos conseguir una habitación. Estamos en plena temporada.

El famoso hotel, en la base de la meseta de las pirámides, estaba lleno, pero Ramsés y su familia eran bien conocidos en el establecimiento. Les dieron una suite reservada para huéspedes distinguidos, con una amplia terraza que dominaba las pirámides y un cuarto de baño tan grande como un salón, con elaborados accesorios dorados. Cuando preguntaron por sus «amigos», que habían llegado el día anterior, el recepcionista les aseguró que nadie de nombre Petherick se había registrado, y que no podía recordar ninguna dama que se ajustara a la descripción de Harriet. La descripción de Adrian se podía adjudicar a una cantidad de jóvenes.

- Deben de haber tomado un carruaje a El Cairo desde Bedrashein -dijo David, con un gran bostezo, mientras sacaba el pijama de la maleta-. No será fácil encontrarlos, hay docenas de hoteles.

- ¿Sugieres que abandonemos?

- En absoluto. Me siento muy feliz sumergido en este lujo. Podré soportarlo el tiempo que sea necesario.

Al día siguiente cogieron el tren para El Cairo. Ninguno de los guardas recordaba haber visto a los Petherick.

* * *

Emerson había hablado en serio cuando conminó a su hermano para que les ayudara en la excavación, aunque para decirlo con propiedad, se trataba de un reclutamiento obligatorio antes que un acto voluntario por parte de Sethos.

- Podría quedarme aquí y supervisar a Katchenovsky -se ofreció Sethos, en un último y desesperado intento-. Y entretener a los pequeños.

- Te ocupas demasiado de los niños -replicó Emerson-. David John me dio una conferencia el otro día acerca de los mejores métodos de falsificar *ushebtis*. En cuanto a Karnovsky, sabes perfectamente bien que no vendrá. Ramsés le envió una carta al hotel explicándole el cambio de planes. Ahora prepárate para partir.

- Ayudaré a Fátima a preparar la cesta del almuerzo -dijo Sethos,

y desapareció antes que Emerson pudiera objetar algo.

Cyrus recibió a Anthony Bissinhurst con cordialidad.

- Puedo darle trabajo, por cierto -declaró-. Lidman me ha dejado plantado.

- Santo. Dios -exclamé-. ¿Cómo lo hizo?

- Se limitó a irse andando. Justo después del desayuno esta mañana, mientras estábamos reuniendo el equipo. El portero no tenía motivos para detenerlo, pues salió a la luz del día y no hacía nada incorrecto.

- Pero sin decirte una palabra… -comencé.

- Oh, me dejó una carta. Disculpas, excusas y cosas por el estilo. Explicaba que no podía realizar el trabajo, que no quería aprovecharse de mi bondad y que necesitaba tiempo para recuperarse.

- ¿Decía a dónde iba? -insistí.

- No. No es de mi incumbencia, ¿verdad?

- Mmm… -murmuró Emerson, acariciándose el mentón.

- Yo pienso que sí es de nuestra incumbencia -intervino Sethos-. No podemos dejar que nuestros sospechosos se escabullan en todas direcciones, ¿verdad? Me pondré a buscarlo inmediatamente.

Podría tratarse sólo de una excusa para evitar el tamizado de los escombros, la tarea más tediosa y ardua de cualquier excavación, pero no lo creí así. Tampoco Emerson, que asintió con la cabeza.

- Interroga primero a los boteros. Si Lidman no tiene nada que ocultar habrá regresado a su hotel.

- Gracias por el consejo -dijo Sethos-. No sé cómo no se me había ocurrido.

Emerson rechinó los dientes. Sethos nos saludó alegremente y se alejó.

Después de lanzar una mirada superficial a la tumba, donde los hombres seguían despejando el corredor, Emerson dijo:

- ¿Puedo pedirte a Bertie esta mañana?

- Imagino que sí -dijo Cyrus-. ¿Para qué?

- Quiero echar un vistazo a la otra tumba de esta zona, la 25.

- ¿Para qué? -repitió Cyrus.

- Para ser meticuloso -respondió Emerson con un aire altanero y hermético.

Bertie hizo la misma pregunta y obtuvo una respuesta apenas

más informativa.

- Una de las tumbas, la número 25, probablemente pertenezca a la XVIII Dinastía. Algunos creen que se construyó para Akenatón, pero nunca se terminó porque el faraón se mudó a Amarna y construyó allí su sepulcro oficial.

- ¿La tumba 25 no es la que Belzoni encontró en 1817? - preguntó Bertie.

Emerson lo miró sorprendido y luego le dio una palmadita en la espalda.

- Bien hecho, muchacho. Te has informado sobre esta zona.

Bertie dirigió una mirada anhelante a Jumana, que trabajaba con afán en los escombros, y aceptó su suerte.

- En realidad, se lo oí decir a Lidman. No hacía más que soltar datos y fechas a todos los que quisieran oírlo. ¿Qué quiere que haga, señor?

- Quiero un plano exacto. La entrada estaba bloqueada por una pared de piedra cuando Belzoni la encontró -le explicó Emerson, mientras caminábamos-. Como era su costumbre, ese bastardo usó un ariete para destruir la pared y luego dejó totalmente abierto el lugar. Dentro había cuatro momias en sus féretros…

- Probablemente inclusiones posteriores -lo interrumpí.

- Gracias, Peabody -dijo Emerson con excesiva cortesía-. Estoy dispuesto a reconocer que conoces la bibliografía.

- Belzoni era un escritor ameno, aun cuando se pueden cuestionar sus métodos -expliqué-. No se molestó en sacar los féretros. Dudo que quede algo de ellos.

- Puede que quede lo suficiente como para probar que las momias no eran de la XVIII Dinastía -replicó Emerson-. Y que la tumba nunca se terminó ni fue ocupada en ese período.

- Lo que la eliminará como posible lugar de procedencia de la estatuilla -concluí.

- Entiendo -dijo Bertie, con una expresión que le contradecía.

La tumba sin terminar se hallaba a corta distancia. La entrada estaba cortada a través de la grava endurecida del pie del acantilado, una abertura oscura que conducía a un pasaje descendente y a una oscuridad mayor. Bertie fue el único de nosotros que había tenido la precaución de llevar una antorcha. (Yo lo hubiera hecho si Emerson se hubiera molestado en mencionar lo

que tenía en mente antes de salir de casa.) Su resplandor mostró los peldaños superiores de un tramo de escalera, a pesar de que estaban tan cubiertos de barro endurecido y trozos de grava que parecían una rampa empinada.

- Dejadme bajar primero -dijo Bertie, y me lanzó una mirada ansiosa.

- No, no, no, muchacho. -Emerson cogió la antorcha de sus manos y comenzó a elegir el camino-. No quiero que te caigas. Limítate a seguir mis pasos.

Descendimos sin incidentes, aunque los intentos de Bertie por sostenerme de un brazo me molestaron un poco. Las intenciones del querido muchacho eran buenas, y no protesté. Al pie de la escalera, una entrada cuadrada, típica de las tumbas de ese período, desembocaba en un cuarto angosto, medio lleno de escombros.

- Esto es todo lo que hay -dijo Emerson moviendo la antorcha-. Se construyó con la intención de que fuera un pasaje hacia una cámara mortuoria, pero nunca la construyeron.

Belzoni había dicho que había ocho féretros, cuidadosamente ordenados en dos filas. Los diligentes ladrones modernos habían visitado la tumba con posterioridad, en busca de los elementos que se enterraban con los muertos; sólo quedaban fragmentos de la cubierta de los féretros y trozos de las momias.

- De la XXII Dinastía -dedujo Emerson, al iluminar con la antorcha uno de los fragmentos. Tenía unos doce centímetros de largo por seis de ancho y había perdido gran parte de la pintura, pero ninguno de los dos cuestionamos el análisis de Emerson.

- Si me permites decir algo -acoté-, esta pequeña expedición es una pérdida de tiempo. Nos llevará días limpiar la tumba y ¿con qué objeto? Es el lugar menos probable para hallar algo como… hmm…

- ¿Hmm qué? -preguntó Emerson.

- Nada. -Me acordé de la críptica afirmación de Abdullah: «El último lugar en el que pensarías», había dicho.

Pero Emerson había llegado a la misma conclusión y aceptó mi comentario. Otros arqueólogos habían inspeccionado esta tumba. Indudablemente la habían saqueado en épocas más recientes, pero una obra de arte de Amarna no estaría en manos de un individuo cualquiera que hubiera vivido siglos después de ese período.

Regresamos a la entrada.

- Temo, señor -dijo Bertie respetuosamente-, que no puedo dibujar un plano exacto hasta que el lugar esté despejado. A menos que usted quiera que yo…

- No, no -Emerson le hizo un guiño-. Quería proporcionarte una excusa para que dejaras los condenados escombros. Es una tarea aburrida.

- Gracias, señor.

Emerson se alejó con la pose engreída de un hombre que acaba de realizar una buena acción. Cogí el brazo que Bertie me ofrecía.

- ¿Cómo andáis tú y Jumana? -le pregunté.

- Igual. Le he pedido seis veces que se case conmigo.

- Entonces deja de pedírselo.

- Ramsés me dijo más o menos lo mismo -admitió Bertie con una sonrisa avergonzada-. Sugirió que me buscara otra chica. Como si todo lo que tuviera que hacer es mirar alrededor y señalar a la primera que viera.

- En todo caso, mira y señala. Mantén una mente abierta. Y deja de presionar a Jumana. A menudo esa conducta tiene un efecto negativo, en especial con una joven tan resuelta como ella.

- ¿Fue así como el profesor la conquistó?

Me miró de reojo, como si temiera haber ido demasiado lejos. Me reí y apreté su brazo.

- Cariño, el profesor te dirá que fui yo la que lo conquistó. Es una de sus bromas, por supuesto, pero hasta el momento en que me pidió que fuera suya no había hecho más que criticarme y gritarme.

- Podría probar lo mismo, por cierto.

Escudriñé su cara amistosa e ingenua y traté de imaginarle gritando a Jumana.

- Dudo que resultes convincente. Limítate a ignorarla. Deja que tamice sus propios escombros.

Bertie siguió mi consejo, y yo fui a ayudar a Jumana. Estaba aburrida de la tarea y me lo dijo.

- No he tenido ocasión de hacer nada interesante -se quejó-. Ni siquiera de buscar otras tumbas en el Valle Occidental. ¿Por qué el profesor no me dejó ir con él en lugar de Bertie?

Le aseguré que no se había perdido mucho, pero acepté que estaba malgastando sus conocimientos. Como muchos de los jóvenes

de Gurneh, había pasado la infancia trepando por los acantilados en busca de tumbas perdidas. Los *gurnawis* tienen un don (heredado, se podría decir, de sus ancestros) que les permite localizarlas.

A cada rato echaba un vistazo por si aparecía Sethos, pero el día pasaba sin señales de él. ¿Qué podría estar haciendo durante todo ese tiempo? Después de todo, nuestras sospechas de Lidman se basaban en evidencias muy frágiles. No se podía decir con exactitud que hubiera huido; había abandonado el Castillo a la luz del día y estaba en todo su derecho.

Gracias a la costumbre de Cyrus de dejar de trabajar a una hora razonable, llegamos a casa más temprano de lo que lo hacíamos cuando Emerson estaba al mando.

Aproveché la oportunidad de tomar un relajado baño y de lavarme el pelo. Para cuando había terminado con esta operación un tanto delicada (el tinte tiene cierta tendencia a decolorarse con el agua), Emerson y Nefret se hallaban en la galería a la espera del té. En el lado de afuera de la puerta, revolcándose entre el polvo, estaban los niños, la perra y mi cuñado.

- Venid aquí enseguida -ordené-. No, tú no, *Amira.* David John y Carla, tendréis que lavaros las manos otra vez. Id con Fátima.

- Es sólo arena -dijo Sethos restregándose las manos-. No hay ni un germen.

- Hay muchos gérmenes en la perra.

- Oh, muy bien.

Volvió casi enseguida.

- ¿Por qué has tardado tanto? -pregunté-. ¿Qué has averiguado?

- No mucho. Ninguno de los boteros recordaba haber cruzado a Lidman, pero de todos modos fui a Luxor. No volvió a su hotel ni a ninguno de los otros, ni tampoco lo vieron en la estación. También los empleados de la compañía naviera negaron tener algún dato del sujeto. El problema reside -resumió Sethos, mientras se ponía de pie para abrir la puerta a Fátima y la bandeja con el té- en que Lidman no es un individuo que se recuerde fácilmente. De estatura media, con rasgos comunes y una tendencia a la gordura, característica que comparte la mayoría de los turistas varones. Quizá esté todavía en la ribera occidental, pero que me condene si sé en qué lugar.

Fátima lo miró.

- ¿Hablan del señor Lidman, el caballero que estuvo enfermo?

Vino aquí esta mañana.

- ¿Aquí? -gritó Emerson-. ¿Cuándo?

- Esta mañana. -Fátima se dio cuenta por su tono de que algo no andaba bien, y comenzó a retorcerse las manos-. Lo estaba buscando, profesor. Esperó un rato y luego se fue.

- ¡Infierno y condenación! -Emerson se puso de pie de un salto.

- ¿He hecho algo mal? -preguntó Fátima, ansiosa-. Ha estado antes por aquí, trabaja para el señor Vandergelt…

- Está bien, Fátima -la tranquilizó Sethos.

Emerson desapareció hacia el interior de la casa. Todos corrimos tras él, seguidos por los niños, que habían reaparecido aseados y con las caras color de rosa. Una mirada fue suficiente para descubrir la horrible verdad. El cajón inferior del escritorio de Emerson estaba abierto y forzado. La caja pintada y la estatuilla habían desaparecido.

- Controla tu lenguaje, Emerson -imploré-. Los niños.

David John sacudió la cabeza.

- Disculpe que se lo recuerde, abuelito, pero le dije que no era un escondite seguro.

Del Manuscrito H:

Ramsés disfrutaba con la relativa paz y tranquilidad de Luxor, pero había algo en El Cairo… No una ráfaga de aire fresco, pues hacía mucho calor, sino una sensación de bullicio y excitación. Caminaron a lo largo del río y dejaron atrás el museo. Había muchos turistas y los oficiales extranjeros de costumbre, así como una cantidad de automóviles, pero estos molestos elementos de la vida moderna desaparecían ante las multitudes y los sonidos cacofónicos del verdadero El Cairo: hombres en turbante y *galabiyyas,* mujeres con velo, camellos quejosos, burros que relinchaban y perros que ladraban.

- ¿Prefieres estar aquí antes que en Luxor? -preguntó Ramsés.

- Prefiero estar en casa con Lia y los niños. Pero hay algo en El Cairo…

Su marcha se hacía lenta por los encuentros con antiguos conocidos.

- Mendigos, revolucionarios y policías -comentó Ramsés, después de que se alejaron de un agente-. ¿No tenemos ningún amigo respetable?

- No, a menos que consideres respetables a los egiptólogos.

No habían visto a los Petherick en el Semíramis Hotel. Con el fin de ganar tiempo, cogieron un taxi para volver al centro de la ciudad donde estaban ubicados la mayoría de los demás hoteles importantes. Tacharon de su lista el Savoy, el Hotel d'Angleterre, el Continental y el Edén Palace. El mediodía llegó y se fue. Finalmente, David se animó a sugerir que se detuvieran a evaluar la situación y a comer algo.

- No podemos seguir así todo el día, Ramsés. Sólo hemos estado en unos pocos de los hoteles más grandes. ¿Piensas quedarte en El Cairo esta noche?

Ramsés se agachó para dejar pasar a un panadero que llevaba un pedido en una bandeja a la altura de los hombros.

- Pienso seguir buscando hasta encontrarlos. Pero si tienes hambre…

- Tengo un hambre canina. Como debes tener tú.

- Vamos al Shepheard, entonces.

Era el único lugar en el que tenían la seguridad de encontrar siempre una mesa. Desde sus primeros viajes, Emerson había causado una profunda impresión, y toda la familia aprovechaba el terror que producía su nombre en la administración de aquel establecimiento. David caminó con un paso deliberadamente tranquilo cuando rodearon los Jardines Ezbekieh; era su forma de indicarle a Ramsés que fuera más despacio. Ramsés sabía que David tenía razón. A menos que tuvieran mucha suerte, su búsqueda les llevaría tiempo. David no compartía su urgencia. A Ramsés le hubiera sido difícil explicarla sin recurrir a las premoniciones o al trabajo del inconsciente, en lo que David no creía.

- Podremos quedarnos en El Cairo algunos días -dijo-. ¿Quieres ver a algunos de tus conocidos políticos?

- Lo último que necesito es verme involucrado en política. La situación es delicada, según dicen.

- Una vez que se publique la Declaración de Independencia las cosas deberían calmarse.

David hizo un ruido grosero.

- Ya se conoce el contenido de ese precioso documento. No es independencia si Gran Bretaña «conserva el derecho a proteger sus propios intereses»… Qué gran ejemplo de ambigüedad, ¿verdad?

Por no hablar de que deja sin resolver la cuestión del Sudán.

- Lamento haberlo mencionado.

David bajó la voz a su tono normal.

- Lamento haberme exaltado tanto. Sabes lo que siento. Pero prometí a Lia mantenerme alejado de la política y el Señor sabe que ya tenemos bastantes preocupaciones para buscar otras.

Consiguieron una mesa en la terraza y una habitación para pasar la noche. Según el recepcionista, no había ninguna reserva a nombre de Petherick.

- Llevamos meses al completo -explicó el hombre-. Solo por la larga relación que nos une a su familia les hemos proporcionado alojamiento. Este… ¿le mencionarán este pequeño favor al profesor Emerson?

Su mesa era una de las mejores, cerca de la balaustrada, con una buena vista de los jardines y de la ajetreada calle que corría debajo. Después que hubieron ordenado la comida y disfrutado de un rato de cotilleo con los camareros, Ramsés examinó los demás comensales.

- La gente de costumbre -dijo David-. Turistas y burguesía local. ¿Esperas encontrarte de sopetón con los Petherick?

- Nunca se sabe. Maldición, allí está Sylvia Bennett. La peor cotilla de El Cairo. Me niego a dejar que se inmiscuya en nuestros asuntos.

- Haz como que no la has visto.

- No es suficiente para que desista de sus intenciones.

Ignoró el dedo que lo llamaba con coquetería, pero como había predicho Ramsés, la muchacha se les acercó.

Sylvia siempre iba a la última moda y en esta ocasión llevaba el pelo ondulado, los labios de un rojo brillante y la falda corta. No tiene piernas para ello, pensó Ramsés con poca benevolencia cuando se levantó para saludarla.

Después del chorro de preguntas usuales sobre Nefret y los demás miembros de la familia («¡Esos queridos, dulces, adorables pequeñuelos!»), Sylvia se sumergió en el tema que realmente le interesaba. Quería saber todo acerca de los Petherick, la condesa Magda, el *afreet* negro y la estatuilla. Ramsés esquivó las preguntas lo mejor que pudo; ni en broma le proporcionaría a Sylvia la satisfacción de estar mejor informada que sus igualmente curiosas

amigas.

- Hemos venido por negocios -dijo-. Nada relativo a la muerte de la señora Petherick. La investigación está en manos de la policía. Temo que sea todo lo que pueda contarte, Sylvia. Saluda de mi parte a tu marido.

Sylvia se alejó enfurruñada. Había saludado a David con un imperceptible movimiento de cabeza.

- Qué mujer horrible -dijo David, retomando asiento-. Al menos parece que no sabe que los Petherick se marcharon de Luxor. No he pensado que los conocía de cuando estuvieron en El Cairo.

- Sylvia conoce a todo el mundo.

- Excepto a los nativos como yo -dijo David.

Ramsés adjudicó a Sylvia un duro calificativo. David rió.

- No me preocupa la opinión de gente como ella, Ramsés.

- Vámonos antes de que nos aborde otro viejo y querido amigo en busca de cotilleos.

- No podrás evitarlos -predijo David-. Por la noche todos los que viven en El Cairo sabrán que estamos aquí.

El Bristol, el National, el Metropole… Hotel tras hotel negó tener alguna información sobre Harriet y Adrian Petherick.

- Resulta inexplicable -murmuró Ramsés-. Hemos visitado la mayoría de los hoteles de primera y segunda clase. No creo que Harriet se aloje en uno de categoría inferior. Hemos pasado algo por alto, pero no sé qué es.

- ¿Y si han cambiado de apariencia? -preguntó David.

- Entonces estamos perdidos, porque no tenemos ni idea de cómo se han disfrazado. Todo lo que podemos hacer es seguir con la idea de que conservan su imagen de siempre.

- ¿Nos quedamos esta noche?

- Sí, maldita sea. Arreglémonos un poco y luego cenaremos en el restaurante de Bassam, en el Khan. Sabe todo lo que sucede en El Cairo.

Se detuvieron en la esquina del Shari Kasr el Aini y el Shari el Muñirá, esperando poder cruzar la primera calle. El tráfico era terrible, nadie cedía el derecho de paso a los carruajes, carros o peatones. La gente se empujaba a lo largo de la acera y bajaba a la calzada. Resultaba asombroso que no hubiera más accidentes, pensó Ramsés, cuando un camello avanzó pesadamente delante de un taxi

cuyo conductor maldijo a los gritos al animal y su dueño. Un automóvil, a una velocidad imprudente, hacía un zigzag entre los vehículos menores.

Se encontraba casi al lado de los muchachos cuando un golpe fuerte hizo que Ramsés se tambaleara hacia delante. El conductor no hubiera podido detenerse ni aunque lo hubiera querido.

* * *

Nada podía consolar a Fátima.

- Es culpa mía. No debería haberlo dejado solo. Tendría que haberlo vigilado.

Sethos le ofreció un pañuelo impecable.

- Si hay que culpar a alguien, es a mí, Fátima. No se me ocurrió advertirte.

- Ninguno de nosotros pensó en hacerlo. -Añadí mis palabras de consuelo-. En realidad, para ser justos, no había motivos para estar alerta.

- Sí, los había -murmuró Emerson-. Venga, Fátima, nadie te culpa. Por favor, no llores más. Haces que los niños lloren también.

- ¿Tú no me culpas, Padre de las Maldiciones? -Se enjugó la cara mojada y le dirigió una mirada suplicante.

- Santo Dios, no. David John… Carla… no estoy enfadado con Fátima. ¿Me oís?

Los niños se aferraban a las faldas de la mujer y sollozaban por solidaridad con ella. El nivel de sus lamentaciones era muy alto.

- Ya es suficiente, niños -dije-. Tomad una galleta.

La angustia infantil recordó a Fátima la necesidad de controlarse. Se enjugó la cara por última vez y usó el pañuelo para limpiar las caras y sonar las narices de los pequeños.

- Todo está bien, ¿lo veis? No estoy afligida. El Padre de las Maldiciones no está enfadado. Venga, tomad una galleta. ¡Tomad dos!

- Ha tenido más de cinco horas para fugarse -dije-. ¿A qué hora interrogaste a los boteros?

Sethos sabía a dónde quería llegar.

- Dejé instrucciones, junto a promesas de generoso de que me informen inmediatamente si aparece.

- No podemos quedarnos sentados y dejar que el bastardo se salga con la suya -gruñó Emerson-. La condesa confió en que yo

custodiaría la maldita cosa. Me vuelvo al embarcadero.

- Ese lenguaje, cariño, ese lenguaje -dije con suavidad, conmovida por su autorreproche.

- Pierdes el tiempo -dijo Sethos, levantando su taza-. Sugiero que consultemos a Selim. Y notifiquemos a la policía.

- ¿La policía? -Emerson le miró con ojos como platos por la sorpresa-. No pensaba hacerlo.

- Nunca lo haces -dijo su hermano-. Si Lidman está todavía en Luxor, ya sea en la ribera oriental u occidental, con el tiempo lo encontraremos, pero tendremos problemas si logra salir de la ciudad. Necesitamos agentes en la estación de trenes. Agentes dignos de confianza.

- No confío en ninguno de los hombres de Ayyid, -dije-. No se trata de que dude de su lealtad, pero ninguno conoce a Lidman. No pueden pedir que cada pasajero se identifique, les llevaría mucho tiempo y algún idiota pretencioso se sentirá con derecho a presentar una queja.

- Resulta obvio que soy el indicado para realizar esa tarea -dijo Sethos con un suspiro de mártir.

- Entonces, ¿para qué necesitamos a la policía? -preguntó Emerson.

- Porque -le explicó Sethos lenta y pacientemente- no tenemos autoridad para detener a Lidman. Lo puedo identificar, pero sólo la policía puede detenerlo e interrogarlo.

- Mmm -dijo Emerson. Se movió inquieto en la silla-. Esto… ¿tenemos que decirles que robó una estatuilla que vale cien mil libras? Santo cielo, si se difunde esa noticia, tendrá a cientos de personas tras sus huellas, deseosas todas ellas de beber su sangre.

- Estás mezclando tus metáforas, Emerson -dije-. No querrán su sangre, sino la estatuilla, y no con el propósito de devolverla a su propietario legal, me temo. Sin embargo, dudo de que no estén dispuestos a verter su sangre si lo tienen que hacer. Supongamos que después de todo es inocente. Correría un serio peligro.

- Es tan culpable como Caín -gruñó Emerson-. Y personalmente no me importa si lo descuartizan, en tanto sea yo quien lo haga.

No hablaba en serio. Emerson es el más dulce de los hombres, a menos que se lo provoque… aunque debo admitir que no es difícil provocarlo. Su honor y su orgullo habían sufrido una seria

humillación, y se sentía personalmente responsable de la pérdida. Cien mil libras representarían una seria merma de nuestro patrimonio.

- ¡Lo tengo! -grité-. Acusaremos al señor Lidman de apropiarse de algunos trozos de los papiros de Ramsés. La policía sabe que esas cosas nos importan a nosotros… pero nada a los demás.

- Bien hecho, Peabody -alabó Emerson-. ¿Piensas que Ayyid se tomará en serio esa pérdida y organizará una búsqueda?

- Cariño -dije, devolviéndole la sonrisa-, estoy segura que si no está dispuesto a hacerlo, tú puedes convencerlo.

- Vamos, entonces -exclamó Emerson-. Tú y yo, ¿eh, Peabody?

- Y yo -dijo Sethos.

Nefret quería venir también, pero la convencí de que se quedara con los niños, que habían levantado fuertes protestas ante la perspectiva de perder ambos abuelos y un huésped particularmente divertido.

- Consuélate con un pensamiento positivo, querida -le sugerí-. Si Lidman es nuestro malhechor, lo que parece más que probable, Adrian Petherick es inocente. Ramsés y David no están en peligro.

Del Manuscrito H:

- Otro par de pantalones arruinado -dijo Ramsés al inspeccionar las rodillas manchadas y desgarradas de esa prenda de vestir.

- Se pueden zurcir. -David estaba pálido y con la voz temblorosa-: Le diré a tía Amelia que fue culpa mía.

- Fue culpa tuya que yo no me cayera de bruces sobre la calzada y acabara bajo las ruedas del automóvil.

Se puso de pie. Los curiosos reunidos para ofrecer ayuda o consejo se dispersaron. Este tipo de accidente solía ocurrir a menudo y muchas veces terminaban en forma trágica.

- Alguien me empujó -dijo Ramsés.

- Así me pareció. No eres tan torpe. ¿No viste quién fue?

- Estaba demasiado ocupado en conservar el equilibrio. Y tu…

- Estaba demasiado ocupado en tratar de que no te cayeras.

- Esta calle es un caos. Podría haber sido un accidente. -Ramsés se quitó tierra y trozos de hojas de col de las manos. Había aterrizado sobre sus manos y sus pies después de que David lo hubiera hecho caer de nuevo en la acera.

- ¿Otro accidente? -David enarcó las cejas-. Parece que tenías

razón acerca de Adrian Petherick y yo estaba equivocado. Sabemos que está en El Cairo…

- No lo sabemos con seguridad.

- ¿Cuántas personas hay en la ciudad que la tengan tomada contigo?

- Bastantes, podría decir.

- Seguro: dejaste muchos «damnificados» durante la guerra - admitió David.

- Lo mismo que tú.

- Eso fue hace mucho tiempo. La mayoría ya debería haber superado su resentimiento. No, hermano, creo que se trata de Adrian.

La figura desastrada de Ramsés hizo levantar muchos murmullos cuando cruzaron la terraza del Shepheard y se escuchó decir a una mujer muy bien vestida:

- Me sorprende que permitan a esa chusma alojarse en el hotel. Y el otro hombre no es…

Cuando pidieron las llaves, el empleado les entregó varios mensajes. Ramsés los ojeó mientras el ascensor los llevaba a la segunda planta.

- ¡Imagínate! -dijo-. Este es del señor Lacau, que nos invita de forma urgente a presentarnos en su oficina mañana. Espero que no haya cambiado de opinión acerca de permitir que padre trabaje en el Valle.

- De todos modos el profesor no le hará ni caso -dijo David con una carcajada-. ¿De quién es ese otro?

- Sylvia. La mujer que no puede reconocer una indirecta aunque le des en la cabeza con ella. Y este otro es de Annabelle, la principal rival de Sylvia en el juego del cotilleo.

Hizo una pelota con los mensajes y se los puso en el bolsillo.

- ¿No era una de tus antiguas amiguitas? -preguntó David.

- Por Dios, no. La de horas que habré pasado escondido detrás de diversos objetos con tal de evitarla.

El *suffragi* de guardia lanzó un silbido de sorpresa al ver a Ramsés.

- ¿Qué te ha pasado, Hermano de los Demonios?

- Me caí. -Ramsés insertó la llave en la puerta-: ¿Ha preguntado alguien por mí mientras estaba ausente, Ahmed?

- No, Hermano de los Demonios. ¿Me llevo tus ropas para que las laven y remienden?

Una mirada en el espejo de afeitar le demostró a Ramsés que estaba justificada la preocupación del criado y los murmullos de desaprobación de la gente de la terraza. El hombro de su abrigo tenía un rasgón en la manga, que casi se había desprendido cuando David lo cogió con tanta desesperación, y como esa mañana había tenido tanta prisa y no se había afeitado, la barba ensombrecía sus mejillas. Sacó las cartas del bolsillo y notó que había una que no había leído.

- Carter -dijo después de echarle un vistazo-. Tienes razón, ya se conoce nuestra presencia. Por favor, entrega estas ropas a Ahmed.

Un rápido baño y un afeitado, junto al otro traje que había traído le hicieron recuperar respetabilidad. Cuando David estuvo preparado, descendieron las escaleras, entre las estatuas de las voluptuosas doncellas nubias que constituían uno de los famosos tesoros del Shepheard. Los visitantes las habían fotografiado, acariciado y hasta robado en incontables ocasiones.

- ¿Qué te decía Carter? -preguntó David.

- Quiere vernos. En cualquier momento. No especifica el motivo.

- Debe tener muchas ganas de verte -dijo David. Sentado en el vestíbulo, con un cigarrillo en la boca y la nariz en un libro, estaba Howard Carter.

- Me dijeron hace un momento que estabais a punto de llegar -les explicó su colega, después de estrechar las manos de ambos jóvenes-. No quisiera molestar.

Ramsés conocía a Carter desde sus primeras épocas, cuando trabajaba como artista y delineante, y más tarde, cuando fue designado inspector del Alto Egipto, y todavía después, cuando había perdido su empleo y se tuvo que limitar a comerciar con antigüedades y vender sus cuadros a los turistas. Ahora que Lord Carnarvon lo patrocinaba, parecía más próspero. Su cara era más redonda y su bigote menos exuberante. Sin embargo, alrededor de su boca se veían algunas arrugas recientes. Se decía que Carnarvon era un patrón generoso y un hombre amable, pero cuando el medio de vida depende de los caprichos de un diletante no se puede vivir con tranquilidad. Carter no poseía bienes personales ni una sólida formación académica. Muchos de sus colegas lo consideraban

presuntuoso y mal educado. Emerson lo despreciaba porque seguía comerciando con antigüedades, pero Ramsés no podía culpar al hombre por aprovechar una fuente segura de ingresos.

- Vamos camino al Khan, al restaurante de Bassam -le replicó-. ¿Te gustaría acompañarnos?

- Temo que no pueda ser esta noche. Tengo un compromiso con Lord y Lady Dinwhistle. Tengo tiempo para una copa o dos, si os conviene.

Se encaminaron al Long Bar. Desde la guerra, las normas para la admisión de mujeres se habían relajado (Nefret fue una de las primeras en ignorarlas) y todas las mesas estaban ocupadas. Encontraron un rincón relativamente tranquilo donde podrían charlar de pie. Ramsés esperó que Carter iniciara la conversación. Creía que sabía en lo que iba a terminar.

- Me han llegado algunas historias acerca de vuestras últimas andanzas -comenzó diciendo el americano-. Asesinato, robo, ataque…

- Lo mismo de siempre -dijo David.

Carter lanzó una carcajada estruendosa.

- Así es. ¿Alguna novedad en KV5 5?

- Hasta ahora no. No esperábamos encontrar nada, la verdad. Ha sido muy amable por tu parte que nos permitieras excavar en ese lugar.

Carter insertó un cigarrillo en una adornada boquilla.

- No le podía negar al profesor Emerson un favor tan pequeño, le debo tanto. Han sido buenos, muy buenos, tus padres, en años pasados. La verdad es que yo no estaba realmente preocupado por las excavaciones ilegales en el Valle -añadió.

«En otras palabras», pensó Ramsés, «tu padre puede hacer lo que quiera, a diferencia de otras personas, en tanto no se pase». El aprendiz de arqueólogo que se había sentido tan agradecido por el aliento y el apoyo que le proporcionaron los que consideraba sus superiores en la escala social había ganado confianza.

Y buscaba algo… un favor en retribución a los suyos. No tardó mucho tiempo en entrar en materia.

- ¿Y qué me dices de la famosa estatuilla? -preguntó-. El profesor me envió un cable para saber si yo sabía algo de ella. Le tuve que decir que no.

- ¿Lo hubieras sabido si hubiera estado en el mercado antes del año pasado? -Ramsés mantuvo neutral su voz. No lo estaba criticando sino pidiendo información.

- Por cierto que no -dijo Carter, algo a la defensiva-. Yo… ejem… colaboro con los museos más importantes, como sabes, además de los coleccionistas privados como Lord Carnarvon. Si me hubiera enterado de algo tan extraordinario, hubiera… ejem… comenzado a negociar.

- Sin embargo, tales negociaciones a veces se realizan en secreto -apuntó Ramsés.

- Es lo malo que tienen -convino Carter, terminando su whisky y llamando al camarero-. Creo que puedo presumir de que se me conoce por mi discreción, pero -otra carcajada estentórea- mis competidores se comportan de la misma manera. Describídmela, por favor. No se puede confiar en las informaciones de los periódicos.

Ramsés miró a David, que se encogió de hombros. No había motivos para no ser sinceros con Carter, puesto que otras personas habían visto el objeto. Describió la estatuilla al detalle y observó que los ojos de Carter brillaban con codicia.

- Es absolutamente extraordinaria -terminó Ramsés-. Y en un estupendo estado.

- Supongo que ya habréis recibido ofertas por ella -dijo Carter, tratando de parecer indiferente-. Sé que Cyrus Vandergelt es uno de vuestros amigos.

- No podemos disponer de ella porque no es nuestra -le atajó Ramsés.

- Pensé que la señora Petherick había…

- ¿Regalado la estatuilla a padre? No aceptaría un presente tan valioso, aun cuando tuviera derecho a hacerlo. No sabemos quién es el propietario legal, ahora que la señora Petherick ha muerto.

- Ya veo. Estás seguro… Pero no puedes equivocarte respecto a su autenticidad. ¿Estarías dispuesto a testificar ante un tribunal?

- Padre daría probablemente su opinión de experto si se la pidieran.

- Ya veo -repitió Carter-. Bien, debo irme ahora. No quiero hacer esperar al lord. Espero veros pronto… y a la estatuilla.

- ¿Cuándo irá a Luxor? -preguntó David.

- Oh… -Carter hizo un gesto vago con la boquilla-. Pronto. Dentro de una semana, más o menos. Saludad de mi parte a vuestra familia.

- Estará ocupado durante una semana «negociando» con los comerciantes -dijo David, después de que Carter se marchara-. ¿Te apuestas algo a que Lord Dinwhisde no está en el mercado de antigüedades excepcionales?

- Ni dos peniques. No podemos culpar a Carter.

- Nunca culpas a nadie por algo menos que un delito mayor. Me pregunto si el profesor se da cuenta de que obtuvo permiso para trabajar en el Valle porque Carter piensa que eso lo predispondrá en su favor. Quiere la estatuilla para Carnarvon.

Ramsés llamó al camarero y pagó los whiskys.

- Padre es aún más tramposo que Carter. Se aprovechará todo lo que pueda y no admitirá estar obligado con nadie.

El sol se ocultaba en una bruma polvorienta. Al otro lado del camino las luces del Ezbekieh parpadeaban en el crepúsculo.

- ¿Por qué no cenamos aquí o en el Savoy? -sugirió David.

- Porque la comida no es tan buena como la de Bassam, y no voy a comportarme como un tímido turista. No -dijo, cuando David levantaba un brazo para detener un taxi-. Iremos andando.

- Por las calles oscuras y los pasajes estrechos. Esperas que lo intente nuevamente, ¿verdad?

- Si lo hace, estaremos preparados. No hemos tenido mucha suerte en su búsqueda.

No era la primera vez que caminaban por las callejuelas de la antigua ciudad pendientes del peligro. El ambiente producía una cierta paranoia justificada. Había pocas luces y los balcones de las casas altas sobresalían y proyectaban sombras hasta en pleno día.

- Ah, cuántos recuerdos entrañables -suspiró David cuando cruzaban una pequeña plaza con una fuente central-. ¿No es aquí donde terminaste después de escapar de la dama disfrazada como Hathor?

- No, eso sucedió más adelante. Aquí es donde madre golpeó a Selim en la cabeza porque lo confundió con un espía.

Bassam estaba enterado de que habían llegado a El Cairo y los esperaba.

- ¿En qué otro lugar podríais cenar? -preguntó-. Os he preparado

bamiyeh y cordero cocido con especias, pepinos frescos y tomates en aceite.

- Ya lo veo -dijo David con una mirada al mandil de Bassam. El hombre había engordado, pues disfrutaba de su cocina como el que más, pero todavía podía echar de su establecimiento a un comensal revoltoso.

Se unió a ellos a la hora del café y les preguntó qué les había traído a El Cairo.

- ¿El *afreet* negro ha llegado hasta aquí?

- ¿Has oído hablar de él, verdad? -dijo Ramsés.

- Sí, por cierto. Parece -dijo Bassam- que el Padre de las Maldiciones no lo echó después de todo con sus exorcismos.

Evidentemente, la reputación de Emerson se hallaba en peligro. Reprimiendo una sonrisa, Ramsés dijo:

- Se trató sólo de un… ejem… intento preliminar. A veces, con un espíritu tan poderoso, hasta el Padre de las Maldiciones tiene que probar más de una vez.

- Hmm -Bassam se rascó la barba-. Es así. Celebrará otra ceremonia, entonces, ¿no?

Ramsés no contestó. No se molestó en preguntar por los Petherick; no era la clase de lugar que visitarían. La charla pronto desembocó en la política. Bassam sabía que simpatizaban con la causa de la independencia, de manera que habló con libertad y apasionamiento. Sus comentarios proporcionaron a Ramsés una nueva visión de la situación. Si Bassam, hombre pacífico y comerciante de éxito, se sentía tan afectado por el tema, se podía con facilidad incitar a la violencia a las muchedumbres de El Cairo. La intranquilidad reinaría en Egipto en los años venideros.

En el momento en que abandonaron el restaurante, la calle estaba desierta excepto por un burro lento y su jinete. Ramsés se detuvo un rato para informar al individuo, en su árabe más fino, que azotar a una bestia cansada violaba las leyes del Profeta y que estaba a punto de descubrir si él mismo se movería más rápido después de recibir unos azotes.

- No te había visto, Hermano de los Demonios -tartamudeó el hombre-. Oigo y obedezco.

Más allá de las luces del restaurante, la calle, apenas más ancha que un sendero, estaba oscura como boca de lobo. David retrocedió

unos pasos.

El ataque no vino de atrás. Ramsés fue el primero en oír el sonido: no el paso regular de pies descalzos, sino el crujido, débil y subrepticio, de una tela sobre una superficie más dura. Comenzó a correr. El disparo silbó al pasar a su lado y David gritó. Maldiciendo, Ramsés giró y atropello a David. Sostuvo su cuerpo que caía.

- ¿Estás herido?

- Herido no. La condenada pierna me falló cuando empecé a correr. No te preocupes por mí, persíguelo. ¡Ten cuidado!

Ramsés siguió su consejo y se mantuvo pegado a la pared a su derecha. La persecución resultó casi innecesaria. Había visto fugazmente una figura oscura que desapareció en una curva cerrada de la calle antes de que el joven diera la vuelta. El individuo no era ningún héroe. El rápido avance de Ramsés lo pilló de sorpresa y erró el tiro.

Y si no hubiera escapado los podría haber cazado a los dos con un segundo y tercer disparo.

Podía oír a David renqueando detrás, y apuró el paso. Al doblar en la curva, vio por delante las luces del palacio de Bab el-Louk. La plaza estaba desierta a excepción de dos taxis que esperaban pasajeros. Ningún fugitivo, ninguna sombra al acecho.

Esperó que David lo alcanzara, vigilando la arcada del otro lado de la plaza por si había señales de movimiento.

- Ni rastro de él -dijo. No preguntó por la pierna de David. La terrible herida que el muchacho había sufrido durante la guerra le dejaría secuelas para el resto de su vida, pero no admitía su minusvalía ni agradecía las atenciones que suscitaba.

- No se mostró demasiado entusiasta, la verdad -comentó David-. Si hubiera seguido disparando, hubiese tenido grandes posibilidades de herir a alguno de los dos.

- Bueno, yo me acercaba a toda velocidad -dijo Ramsés, imparcial-. Si hubiera querido disparar de nuevo, y volvía a errar, lo podría haber cogido.

- ¿Le pudiste echar un vistazo?

- Adivina que vi. Te doy tres oportunidades.

- Sabemos una cosa -dijo David-. Tiene un arma.

- Oh, qué observador… Sabes que le quité a Adrian la suya.

- Podría haber conseguido otra fácilmente. Si uno tiene una apariencia respetable y el dinero suficiente, los comerciantes no piden una identificación. Ni siquiera una tarjeta de visita.

- Tarjeta de visita… ¡Oh, Dios mío! -Se golpeó la frente con la palma de la mano.

- No te golpees la cabeza, daña el cerebro. -David recitó una de las admoniciones de Amelia.

- Lo hago con mucha frecuencia, me parece. ¿Por qué no lo pensé antes?

- ¿El qué? -preguntó David con paciencia. El taxi rodeó el Ezkebieh y se detuvo en la puerta del Shepheard. Era temprano; la terraza estaba llena y los vendedores de souvenirs y de flores daban vueltas al pie de las escaleras, compitiendo para ver quién gritaba más.

- No estaban obligados a registrarse con sus propios nombres -dijo Ramsés-. No hubieran necesitado pasaportes, ni siquiera un distinguido pasaporte británico.

David se quedó un momento en silencio mientras reflexionaba.

- Oh, diablos. ¿Significa que tenemos que empezar todo de nuevo? No sabemos qué aspecto tienen ni qué nombre han utilizado.

- Creo que sí lo sé. -Ramsés arrojó una moneda al cochero y salió del taxi de un salto. David lo siguió con lentitud. Todavía le dolía la pierna. El joven continuó-: Esperaremos hasta mañana por la mañana. Estoy demasiado cansado.

* * *

Sethos cruzó a Luxor con nosotros y luego anunció su intención de volver a la estación en lugar de acompañarnos al *zabtiyeh*.

- Desde el mediodía ha pasado un solo tren y es local, sin vagones de primera clase -explicó-. Se destacaría como un oasis en el desierto si hubiera cogido ese. Esperaré los trenes vespertinos.

- Te perderás la cena -dije.

Sethos hizo una mueca.

- Tendré tiempo de comer algo en la estación. Todo lo que mi estómago soportará será un solo bocado, pero mi querida Fátima me dejará algo en la despensa. Buena suerte.

El inspector Ayyid no estaba en el *zabtiyeh*. Se había ido a su casa a cenar, nos informó su asistente. Bien sabe Dios que tenía

todo el derecho de hacerlo, pero yo compartía la sensación de urgencia de Emerson, que le hizo maldecir y pedir la dirección de Ayyid.

Desgarrado entre las órdenes de su superior y la presencia imponente de Emerson, el asistente no dudó mucho.

- Se supone que no puedo hacerlo, Padre de las Maldiciones, pero sé que el inspector no protestará si me lo ha pedido usted.

Ayyid tenía un piso en un grupo nuevo de edificios erigido detrás del templo de Luxor. Acudió a la puerta una señora mayor vestida de negro, que chilló y retrocedió a la vista de Emerson.

- ¿Qué he hecho? -se preguntó mi marido con voz lastimera-. Estaba a punto de saludarle respetuosamente.

- Tu sola presencia sirve para asustar a los tímidos, cariño -repliqué-. Ah, inspector Ayyid. Nuestras sinceras disculpas por molestarles a usted y a la señora… ¿su madre? Sí. Le aseguro que no hubiéramos venido si el asunto no fuera tan urgente. Por favor, siga con la cena.

- No estaba comiendo -dijo Ayyid, como lo requería la cortesía-. Pasen, por favor.

El saloncito estaba tan limpio como para satisfacer las exigencias de Fátima, y equipado confortablemente con una mezcla de muebles europeos y egipcios. Ante la insistencia de Ayyid, nos sentamos en un par de sillones conjuntados tapizados en felpa púrpura y aceptamos una taza de té. Hubiera resultado muy grosero no hacerlo, hasta más grosero que nuestra inesperada visita. La madre del inspector había superado la primera impresión de Emerson y le miraba fijamente desde la puerta.

- No le entretendremos mucho tiempo -le prometí, y lo puse al tanto del motivo de nuestra visita.

- ¿Papiros? -Ayyid levantó las cejas-. ¿Quieren que arreste a un hombre que les ha robado trozos de papiros?

- Constituyen valiosas antigüedades -comenzó a decir Emerson-. Este… esto es… oh, qué demonios. Será mejor que le digamos la verdad, ¿eh, Peabody?

Fue una jugada inteligente por parte de Emerson, debo decir. Ayyid se sintió a todas luces halagado por recibir nuestras confidencias, y estuvo totalmente de acuerdo con nuestros motivos para no desear que se conociera la verdad en todas partes.

- La tentación sería muy grande, hasta para alguno de mis hombres -admitió.

- Para la mayoría de los hombres -dijo Emerson, que esa noche estaba en plena forma-. Entonces, ¿se ocupará de dar las órdenes necesarias?

- Sí. Le detendremos para interrogarlo… a petición suya, profesor.

Emerson sonrió.

- Muy bien. ¿Por qué debería usted asumir la responsabilidad?

Yo recordé otra responsabilidad, la que teníamos respecto a Cyrus, quien se hallaba tan profundamente involucrado en el asunto como nosotros. En lugar de dejar a Nefret a la espera de noticias (y de irritar al cocinero) nos dirigimos directamente a casa y enviamos a Jamad al Castillo con un mensaje invitando a los Vandergelt a una reunión después de la cena. Estábamos tomando los postres cuando hicieron su aparición.

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó Katherine-. Vuestro mensaje sólo decía que la cuestión era urgente. ¿Hay alguien herido?

La tranquilicé en ese sentido y sugerí que nos retiráramos a la sala para tomar café.

- Pensé que sería mejor no entrar en detalles en una carta -expliqué-. Pero la situación es muy seria. El señor Lidman vino aquí esta mañana, y después de marcharse, sin vernos, descubrimos que la estatuilla había desaparecido.

- ¿Y nos lo dicen ahora? -gritó Bertie-. Dios mío, esto es terrible. ¿Qué podemos hacer?

A mi manera, o sea con mucha claridad, describí las medidas que habíamos tomado.

- Bueno, veo que habéis estado muy ocupados -admitió Cyrus-. Es una noticia terrible, lo admito, pero estoy seguro que el muy hijo de… el individuo en cuestión no podrá salirse con la suya. En tanto no se marche de la ciudad, y parece que se han tomado las medidas necesarias para que no lo haga, lo encontraremos más tarde o más temprano. Poned a Selim y a Daoud a trabajar y, con sus contactos, darán con él en un santiamén. Decidnos lo que queréis que hagamos.

Sethos no volvió a la casa hasta después de medianoche. Ayyid había aparecido en la estación. Lidman no.

* * *

- ¿Dónde diablos se habrá metido? -preguntó Emerson, entre bocado y bocado de panceta y huevo. Daoud olisqueó con admiración el primer comestible, pero, por supuesto, no lo probó. Tanto él como Selim habían venido a informarnos y a disfrutar de la cocina de Fátima, que incluía una variedad de otros platos aparte de la prohibida panceta.

- Es un misterio -dijo Daoud.

- ¿Estáis seguros de que no lo han visto en la ribera occidental? -le pregunté a Selim.

- Todavía no, *Sitt Hakim*. Pero antes de mucho, necesitará comida, agua y refugio. Los poblados son pequeños, no como Luxor. No puede acercarse a ninguno sin que lo vean.

- Quizá el Padre de las Maldiciones podría usar sus poderes mágicos para encontrar al hombre -sugirió Daoud.

Emerson, a quien todavía le dolía el fracaso del exorcismo, miró a Daoud con recelo, y luego concluyó, con toda razón, que nuestro amigo no había querido ser sarcástico.

- Al diablo los poderes mágicos -espetó Emerson, poniéndose de pie-. Lo voy a buscar.

- Por favor, Emerson, no te dediques a cabalgar en todas direcciones -le imploré-. Espera que yo…

- ¿Hagas una de tus pequeñas listas? Peabody, cariño, tengo el más grande de los respetos por tus listas, pero…

- Selim ha planteado una cuestión importante, Emerson. ¿Cuántos lugares hay en la ribera occidental donde un hombre como Lidman pudiera permanecer escondido por más de unas pocas horas?

- Mmm. -Emerson se sentó otra vez-: No podría buscar refugio en casa de uno de los aldeanos. Lo entregarían, a nosotros si no a la policía.

- Lidman no correrá ese albur -dije-. No cuando tiene la… ¡ay!

- Perdona, Peabody -masculló Emerson, lanzándome una mirada terrible-. Se me ha resbalado el pie.

- La estatuilla, queréis decir;-apuntó Selim. Fátima le volvió a llenar la taza. El le dio las gracias, y yo dije, frotándome la espinilla:

- Fátima, tú…

- No, *Sitt* -dijo Selim-. Fátima no contó nada. Lo deduje yo mismo. Un objeto valioso y un fugitivo al que vosotros queréis encontrar constituyen, como diría Ramsés, una coincidencia demasiado reveladora.

Estaba tan orgulloso de sí mismo que no tuve el valor de negar la verdad.

- Hemos sido muy ingenuos al suponer que nadie conectaría ambos hechos -admití-. Si bien no todos tienen la capacidad deductiva que tienes tú, Selim. Volviendo al tema anterior: ¿podemos afirmar que Lidman no se acercará abiertamente a uno de los nativos? Sí. Eso sería casi como si tomara una habitación en uno de los hoteles de la ribera occidental. Eso nos deja sólo un escondite en los barrancos de la meseta superior. Ahí hay docenas de pozos, de tumbas vacías y de cavernas.

- Una generalización un poco amplia, Peabody-comentó Emerson, frotándose la barbilla-. Pero creo que estás en el camino correcto.

Se levantó de nuevo.

- Se trata de una zona bastante extensa -señalé-. ¿Por qué no dejamos la búsqueda a Selim y a nuestros otros hombres?

- No puedo quedarme sentado sin hacer nada -dijo Emerson de forma contundente.

- ¡Espera! -le interrumpió el detective Selim, levantando un dedo de la misma manera en que lo hubiera hecho Sherlock Holmes-. Se me ha ocurrido una cosa. Nos ayudaría mucho tener una fotografía de ese hombre.

- Es una muy buena ocurrencia, Selim -dijo Nefret-. No recuerdo haber visto ninguna imagen de Lidman en alguno de las fotos que hemos tomado hasta ahora, pero unas cuantas placas que tomamos en el Valle Occidental no están reveladas todavía.

Se convino en que ella y Selim se pondrían inmediatamente manos a la obra, mientras que el resto de nosotros comenzaría la búsqueda. En mi opinión, era una empresa bastante inútil, pero mi querido Emerson estaba demasiado perturbado para quedarse quieto. Naturalmente, no podía dejar que se fuera sin que yo estuviera a su lado para protegerlo. Me aseguré de tener todo mi equipo, incluyendo la sombrilla y la pequeña pistola.

Estábamos a punto de partir cuando Cyrus, Jumana y Bertie

aparecieron en la puerta.

- ¿Dónde vais? -preguntó Cyrus-. No pensaréis trabajar hoy, ¿verdad?

- No -confesó Emerson.

- Yo tampoco -admitió Cyrus-. Anoche nos pusimos a charlar, después de que vosotros os marcharais y Jumana tuvo una idea realmente brillante. ¿Adónde podrá ir ese tipo, se preguntó, para que no lo descubrieran enseguida? Esto es, suponiendo que se hubiera quedado en este lado del río.

- Nosotros nos hicimos la misma pregunta -dije-. Supongo que llegasteis a la misma conclusión: que es posible que haya encontrado un escondite en los barrancos. Estábamos a punto de comenzar a buscar por allí.

- Es un territorio muy extenso -dijo Cyrus-. Supongamos que nosotros nos ocupamos de una parte y vosotros de otra. ¿Qué harán Selim y Daoud? Y… este…

- Anthony -le apunté. No podía censurar a Cyrus por olvidarse de ese nombre; Sethos tenía muchos-. Ha vuelto a la estación de tren. Hemos enviado a Daoud a Gurneh; su red de informantes está alerta y le avisaran si descubren algo. Selim está ayudando a Nefret a revelar algunas fotos, con la esperanza de que contengan una imagen del señor Lidman.

- Será de mucha utilidad, sin duda -convino Cyrus-. Entonces, ¿qué vamos a hacer? Necesitamos un plan.

Como es natural, ya había pensado un poco en esta cuestión. Estuvimos de acuerdo en que Emerson y yo comenzaríamos en Deir el Bahri e iríamos bajando hacia Deir el Medina, mientras que los otros tres cubrirían la zona del Asasif y la larga extensión de acantilados de Dra Abu'l Naga que terminaba en el camino al Valle de los Reyes. Nuestra ruta era la más larga y la más difícil, pero teníamos más experiencia.

Había observado la decepción de Jumana cuando me anticipé a sus deducciones, y cuando cabalgábamos codo con codo hacia Deir el Bahri aproveché la ocasión de mantener una alentadora charla con la joven.

- Cuento contigo, Jumana, para que guíes a los demás. Conoces la zona mejor que ellos.

- ¡Sí, *Sitt Hakim!* -Su rostro se iluminó-: ¡Puede contar conmigo!

¡No pasaré nada por alto!

También crucé unas palabras con Bertie.

- No dejes que te mangonee, Bertie. Demuestra tu desacuerdo. Haz comentarios desdeñosos, si lo deseas.

- Oh, no, señora, no podría hacerlo. Ella es mucho más inteligente que yo.

«Bien», pensé, «he hecho lo que he podido». Algunas personas son imposibles.

Como de costumbre, la ruta a Deir el Bahri estaba llena de carruajes y burros que llevaban a los turistas a ese prestigioso lugar. Emerson y yo le dejamos nuestros caballos a Jamad, que nos había acompañado y que cabalgaría con ellos hasta Deir el Medina, donde se reuniría con nosotros. Nos retrasamos por culpa de la gente del Museo Metropolitano, que estaba trabajando en el templo de la XI Dinastía al sur del monumento de Hatshepsut, y que quería que nos detuviéramos para charlar. Sus hombres les habían informado de la huida del señor Lidman.

- Nos contaron que robó algunos de los papiros de Deir el Medina -comentó el señor Winlock-. Los hombres no se creen esa historia, por cierto.

Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla. Yo me reí alegremente.

- Es natural que no la crean. Sin embargo, usted sabe que esos fragmentos son muy valiosos para nuestras investigaciones.

- Seguro -dijo Winlock-. Estaremos alerta por si lo vemos.

- Qué raro que robe una cosa como esa -dijo George Barton-. Quiero decir que el tipo no es filólogo, ¿verdad?

- Nunca se sabe qué rarezas pueden afectar al cerebro humano -expliqué-. Bien, caballeros, debemos irnos. Espero verlos a todos pronto.

- No quisiera perderme otro exorcismo -dijo Winlock con una sonrisa.

- Mmm -gruñó Emerson-. Ven, Peabody, ya hemos perdido mucho tiempo.

La distancia entre Deir el Bahri y el poblado de los trabajadores es de apenas dos kilómetros en línea recta. A pie, sobre un terreno abrupto, parecía más bien de cincuenta. Seguimos la línea de los acantilados, trepando sobre montones de piedras caídas y

explorando los innumerables *wadis* pequeños que penetraban en los terraplenes rocosos. A medida que andábamos, bajo un sol abrasador, la inutilidad de la búsqueda se hizo más evidente, al menos para mí. Era imposible que penetráramos en todas las grietas y cavidades; todo lo que podíamos esperar era una señal de que alguien había pasado por allí hacía poco. Encontramos numerosas pruebas de presencia humana y animal, desde trozos de tela a huesos roídos, pero nada que uno pudiera relacionar directamente con un alemán fugitivo.

Para cuando llegamos a Deir el Medina estaba acalorada, polvorienta y tenía sed. Y Emerson estaba de mal humor. Al ver a Jamad, esperando pacientemente con los caballos y las cantimploras, nos sentimos como al llegar a un oasis en el desierto. Todo lo que Emerson quería era montar y volver de inmediato, pero al simular que estaba exhausta (lo que no era totalmente fingido) le hice aceptar que descansara y se refrescara, e hice lo mismo.

Después de un solo trago de agua, ya estaba nuevamente en pie, merodeando por las ruinas de los templos antiguos.

- El excavador anónimo no ha vuelto -informó.

- Y no hay señales del señor Lidman, -añadí-. Siéntate, Emerson. Dudo que haya llegado hasta aquí.

Había informado a Nefret y Selim de nuestro cambio de estrategia (¿O sería táctica?). Deberíamos encontrarnos todos en el Castillo, de manera que Emerson y yo nos dirigimos directamente a ese lugar. Me disculpé con Katherine por nuestro desaliño; fue tan amable como para comentar que la búsqueda de Lidman era lo primero, y me condujo a uno de los cuartos de huéspedes, donde pude refrescarme antes de disfrutar de una comida tardía.

El grupo de Cyrus no tuvo más suerte que nosotros. Jumana estaba inusualmente callada; se tomaba muy a pecho el fracaso y se lo hice ver.

- No puedes encontrar nada que no esté allí, Jumana. Estoy empezando a creer que el señor Lidman logró cruzar el río sin que lo vieran. Es mucho más fácil esconderse entre multitud de personas que en el desierto.

- Al menos ahora tenemos una fotografía -dijo Katherine, tratando de ver el lado positivo.

- No es muy buena -murmuró Nefret-. Está de perfil y el

sombrero le tapa la cara. Pero es lo mejor que hemos encontrado.

- La verdad es que eso también es muy sospechoso -dijo Selim-. Me refiero a que se esfuerce tanto por evitar que le hagan una foto.

- ¿Quieres decir que planeó el robo desde que vino a trabajar para mí? -preguntó Cyrus-. Quizá sea así, Selim, pero estábamos fotografiando la tumba, no la gente. ¿Qué hacemos ahora?

No pude evitar un suspiro. Emerson me miró, por primera vez en una hora, y frunció las cejas.

- ¿Estás cansada, querida? Me temo que te agoté esta mañana.

- En absoluto -dije enérgicamente-. Pero confieso que no tengo ni idea de cómo continuar. Quizá debamos esperar a tener noticias de Daoud y Seth… Anthony. El día de mañana puede traer una nueva inspiración.

Decliné la invitación de Katherine de volver para la cena, pues a decir verdad estaba un poco fatigada. Después de prometerles que les informaríamos inmediatamente de cualquier novedad, regresamos a casa y logré reservarme un rato libre para un largo baño en mi bañera de estaño antes de afrontar el té con los niños. Los pequeñuelos estaban más bulliciosos que de costumbre al percibir, como hacen los niños, que los mayores estábamos distraídos. Ni el regreso de Sethos, tan malhumorado como Emerson, evitó que Carla preguntara cuándo volverían su papá y su tío David.

- No hay ningún mensaje todavía -informé, después de hojear la bandeja del correo-. Tenía una leve esperanza de encontrar alguna novedad de su parte.

- Me conformaría con saber algo de alguien -dijo mi cuñado-. Parece que encontramos un vacío en todas partes. Entre un tren y otro me volví a pasar por todos los hoteles de Luxor. Ni rastro de nuestro sospechoso.

- Algo sucederá, sin duda -repliqué, reprimiendo un bostezo-. Puedes probar otra vez mañana, ahora que tenemos una foto.

- Qué idea tan extraordinaria. Me sé de memoria cada nudo en la madera y cada astilla del andén de la estación y todas las recepciones de hoteles de Luxor.

Sin embargo, los problemas nunca vienen solos, como dice el refrán. Bertie llegó a la mañana siguiente antes del desayuno, sobre un caballo al que había espoleado durante todo el camino. Jumana

se había ido.

Capítulo 9

Del Manuscrito H:

El recepcionista del Mena House recordaba muy bien a la dama.

- Magda von Ormond, sí. Se trata de una dama muy… eh… convincente. No teníamos habitaciones disponibles pero… eh… me obligó a hacer una excepción.

Ramsés se preguntó cuánto habría gastado Harriet en propina, cuánto dinero tendría y cómo lo habría obtenido. No creía que se lo hubiera dado su padre, si la descripción que había hecho de él era exacta.

- Hace varios días que está con un caballero -prosiguió el empleado-. Dijo que era… este… su secretario.

Puso los ojos en blanco y sonrió satisfecho.

O no leía los periódicos o no había relacionado a la asesinada señora Petherick con su *nom de plume.*

- ¿Están en sus habitaciones? -preguntó Ramsés.

- Salieron temprano esta mañana a cabalgar alrededor de las pirámides. Es un paseo imprescindible, como saben, pues se va por el desierto hasta un punto en que se pueden ver las nueve…

- Sí, lo sabemos. ¿Quién les acompañaba?

La respuesta los tranquilizó. Ahmed Alí era uno de los guías más expertos y persistentes de Giza. No lo hubieran podido eludir aunque hubieran querido.

- ¿Alquilamos caballos para ir tras ellos? -preguntó David cuando se alejaban de la recepción.

Ramsés reflexionó un momento y luego sacudió la cabeza.

- Nefret dijo que debíamos evitar hacer algo que le pueda

excitar. Si se da cuenta de que vamos tras ellos, lo puede interpretar como una amenaza. Volverán a la hora de la comida. Nos haremos los encontradizos en el comedor.

- Oh, ¿vamos a comer? -preguntó David con una sonrisa-. Las cosas están mejorando.

No era difícil entretenerse en Giza, donde habían excavado en una ocasión. Pasaron la mañana caminando por los cementerios de tumbas privadas y examinando las seis pirámides menores. Las tres pirámides mayores constituían la atracción más visitada por los turistas, y los pasadizos interiores estaban generalmente demasiado concurridos.

- El grupo de Reisner no está trabajando -dijo David cuando se acercaban al lugar en que el equipo del Museo de Boston y la Universidad de Harvard estaban excavando.

Ramsés consultó su reloj.

- Supongo que se han detenido para almorzar. Será mejor que regresemos al hotel. Quizá el prestigio de padre nos consiga una mesa.

La fama tenía sus contratiempos así como sus privilegios. Se vieron interceptados por el empleado de la recepción, que les anunció con orgullo que le había dicho a Madame von Ormond y a su… este… secretario que un miembro de la distinguida familia Emerson los estaba buscando.

Ramsés y David se miraron consternados.

- Supongo que habrán salido otra vez -dijo el primero, tratando de bajar la voz.

- Pero de seguro regresarán pronto. No han comido, ni se han cambiado de ropa.

Levantó una mano oscura y bien cuidada. Ramsés le entregó lo esperado. No era culpa del empleado. No le habían dicho que mantuviera en secreto su llegada.

- Maldición -dijo David, que pocas veces usaba ese lenguaje.

- En efecto, ahora las cartas están sobre la mesa -convino Ramsés-. Vamos a buscar a Ahmed Alí. No podemos planear un encuentro fortuito en estas circunstancias.

Desde hacía mucho tiempo, los métodos habituales de traslado alrededor de la meseta de las pirámides eran a lomos de camello, burro o en el así llamado «coche del desierto», un artefacto

diabólico que baqueteaba salvajemente a sus ocupantes hasta dejarlos molidos. Muchos turistas preferían los camellos, pues, ¿qué sería un viaje a Egipto sin una fotografía del viajero sobre ese animal pintoresco?, pero se trataba de un ejercicio difícil para los aficionados. Un viejo dicho enunciaba: «Todos deberían montar en un camello… alguna vez».

Hacía poco que Ahmed Alí trabajaba con caballos. Junto a su hermano dirigía el negocio, que demostró tener mucho éxito. Lo encontraron sentado a la sombra del cobertizo que había construido, charlando con otros guías y disfrutando de un almuerzo de pan, queso y cebollas. Después del obligatorio intercambio de cortesías, que les llevó algún tiempo, Ramsés preguntó por los Petherick.

- Gente rara -dijo Ahmed Alí, sacudiendo la cabeza. Como convenía a un comerciante de éxito, su turbante era muy grande y estaba enroscado de modo intrincado-. Muy rara. Tan pronto como llegaron de vuelta al hotel, vinieron otra vez y me pidieron caballos frescos. Querían salir solos, pero no se lo permití y envié a Ibrahim Mohamed con ellos.

- ¿Adónde iban? -preguntó David.

- Dijeron que a Abu Roash. ¿Por qué querrían ir allí, donde no hay nada para ver excepto El-Ka'a, la más ruinosa de las pirámides de los contornos? Aun en el caso de que no hubiera temido por mis hermosos caballos, no podía dejar que unos extranjeros ignorantes fueran tan lejos sin un guía.

Regatearon para conseguir unas monturas, que finalmente Ahmed Alí les alquiló a un «precio de risa, pero sólo porque confío en que los cuidaréis mucho». No los ofendió con el ofrecimiento de un guía.

- Debiera haber pedido a los Petherick que pagaran por adelantado -dijo Ramsés, cuando se encaminaron al norte en sus caballos.

- Piensas que han huido, ¿verdad? -preguntó David-. ¿Adónde diablos irían, a caballo y sin equipaje?

Muy lejos, por el desierto, donde planeaba sobre ellos la sombra de un accidente fatal. O a la pirámide ruinosa de Abu Roash, cuya superestructura había desaparecido casi completamente, pero que presentaba un práctico pozo y una rampa peligrosamente empinada

que conducía a la cámara mortuoria subterránea. Pocos turistas la visitaban; pues como Ahmed Alí había comentado, no era una pirámide muy atractiva comparada con las gigantes de Giza y no había siquiera un lugar donde descansar. Primero tendrían que alejar a Ibrahim Mohamed, cosa que se podría conseguir con un soborno considerable. En caso de fracasar, habría otros medios.

Ramsés no contestó a las preguntas de David. Sería el primero en admitir que sus temores se basaban en frágiles evidencias, pero existía un motivo plausible. Si Adrian había asesinado a su madrastra, su hermana debería saber que era culpable. Era la única persona que podía testificar en su contra. Ramsés no creía que cometiera otro crimen, pero un asesino prefiere no correr riesgos, y Adrian ya había demostrado que le molestaban los cuidados de Harriet.

La ruta les llevó a través del desierto, a lo largo del borde de las tierras cultivadas y luego hacia el este, a la aldea de Kerdaseh, situada entre bosquecillos de palmeras, lo que la hacía muy atractiva. Hasta ese punto no estaban seguros de estar en el camino correcto, pero Ramsés no creía que los Petherick pudieran tomar otro rumbo mientras el guía estuviera con ellos. En Kerdaseh recibieron las primeras noticias de los fugitivos. Ibrahim Mohamed había intentado convencerlos de detenerse en el mercado local pero, para irritación de los comerciantes, y supuestamente la del propio guía, que recibía un porcentaje de todas las ventas, se apresuraron a continuar después de comprar sólo una cesta de frutas.

- Realmente parece que se dirigen a Abu Roash -dijo David-. Y que Ibrahim Mohamed sigue con ellos.

- Todo muy inocente en apariencia -dijo Ramsés-. Salvo que es muy tarde para iniciar una excursión como esta. ¿Y por qué salieron corriendo cuando se enteraron de nuestra presencia?

- Puro pánico -dijo David al instante-. Para cuando los encontremos habrán tenido tiempo de reflexionar.

Una cabalgata de media hora los llevó al poblado de Abu Roash y a otro grupo de comerciantes decepcionados. Nadie había comprado sus antigüedades falsas ni sus pintorescos productos de la artesanía local. Los viajeros se dirigían al oeste a través del desierto.

Delante de los jóvenes se elevaba una colina pedregosa que se

recortaba contra el cielo. El sol se hallaba a medio camino hacia el poniente; su luz les deslumbraba. Ramsés se protegió los ojos con la mano.

- Allí están -dijo-. Al pie de la colina. Se han detenido. Creo que nos han visto.

- Ibrahim Mohammed no les permitirá subir esa cuesta con los caballos -dijo David.

Era así de simple, pensó Ramsés: los atolondrados turistas bien podían hacer el ascenso a pie, mientras el guía se quedaba descansando al cuidado de los caballos. Incitó a su cabalgadura a iniciar un galope.

Los Petherick no estaban a la vista cuando llegaron donde permanecía Ibrahim Mohammed, de cuclillas en el suelo y fumando.

- Siguieron su camino -dijo en respuesta a la pregunta de Ramsés-. Van por el sendero hasta la cima. Os vi venir y les dije que deberían esperaros, pero no quisieron hacerlo. ¿Son amigos vuestros?

- Sí -dijo Ramsés. Su corazón latió con fuerza.

Había una cuesta empinada para llegar a la cima donde una vez se levantó la pirámide del faraón, cima que daba al fértil valle y más allá a las tumbas de sus predecesores. Sólo unos pocos tramos de escaleras permanecían en la base de una elevación natural que había formado el núcleo de la pirámide. Las ruinas del templo mortuorio y otras estructuras subsidiarias sembraban el suelo de obstáculos constituidos por guijarros y bloques caídos de varios pies de altura.

- Ve más despacio -jadeó David, saltando por encima de uno de los bloques y cogiendo a Ramsés de un brazo-. El tipo tiene un arma. Maldita sea, Ramsés, espera. Nefret te advirtió de que no lo debes atacar.

- Ya lo sé. -Ramsés se mantuvo inmóvil, tratando de recuperar el aliento. En el silencio escuchó voces. Provenían del lado norte del montículo de la pirámide, donde estaba ubicada la entrada. La voz de Harriet, que la fuerte emoción transformaba de contralto en soprano, se elevó por encima de la de su hermano.

- Dámela, Adrian. Por favor.

El sonido de pies que resbalaban y un grito agudo de Harriet impulsaron a Ramsés hacia delante. No necesitaba que David lo

cogiera del brazo para andar despacio. Un movimiento en falso podía precipitar exactamente lo que temía.

Ambos hermanos estaban en un espacio despejado frente al gran pozo que conducía por una caída abrupta hacia la cámara mortuoria. Se abría detrás de ellos y tenía una profundidad de más de dieciocho metros. Harriet se apoyaba contra una piedra caída y con su mano se tocaba una mejilla. Se había cortado su magnífica melena y ahora ostentaba un horrible tono caoba matizado con mechones naranja; evidentemente, era henna, aplicada con prisas y sin experiencia, lo que alteraba su aspecto de forma espectacular. Adrian se hallaba a cierta distancia, justo frente al pozo. Tenía un rifle con el que apuntaba a Ramsés.

- No te acerques un paso más -dijo fríamente.

- Lo que tú digas. -Ramsés se detuvo-: ¿Por qué no apartas el rifle y hablamos?

- No hay nada de que hablar. Este es el fin.

- No tiene por qué ser así -dijo Ramsés con calma. Podía sentir que David estaba cerca, un poco por detrás, tenso como un resorte-. Queremos ayudarte, Adrian, esa es la razón por la cual estamos aquí. Ven con nosotros.

- ¿Adónde, a un manicomio? ¿O a la cárcel? La maté. Merezco un castigo, pero yo elegiré cómo morir, gracias. Quería que Harriet viniera conmigo, pero ella no quiso, y empecé a pensar… ¿Está enamorada de ti?

La curiosidad patética e infantil que trasmitía su voz hizo que a Ramsés se le erizara el pelo de la nuca. Harriet estaba llorando. Las lágrimas corrían por su cara, sobre las marcas de los dedos de su hermano que enrojecían sus mejillas.

- Te quiere a ti -dijo Ramsés, rogando por que esa fuera la respuesta correcta-. No le puedes hacer esto, Adrian, después de todo lo que ella ha hecho por ti.

- Tiene buenas intenciones -admitió Adrian-. Pero no me deja tranquilo y eso me pone muy nervioso.

El joven se dio la vuelta y se enfrentó a Harriet, y el rifle giró con él. La muchacha extendió los brazos, suplicante.

- Perdóname, Adrian. De ahora en adelante se hará todo como tú quieras, lo prometo.

- ¿Por qué lloras? -preguntó Adrian con curiosidad-. No te haré

daño, Harriet, lo sabes.

Ramsés nunca supo qué fue lo que provocó que Adrian perdiera el control: el movimiento que hizo para recuperar el aliento, el brazo de David al apoyarse contra él, listo para empujarlo a un lado o el paso adelante que dio Harriet. El arma se disparó. Harriet cayó al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. No estaba herida; la bala le había pasado por encima. Adrian dejó caer el rifle, con los ojos desorbitados, y Ramsés saltó. No estaba de humor como para correr riesgos. Golpeó a Adrian con fuerza, le cogió del cuello y lo tiró al suelo a una distancia prudencial del pozo. Harriet se abalanzó sobre el cuerpo exánime, levantó la cabeza de su hermano y se la colocó en el regazo.

Levantó los ojos para encontrar los de Ramsés.

- El no la mató. Fui yo.

* * *

- ¡Otra desaparición misteriosa, no! -Emerson levantó los ojos, los puños y la voz-. ¡Otra visita del condenado *afreet* negro, no!

A todas luces, Bertie se había vestido deprisa y corriendo. No llevaba sombrero, su camisa estaba a medio abotonar y las botas mal atadas.

- No -le faltaba el aire, estaba sin aliento a causa de su agitación-. Se fue al Valle Occidental. Dejó una carta.

Buscó la misiva arrugada en el bolsillo del pantalón y me la entregó. Con su caligrafía cuidada y formal, Jumana enumeraba los motivos por los cuales había decidido entrar en acción, y tuve que admitir que eran muy razonables. Había concluido que el Valle Occidental era el lugar más apropiado para que Lidman se escondiera. El hombre conocía la zona y había tenido muchas ocasiones de ocultar provisiones robadas de las cestas rebosantes que el chef de Cyrus les proporcionaba cada mañana. La joven concluía diciendo que había decidido ir sola, pues así tendría más oportunidades de sorprenderlo que un grupo de hombres torpes (lo que también me pareció razonable) aunque sabía que a Lidman su seguridad le era indiferente.

- Cyrus me envió a avisarles -prosiguió Bertie-. Él ya ha salido en su busca.

- ¿Solo? -gritó Emerson-. Santo cielo, es tan vulnerable como Jumana. Debemos ir tras él enseguida.

- Vamos, vamos, Emerson, cálmate -le imploré-. En mi opinión…

- Discúlpeme, señora E. -dijo Bertie-, pero las opiniones no valen. Es muy posible que Lidman no se encuentre allí, pero no podemos correr riesgos.

El joven casi nunca me interrumpía, ni a mí ni a ninguna otra persona, para el caso. Reconocí que hacerlo era una señal de extrema perturbación, por lo que asentí y dije con amabilidad:

- Tienes razón, Bertie. No quise sugerir que deberíamos evitar tomar medidas, sólo que…

Emerson ya estaba en la puerta, con Bertie pegado a sus talones.

- Será mejor que vaya con ellos -le dije a Sethos, que estaba leyendo la nota de Jumana-. ¿Y tú?

- Vuelvo a la condenada estación. -Sethos me entregó la nota-: No podemos arriesgarnos a que Lidman tome el tren, pero creo que la muchacha presenta unos razonamientos muy convincentes. Es una personita muy inteligente, ¿verdad?

- Demasiado inteligente. Sólo espero que eso no le traiga la desdicha en el futuro.

Hice una pausa para coger mis herramientas y rechacé el intento de Fátima de hacerme esperar mientras preparaba una cesta. Cuando llegué al establo, Jamad había terminado de ensillar un caballo para Emerson y otro de nuestros corceles árabes para Bertie. Ya me había imaginado que Jamad se tomaría su tiempo, pues no era un hombre apresurado. Se demoró todavía más en poner la montura y el freno a mi caballo. Les hice esperarme.

- Tienen al menos una hora de ventaja sobre nosotros -señalé-. No ganamos nada con darnos prisa.

A pesar de este comentario razonable, Emerson y Bertie avanzaron velozmente y se perdieron de vista. Les seguí lo más rápido que pude pero no los alcancé hasta el Valle Occidental. Allí, cerca de la tumba de Amenhotep III, encontré a mi marido y a Bertie que hablaban con Cyrus.

- Ni rastro de la joven -informó nuestro amigo-. He cabalgado de un lado a otro del Valle llamándola por su nombre.

- Tampoco está su caballo -dije, ya que había sólo cuatro animales, incluyendo el mío.

- Vino andando. -Cyrus tiró nerviosamente de su perilla-: Quizá por uno de los senderos de la parte superior de las colinas. Puede

haberse caído y lesionado de gravedad. De haber podido me hubiera contestado…

- Es tan ágil como una cabra, y conoce todas las laderas de los barrancos -dije, tratando de tranquilizarme y tranquilizar a Cyrus. Hasta los más expertos sufren accidentes-. Analicemos la situación usando la lógica: iremos lentamente a lo largo del Valle hasta la tumba de Ay, donde has estado trabajando.

El sol estaba alto y bañaba de luz el suelo yermo excepto por las sombras bajo los acantilados orientales. Ninguna señal de vida recompensó nuestros ojos cansados; ninguna voz respondió a los gritos estentóreos de Emerson. Cuando llegamos a la tumba de Ay desmontamos y dejamos los caballos, que estaban entrenados para esperar.

- Una de dos: o está fuera del alcance de la voz o ha optado por no contestar -dijo Emerson. Estaba al mando y se controlaba y nos controlaba, como sucedía siempre en casos de emergencia. Su siguiente orden implicaba otra posibilidad que ninguno de nosotros deseaba enfrentar-. Bertie, tú y Cyrus vais por ahí; Peabody y yo examinaremos el lado occidental. Permaneced a una distancia que podamos oírnos.

Iniciamos una búsqueda lenta y penosa. Penosa en todo el sentido de la palabra, puesto que la ansiedad aumentaba la incomodidad del calor y de la irregularidad del terreno. Miramos en todas las grietas y bajamos a toda hondonada y todo pozo, temiendo encontrar un cuerpo yerto.

- Puede que haya abandonado la persecución y regresado al Castillo -dije. Emerson gruñó.

Se habían presentado cuatro posibilidades, no tres; y la cuarta posibilidad fue, después de todo, la correcta. Un grito de Bertie detuvo nuestros pasos y nos hizo volver. A pesar de que no se encontraban lejos, no los vimos hasta que estuvimos a su lado, debido a lo abrupto de la ladera del barranco. Habían llegado a la tumba inacabada que habíamos investigado brevemente, la 25. Cyrus rodeaba con ambos brazos a su hijastro, tratando de retenerlo. En la entrada del sepulcro había dos figuras. La cara pálida y sin afeitar de Lidman mostraba los efectos de dos días de privaciones, pero aún así el alemán tenía la fuerza suficiente como para apretar fuertemente contra él a Jumana. La muchacha tenía las

manos y los pies atados y sobre los pliegues de la mordaza que ahogaba sus protestas sus ojos brillaban de furia y frustración. La punta del cuchillo que sostenía Lidman en la mano derecha se apoyaba en su pecho.

- ¡Deténganse! -gritó-. No se acerquen más.

- Ya lo has oído, Bertie -dijo Emerson-. Quédate quieto y tranquilízate.

Esa voz grave y poderosa nunca dejaba de tener efecto. Bertie dejó de luchar y Cyrus relajó sus brazos.

- Lo lamento -jadeó el joven-. Perdí la cabeza.

- Lo entiendo perfectamente -dijo Emerson, con la misma voz sosegada-. Seamos sensatos. Déjame hablar a mí. Supongo, señor Lidman, que está dispuesto a negociar.

Lidman asintió. Respiraba con dificultad y la mano que sostenía el cuchillo tembló.

- Tórnese su tiempo, señor Lidman -le dije, tranquilizadora-. No tiene buen aspecto.

Mi tono amable lo calmó.

- Me he quedado sin comida y sin agua -murmuró-. Cansado… sediento…

- Oh, Dios mío -dije-. ¿Le apetecería beber algo? -Levanté mi cantimplora. El sonido del agua atrajo la atención de Lidman. Tragó y dijo con voz ronca:

- No, señora Emerson, no me atrapará tan fácilmente.

- Déjalo, Peabody -murmuró Emerson entre dientes-. ¿Puedo decir algo?

- Por supuesto, cariño. Sólo quería asegurarle al señor Lidman de que no tenemos malas intenciones.

La expresión asesina de Bertie contradecía mi afirmación, pero se quedó inmóvil.

- Yo tampoco quiero hacer daño a nadie -tartamudeó Lidman.

- Excelente -dijo Emerson-. Estamos de acuerdo entonces. ¿Qué es lo que quiere?

Lidman tomó aire y se lanzó a hablar.

- La estatuilla. Es mía por derecho. La he escondido donde nunca podrán encontrarla. Dejen que me la lleve, denme vía libre para salir de Luxor y soltaré a la joven sin ningún daño.

- De acuerdo -dijo Emerson-. Ahora, suéltela.

Los ojos hundidos y ensombrecidos de Lidman lo miraron con dureza.

- No estoy tan loco como para hacerlo, profesor. Usted es un hombre de palabra, pero mentiría para salvar una vida. Necesitamos ultimar los arreglos de nuestro acuerdo primero. Uno de ustedes debe acompañarme a la estación de tren e ir conmigo hasta El Cairo.

- Hmm -Emerson se frotó la barbilla-. Veo varias dificultades en ese plan, Lidman. Podría hacer que pasara delante de la policía en la estación y subir al tren con usted, pero no será tan estúpido como para suponer que puede mantenerme bajo control durante todo el viaje, aun con un cuchillo en mis costillas. Le dejaría tirado en el suelo antes de llegar a Qena.

- Cielo santo, profesor -gritó Bertie-. ¿Por qué discute como si estuviera de su parte? Yo iré con él.

Emerson le lanzó una mirada que lo hizo callar. Yo sabía, naturalmente, lo que estaba haciendo mi valiente marido. El ofrecimiento de Lidman no era serio. Estábamos en el primer paso de la negociación, pero no podíamos entretenernos, ya que estaban involucradas dos personas jóvenes. Jumana tenía los ojos cerrados y se apoyaba contra su raptor. Me di cuenta de que estaba a punto de hacer algo insensato, y si se controlaba, sería Bertie el que reaccionara.

- La señora Emerson me acompañará -dijo Lidman.

- No, no lo hará -dijo Emerson-. No se trata -añadió señalándome con la cabeza- de que no sea perfectamente capaz de reducirlo con la misma efectividad que yo, pero no podría olvidar nunca que permití que mi esposa asumiera esa tarea. Venga, venga, Lidman, ya puede ir pensando en algo mejor.

- Está bien -dijo Lidman-. Está bien. La estatuilla. Es mía por derecho, pero la cederé a cambio de la libertad. Cuando la señora Emerson me haya escoltado a El Cairo, le contaré dónde está escondida. De otra forma, nunca la encontrarán. Aunque me capturen y me torturen no hablaré. ¡Ni unos caballos salvajes arrancarán la verdad de mis labios!

- No tenemos caballos de ese tipo -replicó Emerson distraídamente.

Como hombre razonable que era, Cyrus no había terciado en la

conversación, a pesar de que había tironeado de su perilla con tanta insistencia que la había dejado nacida y retorcida. En este momento dijo:

- Vamos a ver, Lidman, ¿y si le acompaño yo? Soy un viejo inofensivo, ni de cerca tan peligroso como la señora Emerson. Lo que es más, le pagaré por la estatuilla. Iremos directamente a mi banco en El Cairo y le entregaré cincuenta mil libras. Confío en que cumpla su parte del trato.

- Debo pensarlo -contestó Lidman-. Me tiene confundido.

- Adelante -dijo Cyrus.

Me pregunté qué artimaña preparaba Lidman. Debía saber que el plan que proponía y todas sus variantes estaban condenadas al fracaso. Éramos demasiados; no podía llevarnos en manada al tren o controlar lo que hacían los que quedaban atrás. A menos que tuviera un socio… Miré hacia lo alto de los barrancos que se elevaban al cielo y sólo vi un par de buitres planeando en el firmamento azul. ¿Y qué había querido decir con esa declaración, repetida dos veces, de que la estatuilla era suya por derecho? Mientras elucubraba también miraba con detenimiento a los miembros del grupo menos predecibles: Lidman, Bertie y Jumana. Bertie se alzaba sobre la punta de los pies y sus manos se cerraban formando un puño, tenía la cara desencajada. Jumana estaba tranquila, demasiado tranquila.

Justo en el momento en que estaba formulando este último pensamiento, la imprudente joven decidió pasar a la acción. Se puso tensa y se libró de los brazos de Lidman, luego se tiró hacia la derecha contra el brazo izquierdo del hombre. En el mismo instante, casi como si tuvieran una comunicación telepática, Bertie dio un salto como no había visto nunca, ni siquiera en Emerson. Cogió el cuchillo de Lidman y lo alejó de Jumana. Mientras los dos hombres luchaban por conseguir el cuchillo, Jumana cayó y rodó, hecha un bulto indefenso, escaleras abajo hacia la tumba. Cyrus corrió tras ella, Emerson alejó a Bertie de su adversario y lo cogió con fuerza por la muñeca, de la que salía sangre a chorros; Lidman miró enloquecido a su alrededor y comenzó a escalar el acantilado.

Emerson buscó en su bolsillo, y, para mi asombro, encontró un pañuelo. Casi nunca lleva uno. Lo anudó fuertemente alrededor del brazo de Bertie y empujó al muchacho hacia mí.

- Aquí lo tienes -dijo y comenzó a escalar tras Lidman.

El improvisado torniquete había detenido la peor parte de la hemorragia. Obstinado y tambaleante, Bertie se dirigió a la entrada de la tumba. Consideré las posibilidades que se abrían ante mí, seleccioné la más sensata y saqué mi pequeña pistola del bolsillo. Lidman estaba a unos seis metros de altura, resbalaba y tropezaba, y empujaba piedras que rebotaban en la cabeza desnuda de Emerson.

- Vuelve, Emerson -grité-. Voy a disparar. Emerson miró hacia abajo.

- Peabody, no lo hagas -exclamó con voz potente-. Oh, Dios mío…

Se agachó, tratando de meter el cuerpo en una grieta de un ancho menor a un pie. Apreté el gatillo.

Había apuntado a una pierna de Lidman. Para mi sorpresa, ya que el ángulo era difícil, di en el blanco. Lidman gritó y perdió el equilibrio. Cayó pesadamente y golpeó contra la ladera del barranco al menos dos veces, le erró a Emerson por un estrecho margen y al final su cuerpo vino a detenerse a mis pies.

- Al diablo la estatuilla… -dijo Emerson, descendiendo hasta el suelo-. Peabody, te dije…

- No está muerto -dije-. Pero podría haber escapado, Emerson, si yo no hubiera disparado. ¡Le he dado, ya lo has visto!

- Muy bonito, querida -dijo Emerson. Dio vuelta al cuerpo flácido con un pie. Lidman tenía la cara manchada de sangre y su camisa hecha jirones, pero todavía respiraba-. Tu bala no hizo tanto daño como la caída. El hombre ha pasado unos días bastante malos.

Dejamos a Emerson custodiando a Lidman hasta que pudiéramos enviar una camilla y volví con los otros heridos a casa. Nefret puso unos cuantos puntos en el brazo de Bertie, mientras su asistente, Nasrin, y yo atendíamos a Jumana.

- Esta familia destroza la ropa -comenté-. Temo que tu camisa y tus pantalones no puedan remendarse, Jumana.

Los tiré en un rincón y puesto que en ese momento tenía puestas sólo sus prendas íntimas, corrí la cortina que separaba esa zona de la consulta de la parte exterior, donde Nefret se ocupaba de Bertie. Sentada al borde de la mesa, con los pies colgando, Jumana apretó fuertemente los labios cuando le apliqué un antiséptico y Nasrin

embadurnó su cara, miembros y tronco con una gran cantidad del ungüento verde de Kadija. Jumana tenía unas cuantas magulladuras muy feas, ocasionadas no sólo por su caída en la escalera que conducía a la tumba, sino también por su encuentro inicial con Lidman. Hasta que no hubimos terminado no dijo nada.

- Hice mal. ¡Si no me castiga por mi estupidez, al menos regáñeme!

- Creo que ya has sido suficientemente castigada -repliqué-. Estarás contracturada y dolorida durante días. Gracias a Dios, no ha sido peor.

La joven tenía los ojos fijos en la cortina. No se oía ni un sonido de parte de Bertie.

- Podría haber sido peor, mucho peor. Sólo intentaba ver si podía dar con él. Encontré huellas de pies que no eran suyos, ni de Bertie, ni del profesor en la entrada de la tumba 25. Iba a volver a contárselo al señor Vandergelt cuando Lidman saltó sobre mí y me hizo caer, y… y era fuerte, mucho más fuerte de lo que pensaba. No creí que pudiera hacerlo.

Lidman había comprendido la ventaja que le proporcionaba tener un rehén y trató a la pobre muchacha sin piedad. Jumana era fibrosa y fuerte, pero muy pequeña, y el alemán tenía la fortaleza de un hombre desesperado.

Bertie la había oído.

- Te comportaste como una tonta de remante -gritó-. Si sospechabas que Lidman estaba allí, ¿por qué no nos lo dijiste a mí y a Cyrus? Oh, no, tenías que demostrar tu superioridad. Merecías que Lidman te hubiera roto todos los huesos del cuerpo.

Jumana se puso rígida.

- No lo dices en serio, ¿verdad? Lo hemos atrapado, al fin y al cabo.

- No fue gracias a ti. Lo único que te salvó fue que Lidman no tenía la menor idea de cómo usar un cuchillo. Si te lo hubiera puesto en el cuello…

- Bueno, no me lo puso -aulló Jumana.

La cortina se descorrió de un tirón. La camisa de Bertie también estaba echada a perder; Nefret le había asegurado el brazo contra el pecho y el joven contrajo todos sus músculos de rabia. Jumana jadeó.

- ¿Estás…?

- ¿Bien? No. Podría haber muerto desangrado. Maldita sea, Jumana, si alguna vez armas otro espectáculo como este… -Sus ojos fueron de la cara hinchada y manchada de verde de la muchacha a sus hombros y brazos desnudos y morenos y hasta sus pequeños pies descalzos-: Santo cielo. ¿Estás…?

- Está bien y lo mismo estarás tú -los interrumpí, antes de que la naturaleza esencialmente bondadosa del muchacho pudiera destruir el efecto de ese admirable combate a gritos-. Id a descansar. Tenemos que despejar la consulta para atender al señor Lidman.

El hombre todavía estaba inconsciente cuando lo introdujeron en la habitación. Después de un rápido examen, la cara de Nefret se ensombreció.

- No tiene buen aspecto, tía Amelia. Hay lesiones internas. No me animo a operar en estas condiciones. La tensión sanguínea está peligrosamente baja.

- ¿Recobrará la conciencia?

- Nunca se sabe. Pero no es probable.

Emerson había rechazado nuestra asistencia médica. No tenía más chichones y cortes de lo que era usual después de un día de trabajo, y de milagro su camisa estaba relativamente intacta. Casi me esperaba que declarara su intención de volver al trabajo… en alguna parte, pero en lugar de hacerlo anduvo de un lado para otro, estorbando a Nefret y preguntando por Lidman a cada rato.

- Deja tranquilo al hombre, Emerson -le reprendí-. Encontraremos la estatuilla, no puede haberla llevado muy lejos.

- No es sólo eso -Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla-. Es culpable de algo, sin duda alguna, ¿pero de qué? Si es un asesino, así como un ladrón, ¿quién lo tiró al río?

Contesté con otra pregunta.

- ¿Estás dispuesto a comprometerte en cuanto a la identidad del asesino?

- Hmm -dijo Emerson, y partió.

Había enviado a uno de nuestros hombres a Luxor para que les dijera a Sethos y al inspector Ayyid que podían abandonar su operación de vigilancia, como creo que se llama, en la estación de tren. Ambos llegaron poco después y los puse al tanto de lo ocurrido.

- No se le puede interrogar -informé a Ayyid, que expresó su intención de hacerlo-. Nefret y yo somos de la opinión de que morirá sin haber recuperado la conciencia.

- ¿Su nuera no puede hacer nada para que despierte? -preguntó Ayyid.

Me pregunté qué se proponía, ¿acaso que Nefret le diera a oler sales o lo torturara un poco? Dije con firmeza:

- Puede tener la seguridad de que hará todo lo que el juramento hipocrático le permita. Ahora está con él, y yo lo velaré esta noche. Pienso que puede contar conmigo para interrogarlo como corresponde en caso de que fuera posible.

- Créame -intervino Sethos-, puede confiar en ella. Y -añadió, con una sonrisa cómplice-, en Nefret.

Ayyid aceptó. Le prometí que le informaría enseguida si hubiera algún cambio en el estado de Lidman.

Cuando relevé a Nefret después de la cena, una sola mirada bastó para confirmar que el estado de Lidman había empeorado. Le fallaba la respiración y estaba muy pálido. Nefret parecía exhausta y sus ojos azules estaban hundidos. La afectaba la preocupación y no el cansancio físico; a un médico no le gusta perder a un paciente, ni siquiera uno tan despreciable e irredimible como Lidman. La envié a la cama y prometí llamarla si se producía algún cambio.

Mi vigilia se interrumpió dos veces, una vez por culpa de Emerson, que le echó una mirada a Lidman, maldijo y se fue, y luego por culpa de Sethos, dispuesto a quedarse conmigo un rato. Eligió uno de los sillones más cómodos del cuarto de huéspedes donde habíamos colocado a Lidman, y se sentó.

- He recibido varios telegramas esta tarde -dijo-. ¿Te gustaría que te contara lo que decían?

- Depende de lo que sea.

- Uno era la respuesta a mis averiguaciones sobre Lidman. En efecto, trabajó para los alemanes en Amarna. Cuando estalló la guerra se alistó, como un joven patriota, y se lo declaró perdido en acción en 1917.

- Entonces era cierto lo que nos contó.

- En la confusión que siguió al cese de las hostilidades se perdieron de vista a muchos hombres -dijo Sethos-. Y algunos registros nunca fueron corregidos.

- Ahora no tiene importancia.

- ¿De veras? -Antes de que pudiera responder, prosiguió-: El segundo telegrama lo mandaron unos socios de Londres. Aslanian compró la estatua dos años atrás, en El Cairo, a Zahi Gabra.

- Bien hecho -dije-. Otro paso adelante.

- El rastro se pierde aquí, me temo. Gabra está muerto. Si llevaba algún registro, lo que es poco probable dadas las circunstancias, se ha perdido.

- ¿Y el tercer telegrama? Dijiste que habías recibido varios.

- De Margaret. Llegó a El Cairo esta mañana y en poco tiempo estará en Luxor. -Qué bien.

- Sí, ¿verdad? -Se puso de pie con agilidad-: Me ofrecería para remplazarte, pero no me dejarías hacerlo, de manera que te deseo buenas noches.

La noche trascurría en silencio. Sentada al lado de la cama y con un lapicero en la mano, pasé el tiempo reflexionando sobre lo que Sethos me había dicho y haciendo una de mis pequeñas listas. Mis ideas se iban aclarando maravillosamente y evitaba abandonarme a la somnolencia. (El mismo efecto de la silla, un mueble duro de madera que no permitía que me hundiera en ella.) De madrugada tuvo lugar el cambio que estaba esperando. En ese momento del día, de acuerdo a las leyendas de los ancestros, el alma de los moribundos alza el vuelo. Los ojos de Lidman se abrieron. Me reconoció.

- ¿Siente dolor? -le pregunté en voz baja, puesto que el deber de una mujer cristiana exigía que hiciera primero esa pregunta.

- No. -El sonido fue tan débil que tuve que inclinarme para oírlo.

- En ese caso, quizá haya algo que quiera decirme.

- ¿Me estoy muriendo?

- Sí. La misericordia de la Providencia le ha proporcionado la oportunidad de aliviar su conciencia antes de que se enfrente al juicio divino.

- Nunca quise hacerle daño -susurró Lidman-. Nunca quise hacerle daño a nadie. Sólo quería lo que era mío.

- Cuénteme -le urgí-. Si hace una confesión completa obtendrá mi perdón y lo llevará con usted a… ejem… el más allá que le espera. ¿Dónde escondió la estatuilla?

Si me oyó, no me contestó. Lentamente y con dificultad,

interrumpido por largas pausas, comenzó a hablar, no tanto para mí como para sí mismo. Y supe que estaba reviviendo momentos del pasado.

Al alba, el último aliento abandonó los pulmones esforzados de Lidman. Recé una pequeña oración, le crucé las manos sobre el pecho y le cerré los ojos.

* * *

- Os habéis perdido el funeral del señor Lidman, -les anuncié-. Pero el caso está resuelto. Tengo su confesión.

- Con las que tenemos son tres las confesiones -dijo David.

El muchacho había llegado con Ramsés poco después de medianoche, sin anunciarse y sin que nadie los esperara. El grito de bienvenida de Jamad despertó a toda la casa; salimos dando tumbos de la cama y, vestidos con una variedad de ropas que nos echamos encima con rapidez, corrimos a la galería. Les ordené que se sentaran y Fátima se apresuró a preparar té. Los ojos de Ramsés estaban ensombrecidos por ojeras oscuras de cansancio. Sabía lo que las había provocado: ni él ni David habían sufrido lesiones físicas, pero la angustia afecta a mi hijo tanto como un gran dolor. Nefret se sentó a su lado en el sofá y le cogió una mano.

- ¿Los hermanos Petherick confesaron? -exclamé-. Tonterías. Contadme qué sucedió.

Después de echar una mirada a Ramsés, Emerson volvió a entrar en la casa. Apareció con un vaso en la mano.

- Vamos -dijo bruscamente-. Esto es más terapéutico que el té.

Ramsés cogió el whisky pero no dijo nada.

- Es rápido de contar -empezó David, observando a su amigo-. Tuvimos algunas dificultades en encontrarlos, ya que se habían registrado bajo el *nom de plume* de la señora Petherick. Por desgracia, el empleado de la recepción del Mena House les informó de que estábamos allí, y se dirigieron al desierto antes que pudiéramos hablar con ellos. Los seguimos, cabalgaron hasta Abu Roash, y cuando los alcanzamos Adrian tenía un rifle. Se hallaba en un estado de considerable agitación, y disparó antes de que Ramsés lo derribara. Nadie resultó herido.

Se trataba de un relato escueto y aburrido, pero en ese momento no pedí detalles.

- ¿Qué hicisteis con él? -pregunté.

- Los escoltamos de vuelta a El Cairo, y a última hora de anoche conseguimos que admitieran a Adrian en el Presbyterian Hospital. Había caído en un estado estuporoso y no se resistió. Harriet se quedó con él, por supuesto.

- Por supuesto -murmuré-. ¿Y dices que confesó que había asesinado a la señora Petherick?

Nefret había logrado que Ramsés bebiera un poco de whisky. Levantó la vista y habló directamente por primera vez.

- Su confesión no es válida. Tampoco la de Harriet, que trataba de asumir la culpa de su hermano, como siempre ha hecho.

- Debe haber sido muy perturbador -dije, puesto que mi imaginación creativa había completado algunas de las lagunas del relato-. Gracias, Fátima, pero no creo que ninguno de los dos tenga hambre, o se hallen en un estado mental adecuado para sostener una charla prolongada. Lo que necesitan es dormir. Mañana celebraremos un pequeño consejo de guerra, después de que todos hayamos descansado. Cyrus querrá estar presente, estoy segura. Ahora id a la cama, chicos.

En realidad, no lamentaba postergar mi relato. Podrá resultar una sorpresa para mis Lectores conocer que yo misma tengo, en ciertas ocasiones, una inclinación por lo teatral. Había ocultado deliberadamente a Emerson algunas de las informaciones que había obtenido de Lidman, y ciertas conclusiones que había sacado de ellas, y esperaba ansiosamente contar con un público más numeroso y agradecido.

Después de un desayuno tardío, Fátima me ayudó a acomodar sillas y mesas en el salón. Cuando nuestros amigos llegaron, los acompañé a sus asientos.

- ¿Vas a dar una conferencia? -inquirió Emerson, al observar las filas de sillas y el escritorio detrás del cual me senté.

- Un diálogo, cariño -le corregí-. Siéntate a mi derecha. Gracias. Katherine, tú aquí… y Jumana… Daoud y Selim…

Llevó un tiempo ubicar a todos, ya que Ramsés se sorprendió al ver las espectaculares magulladuras de Jumana y David preguntó por el brazo de Bertie. Me vi obligada a ejercer mi autoridad y hacer que todos se sentaran y se quedaran callados. Ocupé mi lugar detrás del escritorio y ordené mis papeles. Primero invité a David y a Ramsés a efectuar su relato, puesto que algunos no lo habían

escuchado. Ramsés, que tenía mejor aspecto esa mañana, dio una versión más detallada de sus aventuras. Suscitó una gran variedad de reacciones.

- Está loco -murmuró Daoud-. Un demente no es responsable de sus actos.

- Tienes razón, Daoud -asintió Bertie.

- Ja -dijo Selim y frunció el ceño. No tenía el corazón tierno de su primo y era tan escéptico como Emerson en todo lo concerniente a la psicología.

- ¿Os contó en detalle cómo y por qué la mató? -pregunté.

Ramsés sacudió la cabeza.

- Dijo muy poco después de que recuperó la conciencia. No existe un motivo verdadero, madre. Puede perorar sobre su supuesta ambivalencia todo lo que quiera, pero las emociones supuestas no son pruebas.

- El no lo hizo -dijo Emerson, inquieto-. Sabemos quién fue. Peabody, ¿por qué no nos cuentas la confesión de Lidman?

- En primer lugar… -empecé a decir.

- Segundo, quieres decir. ¿O tercero?

- Si te aburro, Emerson, puedes retirarte. Vete a jugar con los niños.

Emerson sonrió.

- Te pido disculpas, Peabody. Sigue.

- Una cosa antes -dijo Ramsés-: si me permites, madre, me gustaría saber cómo atrapasteis a Lidman. Parece haber sido un encontronazo físico.

- Es precisamente lo que intento hacer, querido. Todo comenzó cuando nos enteramos de que Lidman había forzado el cajón del escritorio de Emerson y había tomado la estatuilla.

Elevando la voz en algunos momentos conseguí mantener los comentarios y las preguntas al mínimo.

- Y ahora -dije-, llegamos al meollo del asunto. La identidad del asesino de la señora Petherick. Primero -hice callar a Emerson con una mirada severa-, primero quiero leeros la nota biográfica que publicaron sus editores.

Cuando la terminé de leer, proseguí sin hacer ninguna pausa.

- Y ahora, amigos míos, os leeré la verdadera historia de su vida: «Magda Ormond (sin «von») nació en Leipzig en una respetable

familia de comerciantes. Desde una edad temprana, demostró una considerable inteligencia y su padre, al no tener un hijo varón, contrató tutores para que la educaran. Uno de ellos era un joven profesor de inglés, Morritz X. Daffinger, que también reconoció la capacidad de la niña a quien le gustaban los cuentos que versaban sobre lo sobrenatural y que elaboró relatos cortos que contaba a su indulgente tutor.

»E1 profesor se enamoró de ella. En ese momento, Magda tenía aproximadamente dieciséis años y un aspecto muy atractivo. Correspondió a los sentimientos del joven y cuando sus padres se enteraron de la situación echaron al señor Daffinger y arreglaron una boda con el hijo de un próspero carnicero. Los amantes huyeron a Berlín, donde se casaron. Para aumentar su escaso salario de profesor, Daffinger tuvo la idea de escribir novelas. Al principio fue una colaboración; ella escribía los libros y basaba sus argumentos en los relatos de hombres lobo y vampiros que le encantaban, y su marido los rescribía en correcto inglés. Los libros obtuvieron un éxito inmediato. Como se dieron cuenta de que atraerían mejor a un público femenino si estuvieran escritos por una mujer, los esposos inventaron una biografía romántica de Magda. Los editores nunca la cuestionaron porque ellos también se percataron de que venderían más libros. Para ser justa, debo decir que no tenían motivo para cuestionar su biografía, pero temo que el instinto mercantil es muy fuerte en ese sector.

»Entonces estalló la guerra. Daffinger se alistó y se fue a luchar. Magda no volvió a saber de él. Estoy inclinada a creer que no intentó con demasiado afán saber qué le había ocurrido, pues había comenzado a desear una vida más excitante y se le presentaba la oportunidad de conseguirla. En los últimos meses, cuando las líneas alemanas caían y la población sufría privaciones y desesperanza, logró llegar a Inglaterra, donde encontró el éxito, la popularidad y un buen matrimonio». Pasé una página.

- «Daffinger había sufrido mucho durante la guerra. Había peleado en el frente ruso y lo habían tomado prisionero. Enfermo y pobre, se dirigió a Berlín y buscó a su amante esposa. La búsqueda le llevó meses. Nadie sabía lo que había sido de ella. Se vio obligado a realizar acciones reprobables, incluso recurrió al robo y el atraco, para seguir con vida. Hace ahora dos años, encontró una

nota en un periódico inglés acerca del último libro de Magda… y de su casamiento con Pringle Petherick.»

Podía observar en los rostros de mis oyentes que empezaban a comprender y a anticipar el desenlace, por lo que me apresuré a continuar.

- Podéis imaginar la consternación de la dama cuando su marido, su legítimo marido, volvió de la tumba y se enfrentó con ella. Lamento decir que este hombre no tenía un carácter compasivo, y tenía motivos para sentir rencor. Magda era entonces rica y famosa, en parte gracias a su ayuda; Daffinger era pobre y desconocido. En resumen, le exigió que le pagara a cambio de su silencio. Ella vendió muchas joyas para satisfacerlo. Cuando sus recursos empezaron a mermar, Petherick oportunamente se murió.

Emerson se había mantenido en silencio; pero en ese momento no se pudo controlar más.

- ¿Ella mató a Petherick?

- Nunca lo sabremos con seguridad -repliqué-. Lo que sí sabemos es que Daffinger aumentó sus demandas. Uno de los hombres que había servido en su unidad durante la guerra era un joven arqueólogo llamado Lidman. Se hicieron amigos y hablaron de sus distintos intereses. En los últimos días de la guerra, Lidman murió, despedazado por una bomba, dijo Daffinger.

»Este hombre había aprendido mucho de Lidman, incluyendo el valor de las antigüedades. Quería la mitad de la herencia de Petherick. Magda huyó, llevándose el objeto más valioso de la colección. Furioso por lo que consideraba una traición, Daffinger la siguió.

Di vuelta otra página.

- «Para el momento en que la encontró, la señora Petherick había recobrado la serenidad. Le hizo ver que, si hablaba, ella podría perder la herencia, pero él lo perdería todo y tendría, además, que enfrentarse a una acusación de chantaje. Empezaron a negociar; al temer que Daffinger pudiera intentar robar la estatuilla de su habitación, nos la trajo. Con el fin de llevar a cabo su plan, ya había pergeñado el invento de la maldición y tomado otra habitación a nombre de la señora Johnson.»

Emerson había oído esto antes, y se removía inquieto en su silla.

- Nos engañó completamente -gruñó. No le gusta que lo

engañen-. Con toda esa cháchara sobre las maldiciones y los *afreets* negros.

- Yo no la creí y tú tampoco -repliqué-. Pero admito que tendríamos que haber demostrado más escepticismo respecto a sus motivos. De todos modos, Daffinger se puso furioso cuando se enteró de lo que había hecho. Intentó en varias ocasiones introducirse en la casa; pero como no tuvo éxito, probó otra treta y se presentó bajo la identidad de su compañero fallecido para que Cyrus lo contratara, con lo que esperaba conseguir entrar en esta casa. Era un hombre inteligente con una memoria excelente y había pasado horas escuchando el relato de Lidman sobre Amarna. Supongo que en las trincheras no hay mucho de que hablar.

- ¿Entonces fue él quien la mató? -preguntó David-. ¿Por qué? Por lo general se asesina al chantajista, no a la víctima.

- Magda trató de matarle a él -contesté-. Esa noche, cuando fueron de paseo a lo largo del río. Le había ofrecido encontrarse para discutir sus demandas. Era una mujer grande y fuerte y él no sospechaba ningún peligro. Por pura suerte, Daffinger sobrevivió. Como es natural, se puso más furioso y en su siguiente encuentro, en el jardín del Winter Palace, no estaba de humor para caprichos. Al verla con una vestimenta tan suntuosa, con peluca y joyas, y sin dar muestras de remordimiento, se sintió peor; luego ella cometió el error fatal de ofrecerle un par de pendientes de diamante falsos y le advirtió de que constituían su último pago. Se había enterado de que su marido tenía antecedentes delictivos en Alemania; ahora era él quien podía salir peor parado. En un arrebato de rabia, la atacó y cuando quiso ahogar sus gritos de socorro, provocó que su corazón sufriera un paro. Me dijo que no intentaba matarla. Quizá sea cierto; pero una vez que comprobó que Magda estaba muerta no tuvo otra opción, según explicó, más que esconder el cuerpo. Sin embargo, le quitó los pendientes y la despojó de sus joyas, con el fin de dar la impresión de que el motivo había sido el robo. Lo más extraño de todo es lo que hizo después de colocarla bajo la enredadera. El informante de Daoud tenía razón; había pétalos blancos diseminados sobre el cuerpo. Ayyid, que no tiene interés por la horticultura, no se percató; pero las rosas blancas eran sus favoritas. Nefret tembló.

- ¿Por qué me parece tan horroroso?

- La ambivalencia -dije-. El amor y el odio entrelazados e inseparables. Para los que nunca sufren ese conflicto resulta horroroso.

- ¿Qué pasó con la peluca? -preguntó Nefret con una mueca de disgusto-. ¿La conservó… de recuerdo?

- En absoluto -dije-. Se cayó mientras forcejeaban y no se la pudo poner de nuevo. Podemos imaginar lo difícil que le resultaría, con sus manos temblorosas y la cabeza de Magda…

- Suficiente -dijo Ramsés, mirando a su esposa-. ¿De manera que se la llevó?

- Y se deshizo de ella. No dijo exactamente cómo.

- Bien hecho, madre -dijo Ramsés-. Todos estos datos los obtuviste de la confesión de Lidman… Daffinger, ¿verdad?

- La mayor parte -ordené cuidadosamente mis papeles-. Aquí termina mi conferencia, quiero decir, nuestro diálogo. Y el caso.

- Todavía no -dijo Ramsés. Estaba ceñudo y con la mirada fija en mí-. Todavía no hemos encontrado la estatuilla.

Del Manuscrito H:

Lo habían intentado con afán. Nadie, excepto su madre, y Nefret, se había molestado en asistir al funeral, preparado con premura, de Lidman-Daffinger; los demás pasaron el día en la búsqueda en las zonas de la tumba del Valle Occidental y sus alrededores donde el hombre se había ocultado.

- No está en la tumba -dijo Emerson de manera inexpresiva-. Apuesto mi reputación en ello. No pudimos realizar una excavación completa en tan poco tiempo, pero tamizamos todo lo que se podía tamizar…

- Y colocar de nuevo en su emplazamiento original, por supuesto -sugirió Ramsés.

- Por supuesto. Nos llevó mucho tiempo, maldita sea.

Regresaban al Valle Occidental. Eran las primeras horas de la tarde y el sol quemaba sin piedad, pero Ramsés compartía el deseo de su padre de seguir con la tarea. Ahora no había problemas acerca de la propiedad legal de la estatuilla; dado que la boda de Magda Ormond con Petherick había sido ilegal, los hijos de Petherick heredarían. Necesitaban el dinero… y lo obtendrían, de una forma u otra. Emerson se encargaría de que así fuera. Sin embargo, no era la perspectiva de perder una gran suma de dinero lo que le

preocupaba. Su reputación estaba en peligro, y si tenía que hacerlo, pasaría los próximos diez años buscando la estatuilla.

Emerson dio unas órdenes imperativas a su caballo y se adelantó para unirse a Sethos, que había tomado su lugar a la cabeza de la procesión. Toda la familia estaba allí, incluyendo a Selim y Daoud y un equipo completo de hombres. Los acantilados magníficos y altísimos presentaban cientos de grietas lo suficientemente grandes como para ocultar algo del tamaño de la estatuilla dorada.

Ramsés esperó a su madre y a Nefret y se colocó a su lado. No había tenido ocasión de hablar con Amelia en privado desde su actuación de la mañana.

- ¿Está bien, verdad, madre? -le preguntó.

- Por cierto. -Se enjugó la cara mojada con un pañuelo blanco y limpio.

- Cyrus ha hecho que los hombres traigan agua de sobra -dijo Ramsés-. Alcanza para los caballos también.

- Agradezco tu preocupación, cariño, pero no es necesaria. Tienes alguna otra cosa en mente, ¿verdad?

- Nos hizo un resumen excelente esta mañana -dijo Ramsés-. ¿Está completamente satisfecha con la resolución del caso?

Un pequeño murmullo de regocijo escapó de sus labios.

- Así que te has dado cuenta de que hay unos cuantos flecos sin explicar. Con el tiempo, los demás se darán cuenta también, pero los he atosigado con tanta información que no han tenido tiempo de absorberla.

- ¿Por qué? -preguntó Ramsés directamente.

La sonrisa de su madre desapareció.

- En primer lugar, no había oído tu relato cuando ordené mis notas. Obviamente no podría haber sido Daffinger el responsable de los ataques contra vosotros en El Cairo. No crees que haya sido Adrian, ¿verdad?

- No me imagino cómo se las hubiera arreglado. El hombre… la persona que disparó contra nosotros fuera del restaurante de Bassam usó una pistola. Adrian tenía sólo un rifle. Les registré a él y a su equipaje antes de volver a El Cairo esa noche.

- Podría haberse desecho de la pistola.

- Tal vez. Pero, ¿por qué?

Emerson, que iba muy adelantado, se volvió y les gritó que se

dieran prisa.

Se unieron a los demás, que formaban un atento corro alrededor de Emerson.

- Ya hemos trabajado en este sitio antes -dijo con firmeza-. Lo registraremos de nuevo, concienzuda y metódicamente y no dejaremos ni una pulgada de suelo sin explorar.

Bajo su dirección se dispersaron en tres direcciones: derecha, izquierda y arriba, comenzando en la entrada de la inacabada tumba 25, examinando toda abertura en la roca. «Vamos a tardar años», pensó Ramsés. Miró a su tío, que iba caminando muy lentamente, con las manos enlazadas en la espalda y silbando con perfecta afinación y ritmo un aire que Ramsés reconoció como el tema inicial de un concierto para oboe de Mozart. La despreocupación de la que hacía gala Sethos le indujo a hablar.

- No sabía que le gustaba la música clásica -dijo.

- Hay muchas cosas que no sabes de mí -contestó Sethos débilmente. Pasó su pañuelo sobre una roca y se sentó-. Soy un hombre de muchos talentos.

- Pues talento de realizar un trabajo manual duro no se encuentra entre ellos.

- ¿Por qué voy a molestarme si puedo encontrar a otro que lo haga por mí? Por ejemplo -dijo Sethos con un imperceptible movimiento de la cabeza-, ese tipo que está allá arriba… ¡No, no te des la vuelta para mirar! Nos ha estado observando desde hace una hora. Quizá pudieras dirigirte como por casualidad en esa dirección.

La dirección implicaba subir a una cornisa que sobresalía de la ladera del barranco. Había un precario sendero, que serpenteaba hacia arriba desde el suelo del valle. Por el rabillo del ojo Ramsés captó un rayo de luz (¿binoculares?) y lo que podría ser una cabeza que miraba para abajo.

- «Dirigirte como por casualidad» no puede aplicarse a esta situación -dijo, cáustico-. Ese hombre está colocado en un lugar estratégico. Me verá cuando suba.

- Lo distraeré -propuso Sethos. Se puso de pie y se limpió los fondillos del pantalón. Luego caminó hacia donde estaba Emerson gritando instrucciones a los trabajadores. Ramsés no escuchó lo que dijo Sethos, pero galvanizó a su padre, que contestó con una réplica furiosa, claramente audible, no sólo para su hijo sino para todos los

que estaban a cierta distancia.

- ¿Te atreves a criticar mi relación con mi esposa?

- No te la mereces. -Sethos señaló acusadoramente a la madre de Ramsés, que escalaba laboriosamente la ladera del acantilado que estaba sobre ellos. Amelia se detuvo y miró hacia abajo-: Ningún hombre que se precie le permitiría que corriera ese riesgo -gritó Sethos.

Ramsés no vio lo que sucedió después, estaba demasiado ocupado subiendo el acantilado a toda velocidad.

Escuchó gruñidos y golpetazos y varios gritos escandalizados de su madre. Las desigualdades del terreno le ocultaron la mayor parte del sendero. Cuando llegó a la cornisa, trepó por ella con un solo movimiento.

El rayo de luz que había visto no provenía de unos binoculares sino de la lente de una cámara. El fotógrafo tenía los ojos pegados al objetivo y estaba sacando fotos del tumulto de abajo. Estaba tan absorto en la tarea que no notó la presencia de Ramsés hasta que el joven cogió la cámara con una mano y con la otra el cuello del individuo.

- No deje caer la cámara -chilló, retorciéndose.

Ramsés le obligó a bajar por el sendero, algo no muy difícil para un hombre con un estado físico adecuado. Los demás les estaban esperando abajo. Sethos se enjugaba delicadamente la nariz con un pañuelo ensangrentado. Emerson no presentaba ninguna marca, pero estaba rojo de rabia.

- ¡Un condenado periodista! -gritó y extendió su largo brazo.

- ¡No estropee la cámara! -jadeó el fotógrafo.

Emerson se la quitó de un tirón y la arrojó al suelo. El fotógrafo aulló.

- ¿El señor Anderson, verdad? -Nefret miró de cerca la cara del hombre-. Se cayó a la tumba el otro día.

- Y trató de obtener información de Carla -dijo Ramsés.

- ¡Anderson, mi abuela! -exclamó Cyrus-. Es el artista del que os hablé, el que vino a pedirme trabajo y no apareció. Maillet.

Capítulo 10

Me pregunté por un instante si el señor Anderson sería un pariente de Kevin O'Connell, quizá un primo o un hermano menor. Pero no, pensé, el cabello de Kevin era de un rojo brillante y el de este hombre era castaño; en lugar de poseer el azul cerúleo de los ojos de Kevin, los suyos eran de un verde sucio. El parecido no era físico sino que residía en la expresión y el comportamiento.

- Es un periodista -dije-. ¿Será también un ladrón y un asesino?

La pregunta distrajo al señor Anderson del desastre de su cámara, cuyas piezas juntaba con gemidos de angustia. Se puso de pie de un salto.

- ¡Vamos, señora Emerson, no puede ir acusando a la gente de esa forma! Todo lo que yo quería era una exclusiva. El señor O'Connell es mi mentor, mi ídolo; me enseñó todo lo que sé y me desafió a conseguir sus mismos éxitos en… eh…

- Ganarse nuestra confianza -dije en tono grave-. Usted se presentó como un artista especializado en arqueología con el fin de conseguir un empleo con el señor Vandergelt. Un plan digno del mismo Kevin.

- No soy tan listo -admitió Anderson-. Puedo hacer algún boceto y pensé que podría mantener el engaño algunos días, pero cuando el señor Vandergelt se negó a contratarme sin ver antes mi carpeta de trabajos, supe que tendría que utilizar algún otro método.

- Ja -exclamó Emerson-. ¿Veis como tenía razón? Dije que esos bastardos no se detendrían ante nada, que serían capaces hasta de volar la caseta del guardia.

Anderson, súbitamente alarmado, abrió unos ojos como platos.

- ¡No, señor, yo no hice tal cosa! Mire, ahora estamos empatados. Usted destrozó mi cámara y arruinó unas fotos de primera categoría, de manera que me puede dejar ir.

- ¿Cómo llegó hasta aquí? -pregunté.

Anderson hizo una mueca.

- Andando. Todo el camino desde el Valle Oriental. Junto a una docena de egipcios. Me informaron de que ustedes estuvieron ayer en este lugar y que buscaban algo, de manera que supusieron que también podrían echar un vistazo.

- Condenación -maldijo Emerson-. ¿Encontraron algo?

- Creo que no, pero son unos granujas difíciles de atrapar. Desaparecieron en cuanto ustedes llegaron.

- Infierno y condenación -barbotó Emerson-. Tengo algunas preguntas que hacerle, señor Anderson, pero este no es el momento ni el lugar para realizar un interrogatorio. Hassan, escolta a esta persona de vuelta a casa y que se quede hasta que lleguemos.

Anderson había recobrado el ánimo a medida que la discusión se tornaba más civilizada, pero en este momento flaqueó de nuevo.

- Pero, señor, no tengo ningún medio de transporte. Ni siquiera un maldito burro.

- Si vino a pie, puede irse de la misma manera. -Emerson hizo una mueca amenazadora que dejó al descubierto sus grandes dientes blancos-. Márchese ya. Y no trate de sobornar a Hassan, es incorruptible.

Hassan miró a su padre, Daoud, que tenía los brazos cruzados.

- Lo es -dijo Daoud-. En toda la acepción de la palabra.

Los observamos partir juntos. Anderson cojeaba. Sethos se quitó el pañuelo de la nariz.

- Gracias, Nefret. Ya he dejado de sangrar.

- Soy una experta en hemorragias nasales -dijo Nefret.

- Bah -exclamó Emerson a disgusto.

- Disculpa aceptada -dijo Sethos con una sonrisa-. Acepta la mía de la misma forma. No quería decir lo que dije.

- Estuvo muy bien -concedió Ramsés-. Anderson estaba tan fascinado por el espectáculo que no se dio cuenta de mi presencia hasta que lo cogí por el cuello.

Emerson, que se había disculpado de la única forma que podía, emitió su letanía acostumbrada.

- Volvamos al trabajo. Tenemos que hallar la estatuilla hoy o arriesgarnos a que uno de esos granujas nos gane la partida.

- Está por allí -dijo Sethos-. A unos tres metros a la izquierda, enterrada en el pedregal.

Nadie se animó a cuestionar la arrogante afirmación. En una carrera incontenible, todos nosotros salimos a la velocidad del rayo hacia el lugar que había descrito. Nos llevó unos minutos recobrar el envoltorio, ya que tuvimos que ir con cuidado, pero la alteración del pedregal era tan evidente que me pregunté por qué ninguno de nosotros lo había observado. ¡Porque era demasiado obvio! Habíamos imaginado que Daffinger se habría esforzado más en ocultar su tesoro.

Emerson desenvolvió parte del envoltorio para asegurarse de que habíamos encontrado lo que buscábamos. Lo acunó en sus brazos como si fuera un niño y volvió deprisa a donde su hermano se hallaba sentado sobre una roca con aire despreocupado.

- ¿Cómo lo sabías?

Sethos examinó tristemente el pañuelo ensangrentado.

- Me pregunté dónde la hubiera ocultado yo. Como Daffinger, soy reacio a los esfuerzos extenuantes. Cyrus soltó una carcajada.

- Como en el viejo dicho acerca del caballo perdido, ¿eh?

- Como diría Amelia, en esos aforismos hay a veces una profunda verdad.

Yo estaba a punto de decirlo.

* * *

Al volver al Valle Oriental nos encontramos con el señor Anderson y Hassan. Anderson levantó la cara en una súplica muda; parecía tan abatido, cojeando y bañado en sudor, que Nefret intercedió ante Emerson para que lo dejara cabalgar un rato. Emerson, que hubiera podido hacer todo el camino sin acalorarse, sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa maligna. Odia a los periodistas más que a los turistas.

Sin embargo, no es un hombre cruel ni vengativo, y la buena opinión de Nefret significa mucho para él. Cuando llegamos al corral de los burros hizo que un hombre volviera atrás con una cabalgadura.

Otra vez me encontré al lado de Ramsés.

- Otro sospechoso -comentó.

- No lo creo -repliqué.

- La confesión de Daffinger no lo explica todo, madre.

Le sonreí con afecto y pensé con alguna satisfacción conmigo misma cuan bien lo había educado. Excepto por su padre, no había un hombre más guapo en todo Egipto… o en todo el mundo. Cabalgaba con la soltura de un atleta y sus rasgos tenían la elegancia de una estatua griega (salvo por la nariz, que era un poco larga, lo que en mi opinión le favorecía). No dudé que Harriet Petherick tenía otras motivaciones además de la preocupación por su hermano cuando hizo el torpe intento de seducirlo.

- ¿Bien? -preguntó Ramsés. Mi mirada apreciativa lo hizo sentir cohibido.

- Cielos, qué insistente eres. Hablaremos más tarde.

- Vandergelt nos ha pedido que nos detengamos en el Castillo para almorzar algo. -Emerson se dio la vuelta para hablarme-. Supongo que eso te agrada, Peabody.

- Sí, Katherine estará ansiosa por saber que hemos encontrado la estatua.

La sonrisa de Emerson denotaba lo satisfecho que se sentía.

- Pero tú aceptaste la invitación porque quieres dejar que el señor Anderson sude un poco más -le dije, acusadora.

- ¿Cómo puedes pensar eso de mí, Peabody? Necesitamos discutir nuestros planes para el futuro. Estos últimos días nuestro trabajo ha llegado a un punto muerto.

- Un asesinato es más importante que una excavación -sentencié-. No necesitas disimular, Emerson, te conozco demasiado bien. Tu fuerte sentido del deber exigía que vengaras a la señora Petherick, y ya lo has hecho.

- Hmm -dijo Emerson y espoleó el caballo.

Cuando desenvolvimos la estatuilla descubrimos que se habían caído otros pedacitos del collar incrustado. Gracias a nuestros cuidados, pudimos conservarlos y podrían ser recolocados.

- Es una lástima que falte la serpiente uraeus -dijo Cyrus.

Daoud mostró su asentimiento con un gruñido.

- Debemos tratar de encontrarla -declaró.

- Temo que sea una causa perdida, Daoud -dijo Ramsés-. No podemos examinar todas las tumbas de Egipto.

Con la estatuilla como centro de mesa, nos sentamos a comer un

almuerzo copioso, servido por el anciano pero servicial mayordomo de Cyrus, Albert. A petición de su amo, descorchó varias botellas de champán, y brindamos por nuestro éxito y por la conclusión positiva de otra investigación, a decir de Cyrus.

- No sé cómo lo haces Amelia -declaró.

- Consiguió la confesión de Daffinger -dijo Emerson.

- Me parece a mí -dijo Ramsés, jugando con su copa-, que confesó ser culpable de todo excepto del hundimiento del *Titanic*. Madre, ¿está segura de que usted no…? No sé como decirlo…

- ¿Puse palabras en la boca de un moribundo? -terminé la frase con excelente buen humor.

- Inconscientemente, por supuesto -dijo Ramsés con prontitud.

Emerson se retorció. Se había vuelto muy sensible a cualquier mención de la palabra «inconsciente».

- No fue tan coherente como implicaba mi relato -admití-. En especial hacia el final. Sin embargo, ya tenía motivos para sospechar de él.

Saqué del bolsillo un papel doblado. Emerson gruñó, Cyrus rió, Sethos mostró una amplia sonrisa y Daoud dejó el tenedor sobre la mesa, preparado para prestarme atención.

- ¿Otra de tus pequeñas listas? -inquirió Sethos.

- Pistas -dije-. Hay tres. La Pista de los Pétalos Blancos, la Pista de la Generosidad y la Pista de la Erudición Excesiva.

- Entiendo la primera -dijo Cyrus con entusiasmo-. Los pétalos significan que la mató alguien que la conocía bien… quizá que la quería.

Hice un gesto de aprobación con la cabeza.

- Generosidad -dijo Ramsés, pensativo-. Supongo que se refiere a que la señora Petherick nos dio la estatuilla a nosotros.

- Precisamente -dije-. Creímos que, al hacerlo, quería involucrarnos en la publicidad que estaba buscando, pero esa publicidad la podía conseguir sin poner la valiosa pieza en nuestras manos. Me pregunté si su motivo real no sería el temor. Un ladrón en potencia transferiría sus atenciones a nosotros y la dejaría tranquila.

- Ya lo creo -exclamó Bertie-. Esto resulta tan bueno como un relato de Sherlock Holmes. Pero hasta ahora ha probado que temía a alguien. ¿Y la tercera pista?

- Apunta directamente a Lidman-Daffinger -dije-. Aparte de la coincidencia de que apareciera cuando lo hizo, su conocimiento de Egiptología era de una naturaleza altamente sospechosa. Sabía mucho de cosas que podría haber aprendido de otros… de personas o libros…, pero siempre encontraba una excusa para evitar tomar parte en una excavación real.

- Siempre que alguien le hacía una pregunta que no podía responder, comenzaba a perorar -dijo Ramsés con algo de tristeza-. Tendría que haberlo notado.

- No es un dato concluyente -dije-. Había otras circunstancias sospechosas, no obstante. Su enfermedad era fingida; Nefret no pudo encontrar ningún desorden serio. Con ella lograba dos propósitos: librarse de un trabajo que no podía hacer y conseguir que le acogiéramos en nuestra casa. Se hallaba en una situación perfecta para proporcionarle a la perra un somnífero y hacer otro intento de encontrar la estatuilla.

- Ahora parece tan evidente -dijo Bertie con ingenuidad.

Siempre resulta evidente después. Capté la mirada escéptica de Ramsés y le sonreí cordialmente.

- Será mejor que nos vayamos a casa. El pobre señor Anderson debe estar desesperado.

- Pobre señor Anderson… bah -dijo Emerson.

Hassan había seguido nuestras instrucciones al pie de la letra. El señor Anderson estaba sentado en una silla muy dura, con los ojos fijos en el egipcio, que estaba a su lado jugando con un cuchillo.

- Por favor -gorjeó Anderson-. Díganle que se aleje. ¡Me ha amenazado!

- Bien hecho, Hassan -le alabó Emerson-. Puedes irte.

Hassan se fue y Anderson emitió un largo suspiro de alivio. Se quitó el sombrero, no tanto como un ademán de cortesía como para echar para atrás su pelo sudoroso.

- Constituye una intimidación -declaró-. Podría denunciarlo.

- O'Connell estaría orgulloso de usted -dijo Emerson, sentándose en una silla cómoda-. Tiene tanta resistencia como él. Pero debería haberle mencionado que las amenazas no lo conducirán a nada con nosotros. Tiene suerte de salir de esta sin una buena zurra.

- Todo lo que quería…

- Sí, sí. Un reportaje exclusivo. Bueno, ya lo tiene. Estoy seguro

de que podrá escribir un rimbombante artículo sobre los sucesos de esta mañana, aunque no tenga fotos.

- ¿Le gustaría beber algo, señor Anderson? -pregunté-. Parece muy acalorado.

Los ojos cansados del periodista fueron de Emerson a mí y volvieron a Emerson.

- ¿Qué tengo que hacer?

- Diga «sí, por favor», señor Anderson.

Fátima estaba observando desde la puerta. A un gesto mío, apareció con una jarra de limonada y todos bebimos un vaso. El señor Anderson bebió dos.

- Ahora -dije, sacando un papel del bolsillo-, unas pocas preguntas antes de que se vaya.

Esta vez mi pequeña lista consistía en lo que había denominado «Sucesos desafortunados».

- Tenemos explicación para todos excepto unos pocos -señalé-. Quiero saber de cuáles es responsable usted. ¿El primer intento de entrar a la casa?

- Lo hice yo -admitió Anderson-. Pero sólo quería…

- ¿La explosión en la caseta del guardia?

- ¡No! No, nunca hice eso.

- ¿Hacer que Ramsés fuera a las colinas y atacarlo?

- ¿Qué? -Su consternación parecía auténtica-: Nunca he atacado a nadie, señora Emerson. ¡Es la verdad, por Dios!

- Es demasiado cobarde -declaró Emerson-. Como su mentor.

Recorrí la lista, línea por línea, y luego dije:

- Muy bien, señor Anderson, estoy satisfecha. Por el momento.

- ¿Entonces me puedo ir? -Dejó el vaso y se puso de pie de un salto.

- Una cosita más -dijo Emerson, con una amplia sonrisa-: Usted ha confesado, ante testigos, que es culpable de allanamiento e intrusión. -Los labios de Anderson se abrieron y Emerson suavizó su acusación-: De intrusión, entonces. Podría hacer que lo arrestaran, y lo haré si nos causa más problemas.

Anderson estaba tan contento de irse que ni siquiera pidió un caballo prestado. Mientras corría sendero abajo hacia el muelle le grité:

- Salude de mi parte a Kevin, señor Anderson.

- Este asunto está concluido -declaró Emerson, frotándose las manos-. Ahora podemos volver al trabajo.

- Me gusta la forma en que deja de lado tan fríamente asesinatos, robos y ataques violentos -dijo Nefret, encaramada al brazo de su sillón y dándole una palmadita en la mano-. ¿Dónde vamos primero, padre?

- Tengo todo planeado -dijo Emerson-. Mañana Deir el Medina. Quiero ver lo que ha estado haciendo Selim.

- ¿Luego terminamos con KV55? -preguntó David.

- Eh… hmm. -Emerson parecía ocultar algo-: Todavía no. No, todavía no. Estaremos algunos días en Deir el Medina. Creo que ya es tiempo de que cerremos la excavación en ese lugar, tan pronto como estemos seguros de que todo está en orden para recibir a los franceses. ¿Ya está el té? ¿Dónde están los niños?

Yo estaba revisando la bandeja del correo. Levanté la vista de la carta que estaba leyendo.

- Santo Dios, el señor Lacau parece algo enfadado contigo, Ramsés. ¿Faltaste a una cita con él cuando estuviste en El Cairo?

- No se trató de una cita, sino de una convocatoria algo ruda -dijo Ramsés-. Tenía la cabeza ocupada con asuntos más urgentes.

- Le enviaré una notita explicándole la situación -ofrecí.

- Al diablo con Lacau -dijo Emerson-. ¿Quién se piensa que es para darnos órdenes?

- El director del Servicio de Antigüedades, eso es -le recordé a mi esposo-. También tengo otros cabos sueltos que atar. Tenemos de nuevo la estatuilla y sabemos quién es su propietario legítimo, pero debemos informar a las autoridades acerca de lo que hemos averiguado. Dudo que conozcan el primer matrimonio de la señora… de Magda. También debo enviarle un telegrama a Harriet para darle las buenas noticias. Le vendrá bien el dinero; se gastó en el viaje a Egipto la pequeña herencia que recibió de su madre y los cuidados de Adrian probablemente resulten caros. Y le debemos contar al inspector Ayyid que conocemos la identidad del asesino.

- Creí que lo habías hecho esta mañana -dijo Emerson.

- Le dejé caer unas cuantas indirectas, pero debemos realizar un informe oficial y proporcionar a Ayyid una copia de la confesión de Daffinger. Le prometí que lo haríamos hoy o mañana, en la esperanza de poder comunicarle que habíamos recuperado la

estatuilla, y ya ves, mi optimismo estaba justificado.

El silencio de Sethos resultaba tan provocador como sus palabras.

- Gracias a ti -le dije, con una inclinación de cabeza.

- La hubiéramos encontrado más tarde o más temprano - refunfuñó Emerson.

- No seas tan gruñón, Emerson. Dale las gracias.

- En absoluto. -Sethos hizo un gesto lánguido con la mano-: Espero que ahora estéis dispuestos a admitir que me he reformado por completo, si bien no me molestaría que me pidierais disculpas por vuestras sospechas. Sospechabais de mí, ¿verdad?

- Temo que tu conducta pasada suscitaba ciertas dudas; no sobre el asesinato de la señora Petherick, por supuesto, sino sobre varios de los intentos de robar la estatuilla. La explicación del comportamiento sospechoso de Lidman-Daffinger la noche aquella en *que Amira* no ladró se basaba exclusivamente en lo que tú nos dijiste, y tuviste las mismas oportunidades que él de drogar a la perra.

- Ni siquiera estaba aquí cuando se produjo el primer intento de robo -protestó Sethos-. Ni en el segundo.

- Yo creo que nos rondaba más de un probable ladrón -dije-. Sin embargo, por si te interesa, te pido disculpas.

- Yo también. -Parecía que a Emerson le habían arrancado esas palabras con tenazas.

- Cielo santo. -Sethos se llevó una mano al corazón-: Espero que la emoción no termine conmigo.

Emerson declaró que estaría bien ir a Luxor y terminar con la parte formal del asunto. Sethos se ofreció a acompañarnos. Decliné su oferta.

* * *

Nuestros trámites terminaron con celeridad, así como la entrevista con Ayyid. Me había tomado la libertad de agregar algunos comentarios a la confesión de Daffinger, en las que elogiaba el trabajo de la policía y la dedicación del inspector.

Ayyid leyó en voz alta la última frase.

- «Si no hubiera actuado de inmediato para evitar la huida del sospechoso, el hombre podría haber abandonado Luxor y haberse perdido, con su mal adquirido botín, en los populosos barrios

marginales de El Cairo.» Muy… eh… elocuente, señora Emerson. Muchas gracias.

- No le has dicho nada de ese bastardo de Anderson -comentó Emerson, mientras íbamos del brazo hacia la orilla del río donde nos esperaba nuestro barco.

- Lo guardo como espada de Damocles sobre la cabeza de Anderson -repliqué-. Es el método más efectivo de tratar con periodistas.

Emerson me ayudó a subir al barco y tomó asiento a mi lado.

- No tenemos prisa -informó a Sabir-. Tómate tu tiempo, ¿eh?

La luz de la luna dibujaba un sendero luminoso a través del agua oscura. Emerson miró a Sabir, que nos daba la espalda por delicadeza, y me rodeó con un brazo.

- Qué bueno es estar al fin solos -declaró-. Ese bas… eh… ejem… Hissinghurst estaba siempre pisándonos los talones.

- Bissinghurst -le corregí-. No debes dejar que te ponga nervioso, Emerson, lo hace para irritarte porque sabe que entras al trapo.

Me había imaginado que el ambiente romántico mantendría ocupado a Emerson, pero tenía algo en mente.

- ¿Por qué intercambiabais tú y Ramsés esas miradas de complicidad?

- ¿Cuándo?

- A ratos, durante todo el día. No andes con evasivas, Peabody.

- Nunca, cariño. -Me acerqué un poco más-. Ramsés no está satisfecho y piensa que la confesión de Daffinger no resuelve todos los incidentes que están sin explicación.

- Tú misma dijiste que había docenas de personas tras la estatuilla.

- Una leve exageración, cariño. Para ser sincera, me encantaría saber que Sir Malcolm es culpable de algo, pero temo que sea demasiado cauto como para infringir las leyes. Sin embargo, los puntos que preocupan a Ramsés son los que se relacionan con los ataques que sufrió, aquí y en El Cairo. Daffinger no pudo ser responsable de estos últimos, puesto que nunca abandonó Luxor.

- Fue el chico Petherick -dijo Emerson convencido.

- Es lo que pienso. Pero Ramsés no lo quiere creer.

- Tiene un corazón demasiado tierno -dijo Emerson con un gruñido afectuoso-. Le tengo lástima al joven Petherick, es otra

víctima de esa guerra sucia e innecesaria, pero no se le puede considerar inocente a causa de su desgracia. Me pregunto qué ocurrirá con la muchacha.

- ¿Harriet? Te gustaba un poco, ¿verdad?

- Admiro su temple. Y su lealtad.

- Temo que sea otra víctima de la guerra. Pasará el resto de su vida al cuidado de Adrian, sin posibilidades de ser feliz. Quizá deba hacer un viaje rápido a El Cairo…

- Por ahí no paso, Peabody. -Emerson me cogió en un fuerte abrazo-: No puedes llevar sobre tus hombros todos los problemas del mundo. Te necesito aquí. Mañana…

- Vamos a Deir el Medina. Y Ramsés vuelve a trabajar con sus papiros.

- Oh -dijo Emerson-. Hmmm. Le servirá para distraerse, supongo.

- Realmente me gustaría que demostraras más interés por su trabajo, Emerson. Parece estar muy excitado por algunos de los fragmentos que encontramos este año.

- No intento denigrar su trabajo -dijo Emerson, con sentimiento de culpabilidad-. Tiene una importancia fundamental. ¿Crees que no se lo he dado a entender lo suficiente? Muy bien, cariño, procuraré que lo comprenda.

Sus palabras eran sinceras, como lo demostró en la cena. Su inesperado interés sorprendió tanto a Ramsés que al principio sólo contestó con monosílabos.

- Cuéntanos más, muchacho -le instó Emerson, inclinándose hacia delante con los codos sobre la mesa-. ¿Conciencia de pecados personales, dices?

Ramsés no había dicho eso; lo había hecho yo, al explicar su teoría a Emerson. Sin embargo, no podía soslayar la respuesta y a medida que hablaba, el entusiasmo superó a la timidez.

- Creo que el concepto aparece mucho antes de lo que supuso Breadsted -explicó-. Hay un fragmento en particular, uno bastante largo, que por la caligrafía parece remontarse a la XVTII Dinastía. Todavía no he tenido ocasión de traducirlo, pero las palabras «crimen» y «perdón» aparecen varias veces.

- Entonces es hora de que lo traduzcas -declaró Emerson-. ¿Por qué no haces que vuelva tu amigo Katchevsky?

- Katchenovsky -le corrigió Ramsés con paciencia-. Estoy seguro

que espera noticias mías. Gracias, padre.

- En absoluto, en absoluto -Emerson me miró para que le demostrara mi aprobación. Asentí y sonrió-. Cuéntame más, hijo.

* * *

Nuestra mañana de trabajo en Deir el Medina se desarrolló sin incidentes. Habíamos pedido prestado a Bertie, quien comenzó a realizar un plano definitivo. Los elogios de Emerson hicieron que Selim resplandeciera de orgullo. El único de nuestro equipo que parecía algo enfurruñado era Daoud.

- No hemos podido hacer nada para ayudar -dijo-. Vosotros solos encontrasteis al hombre malo y lo que había robado. No hicimos nada.

- Protegisteis la casa y nos trajiste la perra -le consoló Ramsés.

La cara de luna llena de Daoud se arrugó en una mueca de desdén.

- La perra no hizo nada tampoco.

- No hubo necesidad -dije, al darme cuenta que su malestar era auténtico-. Fue la magia del Padre de las Maldiciones lo que funcionó… eh… finalmente.

- Ah -dijo Daoud-. Finalmente significa…

- Que la magia tardó un poco más de lo habitual -explicó Ramsés.

- Ah. -Daoud lo pensó un instante-: Sí. El *afreet* negro era muy fuerte.

- El *afreet* negro se ha ido para siempre -dije-. No volverá.

- *Inshallah* -dijo Daoud.

Fátima estaba preparando la bandeja del té cuando llegamos a casa.

- Llegáis temprano -dijo acusadoramente.

- No tenemos prisa -contesté-. ¿Dónde está Ramsés?

- Con su amigo. Han estado trabajando.

- Les avisaré de que el té estará listo pronto.

Cuando me acerqué al gabinete de trabajo escuché sus voces. Me quedé quieta escuchando y mi corazón latió con fuerza.

Del Manuscrito H:

Katchenovsky se tomó su tiempo para contestar al mensaje de Ramsés, que había estado trabajando con los papiros durante unas horas antes de que el ruso llegara, lleno de disculpas y preguntas.

Ramsés respondió a estas últimas de una forma algo vaga. La sospecha que se había presentado en su mente le parecía absurda. El ruso tenía el mismo aspecto y actuaba como siempre, ansioso y humilde. Tomó el texto que Ramsés le entregaba y comenzó a reescribirlo. Ramsés lo observó un instante. Luego seleccionó otro trozo de papiro.

- Usted tradujo esto, ¿verdad?

Katchenovsky levantó la vista. Cuando vio lo que sostenía Ramsés, se puso rápidamente de pie y retrocedió unos pasos. A Ramsés se le cayó el alma a los pies. Había estado casi seguro, pero tenía la esperanza de equivocarse.

- Sé que lo hizo -dijo Ramsés-. No estaba en la misma posición en la que yo lo dejé.

Katchenovsky levantó ambas manos como para protestar, y luego las hundió en los bolsillos.

- ¿Por qué negarlo? Su memoria es inmejorable. Lo leí, sí.

- Un documento notable -comentó Ramsés, escudriñando la escritura apretada-. Cimentaría su reputación si se publicara.

- Vale más que eso y usted lo sabe -dijo el ruso-. Se lo podría considerar el mapa de un tesoro. Hay algunas personas que darían mucho por tener la información que contiene.

Ramsés se enderezó y se enfrentó al otro hombre. Katchenovsky había sacado una pistola del bolsillo. Ramsés la reconoció como la que había pertenecido a Adrian Petherick. La había escondido en el fondo de un estante del gabinete, lo suficientemente alto como para estar fuera del alcance de unas manos infantiles. Había pensado deshacerse de ella en algún momento, pero nunca dispuso del tiempo necesario. «Me lo merezco», pensó, notando que Katchenovsky sostenía la pistola como un hombre con experiencia con ese tipo de armas.

- ¿Por qué, Mikhail? -preguntó.

- No lo quiero hacer -Katchenovsky lo miró con angustia-. Pero debo hacerlo. Si no me lo llevo, sabría mi secreto, pues conoce hasta la última línea. Usted es el único que sabría de dónde procede. Puedo decir que lo compré a un traficante.

- ¿Por eso trató de matarme en El Cairo?

- Y en Luxor, cuando esa noche contestó a mi mensaje. - Katchenovsky enderezó los encorvados hombros. Sus manos estaban

firmes-: Tuve que hacerlo. Si estuviera muerto, nadie más lo sabría.

«Con esto se resuelve lo de los problemas sin explicación de la lista de madre», pensó Ramsés. Se sentía algo sorprendido por su propia frialdad y por su alivio al enterarse de que estaba en lo cierto en lo referente a Adrian Petherick. En realidad no podía tomar en serio esta amenaza contra su vida que provenía del tímido y amable ruso.

- No me puede matar ahora -argüyó-. La casa está llena de gente. Escucharán el disparo. Lo cogerán con las manos en la masa.

Katchenovsky miró por la ventana abierta.

- Les diré que alguien entró violentamente. Haré dos disparos, uno para usted y, con el segundo, me heriré de forma leve. El intruso dejará caer el arma y huirá.

Sethos tenía razón. Cuando Katchenovsky estaba erguido y con la cabeza levantada era más alto de lo que todos pensaban y su constitución delgada poseía la fuerza del acero. Su voluntad era igual de fuerte. Ramsés no dudaba de que el hombre hubiera mantenido una ardua lucha con su conciencia, pero en ese momento estaba decidido y no existían muchas posibilidades de hacerle cambiar de idea. Sin embargo, se presentaba una ínfima probabilidad y Ramsés estaba preparado para seguir hablando y ganando tiempo.

Entonces escuchó un sonido desde fuera de la puerta, un sonido demasiado familiar, y supo que el tiempo de hablar había terminado. Katchenovsky se volvió hacia la puerta y su dedo se afirmó en el gatillo.

Amelia irrumpió en el cuarto y corrió en línea recta hacia el ruso. Disparó su pequeña pistola. Como siempre, erró. Katchenovsky no.

Ramsés no sintió la bala que penetró a través de la manga. No escuchó los gritos de alarma y el sonido de pies que corrían. Sólo era consciente de que sus puños golpeaban una carne blanda y de que el ruso se desplomaba. Cayó de rodillas al lado de su madre y apretó las manos contra la mancha de sangre que se extendía por su blusa.

Los ojos de Amelia se abrieron. Una sonrisa de triunfo curvó sus labios blancos.

- ¡Sospeché de él… desde el principio! -murmuró.

* * *

- Estaría satisfecha si ese fuera su epitafio -masculló Emerson con voz ronca Ramsés estaba sentado con los codos en las rodillas y el rostro oculto entre las manos. No podía dejar de temblar.

Esperaban sentados en un banco en la parte externa de la clínica de Nefret, unos al lado de otros, como feligreses en un banco de iglesia: Ramsés y su padre, David, Sethos y Selim. En el banco no había sitio para Daoud, que se hallaba de pie al lado de ellos, con una calma monolítica. Por encima de sus cabezas las ramas livianas de un tamarisco se movían levemente. Los rayos del sol se filtraban a través de las hojas como una lluvia de oro.

Una mano lo cogió por el hombro.

- Se pondrá bien -repitió Emerson por cuarta o quinta vez-. Nefret lo dijo.

- Creí que se moría -dijo Ramsés a través de los dedos-. Perdió tanta sangre.

- Una parte de sangre era tuya -dijo su esposa, de pie en la puerta abierta de la clínica-. Entra y déjame echarte un vistazo.

- No es nada. -No quería moverse.

- Ve, hijo. -Emerson le dio un apretón-: Está bien ahora. ¿No es cierto, Nefret?

- *Inshallah* -entonó Daoud.

- *Inshallah* -repitió Nefret. Parecía un ángel cansado, pensó Ramsés, pues la luz del sol acariciaba sus cabellos y sus ojos azules relucían-. Se despertará pronto. Creo que querrá veros a ti y a padre.

* * *

Nunca había visto a Abdullah tan enfadado. Me señaló agitando sus puños.

- ¿Qué te dije? ¿Por qué no me hiciste caso?

No sentía dolor. Aspiré con fruición el fresco aire de la mañana.

- ¿Estoy muerta? -pregunté.

- No -dijo Abdullah de mala gana-. Esta vez no. Tienes tantas vidas como un gato, *Sitt,* pero ya has usado la mayoría de ellas.

- ¿Qué se supone que tenía que hacer? -pregunté-. ¿Quedarme tranquila y dejar que matara a mi hijo?

El ceño de Abdullah se suavizó.

- Lo quieres mucho, lo mismo que a Emerson.

- No se puede medir el cariño, Abdullah. «Cuanto más doy, más tengo para dar» -No pude recordar cómo seguía, de manera que hice una paráfrasis-…Puesto que el amor es infinito como el mar.

- ¿Poesía? -preguntó Abdullah con aprensión.

Reí y abrí los brazos como para abrazar el día. Mirándolo bien, me alegró saber que mi vida no había terminado. Me quedaban muchas cosas por hacer.

- Deja de regañarme y dime que te alegras de verme -le insté.

- Hmm -dijo Abdullah. Acarició su negra barba y ocultó la sonrisa con una mano.

- Recuerdo la pista que me diste.

- ¿Ah, sí?

- ¿La recordaré cuando despierte?

- Sólo Alá lo sabe -dijo Abdullah que dejó de esconder su sonrisa.

* * *

El despertar no resultó agradable. Un aire caliente que olía a antiséptico remplazó la brisa matinal y tuve la sensación de que por debajo del esponjoso bienestar de la morfina algo me dolía. Había un bulto sobre mis pies, pesado y cálido. Y también estaba la cara de Emerson que se cernía sobre mí y su mano fuerte que apretaba la mía. La ansiedad había tallado profundas arrugas en su rostro, que me miraba con el ceño fruncido.

- No le grite -dijo la voz de Nefret, distante pero nítida.

- No me importa que lo haga -murmuré-. ¿Ramsés está…?

- Estoy bien, madre. Gracias a ti.

- Excelente. ¿Qué es ese peso sobre mis pies?

- El gato -dijo Emerson-. Lo llevaré… ¡ay!

- Está bien, Emerson, déjalo -murmuré-. Tenemos mucho de que hablar.

- No ahora -me advirtió Nefret.

- Mañana -dije-. Me acuerdo.

A última hora de la tarde siguiente me desperté de un sueño reparador y me sentí casi restablecida. Estaba en mi propia cama y el *Gran Gato de Re* yacía enroscado a mis pies. La luz del crepúsculo doraba el aire impregnado del perfume de las flores. Emerson estaba sentado a mi lado. Cuando me moví saltó como un resorte de la silla y me puso sus grandes y suaves manos sobre los hombros.

- No te muevas, Peabody. Fátima, corre y dile a Nefret que ya ha recuperado la conciencia.

Con cuidado, volví la cabeza. Sobre la mesilla que estaba al lado de la cama había un enorme ramo de flores, metido a la fuerza y sin orden en un florero… rosas, zinnias, maravillas, malvalocas y buganvillas que sobresalían en todas direcciones en una horrible confusión de color. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

- ¡Oh, Emerson! ¿Las cogiste para mí?

La mano que acarició mis mejillas estaba llena de rasguños.

* * *

- Todos han venido a preguntar por usted -dijo Nefret-. Daoud y Selim, el señor Winlock y el señor Barton, y la mitad del poblado de Gurneh, incluyendo una cabra curiosa, y Marjorie Fisher y la señorita Buchanan y una docena más. Los Vandergelt están aquí.

- Qué amables-dije-. Pídeles que entren, por favor.

- Madre, no debes cansarte. Demasiadas visitas…

- Me animarán -declaré-. Y quiero ver a Ramsés. Y a David, por supuesto. Y…

- Está bien -dijo Nefret con pocas ganas-. Durante unos minutos. Prométame que se quedará quieta y no hablará.

- Debo hablar. Tengo mucho que decir.

En la cara seria de Nefret se dibujó una sonrisa.

- Diez minutos, madre y ni uno más.

Se apiñaron en la habitación, y la vista de esas caras tan queridas hubiera levantado el ánimo a cualquiera.

- Estás bien, ¿verdad, hijo? -le pregunté a Ramsés.

Asintió sin poder hablar.

- Excelente -dije-. Escuché a hurtadillas mucho de lo que le dijiste a Katchenovsky. ¿Qué habéis hecho con él?

- Está en el hospital -dijo Emerson-. Ramsés le hizo mucho daño, pero vivirá para enfrentarse a una acusación de intento de asesinato.

- Me da lástima -dije-. Es un catedrático de mucho talento y creo que era un buen hombre antes de que lo dominara la tentación. Su confesión explica los restantes interrogantes de mi lista. Adrian Petherick no es culpable de nada excepto de intimidar a su hermana.

- No debe hablar demasiado -dijo Nefret, con una mano sobre mi

frente.

- Entonces dejemos que hable Ramsés. ¿Qué diablos… qué había en ese papiro?

- He realizado una traducción preliminar -dijo Ramsés. Sacó un papel del bolsillo-. Algunas partes faltan o están deterioradas, de manera que he completado las lagunas lo mejor que he podido. Es la confesión del ladrón, que describe dónde y cuándo encontró la estatua dorada.

«Cogí la estatua de este dios de su tumba en el Gran Lugar. Bakenamen hijo de Tutmosis cogió la otra imagen y Sebekhotep el artesano cogió aretes de oro y un collar adornado con piedras preciosas. Los guardias de la necrópolis vinieron por nosotros y capturaron a Sebekhotep y a Bakenamen, pero pude huir sin que me vieran. Ahora una enfermedad ha tomado mis miembros y los dioses me están castigando por mi crimen y no puedo restituir la imagen de este dios. De manera que te la ofrezco a ti, Señora de Misericordia, para no lucrarme con mi crimen y para ganar el perdón en el Más Allá.»

- Señora de Turquesa -dijo Nefret-. La diosa Hathor.

Ramsés sonrió a su esposa.

- La Diosa Dorada. Enterró la estatuilla cerca de su templo y allí es donde la encontró, hace unos años, un ladrón moderno. En el último lugar en que se esperaría encontrarla… Deir el Medina, donde el ladrón vivía hace más de tres mil años.

- Sorprendente -exclamó Bertie-. Debe ser absolutamente extraordinaria.

- Hay otros papiros que tratan de los robos a las tumbas y las confesiones de los ladrones -dijo Ramsés-. Por su fecha son de la XX Dinastía. Ésta es muy anterior, de la XVIII, si mis análisis de la gramática y de la caligrafía son correctos. Sin embargo, se trata del único caso donde tenemos no sólo la confesión del ladrón sino también el objeto robado.

- Todavía no comprendo por qué es tan importante. Excepto, por supuesto, desde un punto de vista científico -añadió Bertie, con una mirada a Jumana.

- No te agites, madre. -Ramsés colocó sus dedos suavemente sobre mis labios abiertos.

Con una voz algo ahogada por los dedos de mi hijo, dije:

- Hay dos tumbas reales desconocidas en el Valle de los Reyes. Abdullah me lo dijo.

- Está delirando -dijo Katherine, preocupada.

Nefret agitó el termómetro bajo mi nariz.

- No se quedará quieta mientras todos estéis aquí. Fuera todo el mundo.

Del Manuscrito H:

- ¿Cómo está madre esta mañana? -preguntó Ramsés. Conocía demasiado bien los rasgos de su esposa como para dejar de percibir las débiles señales de preocupación en forma de las dos leves arrugas entre sus cejas curvadas.

- Un poco afiebrada. Era de esperar. Pero creo que será mejor que me quede con ella hoy.

Emerson movió la comida por el plato.

- Por supuesto. Si alguien no está a su lado se levantará y empezará a hacer cosas. Yo tampoco saldré.

- No hay necesidad de que se quede, padre -dijo Nefret-. Madre necesita descansar.

Ramsés tampoco quería irse, pero comprendió lo que Nefret no había dicho: que su madre tendría una oportunidad de descansar si todos se iban de la casa. Estaba más que dispuesto a enfrentarse con su tío si era necesario, pero Sethos marchó sin objetar nada. Se puso manos a la obra con más energía de lo que había hecho nunca, llegando a ofrecerse para tamizar los escombros e ignorando las dudas de Emerson de que pudiera hacerlo bien.

- Si no puedo distinguir un objeto elaborado de entre los escombros, es que he perdido muchos años en la profesión equivocada.

Trabajaba con el fin de mantener sus pensamientos alejados de lo que podía estar ocurriendo en la casa. Lo mismo le sucedía a los demás. Los movimientos eran más lentos y torpes, las voces más altas. El miedo era como una nube pequeña y distante, a pesar de que Ramsés trataba de tranquilizarse. «Es de esperar», había dicho Nefret. «Un poco afiebrada». Y esas dos leves arrugas en su frente…

El único que no estaba afectado era Daoud. Tenía una confianza absoluta en Nefret, y había pasado muchas horas en oración. Cuando se sentaron a almorzar, se refirió únicamente a la estatuilla dorada y a la confesión del ladrón.

- Pensar que estaba allí todo el tiempo -dijo, señalando con un muslo de pollo en dirección al templo.

Emerson, sumergido en un silencio huraño, no contestó.

- No en ese templo, Daoud, es muy posterior a la XVIII Dinastía -dijo David-. Hay templos más antiguos de Hathor. Trabajamos en uno de ellos el año pasado, ¿te acuerdas?

- Sí -dijo Daoud, que nunca olvidaba ningún yacimiento en el que hubiera excavado-. ¡Y no llegamos a encontrarla!

- Quizá la perdimos por unos pocos metros -meditó Ramsés-. Pero ahora no importa, Daoud. No hay nada más allí. El ladrón mencionó sólo la estatua.

- Regresamos al trabajo -dijo Emerson mecánicamente.

Anunció que se detenían mucho antes de lo que solía hacerlo. Daoud y Selim volvieron a la casa con ellos, y el primero llevaba un amuleto de plata con la forma de una mano de Fátima.

Las arrugas de la frente de Nefret eran más acentuadas, pero los recibió con una sonrisa.

- Tomaremos pronto el té -dijo con una alegría forzada-. ¡Oh, Daoud, qué atento eres! Es hermoso, estoy segura de que le gustará.

- Se lo daré -dijo Daoud.

- Prefiero que no la molestes -dijo Nefret-. Ha dormido durante la mayor parte del día.

Sethos se sentó.

- Está peor -dijo apesadumbrado.

- ¡No! Le ha subido la temperatura, pero eso no significa… padre, espera.

- Quiero verla -dijo Emerson-. Sólo verla. Sólo por un instante.

La cara de Nefret se torció en una mueca, como si no quisiera llorar.

- Está bien -aceptó en voz baja-. Sólo por un instante. Mírela y no le hable.

Daoud se puso pesadamente de pie.

- También la miraré. No hablaré.

Siguió a Emerson que entró en la casa.

- Daoud es una persona tranquila, para tener ese tamaño -dijo Nefret con una sonrisa triste-. Habla en voz baja y se mueve con lentitud.

Su necesidad de consuelo resultaba tan evidente que por una vez

Ramsés se olvidó de los presentes, incluso de su desdeñoso tío. Tomó a su esposa en sus brazos y la estrechó contra su pecho.

- La responsabilidad es tan enorme -murmuró la joven.

- No tienes nada que reprocharte, estás haciendo todo lo que puedes y más aún. Si me hubiera movido un poco más rápido…

- Acabad ya con esto -les interrumpió Sethos con brusquedad-. Nefret, tu madre no ha podido tener un médico más competente o uno que se ocupara más de ella. En cuanto a ti, Ramsés: ¿supones que tu madre preferiría verte a ti en su lugar? Sabía lo que hacía, siempre lo sabe.

- Tiene razón -dijo David-. No es el momento de flaquear, Nefret: tú misma dijiste que la herida no era mortal.

Serían esas tiernas palabras de ánimo o el modo más rudo de tranquilizarla de su tío, pero Nefret se rió mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos.

- ¿Sabéis lo que le salvó la vida? ¡Ese bendito cinturón de herramientas! La bala encontró a su paso la cantimplora y la desvió el cinturón de piel, de manera que penetró por el costado en lugar de incrustarse directamente en los intestinos.

Emerson y Daoud volvieron y se encontraron a Sethos que servía el whisky.

- Está dormida -informó Emerson-. Fátima está con ella.

Daoud no habló en absoluto. Después de unos pocos minutos de profunda reflexión se marchó.

Carla y David John sabían que la abuelita estaba enferma y que debían quedarse muy quietos y comportarse muy bien, pero gracias a los ingentes esfuerzos de los adultos permanecieron ignorantes de su gravedad. Sethos estuvo magnífico. Perdió una y otra vez a todos los juegos que le propusieron. Pero todos sintieron un gran alivio cuando los pequeños se fueron a la cama. Nadie comió mucho en la cena. Ramsés dejó que su padre ocupara su lugar al lado de la cama de su esposa, como correspondía. El resto se quedó en la puerta hasta que Nefret les ordenó que se fueran a sus habitaciones.

- ¿Me llamarás si hay algún cambio? -no pudo evitar preguntar Ramsés.

- Es fuerte como una leona -musitó Sethos-. Peleará por su vida.

Ramsés regresó a su casa, para estar cerca de los niños. Se tiró sobre la cama totalmente vestido, pero no durmió. Cuando miraba

el cielorraso lleno de sombras con los ojos bien abiertos supo que Sethos y David, y Fátima y los demás criados, hacían lo mismo. La noche pareció durar un año entero. Nefret no le llamó en ningún momento. Cuando las primeras luces de la aurora entraron en el cuarto se levantó.

La ansiedad y la cobardía lo llevaban en direcciones opuestas. Quería escuchar buenas noticias y temía enfrentarse a un informe negativo. Caminó con lentitud a lo largo del sendero empedrado, bajo los árboles, mientras la luz se acentuaba y la datura, que florece por la noche, elevaba sus grandes trompetas blancas hacia el cielo. Sería una hermosa mañana.

En la casa reinaba el silencio. Escuchó un sonido de cacharros que provenía del fondo. Fátima preparaba el desayuno. Se le revolvió el estómago al pensar en comida.

Cuando permanecía en la parte exterior de la puerta de la galería, con su mano cobarde incapaz de hacer girar el pomo, vio que alguien venía por el costado de la casa. Su figura de gigante no daba lugar a error.

- *Salaam aleikhum* -dijo Daoud-. Lo encontré. -Extendió la mano.

Brillando en contraste con la amplia palma oscura se hallaba un pequeño objeto, de menos de una pulgada de largo. La cobra levantaba su cabeza cubierta, en desafío a sus enemigos. Sus ojos fulgían con un verde extraordinario.

Mientras Ramsés la miraba, mudo de estupor, Daoud dijo:

- Ahora se la daremos. Ven.

* * *

Con extrema contrariedad de mi parte, pasaron varios días antes de que Nefret me permitiera levantarme y hablar tanto como quisiera. El viernes, Emerson me llevó hasta la galería y me sentí renacer al estar de nuevo en ese ambiente conocido, con todos los que amaba a mi alrededor. El *Gran Gato de Re* permanecía al otro lado de la puerta, mirando con malos ojos a *Amira;* había abandonado su vigilia sobre mi cama tan pronto como me encontré fuera de peligro.

- Está en la naturaleza de los gatos -había dicho Emerson-, buscar un nido cálido y confortable. De manera que no te pongas sentimental con el animal, Peabody.

Desde esa época le ofrecía al gato bocados selectos a escondidas.

Pensaba mucho en la serpiente uraeus que había encontrado en mi puño firmemente cerrado cuando me desperté sin fiebre. A otros le puede parecer un detalle insignificante; pero para mí la imagen de la paciente figura de Daoud, de cuclillas en los pozos que había cavado, tamizando a la luz de una lámpara, constituía para mí la ofrenda suprema de la amistad.

- La fiebre ya había disminuido -dijo Nefret-. Pero por nada del mundo le desengañaría de su creencia de que la serpiente uraeus la salvó, madre. ¡Estuvo trabajando con tanto afán!

- ¿Cómo reconcilia esa imagen pagana con su religión? -preguntó Sethos con las cejas levantadas.

- Se trata de una respuesta a sus oraciones -dijo Ramsés-. Una respuesta un poco indirecta, lo admito, pero Dios, sea cual sea su nombre, actúa de forma misteriosa. Y todos debemos reconocer que resultó milagroso que Daoud localizara un objeto tan pequeño.

- Excepto por los ojos, que habían desaparecido de las órbitas -dije, con una carcajada-. Ni siquiera Daoud podría encontrar unos objetos tan minúsculos.

- De manera que sacó unos trozos de vidrio verde de uno de los ornamentos de Khadija y los colocó en las órbitas vacías. -Nefret sacudió la cabeza con admiración-: Dijo que sin ojos la gran serpiente no sería efectiva.

- Brindemos por él. -Emerson sirvió el whisky. Era el primero que me permitían tomar, y después de levantar el vaso bebí, disfrutando de ese pequeño placer. Dudaba que en el más allá se permitieran los licores.

- Lo más importante -dijo Emerson-, es que el hallazgo de Daoud prueba más allá de toda duda, si es que quedaba alguna, que la estatuilla fue encontrada en Deir el Medina. Te alegrará saber, Peabody, que hemos terminado con ese yacimiento. No volverás a tamizar escombros.

- Hasta el tamizado de escombros sería un cambio agradable de mi reciente inactividad -declaré-. Estoy dispuesta a tomar las riendas de nuevo. Debemos terminar con KV55, al menos para ser rigurosos.

- No hables en primera persona -declaró Emerson-. Todavía pasará un tiempo antes de que andes correteando de nuevo por el Valle, Peabody. He estado esperando con una ilusión extraordinaria

tu análisis del problema que constituyó nuestra preocupación principal, antes de que otros sucesos nos distrajeran. ¿Dónde, exactamente, encontró la estatuilla el ladrón de la antigüedad?

- ¿En qué lugar del Valle de los Reyes, quieres decir? -Emerson asintió, sonrió y yo dije-: Tienes una teoría, ¿no?

- Siempre tengo una teoría -dijo mi marido-. Tú, querida, tienes tus pequeñas listas. No me digas que no has confeccionado otra más.

- Bueno -dije con modestia-, ya que me lo pides…

Un pequeño murmullo de regocijo acompañó la aparición del papel que saqué del bolsillo. No me importó, porque sabía que lo provocaba el afecto. Devolví a Sethos su sonrisa y desplegué el papel.

- Lo he expresado en forma de silogismo -expliqué-. La estatua pertenece al período de Amarna. El ladrón la cogió de una tumba del Valle de los Reyes… el Gran Sitio. Que se sepa, no hay tumbas de ese período en el Valle. De manera que…

- Debe haber otra tumba, una tumba desconocida -exclamó David.

- Veo un fallo en tu silogismo -dijo Emerson, sacando la pipa-. Hay una tumba en el Valle del período de Amarna: la KV 55.

- Eso siempre me pareció una posibilidad remota -declaré-. La tumba fue despojada de sus objetos valiosos por gente que arrancó la máscara dorada del ataúd y trató de llevarse el sarcófago. También borraron los cartuchos de Akenatón, lo que indica que no eran vulgares ladrones sino funcionarios del gobierno que habían asumido el poder después de su muerte y querían eliminar por completo su herejía. Habrían vuelto a utilizar o fundido todo el oro que encontraran.

- Bien hecho, Peabody -dijo Emerson, con sus ojos de zafiro brillantes por el conocido placer del debate-. Estoy de acuerdo. Mientras estamos en el tema de los silogismos y las listas, ¿te molestaría explicarnos por qué sospechaste de Katchenovsky «desde el principio», como tú misma dijiste?

- ¿Eso dije?

- Sí -exclamó Ramsés. Me tomó la mano-. Pero no estaba… no estaba completamente en sus cabales, madre.

- Oh, sí, ahora recuerdo. -Le apreté un poco la mano-: Sospeché

de él, aunque quizá no desde el principio. ¿Os cuento por qué?

- Por favor -dijo Emerson con una amplia sonrisa.

- Después del primer ataque sobre Ramsés empecé a recelar de Katchenovsky -expliqué-. ¿Cuál, me pregunté, era el factor que distinguía a Ramsés de todos los demás? Nada que ver con la señora Petherick… eh… con Magda. Era su trabajo con los papiros de Deir el Medina. Concluí que podría haber algo en esos textos que inspiraba el interés criminal de la única persona que podía traducirlos. Sin embargo, no afirmaré que previ algo tan notable como una confesión -añadí modestamente.

Todos aplaudieron, dirigidos por Emerson.

- Peabody -enunció-, tú eres realmente la más…

- Gracias, cariño.

- De verdad lo eres, tía Amelia -dijo David-. Pero, volviendo a KV55, si usted creía que no se podía encontrar nada allí, ¿por qué pasamos tanto tiempo volviendo a despejar la condenada tumba?

- Sí -dijo Nefret-. ¿Por qué, padre?

- Para ser rigurosos -replicó Emerson-. No encontramos nada. Y ahora sabemos -dirigió a su hijo un respetuoso movimiento de cabeza- que el robo de la estatuilla data de la XVIII Dinastía, algunos años antes de que los tradicionalistas comenzaran a destruir los monumentos y el recuerdo de Akenatón.

Ramsés se aclaró la garganta.

- Bien, Emerson -dije, severa-, ves lo importantes que son los pequeños trozos de papiros de Ramsés que tú despreciabas…

- ¿Cuántas veces debo pedir disculpas, Peabody?

- Padre -comenzó Ramsés-, no hace falta que…

- Eres demasiado generoso, hijo -dijo Emerson con solemnidad-. Pido disculpas de verdad. Y mientras estoy de un humor benevolente, quiero pedir formales disculpas a mi… eh… a Sethos, por sospechar de él. Nunca lo volveré a hacer.

- Qué tonto eres -dijo Sethos con una sonrisa-. Pero valoro tus sentimientos, de todos modos. Quizá si se los hiciera conocer a Margaret me miraría con mejores ojos. Me voy mañana a El Cairo para recibirla y pedir su mano.

- Debes traerla a casa para la boda -dije-. Haré los preparativos.

- No permitas que Fátima comience a preparar la tarta -dijo mi cuñado amablemente-. Quizá Margaret me rechace de nuevo.

- Puede decirle que yo también he pedido disculpas -dijo Ramsés-. Y que si ella lo acepta tiene mi más sentido pésame.

Sethos lanzó una carcajada.

- Hablas como un verdadero hijo de tu padre. Y un verdadero sobrino de tu tío.

Emerson dijo, con aparente indiferencia:

- Carter está en la ciudad. Quería presentarte sus respetos, Peabody, pero lo disuadí.

- Me alegraría ver a Howard. Invítalo a tomar el té mañana.

- Mañana tengo una cita con él en el Valle de los Reyes. No, Peabody, no puedes venir, de manera que no insistas.

Puse el vaso sobre la mesa.

- Emerson, tú has estado jugando conmigo durante semanas. Conozco el por qué de tu lentitud para terminar con KV55, y creo que sé lo que tramas. Es hora de que confieses.

- Mmm -dijo Emerson. Sus ojos recorrieron con cansancio las caras de unos y otros: la de David, abierta y candida, la curiosa de Nefret, la de Sethos, que ostentaba una sonrisa cómplice y la de Ramsés, más enigmática de lo habitual.

- Puedes confiar en todos nosotros -dije.

- Mmm -gruñó Emerson de nuevo. Cogió la estatuilla, que ocupaba el lugar de honor en la mesa del té, con su uraeus restaurado gracias a las manos cuidadosas de Ramsés.

- No es Akenatón, y no proviene de ninguna tumba de este faraón. Proviene de la cámara mortuoria del único faraón de la Dinastía XVIII cuya tumba no se ha encontrado todavía… es decir y a saber…

- Tutankhamón -exclamó Ramsés.

Emerson lanzó a su hijo una mirada de reproche.

- Le pido disculpas por interrumpirlo, padre -prosiguió Ramsés-. Pero si bien el análisis de madre estuvo brillante, como de costumbre, no elimina por completo la posibilidad de que ladrones vulgares hayan entrado en KV55 antes que lo hubiera hecho el grupo oficial del gobierno. Ahora puedo probar que no fue así.

- ¿Qué? -gritó Emerson-. ¿Cómo diablos?

Ramsés se reclinó y cruzó las manos. Tuve la clara sensación de que se divertía.

- Como os dije, los papiros son fragmentarios y en parte

indescifrables. En los últimos días he estado trabajando con ellos. Un trozo que encontré ayer tiene una frase adicional. Incluye uno de los nombres del rey cuya tumba robaron: Nebkheperure.

- ¡Tutankhamón! -exclamé.

- Hmm -dijo Emerson, a todas luces cariacontecido.

Ramsés tiene un alma bondadosa y adora a su padre. Una vez que disfrutó de su momento de triunfo, se apresuró a ofrecerle una compensación.

- Pero usted lo sabía, padre. Cuando hace un tiempo habló de su teoría descabellada, como la nombró…

- Ja, sí -dijo Emerson, animándose-. Pensé enseguida en la tumba de Tutankhamón, pero parecía imposible que un ladrón reciente hubiera localizado el lugar sin que todos se enteraran. En realidad, la idea era tan ridícula que me pareció necesario examinar las demás tumbas de ese período, por si los demás arqueólogos hubieran pasado por alto alguna cosa.

- Bien hecho, padre -dijo Ramsés-. Nunca se me hubiera ocurrido esa idea.

- Ni a mí -dije-. ¡Brillante, mi querido Emerson!

- ¿Te apetece otro whisky, mi querida Peabody? -preguntó Emerson, con una sonrisa de oreja a oreja.

* * *

- Hay más condenados turistas que nunca este año -se quejó Emerson. Sacudió la cabeza con tristeza-. Se hace muy difícil trabajar en esa parte del Valle.

Había llegado a tomar el té con Howard, después de haber visitado el Valle. Me había emocionado el interés de nuestro amigo por mi estado, si bien cuando vio la estatuilla se distrajo un poco.

- ¿Cuándo comenzará a trabajar? -pregunté-. La temporada ya está muy avanzada.

Howard aceptó un segundo vaso de whisky.

- Su Señoría llegará en unos días. Tenía la esperanza de encontrar algunas piezas de calidad en las tiendas de antigüedades de Luxor, pero en ninguna hallé algo digno del interés de Carnarvon.

Como atraídos por un imán, sus ojos se volvieron a posar en la estatuilla.

- Bien, bien -dijo Emerson-. Uno nunca sabe lo que puede pasar,

¿verdad?

Emerson no miente, pero en este caso se trataba de una afirmación engañosa, puesto que Harriet Petherick había aceptado la oferta de Cyrus por la estatuilla.

- Entonces, ¿dónde va a excavar este año? -inquirió Emerson cortésmente.

- Estaba pensando -dijo Howard-, en terminar con esa pequeña sección cerca de Ramsés VI, bajo las chozas de los obreros. La dejamos, sabe usted, porque ese año hubo gran cantidad de visitantes.

- Este año tenemos el mismo problema -dijo Emerson-. Tardamos más de lo esperado terminar con KV55 por culpa de los malditos turistas.

Relajado por la afabilidad de Emerson y por el whisky, Howard se inclinó a hacer confidencias.

- No parece justo, ¿verdad? -preguntó-. Quiero decir, pensemos en Theodore Davis: una tumba real tras otra para ese viejo réprobo y ni una maldita cosa para Su Señoría. Quiero decir, casi hace que una persona crea en… en maldiciones y en la suerte, y demás. ¿Por qué tendría Davis todos esos éxitos? -Bebió otro sorbo.

- Carnarvon se merece algo grande -dijo Emerson. Howard sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante.

- Está mostrando signos de que pierde interés -dijo con un ronco murmullo-. Podría ser mi última temporada en este sitio, Emerson, viejo amigo.

- Entonces espero que tenga éxito -dijo Emerson-. Tengo algunas ideas.

Carter se pasó una mano por los ojos.

- Usted es un gran tipo, Emerson. Sé que puedo contar con usted. ¿Qué me aconseja?

Mi esposo se inclinó hacia él. Sus frentes casi se tocaron.

- Ya le he contado que los Ibn Simsah estuvieron cavando en esos escombros cerca de la tumba de Siptah. Uno de ellos incluso llegó a dispararme con una pistola cuando estaba investigando el lugar.

- ¡Es cierto, me lo dijo! Muy significativo, ¿no?

- Mucho -dijo Emerson-. Nunca terminó de excavar allí, ¿no?

- No. No, no terminamos. No tuvimos tempo… ¿De manera que

piensa que deberíamos volver a ese lugar?

- ¿Por qué no? -inquirió Emerson.

* * *

- Emerson -dije, mientras nos preparábamos para meternos en la cama-, esa tumba no está donde le dijiste a Howard que buscara.

- No le dije que buscara allí -replicó Emerson con cara de ángel.

- No -admití-. Pero tú piensas que la tumba está en otro lado, ¿verdad?

- **Mi** querida Peabody, no sé dónde está ubicada la tumba de Tutankhamón. De todos modos, quizá la hayan saqueado, como las demás.

Me senté frente al tocador y comencé a cepillarme el cabello.

- Muy bien, Emerson, guarda silencio entonces.

- Se trata sólo de un **pálpito** Peabody. -Vino por detrás y cogió el cabello suelto en sus manos-: Y de una posibilidad remota.

- Que Lord Carnarvon abandonará la concesión, quieres decir.

- Lo dejo en manos del Destino -dijo mi marido-. Mira, prometí… es decir…

Me volví para mirarle de frente.

- ¿Prometiste? ¿A quién?

- Eh -dijo Emerson.

- Me estás tirando el pelo.

- Oh. Lo siento. Vuélvete hacia el espejo, ¿quieres?

- Emerson, ¿tú rezaste? ¿Tú?

El color invadió sus mejillas, pero me miró a los ojos.

- No sé a quién o a qué, Peabody. Quizá se haya tratado más de una amenaza que de un ruego…

- Conociéndote, supongo que sonaba más como una amenaza -acepté-. ¿Qué prometiste?

Se arrodilló al lado de la silla y me abrazó. Con el rostro escondido en mi pecho, dijo con voz apagada:

- Que renunciaría con gusto a todas las malditas tumbas de Egipto si te quedabas conmigo.

- Oh, cariño -dije en voz baja.

- No podría vivir sin ti, ¿sabes?

- Sí, lo sé.

Emerson levantó la cabeza. Sus pestañas estaban algo húmedas, pero sonreía.

- Podrías devolverme el cumplido.

- Tampoco podría vivir sin ti, amor.

- Entonces todo está en orden -Emerson se sentó sobre los talones-. Este… todo lo que dije lo siento. Cada palabra.

- De todos modos -dije, acariciándole el pelo revuelto-, no siempre es necesario completar el sacrificio. Recuerdas el caso de Abraham e Isaac. La intención es lo que vale.

- Ya verás lo que el Destino nos tiene preparado, Peabody.

- La temporada próxima será interesante -musité.

- Al diablo con la temporada próxima -dijo Emerson, cogiéndome en un fuerte abrazo.

- Lo que tú digas, cariño.

Fin

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/05/2010